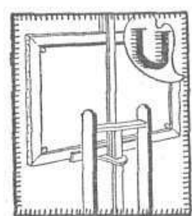


PRUEBE USTED SU FUERZA

Alvear. — Una de dos, o me rompo la muñeca, o le hago saltar todos los resortes.


LA BEBE TODO EL MUNDO
En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.
Ginebra
Bols
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES
MOSS Y CIA. LTDA. S. A.
ALSINA, 641
Buenos Aires

LA PESCA MILAGROSA



UNA mañana del mes de septiembre de 1859 el viejo pintor de marinas Andreusse Cappelmans, mi digno maestro, y yo, fumábamos tranquilamente nuestra pipa asomados a la ventana de su taller, en el último piso de la sala que forma el ángulo de la derecha de la calle de Brabanzón, a la entrada del puente de Leyde, y vaciábamos una botella de *pale-ale* recíprocamente a nuestra salud.

Yo tenía entonces 18 años, el pelo rubio y la tez sonrosada. Cappelmans se aproximaba a los 50; su larga nariz iba adquiriendo tintes violáceas, sus sienes se plateaban, sus ojos grises se iban plegando, anchas arrugas empezaban a surcar su frente y sus mejillas, y en vez de la pluma de gallo que constituía su orgullo en otro tiempo, acababa de adornar su sombrero con una simple pluma de cuervo.

Hacía un tiempo magnífico. Enfrente de nosotros se extendía serpeando el Rin; algunas nubes blancas al reflejarse en sus aguas parecían nadar por la corriente caudalosa; los barcos negros del puerto con sus velas caídas, inmóviles y silenciosas, parecían dormir allí debajo de nosotros; los rayos del sol rielaban en las azuladas ondas formando una línea compacta de brillantes chispas, y centenares de golondrinas cruzaban en todas direcciones el espacio.

Ya hacía tiempo que estábamos allí pensativos, con el alma sumergida en profunda melancolía; las anchas hojas de parra que rodeaban el marco de la ventana se estremecían a impulsos de la brisa; aquí revoloteaba una mariposa, de allí acudía en su persecución una banda de gorriones; más abajo, sobre el techo de la tienda, levantada en la calle al lado de la casa, un gatazo rubio se detenía y nos miraba, moviendo la cola con aire pensativo.

Nada más tranquilo, nada que infundiese al corazón mayor calma y sosiego que aquel espectáculo; sin embargo, Cappelmans estaba triste, preocupado.

— Señor Andreusse — le dije de pronto: — me parece que os fastidiáis soberanamente.

— Es verdad, estoy melancólico como un asno al que almohazaran.

— ¿Y por qué? El trabajo no puede ir mejor, tenéis más pedidos que los que podéis servir, y la *kermesse* llega dentro de quince días.

— ¡He tenido un mal sueño!

— ¿Pero vos creéis en los sueños, señor Cappelmans?

— No estoy seguro de que sea un sueño, Cristián, pues tenía los ojos abiertos.

Después, vaciando su pipa por el borde de la ventana, añadió:

— Es seguro que tú habrás oído hablar más de una vez de mi viejo camarada Van Marius, el famoso pintor de marinas, que comprendía el mar como Ruysdael el campo, Van Ostade el pueblo, Rembrandt los interiores sombríos, Rubens los templos y los palacios. ¡Ah, era un gran pintor! Al contemplar sus cuadros no se decía: «Esto es bello». ¡No! Se decía: «¡Qué hermoso es el mar, qué imponente y qué terrible!» No se veía allí el pincel de Van Marius sino la sombra de la mano de Dios extenderse sobre el lienzo. Oh, el genio..., el genio..., ¡qué don más sublime, Cristián!

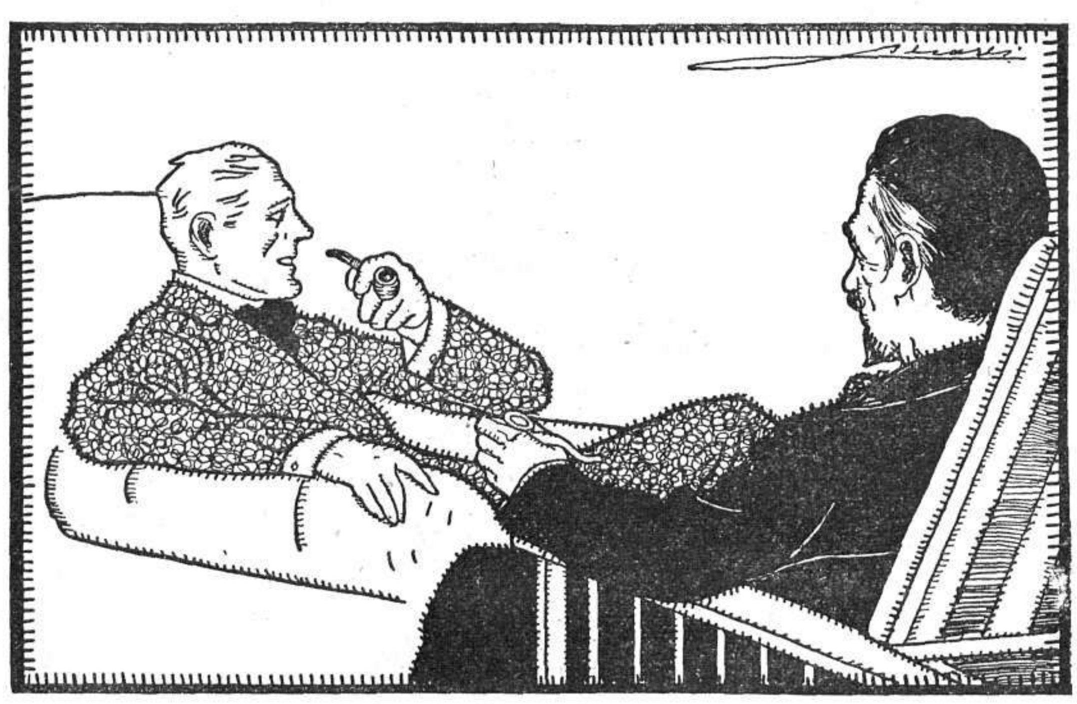
Cappelmans guardó silencio con los labios apre-

tados, las cejas fruncidas, los ojos llenos de lágrimas.

Era la primera vez que lo veía así: estaba asombrado.

Al cabo de un instante, repuso:

— Van Marius y yo habíamos estudiado juntos en Utrecht, en casa del viejo Ryssen; las noches las pasábamos junto como dos hermanos en la taberna de la *Kana*. Más tarde nos vinimos a Leyde cogidos del brazo. Van Marius no tenía más que un defecto: prefería la ginebra y el *skidam* al *ale* y al *porter*. Tú me harás la justicia, Cristián, de creer que yo nunca me he embriagado más que con *ale*. Por desgracia, Van Marius no se embriagaba más que con ginebra. Aun así, si no la hubiera bebido más que en la taberna, el mal hubiera sido menor; pero se la hacía llevar a su taller, y no trabajaba con entusiasmo



sino cuando tenía una *chopina* o dos dentro del estómago y los ojos se le saltaban de la cabeza. Era cosa de verle entonces; era cosa de oirle aullar, cantar y silbar. Rugiendo lo mismo que el mar, pasaba y repasaba su pincel por el lienzo; cada pincelada levantaba una ola; a cada silbido se veía a las nubes acercarse, dilatarse, amontonarse. De pronto tiraba el pincel y cogía otro con bermellón, y dos segundos después el rayo cruzaba en rápido ziszás el cielo negro sobre las olas verdes como una cascada de plomo fundido... y allá, bajo la bóveda sombría, lejos, muy lejos, se descubría una barca, un lanchón, un *cutter*, cualquier cosa, como aplastado entre las tinieblas y la espuma... ¡Era una cosa espantosa! Cuando Van Marius pintaba escenas más tranquilas, hacía que el viejo ciego Cappelins tocara el clarinete a razón de dos florines por día. Suavizaba la ginebra con *ale* y comía salchichas para representarse mejor las escenas campestres. Ya comprenderás, Cristián, que con semejante régimen debía deteriorarse grandemente el temperamento. Cuántas veces le he dicho: «¡Ten cuidado, Marius, ten cuidado, la ginebra te jugará alguna mala pasada!» Pero, lejos de escucharme, entonaba una canción báquica con voz atronadora, y concluía siempre por imitar el canto del gallo.

Este era su placer favorito. Así que en la taberna, por ejemplo, cuando su vaso estaba vacío, en lugar de llamar al mozo tocando a la mesa como todo el mundo, agitaba los brazos y lanzaba estrepitosos *ki-ki-ri-ki*, hasta que le llenaban el vaso. Mucho tiempo hacía que Marius me hablaba de su obra maestra, *La Pesca Milagrosa*. Me había enseñado los primeros bocetos, que me habían llenado de asombro, cuando una mañana desapareció bruscamente de Leyde, y después nadie volvió a recibir noticias suyas.

Aquí Cappelmans volvió a encender su pipa con aire pensativo, y prosiguió:

— Ayer noche estaba yo en la taberna del *Cántaro de Oro*, en compañía del doctor Roemer, de Eisenloeffel y de otros cuatro o cinco camaradas. A eso de las diez, no sé por qué motivo, Roemer se puso a declamar contra las patatas, declarando que eran el azote del género humano; que desde el descubrimiento de las patatas, los aborígenes de América, los irlandeses, los suecos, los holandeses, y en general todos los pueblos que beben muchos licores espirituosos, en lugar de representar en el mundo el papel a que estaban llamados, se veían reducidos al estado de ceros. Atribuía esta decadencia al aguardiente de las patatas, y al escucharle, no sé por qué evolución singular de mi espíritu, acudió a mi mente el recuerdo de Van Marius: «¡Pobre viejo! — me dije; — ¿qué hará ahora, y dónde estará? ¿Habrá terminado su obra maestra? ¿Por qué diablos no nos dará noticias suyas?»

Mientras yo pensaba estas cosas, el vigilante Zelig entró en el salón para prevenirnos que era hora de abandonar la taberna, pues estaban dando las once. Salí y me dirigí a mi casa con la cabeza un poco pesada: acostéme en seguida y no tardé en dormirme.

Una hora haría apenas que estaba durmiendo, cuando a Brígida, la remendona de enfrente, se le incendian las colgaduras del balcón, y se pone a gritar desaforadamente: «¡Fuego! ¡Fuego!» La gente

— ¿Y vos creéis que ese gallo negro era realmente el alma de Van Marius?

— ¿Que si lo creo? — dijo. — No solamente lo creo sino que estoy seguro.

— ¿Y qué pensáis hacer? entonces, señor Andreusse?

corre precipitadamente por la calle, abro los ojos, y... ¿qué es lo que veo? Un gran gallo negro posado sobre un caballete en medio del taller.

En menos de un segundo, las colgaduras de la vieja loca se habían convertido en pavesas, y el fuego, no encontrando nada más con que alimentarse, se había apagado por sí mismo. Todo el mundo se marchaba riéndose; pero el gallo negro permanecía inmóvil en su sitio, y como la luna enviaba sus rayos por entre las dos torres del Ayuntamiento, aquel extraño animal se destacaba con perfecta limpieza. Tenía unos ojos grandes y amarillos, rodeados de un círculo rojizo, y se rascaba la cabeza con una de sus patas.

Diez minutos hacía por lo menos que le observaba, preguntándome por dónde habría podido entrar aquel animal dentro de mi taller, cuando, levantando la cabeza, oigo que me dice, llenándome, como es natural, de profunda sorpresa:

— ¿Cómo, Cappelmans, no me reconoces? ¡Soy, sin embargo, el alma de tu amigo Van Marius!

— ¡El alma de Van Marius! — exclamé. — ¿Van Marius ha muerto, pues?

— Sí — respondió con acento melancólico; — ¡todo ha concluído, pobre amigo, todo ha concluído! He querido jugar una gran partida con Herodes Van Gambrinus, y hemos estado bebiendo dos días y dos noches sin cesar un momento. ¡A la mañana del tercer día, cuando la vieja Judit apagaba las luces, he rodado bajo la mesa! Ahora mi cuerpo reposa en la colina de Osterhaffen, frente al mar, y yo ando por el mundo buscando un nuevo organismo... Pero no se trata ahora de esto: ¡vengo a pedirte un señalado favor, Cappelmans!

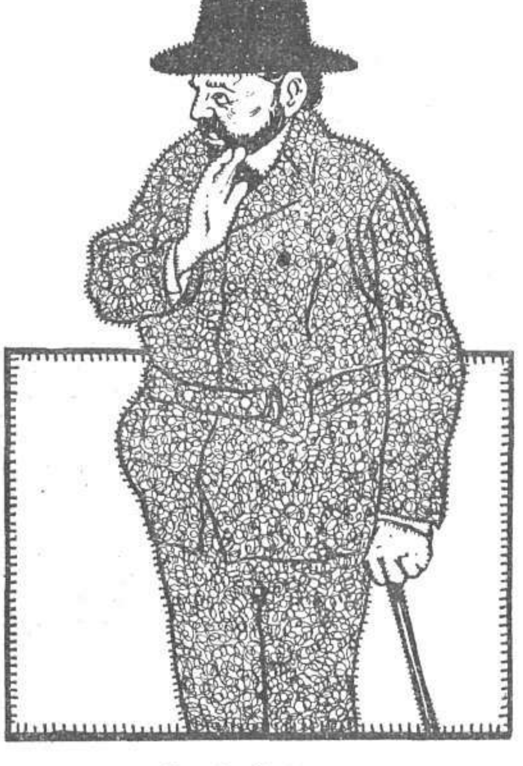
— ¿Un favor?... ¡Habla! Todo cuanto un hombre pueda hacer por otro, yo lo haré por ti.

— ¡Gracias, amigo mío, gracias!— repuso; — no esperaba menos de ti: estaba seguro que no rehusarías prestarme este servicio. Ahora bien, he aquí lo que espero de ti. Sabrás, Andreusse, que yo fuí a la *Barrica de Arenques* expresamente para terminar *La Pesca Milagrosa*. Por desgracia, la muerte me ha sorprendido antes de que haya podido dar el último toque a esta obra... Gambrinus la ha colgado como un trofeo en el fondo de su taberna, y esto me llena de amargura. No estaré contento hasta que esa obra esté terminada, y vengo a suplicarte que la termines. ¿Me lo prometes, no es verdad, Cappelmans?

— Está tranquilo, Van; es un asunto convenido, la terminaré.

— ¡Entonces, buenas noches!

Y dicho esto, el gallo batió las alas, atravesó, sin romperlo, uno de los vidrios del balcón y se alejó produciendo un ruido seco y lúgubre.



— Tened cuidado — repuso el desconocido, levantando la mano; — ¡tened cuidado! ¡El matador de almas os espera!

Después de haber terminado esta extraña narración, Cappelmans colocó su pipa en el borde de la ventana y apuró su vaso de un trago.

Durante mucho tiempo permanecimos ambos silenciosos, mirándonos mutuamente. Por último, le dije:

— ¿Y vos creéis que ese gallo negro era realmente el alma de Van Marius?

— ¿Que si lo creo? — dijo — No solamente lo creo sino que estoy seguro.

— ¿Y qué pensáis hacer entonces, señor Andreusse?

— Es muy sencillo; voy a partir inmediatamente para Osterhaffen. Un hombre honrado no tiene más que una palabra: he prometido a Van Marius terminar *La Pesca Milagrosa*, y la terminaré cueste lo que cueste. Dentro de una hora Van Eyck el tuerto vendrá a buscarme con su carricoche.

Aquí se detuvo, y mirándome fijamente añadió:

— Pero... ahora que pienso... Tú deberías acompañarme, Cristián; es una magnífica ocasión para que conozcas la *Barrica de Arenques*. Y después nadie sabe lo que puede suceder: en fin, me agradaría verte a mi lado.

— Con el mayor gusto, maestro Andreusse; pero ya conocéis a mi tía Catalina; es seguro que jamás consentirá en ello.

— Tu tía Catalina... en verdad que no querrá; pero yo le significaré que es indispensable para tu instrucción que visites un poco los terrenos de la costa. ¿Qué vale un pintor de marinas que no sale nunca de los alrededores de Leyde, ni conoce siquiera el pequeño puerto de Kalwyk? ¡Vamos, vamos, eso es absurdo!... ¡Vienes conmigo, Cristián; es cosa decidida!

Mientras hablaba así, el digno hombre se había levantado y se ponía a toda prisa su larga casaca encarnada. Después pasó su brazo por el mío, y me condujo gravemente a casa de mi tía.

No os contaré todos los detalles de aquella entrevista, todas las objeciones, todas las réplicas del señor Cappelmans para decidir a mi tía Catalina a dejarme partir con él. El hecho es que concluyó por vencerla, y que dos horas después marchábamos camino de Osterhaffen.



NUESTRO carricoche, enganchado a un pequeño caballo del Zuiderzée, de gran cabeza, piernas cortas y peludas y el lomo cubierto con una piel de perro, rodaba hacía tres horas por el camino que conduce de Leyde a la *Barrica de Aren-*

ques sin que pareciese que hubiéramos adelantado una pulgada.

El sol poniente proyectaba sobre la húmeda llanura inmensos reflejos color de púrpura: las lagunas transparentaban las tintas rojizas del cielo, y alrededor de ellas se dibujaban, como manchas obscuras, los juncos, las cañas y las espadañas que se cruzaban en sus orillas.

Pronto desapareció la luz del día, y saliendo Cappelmans de sus meditaciones, exclamó:

— Cristián, envuélvete bien en tu manta, echa hacia abajo el ala de tu sombrero y mete los pies en la paja. ¡Hué! ¡Barrabás! ¡Hué! ¡Qué diablo! ¡Marchamos como tortugas!

Al mismo tiempo se echaba a pecho el frasco del *skidam;* después, secándose los labios con el revés de la mano, me lo presentó diciendo:

— Bebe un trago para que la niebla no te penetre en el estómago. Esta es una niebla salada, lo peor que hay en el mundo en cuestión de nieblas.

Creí deber seguir el consejo de Cappelmans, y aquel licor bienhechor me puso inmediatamente de buen humor.

— Querido Cristián — repuso mi viejo maestro después de un instante de silencio, — puesto que estamos condenados a pasar cinco o seis horas entre la niebla sin otra distracción que fumar pipas y oír crujir el carricoche, hablemos de Osterhaffen.

Entonces el buen viejo se puso a hacerme la descripción de la taberna de la *Olla de Tabaco*, la más rica en cervezas fuertes y en licores espirituosos de toda Holanda.

— Está situada en la calle de *Trois Sabots* — me dijo; — se la reconoce desde lejos por su techo plano; sus pequeñas ventanas cuadradas, situadas a flor de tierra, dan al puerto. Enfrente se eleva un colosal castaño; a la derecha hay un juego de bolos rodeado por una vieja tapia cubierta de musgo, y detrás, en el corral, viven juntos y confundidos centenares de patos, gallinas, ánades y gansos, cuyos penetrantes graznidos forman el más regocijado de los conciertos.

En cuanto al gran salón de la taberna, no tiene nada de extraordinario, pero allí, bajo las obscuras vigas del techo, en medio de una nube de humo azulado, se ve, tras un mostrador en forma de tonel, al terrible Herodes Van Gambrinus, llamado el *Baco del Norte*.

Este hombre bebe él solo dos medidas de *porter;* el *ale* y el *lambic* pasan a su estómago como por un embudo de hierro blanco; lo único que puede hacerle bajar la cabeza es la ginebra.

¡Ay del pintor que ponga el pie en ese infierno! Te lo aseguro, Cristián, más le valiera que no hubiera visto nunca la luz del día. Las jóvenes sirvientas de largas trenzas rubias se apresuran a servirle, y Gambrinus le tiende sus anchas y velludas manos, pero es para robarle el alma; el desgraciado sale de allí como los compañeros de Ulises salieron de la caverna de Circe.

Después de pronunciar estas palabras con acento grave, Cappelmans encendió su pipa y se puso a fumar en silencio.

Yo experimentaba un sentimiento indefinible; una vaga melancolía se iba apoderando de todo mi ser y una profunda tristeza embargaba mi alma. Me parecía irme acercando a un abismo, y si me hubiera sido posible saltar del carricoche, que Dios me lo perdone, hubiera abandonado a mi viejo maestro en su peligrosa empresa.

Lo que me retuvo fué la imposibilidad de volver a Leyde, a través de aquellos lugares desconocidos, en una noche obscura. Me fué preciso, pues, seguir la corriente y sufrir la suerte funesta que preveía.

A las diez, el señor Andreusse se durmió profundamente, apoyando la cabeza sobre mi hombro. Yo permanecí despierto más de una hora; pero al fin me rindió la fatiga y me dormí a mi vez.

No sé cuánto tiempo pasaríamos gozando de aquel sueño reparador, cuando el carricoche se detuvo bruscamente y el cochero gritó:

— ¡Ya hemos llegado!

Cappelmans lanzó una exclamación de sorpresa, mientras un estremecimiento recorría todo mi cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

Aunque viviera mil años, la taberna de la *Olla de Tabaco*, tal como la vi entonces, con sus ventanas iluminadas y su gran techo en plano inclinado hasta algunos pies del suelo, estará siempre grabada en mi memoria.

La obscuridad de la noche era profunda: el mar, a algunos centenares de pasos detrás de nosotros, mugía imponente, y por encima de sus inmensos rumores se oían los sonidos de una gaita.

Desde las tinieblas del exterior se veían bailar y pasar por los vidrios de las ventanas grotescas siluetas. Parecía aquello una especie de juguete infantil, una linterna mágica, una exposición de sombras chinescas colocadas allí en medio de la noche para burlarse de las tinieblas.

El fangoso callejón de entrada, iluminado por un farol de cuerno, dejaba entrever figuras extrañas, avanzando y retrocediendo en la sombra como ratas en una alcantarilla. La melopea de la gaita proseguía sin cesar, y esta cantilena gangosa; el pequeño caballo de Van Eyck con la cabeza baja y los pies en el lodo; Cappelmans, que apretaba su gruesa hopalanda contra su cuerpo tiritando; la luna, rodeada de nubes y asomando de cuando en cuando entre algunos jirones luminosos, todo confirmaba mis aprensiones y me llenaba de invencible tristeza.

Ya íbamos a echar pie a tierra cuando del medio de las sombras se avanzó bruscamente un hombre de alta estatura, cubierta la cabeza con un ancho sombrero de fieltro, la barba puntiaguda, jubón de terciopelo negro y el pecho adornado con una triple cadena de oro, a la manera de los antiguos artistas flamencos.

— ¿Sois vos Cappelmans? — dijo este hombre, cuyo perfil severo se dibujaba sobre los pequeños vidrios del figón.

— ¡Sí, maestro! — respondió Andreusse, estupefacto.

— Tened cuidado — repuso el desconocido, levantando la mano; — ¡tened cuidado! ¡El matador de almas os espera!

— Estad tranquilo; Andreusse Cappelmans cumplirá con su deber.

— Está bien; sois un hombre como se esperaba; el espíritu de los grandes maestros está con vos.

Dichas estas palabras, el desconocido desapareció en las sombras, y Cappelmans, muy pálido, pero con el aire firme y resuelto, bajó del carricoche.

Yo le seguí con el alma embargada de un profundo temor.

Vagos rumores se elevaban entonces de la taberna. La gaita había cesado de tocar.

Entramos en el estrecho y sombrío callejón, y antes de llegar, el señor Andreusse, que marchaba delante, se volvió y me dijo al oído:

— ¡Atención, Cristián!

Al mismo tiempo empujó la puerta, y bajo los jamones, los arenques y las longanizas colgados de las negras vigas, vi como a un centenar de hombres sentados alrededor de largas mesas colocadas en fila: unos estaban acurrucados como monos; otros con las piernas extendidas, el sombrero sobre los ojos, la espalda contra el muro, y lanzando al techo caprichosos remolinos de humo.

Todos tenían un marcado aspecto de regocijo; los ojos medio cerrados; las mejillas arrugadas hasta las orejas por la contracción de una sonrisa, y todos parecían sumergidos en una especie de profunda beatitud

A la derecha, una ancha chimenea lanzaba vivas llamaradas con estrepitoso chisporroteo de un extremo a otro de la sala, y a su lado la vieja Judit, larga y seca como el mango de una escoba, y con el rostro violáceo por el calor, removía en medio de las llamas una gran cacerola donde chirriaba una fritura.

Pero lo que llamó mi atención desde el primer momento fué Herodes Van Gambrinus, sentado detrás de su mostrador, un poco a la izquierda, tal como me lo había pintado el maestro Andreusse, con las mangas de la camisa recogidas hasta los hombros sobre sus brazos velludos; los codos entre los relucientes vasos; los carrillos levantados por sus enormes puños; su espesa peluca, roja, inculta y alborotada, y su larga barba amarillenta cayendo en ondas sobre su pecho. Al entrar nosotros contemplaba con mirada distraída *La Pesca Milagrosa*, colgada en el fondo de la taberna, encima justamente del pequeño reloj de pared.



—¡La quieres y la tendrás! — repuso el otro; — eso se dice muy fácilmente, camarada. ¿Sabes que la he ganado en buena lid, con el cántaro en la mano?

Yo le consideraba hacía algunos segundos, cuando afuera, no lejos de la calle de *Trois Sabots*, se hizo oír la trompeta del vigilante, y en el mismo momento la vieja Judit, removiendo el contenido de su cacerola, dijo con acento irónico:

—¡Medianoche! Hace doce días que el gran pintor Van Marius reposa en la colina de Osterhaffen, y el vengador no llega.

—¡Aquí está el vengador! — exclamó Cappelmans, avanzando hacia el medio de la sala.

Todas las miradas se fijaron en él, y Gambrinus, que había vuelto la cabeza, se echó a reír acariciándose la barba.

— ¿Eres tú Cappelmans? — dijo con acento burlón. — Te esperaba; ¿vienes a buscar *La Pesca Milagrosa?*

— Sí — respondió el señor Andreusse; — he prometido a Van Marius terminar su obra maestra; ¡la quiero y la tendré!

—¡La quieres y la tendrás! — repuso el otro; — eso se dice muy fácilmente, camarada. ¿Sabes que la he ganado en buena lid, con el cántaro en la mano?

— Lo sé, y con el cántaro en la mano es cómo quiero recuperarla.

— ¿De modo que vienes decidido a jugar *la gran partida?*

— Sí, estoy decidido, ¡y que Dios me ayude! Sostendré mi palabra, o de lo contrario rodaré bajo la mesa.

Los ojos de Gambrinus centellaron.

— Ya lo habéis oído — exclamó dirigiéndose a los bebedores; — él es quien me desafía; ¡que se haga según su voluntad!

Después, volviéndose hacia el señor Andreusse añadió:

— ¿Quién es tu juez?

— Mi juez es Cristián Rebstock — dijo Cappelmans, haciéndome seña con la mano para que me aproximara.

Yo estaba conmovido; tenía miedo.

En seguida, uno de los asistentes, Ignacio Van den Brock, burgomaestre de Osterhaffen, con una gran peluca de grama, sacó de su bolsillo un papel, y leyó, con acento de pedagogo:

«Los padrinos de los bebedores tienen derecho al paño blanco, al vaso blanco y a la candela blanca; ¡que se les sirva!»

Y una muchacha alta y robusta vino a colocar esas cosas a mi derecha.

— ¿Quién es tu juez? —preguntó Andreusse a Gambrinus.

— Adam Van Rasimus — contestó el tabernero.

Este Adam Van Rasimus, que era un hombre de nariz granujienta, corcovado y bizco, tomó asiento al lado mío, y se le sirvieron los mismos objetos que a mí.

Hecho esto, Herodes tendió su ancha mano por encima del mostrador a su adversario, y dijo:

— ¿No empleas tú sortilegio ni maleficio?

— Ni sortilegio ni maleficio — respondió Cappelmans.

— ¿No me tienes odio?

— Cuando haya vengado a Fritz Coppelius, Tobías Vogel el paisajista, Roemer, Nickel Brauer, Vinkelman y Van Marius, todos pintores de mérito, ahogados por ti en el *ale* y en el *porter*, y despojados de sus obras, entonces no te tendré odio.

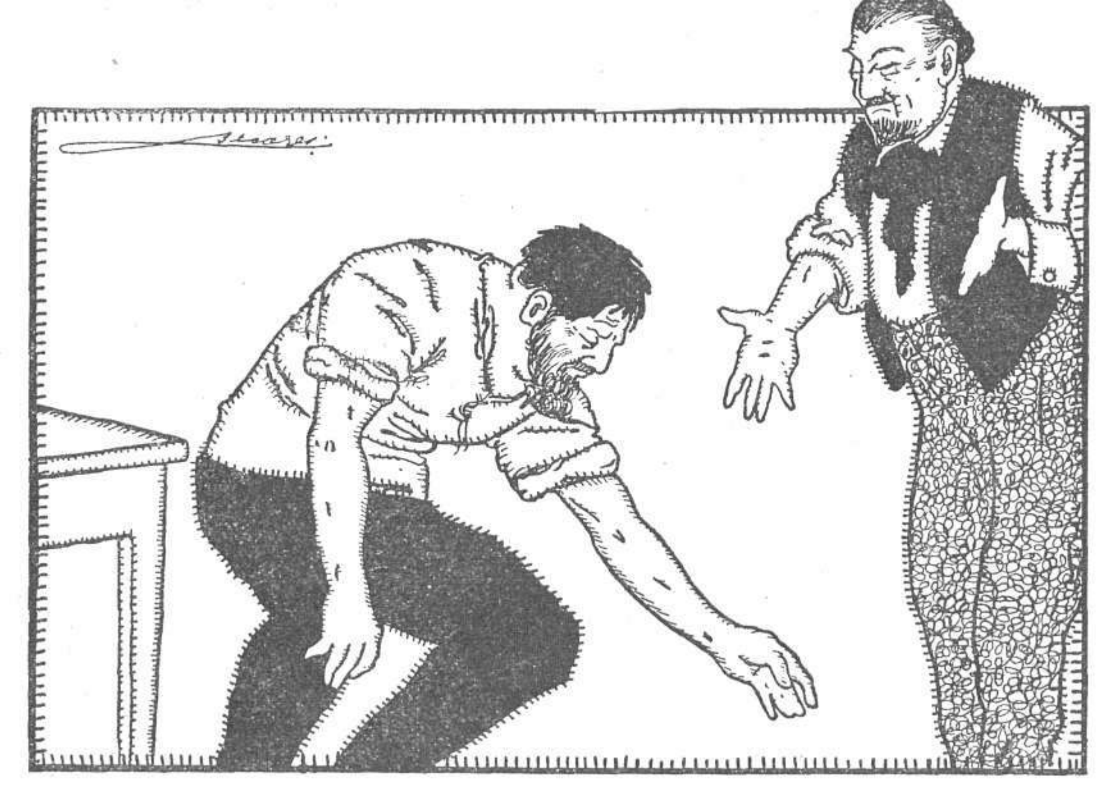
Herodes prorrumpió en una sonora carcajada, y con los brazos extendidos y sus anchas espaldas apoyadas contra el muro, dijo:

— Los he vencido a todos con el cántaro en la mano, honrosa y lealmente, como voy a vencerte a ti ahora mismo. Sus obras han venido a ser mi propiedad legítimamente, y en cuanto a tu odio, me burlo de él y paso adelante. ¡Bebamos!

Entonces empezó una lucha de tal índole, que sería imposible citar dos comparables a ella en Holanda; lucha de la que se hablará, sin duda alguna, por los siglos de los siglos; lo *blanco* y lo *negro* estaban sobre el tapete; iba a cumplirse el destino.

Se colocó sobre la mesa un barril de *ale*, y se llenaron hasta los bordes dos jarros de una pinta de cabida. Herodes y el señor Andreusse apuraron cada uno el suyo de un trago, y así continuaron apurando un jarro cada media hora con la regularidad del tic-tac de un reloj hasta que el barril estuvo vacío.

Después del *ale* se pasó al *porter*, luego al *lambic*. Deciros el número de barriles de cerveza fuerte



que fueron apurados en esta memorable batalla sería cosa muy fácil: el burgomaestre Van den Brock lo ha consignado con cifras exactas en los registros del municipio de Osterhaffen para conocimiento de las razas futuras; pero si lo dijera no sería creído, tan fabuloso es el número.

Quiso huir, pero sus piernas vacilaron, y el terrible Herodes Van Gambrinus cayó, como una vaca herida por el golpe del matarife, a los pies del maestro Andreusse Cappelmans.

Baste saber que la lucha duró dos días y tres noches. Esto no se había visto nunca.

Por la primera vez en su vida, Herodes se encontraba frente a frente de un adversario digno de él; así que la noticia se había extendido por toda la comarca y todo el mundo acudía a pie, a caballo, en carretas, a presenciar los detalles de aquella lucha; y como muchos no querían volverse sin saber en qué pararía aquello, sucedió que, a partir del segundo día, la taberna estaba siempre llena de gente; apenas podía uno removerse, y el burgomaestre se veía obligado a dar golpes sobre la mesa con su bastón, gritando: «¡Separaos, haced sitio!», para que se dejara pasar a los mozos que subían de la bodega llevando los barriles sobre sus hombros.

Durante todo este tiempo el señor Andreusse y Gambrinus continuaban apurando sus pintas con una regularidad maravillosa.

A veces recapitulaba en mi imaginación el número de vasos que iban bebiendo; creía estar soñando, y miraba a Cappelmans con el corazón oprimido por la inquietud; pero él me hacía un gesto malicioso con los ojos, y decía riendo:

— ¡Y bien, Cristián; parece que la cosa marcha! Bebe, bebe un trago para refrescar.

Yo estaba confundido.

— El alma de Van Marius está en él — me decía a mí mismo; — ella es la que le sostiene.

En cuanto a Gambrinus, con su pequeña pipa de boj entre los labios, el codo sobre el mostrador y la mejilla en la mano, fumaba tranquilamente como un hombre negociante que apura su vaso por la noche pensando en los negocios del día.

Era una cosa inconcebible. Los más rudos bebedores estaban estupefactos; no comprendían cómo podía haber quien tuviera aquella resistencia.

La mañana del tercer día, antes de apagarse las candelas, y viendo que la lucha amenazaba prolongarse indefinidamente, el burgomaestre dijo a Judit que trajera el hilo y la aguja para la primera prueba.

Grandes murmullos se levantaron de toda la sala; todo el mundo quería acercarse para presenciar desde más cerca aquella prueba.

Según las reglas de la *gran partida*, aquel de los dos combatientes que sale victorioso de esta prueba tiene el derecho de escoger la bebida que le convenga, e imponérsela a su adversario.

Herodes había dejado la pipa sobre el mostrador. Tomó el hilo y la aguja que le presentaba Van den Brock, y levantándose pesadamente, con los ojos muy abiertos, elevó los brazos y trató de enhebrar la aguja; pero, fuera que se hallara ya realmente sin la suficiente serenidad, o que la oscilación de las luces de las bujías le turbara la vista, vióse obligado a probar por dos veces para llegar a introducir el hilo, lo que pareció causar una gran impresión en los asistentes, pues todos se miraron unos a otros llenos de asombro.

— ¡A vos os toca, Cappelmans! — dijo el burgomaestre.

Entonces el maestro Andreusse se levantó, cogió la aguja, y en un instante pasó el hilo.

Aplausos frenéticos estallaron en la sala; parecía que la taberna iba a desplomarse.

Miré a Gambrinus: su ancho y carnoso rostro estaba cubierto de manchas sanguinolentas, y todo su cuerpo se veía sobrecogido de perceptibles estremecimientos.

Al cabo de un minuto el silencio estaba restablecido. Van den Brock dió tres golpes sobre la mesa, y gritó, con acento solemne:

— ¡Señor Cappelmans, sois un hombre glorioso en Baco!... ¿Cuál es vuestra bebida?

— *¡Skidam!* — respondió el señor Andreusse. — ¡Viejo *skidam!* ¡El *skidam* más viejo y más fuerte que haya!

Estas palabras produjeron en el tabernero un efecto sorprendente.

— ¡No, no! — exclamó. — ¡Cerveza! ¡Siempre cerveza, pero no *skidam!*

Al decir esto se había levantado, muy pálido.

— Lo siento mucho — dijo el burgomaestre con tono seco; — pero las reglas son claras y formales: que se traiga lo que ha pedido Cappelmans.

Entonces Gambrinus se volvió a sentar como un infeliz reo que acaba de oír pronunciar su sentencia de muerte, y llevaron *skidam* del año 22, que probamos Van Rasimus y yo, a fin de prevenir todo fraude o mezcla.

Llenáronse los vasos y continuó la lucha.

Todos los habitantes de Osterhaffen se agolpaban a las ventanas de la taberna.

Se habían apagado las candelas, y la luz del día entraba ya a raudales en el salón.

A medida que se iba aproximando la lucha a su desenlace, el silencio se hacía más y más profundo. Los espectadores, de pie sobre las mesas, los bancos, las sillas, los toneles vacíos, miraban atentos para no perder ni el más insignificante detalle.

Cappelmans se había hecho servir una longaniza y se la comía con buen apetito; pero Gambrinus no era ya el hombre de siempre: ¡el *skidam* lo anonadaba! Su ancho rostro de color escarlata se cubría de sudor; sus orejas iban tomando tintas violáceas; sus párpados iban cerrándose pesadamente... A veces un estremecimiento nervioso le hacia levantar la cabeza: entonces, con los ojos desmesuradamente abiertos y el labio inferior caído, miraba con aire asombrado aquellas figuras silenciosas que se apretaban las unas contra las otras; después cogía el cántaro con ambas manos y bebía su contenido temblando y jadeante.

No he visto en mi vida cosa más horrible.

Todo el mundo comprendía que la derrota del tabernero era segura.

— ¡Está perdido! — decían. — El, que se creía invencible, ha encontrado a su maestro; aun beberá dos o tres cántaros, y luego, todo habrá concluído.

Sin embargo, algunos aseguraban lo contrario; afirmaban que Herodes podía resistir aún tres o cuatro horas, y Van Rasimus se ofrecía a apostar un tonel de *ale* a que no rodaría bajo la mesa sino hasta después de puesto el sol; pero una circunstancia, en apariencia insignificante, vino a precipitar el desenlace.

Era cerca de mediodía.

El mozo de la bodega, Nickel Spitz, llenaba los cántaros por cuarta vez.

Judit, después de haber tratado de echar agua al *skidam*, acababa de salir, deshecha en lágrimas. Se la oía sollozar y exhalar lúgubres gemidos en la pieza vecina.

Herodes dormitaba.

De pronto, el viejo reloj de pared empezó a crujir de una manera extraña, y las doce campanadas retumbaron en medio del silencio que reinaba en la sala; casi en seguida el pequeño gallo de madera colocado sobre el cuadrante batió las alas y dejó oir un *ki-ki-ri ki* prolongado.

Entonces, queridos lectores, los que se hallaban en el salón fueron testigos de una escena espantosa.

Al canto del gallo el tabernero se había levantado bruscamente, como impulsado por un resorte invisible.

No olvidaré nunca aquella boca entreabierta, aquellos ojos extraviados, aquella cabeza lívida de terror.

Aun me parece verle con las manos extendidas como para rechazar alguna visión horrible. Aun me parece oírle gritar con voz entrecortada:

— ¡El gallo, oh, el gallo!

Quiso huir, pero sus piernas vacilaron, y el terrible Herodes Van Gambrinus cayó, como una vaca herida por el golpe del matarife, a los pies del maestro Andreusse Cappelmans.

....

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Cappelmans y yo salíamos de Osterhaffen, llevando con nosotros *La Pesca Milagrosa*.

Nuestra entrada en Leyde fué un verdadero triunfo; toda la ciudad, que ya tenía conocimiento de la victoria obtenida por el maestro Andreusse, nos esperaba en las calles, en las plazas, en los balcones: parecía que nos hallábamos en un domingo de la época de la *kermesse*, pero esto no pareció producir impresión alguna en el espíritu de Cappelmans. No me había dirigido la palabra en todo el tiempo que duró el camino, y parecía preocupado.

Apenas llegamos a su casa, su primer cuidado fué dar encargo de que no estaba nunca en casa para nadie.

— Cristián — me dijo luego, desembarazándose de su gruesa hopalanda, — tengo necesidad de estar solo; vuelve a casa de tu tía y trata de trabajar. Cuando esté terminado el cuadro mandaré a decírtelo por Kobus.

Me abrazó, al decir esto, con afecto, y me empujó suavemente hacia fuera.

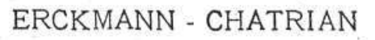
Seis semanas después el señor Andreusse vino él mismo a buscarme a casa de mi tía la señora Catalina, y me condujo a su taller.

La Pesca Milagrosa estaba suspendida de la pared, frente a dos altas ventanas.

¡Dios mío, qué obra tan sublime! Parecía imposible que le fuera dado a un hombre crear cosas admirables. Cappelmans había puesto en el cuadro todo su corazón y todo su genio: el alma de Van Marius debía estar satisfecha.

Allí hubiera permanecido hasta la noche, mudo de admiración delante de aquel lienzo incomparable, si el viejo maestro, tocándome de pronto en el hombro, no me hubiera dicho, con acento solemne:

— Encuentras eso bello, ¿no es verdad, Cristián? Pues bien; Van Marius tenía aún una docena de obras maestras, como ésta, dentro de su cabeza. Por desgracia le gustaba demasiado el *ale* triple y el *skidam*; su estómago lo ha perdido. Ese es el defecto de nosotros los holandeses. Tú eres joven, que esto te sirva de lección: el sensualismo es el enemigo de las grandes obras. ¡Ay de aquel que se deja dominar por él!



DIBUJOS DE BESARES



EL RELOJ

Los criados de la vieja casa patriarcal de los Navarro estaban algo inquietos con el anuncio de la llegada del hijo pródigo, viejo ya para pasar el resto de su vida en el sereno retiro de la paterna heredad.

— ¿A qué hora llega? — pregunta uno de ellos.

— Creo que a las diez — contesta el otro; hijos ambos del anciano criado que viera crecer a los niños de la casa, y morir a los viejos, y que vería ahora regresar al último Navarro.

— ¡Pues vaya un gusto! — dice el primero. — Venir a vivir a estos lugares y a esa edad...

— ¡Caprichos de viejo!

— Vamos, muchachos; suspended la charla esa — ordena una voz serena desde el jardín de la casa. — ¿No oís que se acerca?

En efecto. Un trotar de caballos se oía a la distancia. Los criados se asomaron y vieron que desde allá, desde el fondo de la calle polvorienta, plácida calle de aldea, venía una carroza de viaje tirada por dos hermosos caballos blancos que hacían resonar el golpe casi rítmico de sus cascos en el grato silencio matutino.

El criado más viejo, el que conociera al muchacho de entonces y que ahora llegaba macilento y senil después de tantos años, cortó un gran ramo de rosas y fuése a esperar a Navarro, junto al ancho portón.

Al cabo de un momento, la carroza se detenía ante las verjas de la casa, y abriéndose la portezuela, descendieron los dos acompañantes del señor, quienes lo invitaron a salir. Este lo hizo despaciosamente, afirmándose en ellos, como temiendo andar solo.

El viejo criado, con el sombrero en la mano, se adelantó a ofrecerle sus rosas.

— Buenos días, amigo — saludó Navarro con voz velada.

— Buenos días, señor. Tome usted estas flores como bienvenida.

— Muchas gracias. — Navarro tomó las flores desprendiéndose de uno de los acompañantes, quien lo tomó entonces por el brazo. — ¿Has visto que viejo vengo? — agregó Navarro dirigiéndose otra vez al criado.

— No, señor. Todavía está bien... — atinó a contestar el servidor.

— ¿Y estos muchachos tan guapos?

— Mis hijos, señor; para que usted los mande.

— Dios se los conserve. ¿Todo está dispuesto?

— Todo, completamente.

Navarro entró en la casa, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Con la garganta anudada por la intensa emoción, iba murmurando a medida que avanzaba:

— ¡Todo está igual! Este es el jardín donde jugué cuando muchacho; la galería, con sus enormes pilares, todavía permanece con sus jazmines trepadores y sus enredaderas de rosas, siempre jóvenes a pesar de los años. ¡Sólo yo he envejecido!

Aquella es la huerta, sitio de mis locas correrías, con sus perales, sus manzanos y sus durazneros en flor, cada vez más opulentos... ¡Todo está igual! ¡Dios mío! El molino, con sus aspas sonoras en su alternativo girar; el pozo, con su brocal donde la hiedra ha crecido; el cerco, con sus pinos escuetos, el pequeño arroyo de riego con sus achiras y sus juncos, florido en cada primavera... ¡Sólo yo envejezco!

Navarro pidió entrar en su habitación. Se sentía fatigado.

Allí estaban sus muebles, vetustos y austeros, como antiguos guardianes inmutables. La biblioteca atestada de libros cuyos lomos descoloridos daban la perfecta sensación de los años que habían permanecido encerrados.

— Dejadme solo — pidió Navarro, y se dejó caer en un sillón amplio, donde padres y hermanos, ahora ausentes para siempre, se habían entregado al inefable placer de las serenas meditaciones. Sillón donde la madre, buena y simple matrona, solía sentarse para contar a los niños los cuentos de infancia ahora borrados de la memoria.

Cuando todos salieron, en el húmedo silencio de la estancia resonó como una voz fatídica el tic-tac del antiguo reloj de péndulas. Navarro se estremeció. Buscó con los ojos el amigo de antaño, y lo encontró como siempre. Igual que cuando marcaba las horas de su niñez remota; igual que cuando iba a la escuela del poblado; igual que cuando empezó a sentir el fuego secreto de los primeros amores, y que cuando, mozo ya, decidió alejarse de la vieja casa solariega para recorrer los senderos del mundo. Siempre lo mismo; señalando implacablemente la marcha de la Eternidad.

Navarro sintió una punzada aguda en el pecho. Y llamó con voz ahogada. Cuando acudieron los criados y los acompañantes, estaba cadavérico, hundido en el sillón, con los ojos fijos en el viejo reloj.

— Perdonadme... — dijo el viajero trémulo de angustia, — he venido a entristeceros... ¡pero a morir en paz! Era lo que yo quería. ¿Qué hora es?

— Pronto van a dar las doce — dijo uno de los criados. — ¿Qué desea el señor? — Pida lo que quiera; todo lo haremos.

— Nada... que suenen de una vez...

— ¡Pero si falta poco, señor!

— Que suenen... — ordenó Navarro, con un dejo amargo de energía.

El criado fué hasta el reloj, y adelantó las agujas. Las doce.

Y la voz de la campana empezó a sonar sordamente en el silencio profundo de la estancia, mientras Navarro se iba quedando inerte ante la eternidad del sonido.

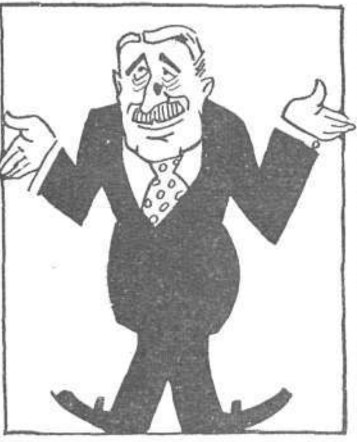
Cuando cerró los ojos, era el mediodía. Afuera reía la vida en el trino del pájaro, en los perfumes del huerto y en la sonrisa del sol; y en la alcoba de antaño resonaba el implacable tic-tac del viejo reloj de péndulas...

ALFREDO R. BUFANO

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

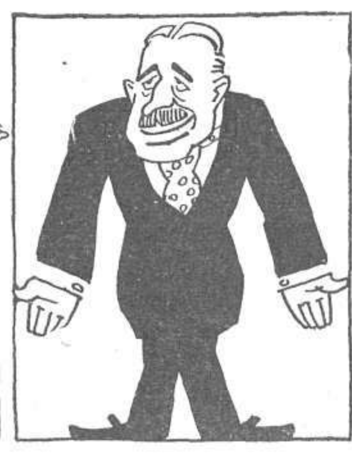


LE BRETON. — Los ganaderos están conmigo. Los frigoríficos también. Estoy satisfecho.

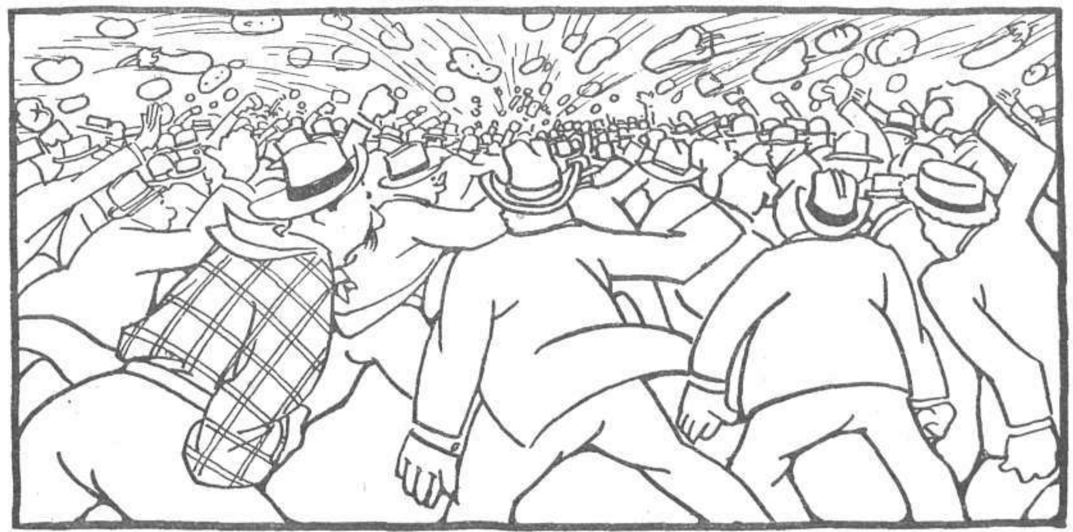


TIENE MOTIVOS DE SATISFACCION

LE BRETON. — Los frigoríficos no compran. Los ganaderos se muestran descontentos. El precio mínimo no marcha. Yo continúo satisfecho.

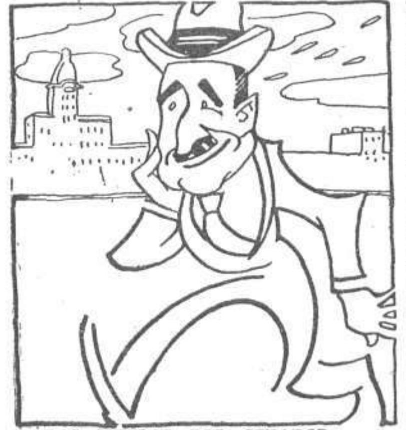


LE BRETON. — Los frigoríficos han impedido imponer el precio mínimo. Yo estoy más satisfecho.



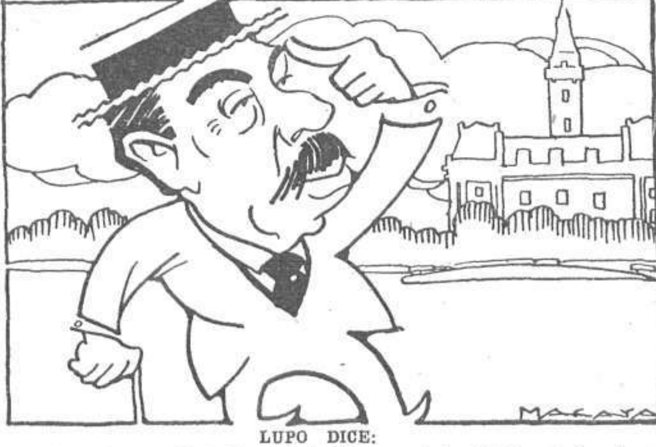
EN TUCUMAN

— ¿Contra quién vociferan de ese modo?
— Contra don Octaviano.
— ¡Ah! Esto debe ser la verdadera paz octaviana.



LAS MUELAS DEL SENADOR

— Me duele una muela. Salgo a la calle y ya no me duele. Llego al Senado y me empieza a doler de nuevo. ¿Qué hago? ¿Me quedo o voy a casa del dentista? ¡Conflicto entre dos dolores!



LUPO DICE:

— El problema es difícil. Hay que decidirse por el Comité libre de derechos de Aduana o por la Aduana libre de derechos de Comité.

Partido Salud Pública



El doctor Genaro Giacobini y facultativos que lo secundan en su tarea, rodeados de un grupo de enfermos a quienes les suministró gratuitamente los medicamentos y tónicos que sus padecimientos requerían, afianzando con estos actos, la bondad de la campaña que persigue el Partido Salud Pública del cual es director.

LA INFLUENCIA OCCIDENTAL SE HACE SENTIR EN CHINA

Los chinos están adoptando un buen número de las costumbres occidentales. Lo asegura al menos «L'Illustration», revista francesa, que dice que en Shanghai, la población indígena frecuenta el hipódromo con pasión igual a la de los europeos o los americanos. Y juega con entusiasmo no menos ardiente. Mucho antes de que comiencen las carreras, las tribunas reservadas a los nativos son invadidas por una multitud de apasionados chinos de ambos sexos, de toda edad y categoría social. Las mamás van a veces hasta con sus chiquillos de pecho. La multitud china es particularmente pintoresca. Pero también es verdad que si abundan las trenzas características y los trajes orientales, no faltan las cabezas al rape y los sombreros de paja. La influencia occidental antes de 1912, año de la revolución, era solamente tolerada, pero ahora no sólo es tolerada, sino solicitada por los innovadores «jóvenes chinos» en primer lugar y por los «ciudadanos modernos» después. Cuando se piensa que el pueblo chino es inmensamente apegado a las tradiciones, esta noticia de «L'Illustration» tendrá que sorprender. A no ser que las carreras de caballos, los «bookmakers» y los totalizadores, no resulten como tantas otras cosas, invenciones chinas de la más remota antigüedad.

Aquí fué una gran metrópoli... Tokio

El mundo entero se conmovió al conocer el espantoso cataclismo japonés. La imaginación más exaltada no pudo, sin embargo, forjarse el terrible cuadro, sólo las notas gráficas que van llegando pueden dar aproximada idea de la magnitud y horrenda grandeza que alcanzó el desastre.

LOS LIBROS

LAS IDEAS ECONOMICAS DE MANUEL BELGRANO

POR LUIS ROQUE GONDRA.

Un ilustre estadista peruano, don Manuel Pardo, escribiendo sobre la «Historia de Belgrano» por el general Mitre, decía que no comprendía cómo el autor había podido relatar empresa tan gloriosa y trascendental como la independencia argentina, tomando como héroe principal de su relato a un personaje como Belgrano. Tenía como fundamento ese juicio la idea de que las glorias militares, las grandes alternativas de las luchas políticas, deben ser los elementos principales de la historia. El general Mitre, con tomar a Belgrano como héroe de su obra, ya clásica, reaccionó prácticamente contra esa idea, y si no lo dijo fué sin duda porque le pareció ocioso decirlo. El general Mitre vió en Belgrano a un sembrador de ideas puesto por el destino en situaciones y llamado a empresas no del todo adecuadas a su carácter, y vió también que buena parte de la grandeza de Belgrano está en haber aceptado esas situaciones y dádose a esas empresas únicamente movido por el patriotismo más puro. El autor de este libro lo ha escrito para dejar constancia una vez más, de la singular importancia que para el destino inmediato del Virreinato de Buenos Aires tuvo la siembra de los principios que a fines del siglo XVIII habían cambiado completamente la faz económica del mundo. Es un libro escrito con mucho conocimiento de causa y que pone la acción de Belgrano en el puesto que le corresponde, desde ese punto de vista. Como apéndice, el autor publica los escritos económico-sociales (para emplear un término al uso) de Belgrano, con lo cual es de esperar que alcance mayor difusión entre los aficionados a ese interesante género de estudios.

TODO, TODO ES AMOR

POR LUIS FERNÁN CISNEROS

Este distinguido periodista peruano a quien los azares de la política han traído a nuestro país, es ante todo y sobre todo poeta. Su abolengo literario es ilustre, pues es hijo de Luis Benjamín Cisneros, cuya obra brilla en las cimas más altas a que se ha elevado el genio poético en el Perú. En una encuesta no hace mucho publicada en una revista limeña, el señor Cisneros declaró que la ciudad en que más le gustaría vivir es Lima, y en este libro hay varias composiciones que dejan ver que la declaración era perfectamente sincera, pues en ellas se respira, como quien dice, el ambiente peculiarísimo de la vieja ciudad de los Reyes, no por vieja menos inteligente, elegante y seductora. Sería, empero, grave error creer que en el autor de este libro no hay sino un poeta limeño; hay también un poeta sin calificativo alguno, simplemente un poeta. No es el señor Cisneros poeta de aquellos cuyos versos requieren la amplitud del ágora; por el contrario, es de los que deben leerse en el recogimiento silencioso del rincón preferido del hogar, bien amparado el lector contra todo bullicio y agitación exteriores. Sólo así, se nos ocurre, podría apreciarse bien la delicada sensibilidad, que ya va denunciada en el título, y la que tal vez podría llamarse romántica melancolía del poeta. Con todo, de cuando en cuando convendría abrir la ventana, y deleitarse con ver pasar, por las bien asoleadas calles de Lima, las encantadoras muñecas de que el señor Cisneros nos ofrece tan encantador retrato en una de sus más agradables, bien que no de las más hondamente sugestivas, entre sus siempre bellas composiciones.

GEOGRAFIA ECONOMICA ARGENTINA

POR LAURENTINO OLASCOAGA.

El concepto de la geografía se ha ampliado mucho desde los tiempos en que en el colegio la estudiábamos según una pauta invariable para todos los países: Límites, extensión, ciudades principales, ríos, montañas, etc. Ahora existen la geografía humana, inventada no hace mucho, y la geografía económica, de la cual tenemos a la vista una muy recomendable muestra. La geografía económica, nos previene el autor, «es una rama de la ciencia de la vida sobre la tierra y por ello tiene los marcados caracteres de una ciencia experimental». Es decir, es una ciencia real de aplicabilidad experimental; como ciencia es nueva y se ha fundado en el progreso material de los pueblos; como arte es muy antigua puesto que los pueblos originarios la aplicaron a la administración de sus riquezas, al mismo tiempo que la crearon como necesidad includible para el sostenimiento individual y social; sin duda alguna era indispensable, como dice Boccardo, *proveer los medios de dirigir el trabajo y la producción regular, facilitar los cambios y distribuir equitativamente los productos.* Es claro que siendo la producción el resultado del trabajo del hombre en la tierra, la ciencia económica aplicada a la geografía no puede sino representar una de las más importantes ramas de las actividades humanas». El libro del señor Olascoaga es, pues, un libro científico; mas no por eso debe creerse que sólo lo podrán leer los que tengan una preparación científica especial. Como todos los hombres de ciencia que saben bien lo que saben, el autor escribe con gran claridad y se hace entender con suma facilidad. Además, como se trata de una obra de grandísimo interés para el país, especialmente en lo que mira al porvenir, esta Geografía Económica Argentina merece y seguramente la tendrá, la atención de toda persona inteligente que se preocupe de una siquiera de las varias cuestiones que el señor Olascoaga trata magistralmente en su libro.

LA JUSTICIA DEL VIRREY

POR ALEJANDRO RÓMULO CÁNEPA.

Hace ya algún tiempo que el autor de este libro publicó su primer trabajo literario y debe reconocerse que desde entonces hasta ahora sus progresos son visibles. No solamente el estilo ha adquirido condiciones apreciables de elegancia, corrección y agilidad, sino que el arte de «novelar» ha llegado a términos que ponen al autor entre los más felices cultivadores del género. La novela histórica no se escribe sólo con apuntar que la acción pasa en tal o tal año y vestir a los personajes conforme a la moda de la época de que se trata; es menester estudiar el ambiente en las historias, en las tradiciones, en las leyendas y hasta en documentos si a mano vienen, para dar a los personajes alma, sentimientos, ideas correspondientes a los años en que se ponen, pues no siempre los hombres creen, sienten y piensan lo mismo. El señor Cánepa se dió pronto cuenta de las dificultades del género que le atraía, y las ha superado con toda felicidad. Sus novelas y narraciones se leen con particular placer, y si de cuando en cuando algún crítico más o menos exigente podría hacer reproches, son infinitamente más numerosas las veces que el lector inteligente se ve obligado al aplauso.

DE LOS GRANDES ROMANTICOS

POR CARLOS OBLIGADO.

Hay que confesar que las generaciones nuevas son asaz injustas con los poetas románticos. Es perfectamente natural que las escuelas poéticas no sean eternas; pero un gran poeta de verdad sigue siéndolo cualquiera que sea la escuela predominante. Con este libro, parece como que se repara en parte aquella injusticia. El señor Obligado ha traducido a Alfredo de Vigni, Lamartine, Victor Hugo y Musset, y sus traducciones pueden considerarse excelentes, como que él mismo es poeta. En particular, nos parece muy oportuno llamar la atención de los aficionados a la poesía hacia la obra poética del autor de «Cinq-Mars», que es, sin duda, uno de los grandes poetas de todos los países y de todos los tiempos. Como el señor Obligado lo recuerda en la nota preliminar de su libro, Vigny ha sido poco traducido al castellano, de suerte que en este punto la labor del autor de este volumen es aún más digna de alabanza sincera.

DISCOS DOBLES NACIONAL

PRECIOSA MIA

Tonada Por el dúo GARDEL-RAZZANO

DISCO Nº 18079

LAS ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18079 (**PRECIOSA MIA.** Tonada. Dúo. A. Gobbi.
(**Midinette Porteña.** Tango. Solo Gardel. Tuegols-Camba.

18080 (**El Ramito.** Canción. Tango. Solo Gardel. Peñaloza-Filiberto-Teisseire.
(**Celeste y Blanco.** Tango milonga. Solo Gardel. Teisseire-Kolben.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6217 (**Cloroformo.** Tango. U. Toranzo.
(**Amor y Sacrificio.** Vals criollo. A. y A. Sureda.

6219 (**Practicante.** Tango. Antonio de Bassi.
(**Una Sonrisa.** Tango. S. Castriota.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6937 (**Don Padilla.** Tango. Orquesta Típica. A. Seghini.
(**La Milonga te Llevó.** Tango. Orquesta Típica. A. Seghini.

6939 (**El Acomodo.** Tango. Orquesta Típica. J. Martínez.
(**My Sweethear's Song.** (La canción de mi novia). Con serrucho. Shimmy. Jazz-Band. Haimo-González.

ORQUESTA TIPICA „PACHO"
(Juan Maglio)

7406 (**El Flechazo.** Tango. P. V. Lambertucci.
(**El Taita.** Tango. C. Maglio.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND

8006 (**Sonia.** Fox Trot. Cappenberg-Partos.
(**Gitanería.** Pasodoble. A. G. del Barrio.

IGNACIO CORSINI. (Tenor)
(Con 2 guitarras IRIARTE-CORREA)

221 (**Como una Flor.** Vals. Roldán-Castriota.
(**Cariño Eterno.** (Irene). Tango. Iriarte-Caruso.

D. C. MINOTTO
(Solo de Bandoneones)

6875 (**Camarada.** Tango. F. Canaro.
(**Chicago.** Shimmy. F. Fisher.

Nuevo catálogo general de discos dobles «NACIONAL». Pídalo, se remite gratis.

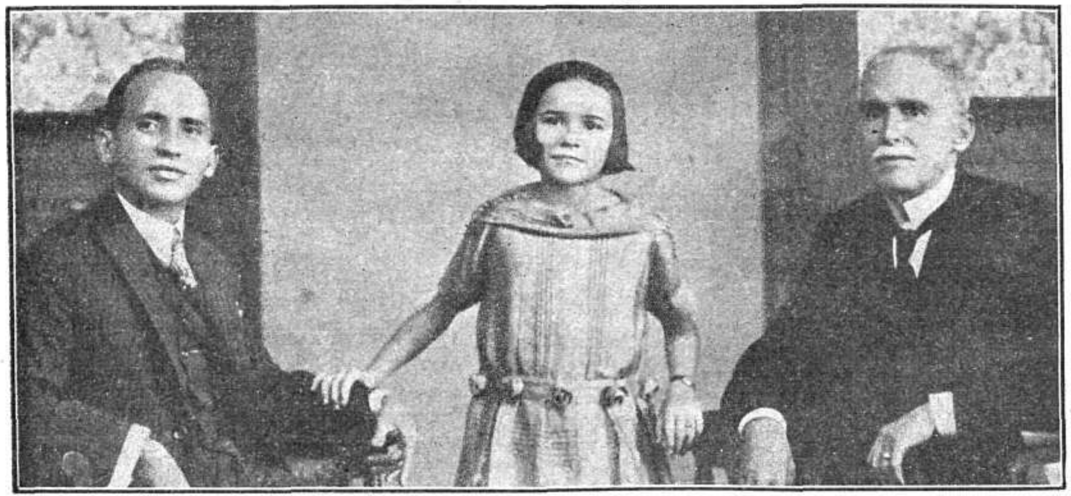
Sección Fotografía

PAPELES - DROGAS - ACCESORIOS

Trabajos de revelación e impresión en 6 horas.



Brasileños distinguidos



El doctor Viriato Correa, uno de los más destacados escritores de la nueva generación fluminense; historiador, comediógrafo, periodista y académico. — María de Lourdes, precoz artista, compositora y notable "virtuosa" del violín, y el general doctor Gomes de Castro, eximio filósofo y autor de "A Patria Brasileira", libro en el cual revela sus grandes simpatías por la Argentina.

UN MONUMENTO A CRISTOBAL LATHAM

La erección de un monumento a Cristóbal Latham Sholes el inventor de la máquina de escribir, en la ciudad de Herkimer, su lugar natal en los Estados Unidos, hace recordar al «Corriere d'América» los esfuerzos que costó este utilísimo y hoy divulgadísimo medio de escribir pronto y claramente. El monumento celebra el cincuentenario de la invención, pues Sholes logró tener éxito cabalmente en el año 1873. En ese año logró construír una máquina muy semejante a la actual. ¡Pero cuántos ensayos, cuántos esfuerzos fueron necesarios! En 1829 un Mr. Burtche fué el primero en tratar de inventar una máquina para la escritura mecánica y construyó una cajita ruidosa y fatigosa. Más tarde, en 1843, Thurber tuvo la intuición del tambor, y en 1850 Eddy construyó un aparato complicado que se parecía a una espineta, en el cual cada nota correspondía a una letra. Baesch en 1856, fabricó una máquina en todo parecida a un telar. Francis, un año después, intentaba hacer el piano escribiente. Pratt, en 1866 patentó un mecanismo sencillísimo, del cual Glidden primero y después Sholes, aprovecharon los elementos que dieron practicidad al invento. Es un episodio de la historia de la civilización que merece ser recordado.



SENTIRSE anémico, débil, extenuado, enfermizo, es vivir una vida triste, penosa, sin alegrías, sin ilusiones.

¿Porqué permanecer por más tiempo agobiado bajo el peso cruel de un sufrimiento constante, cuando el Sanatogen, el Reconstituyente *sin igual*, puede librarlo del martirio, devolviéndole las fuerzas, el buen color, el PLACER DE VIVIR, que sólo proporciona la salud perfecta?

El Sanatogen posee substancias naturales, científicamente combinadas, que vigorizan el cerebro, tonifican el estómago, purifican la sangre y dan fuerzas al organismo.

Es conocido en todo el mundo, y durante los últimos 25 años, ha sido usado por millones de hombres y mujeres en todas las esferas sociales, muchos de prominencia y reputación universales.

EL SANATOGEN ES RECOMENDADO POR MAS DE 24.000 MEDICOS

Ahí está, por ejemplo, el Dr. E. Persichetti, Médico Particular de S. M. la Reina Madre de Italia, quien escribe:

"He empleado el Sanatogen en varios casos de neurastenia, y en todos los enfermos he observado un gran alivio de los síntomas nerviosos. Estoy convencido que el Sanatogen es un alimento tónico de gran valor, que restablece las fuerzas perdidas."

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SOMETALO A LA PRUEBA HOY MISMO

SANATOGEN

EL TÓNICO NUTRITIVO

De Avellaneda



Cuadro alegórico "La Primavera" integrado por los alumnos de la escuela N.º 14 en el festival benéfico patrocinado por la sociedad "Pro Niñez".

MÚSICA CELESTIAL

El semanario «Gentilissima», que se publica en Milán, ha dicho que en una sesión espiritista celebrada recientemente, el médium se comunicó con el gran tenor napolitano Enrico Caruso.

Enrico — dijo a los concurrentes, a su evocación, que en la actualidad es más feliz que cuando vivía en la tierra, y aseguró que su voz, que un tiempo fué admiración del mundo entero, era comparable al graznido de un pato, después de haber oído las celestes armonías.

El caso no deja de ser algo c[illegible] Pero antes de que el espíritu (pobres y asendereados estos espíritus que acuden a todos los llamamientos que se les hacen desde la tierra), antes, decíamos, de que el espíritu de Caruso manifestara que su voz había sido la del pato, había dicho lo mismo de la suya el famoso hereje Juan de Husa, condenado a la hoguera. (Mi voz es la del pato, luego vendrá la del cisne). Y antes de que el gran tenor, desde su camino de ultratumba, nos elogiara las armonías celestes, las había ensalzado el bueno de Pitágoras, tan galante para el bello sexo, que decía que la juventud empezaba [illegible] tan modesto en cuanto a su linaje, que no comía besugo, temeroso de haberlo sido en una de sus precedentes generaciones, como si quisiera que contrastase su humildad de filósofo, inventor de esta palabra, con la soberbia y la petulancia de muchos que habían de llamarse filósofos al correr de los tiempos.

El hombre que no tiene enemigos es un desgraciado, el enemigo le enseña a conocer a uno sus faltas.

Hay abusos que traspasan los linderos de la falta, para pasar al terreno del delito.



—Querida Kiukin, tengo que hablarte.

—¿Seriamente?

—Muy seriamente.

—¡No tan en serio, te lo ruego!

—No creas que se trata de un ensayo de elocuencia, para el cual es lo mismo preferir un tono que otro. Debo conversarte sobre algo que me imponen las circunstancias.

—Y bien, hazlo, pero antes debes darme un besito.

—¿Un besito? Aquí lo tienes.

—¡Me has besado en la frente!... Te lo he pedido en la boca.

—Pero en la boca, Kiukin, el besito se complica.

—Deja que se complique.

—¡Oh, no! Con las complicaciones no se termina nunca.

—Deja que no se terminen nunca.

—Mi conciencia no soporta retardos.

—Son las doce de la noche. Por lo cual, a esta hora, no es tu conciencia la que no los soporta.

—Para mí, ésta, es una media noche especial. Me preocupa mucho tu porvenir.

—¿Mi porvenir comienza precisamente esta media noche?

—¡No te hagas la estúpida! ¡El porvenir comienza... en cualquier instante!

—De modo que hasta puede empezar dentro de una hora.

—¡No sofistiques ulteriormente, porque es inútil! Sé buena y escúchame.

—Seré buena, pero me fastidiaré.

La pequeña amante de Flavio Gorez bajó del diminuto sofá en que se hallaba sentada y aovillando aquella su muelle pequeñez cincelada de líneas japonesas, por la cual habíasele puesto aquel raro sobrenombre de Kiukin, de abreviada resonancia y sabor japonés, surgido de alguna broma, y habíale quedado, no sin que ella se complaciese de que la llamasen así, y sin que tampoco dejara de justificarlo, sus modales, su manera de vestir, y un poco de escenografía. Vestida con su auténtico kimono, que apenas retocaba al mirarse en el espejo, con las doradas babuchas de musmé elegante, y el cabello de terciopelo negro, dividido en dos bandas y recogido sobre el occipucio, acurrucada en el tapete kelin, entre las baratijas de laca y de bambú, de las taraceas de nácar y los bordados de hilos deslumbrantes, además de los globitos polícromos que escondían las lamparitas eléctricas, que suavizaba coloreando de vaga iridiscencia la luz, en realidad, diríase que había transmigrado del rinconcito negro europeizado de la isla de Nipón.

Flavio Gorez manifestó bien claro que tenía necesidad de hablarle muy seriamente, pero ahora, al iniciar su conversación, se cohibía. Y las palabras, con las cuales intentaba encarrilarse, semejaban los tambaleos y remolinos de un barrilete, cuyo vuelo, guiado por un niño, al aflojar o recoger el hilo, no encuentra aún las corrientes propicias del aire.

—Si no me equivoco, tienes veintitrés años. Y, aunque supongamos que tu fe de bautismo marque algún mes más. ¿Qué importa?... Un mes más o menos, a dicha edad, nada importa. Como fuiste precoz, se te figura que has avanzado mucho en la vida. Tu carrera de mujer comenzó en la adolescencia. Pero veintitrés años son siempre veintitrés años. Si te parece que ya has avanzado mucho en la vida, no por eso debes creer despreciable... la vida que aún te queda por recorrer. Y se entiende que me refiero a la que te queda por recorrer durante tu juventud. Cuya juventud, querida Kiukin, te garantizo que será larga, pero larguísima. Las mujeres pequeñas, como tú, nunca envejecen. Tienen ese privilegio. De modo que, a los veintitrés años, o veintitrés años y algunos meses, puedes figurarte que has llegado a una estación... ferroviaria, de la cual es necesario que vuelvas a partir para continuar tu viaje. Una estación donde se cruzan trenes que van en todas direcciones. Uno va a Milán, otro a Bolonia, otro a Turín, otro a Roma, otro a Foggia, y así los demás. Si de ti dependiese la elección, tú elegirías... sin elegir. Esto es, tomarías el primer tren que se te presentara, e irías sin preocuparte—¿qué sé yo? —a Bolonia, por ejemplo, donde podría propagarse furiosamente el paludismo, o a Foggia, donde te atormentaría, acaso, un frío de diez grados bajo cero, o... a Turín, donde podría torturarte funestamente —supongamos— un calor tropical. Mira que para aducir ejemplos, hago las hipótesis más descabelladas, y dichos ejemplos, son... para convencerte de que, al tomar un tren al acaso, podrías caer en cualquier desgracia. Y para evitar esas eventualidades, intervengo yo. Tengo la obligación de intervenir con mi prudencia y clarividencia y por la responsabilidad que tengo hacia ti.

Satisfecho y algo cansado, por sus primeros y hábiles argumentos, se detuvo.

—¿Terminó el discurso? —preguntó ella, entre desatenta y enfurruñada.

—¡Cómo quieres que haya terminado si ni siquiera empecé a argumentar?

—¡Comienza, entonces, buen Dios!

—¿Me escuchas?

—¡Pero sí, que te escucho!

Con nuevos bríos, continuó diciendo:

—Ahora, ya te conozco a fondo. No eres el tipo de la mujer aventurera, no eres el tipo de la *demimondaine*. He visto que desde que por mí has renunciado a tu profesión de bailarina, *sin* hacer esfuerzo alguno, has vivido alejada del mundo de las aventuras, lejos de todo ambiente equívoco, siéndome muy fiel. Sin necesidad de vigilarte, cual un celoso, me he convencido de ello, por mil indi-

cios, por muchos síntomas, que no pueden escapar a mi experiencia. ¡Una perfecta fidelidad!... ¡La más completa fidelidad!... Salta a primera vista tu fidelidad. Lo cual signfica que tu organismo es el de una mujer honesta. De manera que todo lo que te obligase a no conservarte como tal, todo lo que no fuese homogéneo a tu honestidad, sería para ti..., y vuelvo a asirme a los ejemplos..., sería para ti... el paludismo de Bolonia, el frío de perros de Foggia, el horno de Turín! ¡Fiebre terciana, congelación, licuefacción!

—¡Misericordia! — dijo Kiukin, bostezando ostentablemente.

— Por consiguiente— prosiguió en seguida Flavio Gorez — excluyo tu vuelta al palco escénico, porque como bailarina, no vales gran cosa, y, con el miserable sueldo que te darían, no podrías resolver el problema financiero, sin agregar a tu danza otro oficio menos digno, y sin atingencias con la actividad de tus piececitos. La profesión que, incontestablemente, te viene bien, es la de actriz cinematográfica. El arte del cine, para una mujercita encantadora como tú, es un filón de oro. Sólo hace falta un buen contrato. Las relaciones que tengo en el campo industrial cinematográfico me facilitarán para hacer un poco de *manager* tuyo. Y hasta todos esos modales del Japón que has asimilado me facilitarán la tarea. Ha tenido un gran éxito un film americano con una protagonista japonesa. Durante mucho tiempo, la cinematografía italiana no hará más que cintas con asuntos de protagonistas japonesas. Verás que como especialista en japoneserías, te contratarás en excelentes condiciones. Te las arreglarás perfectamente, y, dueña de ti misma, no correrás el riesgo de tener que transigir, no tendrás fastidios, ni necesitarás de nadie. Ni necesitarás ya... siquiera de mí.

El dado había sido echado, y, en vista de que ella callaba, Flavio Gorez, al no poder leer en el rostro de Kiukin el efecto de su dimisión sobreentendida, porque permanecía siempre acurrucada sobre el tapete, con la cabeza gacha, quedó suspenso en medio de su orgasmo. Tranquilizóse bastante cuando llegó hasta sus oídos un flébil hilo de voz que, con seguridad, no preludiaba el estallido de la cólera o ira que mayormente temiera:

—¡En resumen, el caso es que deseas abandonarme!

— El pensó: «¡Pobre Kiukin!... Se apena. No se rebela. Tendré que consolarla. No tendré que defenderme de ningún improperio ni de arrebato alguno. No tendremos escenas trágicas. Me las arreglaré perfectamente». Y sinceramente conmovido, con acariciante ternura, prosiguió:

— ¡Es necesario que te deje, angelito querido. Tengo cerca de cuarenta años, que es el límite de la juventud. Si no me apresuro ahora a crear una familia, luego sería m[illegible]

Y terminaría por condenar al celibato mi edad madura y mi vejez. ¡Nada más triste! ¡Nada más cruel!... De modo, entonces, que he resuelto casarme. Y por lo tanto, deseo truncar lo más pronto posible nuestras relaciones. Por lo mucho que te he querido y sigo queriéndote, por el respeto que me inspiras al recordar tu honestidad y fidelidad, no puedo permitir que permanezcas a mi lado, mientras busco la mujer con quién debo casarme, o mientras hago los preparativos del matrimonio, suponiendo que ya la he hallado. Creo que tú me comprenderás y apreciarás por lo tanto mi manera de sentir. Había volcado el saco. El instante era decisivo. La vocecita de Kiukin de nuevo se hizo desear en aquel silencio enigmáticamente turbio; y, esta vez, al emitirla, su boquita que rozaba una rodilla, aunque volviendo a excluír toda probabilidad de giros tempestuosos, más que tranquilizarlo, a decir verdad lo dejó asombrado por la excesiva cachaza:

— ¿Nada más tienes que decirme?

— No: nada más.

— ¿Te agradaría que yo te dijese algo a ti?

— Sin duda.

— Bien, te diré. Comprendo tu modo de sentir, pero no lo apruebo.

— ¿Por qué no lo apruebas?

— Porque es una exageración.

— ¿Hubieras preferido que yo fuera y viniera detrás de tí y de la otra *fulana* que el destino me deparase por esposa?

— Ante todo, debiste ocultarme tus propósitos.

— ¿Y si te los hubiese ocultado?...

— Con un poco de cuidado y astucia podías haberte molestado, yendo y viniendo tras de mí y de tu mujer, luego, y, por ahora, no habría necesidad de cortar nuestras relaciones.

El cinismo de Kiukin, cuya adhesión durante largo tiempo fuera invariable, y a quien creyó siempre, indefectiblemente, llena de romántica dulzura, cual suele atribuírse a las enamoradas mujeres japonesas, desconcertaba su cerebro.

— ¡Te desconozco! — exclamó, estupefacto, bruscamente, con dolor. — ¿Precisamente tú, que jamás me has engañado, me reprochas ahora el no haberte sabido engañar?

Ella truncó, sordamente:

— Siempre has querido tomarme demasiado en serio. Y siempre te has ilusionado respecto a mí. Te obstinas en alabar mi fidelidad... Te obstinas en no dudar de mí... Y por haberme rodeado en tu fantasía con una aureola que no me corresponde, me has obsequiado con los escrúpulos de tu conciencia, que son un buen fastidio!

En un raro despertar de sus rústicos ímpetus, la agarró por debajo de los brazos, la levantó en peso, y la arrojó sobre el sofá, rugiendo:

— [illegible]pite lo que has dicho! ¡Repite que

me he ilusionado con respecto a ti! ¡Repite que en mi fantasía te he rodeado con una aureola que no te corresponde!

Ella, con resignación, apartóse hacia un ángulo del sofá, arreglándose la cabellera en desorden:

— Es evidente que si te lo repito, me golpearás. De modo que no te lo repito.

— ¡No te golpearé, no! — aseguró él, guardando compostura. — Te prometo que no te golpearé. Odio la brutalidad. Odio la violencia. He obedecido a un instante de locura por la desconcertante sorpresa que me produjeron tus palabras. Como ves, ya estoy tranquilo. Y te ruego tranquilamente que aclares la nebulosa confesión que contenían tus frases.

— Con el mayor gusto — díjole Kiukin, — porque me agrada confirmarte que hubiéramos podido continuar lo más bien, al menos hasta la vigilia de tus bodas, y sobre todo, porque, ahora ya, me desagradaría que tú, por tus benditas ilusiones, te hicieras mala sangre con tus remordimientos .¿Mi honestidad?... ¿Mi fidelidad? ¡Ay de mí!...

Suspiró y volvió a suspirar, retardándose con expresión reflexiva y apenada, mientras él interpretaba amargamente aquellos suspiros.

— ¿Era pura apariencia tu fidelidad?! ¿Impostura nada más?...

— Impostura nada más, no. Te juro que nunca dejé de amarte. Te he engañado, he ahí todo.

— ¿Mucho?

— Regular. Aunque no son muy graves mis faltas. Esa es la pura verdad. Eran faltas de una mujer que, en el fondo, te amaba. Me arriesgaba, entiendes, en uno que otro *flirt*, por coquetería, para pasar el tiempo. Y luego, sin querer, de paso, cedía. O bien, hacía presa de mí una curiosidad, o un capricho. Intentar alejarlo hubiera sido inútil. Esos caprichos, desgraciadamente, son como las moscas bravas, que, si las ahuyentas, vuelven más rabiosas que antes. Cuando los caprichos hacían presa de mí, el único medio de librarme de ellos era satisfacerlos.

Acumulando desdén y rabia, Flavio Gorez se arrepentía de haberle prometido que no la golpearía. Y, entretanto, la vocecita de ella cambiaba de tono con insistencia ligera y chispeante, casi cual si ella hablase bromeando de amenas frivolidades.

— Por otra parte, es bueno que lo sepas. Tú, con tu ilimitada confianza, me infundías valor para serte infiel. ¡Natural!... Yo sabía perfectamente que no lo notabas, y sabía muy bien, por lo tanto, que no sufrirías. Veía el campo libre de obstáculos y de preocupaciones. Y no es eso todo. A veces, tenía la sensación de que tu confianza fuera el producto de una simulada indiferencia. Esto, naturalmente, me alejaba de ti, y permitíame complacerme ante el deseo que yo suscitaba en otros, o aconsejábame el no evitar las tentaciones. ¡Se habla tan mal de la desconfianza de los hombres! Pero es probable que, si no existiesen hombres desconfiados, tampoco habría mujeres infieles. Por lo demás, mi buen Flavio, todo fué para bien. Al hacer mis escapaditas, me he acostumbrado a no creerte indispensable y, aun sin pensarlo siquiera, he hecho todo lo posible para que no te fuera muy penoso el separarte de mí. De manera que ni rencores ni tormento alguno. Tú podrás encaminarte tranquilamente hacia el matrimonio, y yo, dejando a un lado la cinematografía, que me es insoportable, y la danza, para lo cual no me presto, también podré, tranquilamente, resolver el famoso problema financiero, volviendo a pescar uno de mis *flirts* más divertidos y que prometen más.

Sobre el agua tranquila de este programa y la manera ésta de rendir cuentas, irrumpió, como un golpe de viento, el furibundo despecho del amante que dimitía.

— ¡Ah, vive Dios, no! ¡No! ¡No!... La libertad para volver a pescar uno de tus *flirts* más divertidos, que prometen más y que son repugnantes, la libertad de exhibirte ante uno de esos pillos que ya han gozado de tu ignominiosa conducta, no te la concederé. ¡Haré todo lo posible por secuestrarte y apoderarme no sólo de tu cuerpo, sino de tu corazón y tu pensamiento también! Deseo ser una obsesión para ti. ¡Quiero que me ames como jamás mujer alguna amó a un hombre!... ¡Y si no lo consigo, peor para ti! Te atormentaré con mis desconfianzas. ¡Te trataré como a una esclava! ¡Seré capaz de recurrir a cualquier crueldad para obligarte, por lo menos, a que me seas fiel!

— ¡Qué esperanza!... ¡Tú bromeas!... Ahora tienes que hacer algo más interesante... Tienes casi cuarenta años. Y esa edad se impone casarse.

— ¡No aguanto imposiciones! ¡No me casaré!

— ¿Y por el sólo hecho de alcanzar que te ame como jamás mujer alguna amó a un hombre, o para obligarme, por cualquier medio, a que te sea fiel, condenas a las tristezas del celibato tu edad madura y tu vejez?... Cometes un error muy grande.

— ¡Seré el hombre más feliz si reviento célibe! — gritó Flavio Gorez, acentuando la palabra *reviento* y golpeando uno de aquellos delicados mueblecitos para desviar el impulso de golpearla a ella.

Luego terminó con fiero acento:

— ¡Y por ahora, te impongo silencio, cual a una esclava!

Kiukin obedeció, hundiéndose y escondiéndose entre las muelles almohadas del sofá. Y esperó.

Al día siguiente, al escribirle ella, en una carta secreta, a su íntima amiga Masina, la descripción de lo sucedido, terminaba así:

«... Los grandes peligros hacen surgir las grandes fuerzas y las grandes inspiraciones. Surgen de nuestros instintos, en un instante, sin ningún razonamiento y sin lógica alguna. De pronto tuve fuerzas para simular un casi completo desdén y la inspiración de confesar que le era infiel, cosa que ni siquiera se me ocurrió jamás. Quizás te parezca inverosímil que un hombre que haya decidido separarse de una mujer, vuelva a vincularse a ella porque notó su desdén y descubrió su infidelidad. Pero lo cierto es que yo acerté. El volvió a ser el mismo de antes. Y la pequeña Kiukin, que ayer notó en el fondo de un instantáneo e imprevisto dolor, la posibilidad de despreciar la inútil vida con un valiente harakiri, hoy se halla muy contenta de vivir, enamorada, fiel y humilde, cual sabe serlo ... una japonesa.»

ROBERTO BRACCO

De Avellaneda

Parte de los concurrentes al homenaje tributado en la necrópolis local a la memoria del doctor Nicanor M. Basavilbaso.

El intendente, señor Salas Chaves, hablando en nombre de la Municipalidad.

El señor Tornamira, que representó a la Asociación Española de Socorros Mutuos.

El culto de la Belleza.

Algunas recetas sencillas que producen resultados sorprendentes.

Por Charlotte Rouvier.

□ □



Los secretos del cutis revelados por un dermatólogo.

«El gran secreto de la conservación del aspecto juvenil del rostro, consiste en la extirpación de la cutícula muerta», dice un célebre dermatólogo. Es cosa bien sabida que la epidermis se halla en un estado de constante renovación, pues las células muertas se desprenden en pequeñas partículas, continuamente. Pero si, por un motivo cualquiera, dichas células no caen apenas muertas, ellas quedan adheridas a flor de piel, cubriendo las células vivas de la epidermis». En este caso habría que recurrir a un especialista dermatólogo para que procediera al despellejamiento del rostro en un sola operación, pero éste es un procedimiento doloroso y costoso. Idéntico resultado puede obtenerse, gradualmente y sin peligro, aplicando cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), substancia que se encuentra en cualquier farmacia. Se la aplica como si fuera cold-cream. Con poco costo se procede al completo despellejamiento del rostro, sin dolor alguno, absorbiendo las células muertas, y revelando el nuevo, sano y sonrosado cutis que se halla inmediatamene debajo.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

Generalmente, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquier armacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones, no son necesarios esos costosos «alimentos de cutis», sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada.

Cómo conservar el cabello en buen estado.

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño, o de color rojo. Si quiere usted conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas, lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

Eficaz remedio contra el vello.

Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento del vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

De San Martín

LOS INCAS TUVIERON GOBERNANTES PROGRESISTAS



Bello y valioso copón ejecutado en los talleres artísticos del presbítero Félix Granda, de Madrid, por encargo del cura-párroco de ésta, presbítero Juan Duff (en el círculo).

La brillante civilización que alcanzó el Perú durante la dominación de los Incas, lo ponía a un nivel si no superior, al menos no inferior al de sus invasores, los españoles.

Manco-Cápac, el primero de los Incas, fué un verdadero civilizador. Dictó muchas leyes humanas y sabias, cuyos textos no se han perdido del todo, enseñó a su pueblo las artes y el cultivo de la tierra, estableció la familia, ordenó que todo súbdito debía contraer matrimonio a los veinte años de edad y reglamentó la más sabia distribución de la tierra que se conoce.

Tanto se preocupaba Manco-Cápac de la felicidad de su pueblo, que éste, en retribución a ello, lo consideró como a una deidad y le dió el nombre de «Cápac», que significa rico de virtudes.

Entre los descendientes de este gran monarca se encuentran reyes tan eminentes como Inca-Roca, quien fundó escuelas para los príncipes, en donde aprendían la interpretación de los «quipos», que equivalían a nuestra escritura, y de los cuales se valían para conservar sus tradiciones. Estableció el cargo de historiador del Imperio, el cual estaba encargado de conservar los «quipos», en el templo del Sol, y con un ejército de treinta mil hombres aumentó sus grandes dominios. Otro rey inca famoso fué Pachacutec, quien, dilatando enormemente el Imperio, mereció el nombre de Conquistador; pero no se redujo a eso su tarea gubernamental, sino que fundó ciudades, mandó construír hermosos palacios, acueductos para las ciudades, caminos, etc.

El joven príncipe Nezahualcoyotl se cuenta también entre los incas cuyo paso por el gobierno dejó huellas profundas de bienestar entre el pueblo. Este príncipe hizo construír un gran templo dedicado «Al Dios no conocido, a la causa de las causas», en cuyo vértice había una torre de nueve cuerpos que representaba las nueve divisiones del cielo, lo cual hace recordar las siete murallas de Echutana construídas por Deyoces y que representaban las siete esferas celestes.

Por este tenor sigue una larga lista de gobernantes incas cuya única y principal preocupación fué la felicidad de su buen pueblo, lista que termina en Sayri-Tupac, llamado don Diego Inca, último de los emperadores de Perú, y que fué quien renunció todos sus derechos al Imperio en la persona de Felipe II, rey de España.

El mejor elogio que se puede hacer a una mujer, consiste en hablarle todo lo más posible de su rival.

Llamar al suicidio una cobardía, es afirmar que el temor a la muerte es un acto de valor.


La Suprema Elegancia
de los modelos de corsés o fajas de la
CASA IZQUIERDO
CARLOS PELLEGRINI, 490
dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.
Presentamos nuestro modelo
"MARCELA"
Lindísima faja, toda cerrada y sin ballenas, la más práctica y cómoda, confeccionada en en rico tricot inglés mercerizado, con cuatro ligas deseda
$ 35.—
Nuestro REGALO
"Pictorial Review" del mes de Noviembre 1923
GRATIS
A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de esta preciosa Blusa de gran moda en la medida que nos indique y, COMO REGALO UN EJEMPLAR de nuestra revista de modas y literatura "PICTORIAL REVIEW" (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Noviembre de 1923.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490—Bs. AIRES
UNION TELEFONICA 38, MAYO 0313
PIDAN CATALOGOS



LA ULTIMA SERENATA

POR

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

Era uno de esos africanos harapientos que matizan, junto con los coolíes asiáticos y los egipcios aceitunados y los hindús color cobre, las caravanas blancas y taciturnas del Paseo de Julio.

Desembarcó una mañana de junio de la proa del «Onessant», y la dirección de inmigración — en aquellos tiempos felices en que los hombres rodaban por los caminos de la tierra sin que nadie les preguntara quiénes eran ni de dónde venían — ni siquiera advirtió la existencia de aquel negro andrajoso y errante.

Venía de Marsella.

El gerente de la fonda Ligure lo contempló con expresión dudosa. Pero el negro le mostró unas monedas de plata, sin decir una palabra. El gerente se tranquilizó.

Le dieron una piezucha, uno de esos siniestros tabucos de fonda miserable que se dirían una pesadilla de Dickens.

Nada más mísero que el equipaje de aquel desconocido. Consistía en un baúl de tela desgarrada y sucia y una caja que semejaba un diminuto ataúd.

Esa noche durmió en la fonda.

Durante el día, durante varios días, se le vió vagar como un sonámbulo por el Paseo de Julio, un alma perdida entre las caravanas de la miseria, hundidas las atezadas mejillas, fijos y extraños los ojos, lentos y vacilantes los pies.

Al obscurecer, comía la bazofia del fondín y se refugiaba con su alma en el tabuco.

Y fué en las noches frías de un invierno que llegaba, cuando el alma del negro harapiento se volcó en las profundidades mugrientas y siniestras del Paseo de Julio.

Abria con manos temblorosas el diminuto ataúd y sacaba un violín muy viejo, cuyas maderas se quejaban con quejidos humanos.

Los hombres borrachos y sucios, allá abajo, oían vagamente la canción del violín. Una canción que hablaba de cielos tropicales, de palmeras inclinadas al rayo de la luna; una canción de ciudades resonantes y luminosas, de amores sepultados en la entraña del olvido, de noches azules besadas por las brisas del Mediterráneo.

Aquella canción del violín invisible se perdió bajo las arcadas, se la llevaba el viento helado del invierno; resbalaba sobre el corazón de los miserables, como las gotas de la lluvia sobre las estatuas.

Arriba, en el tugurio poblado de parásitos, el negro seguía tocando su violín. Algunas veces el brazo que sostenía el arco se detenía, y el dorso de la mano color ébano enjugaba una gota ardiente, y se oía un gemido.

— ¡Cuba! ¡Cuba!

Volvían a las pupilas enrojecidas del negro las visiones de Londres, de París, de Viena. Aquel violín que sollozaba en el regazo del Paseo de Julio había enternecido más de una vez el corazón de las reinas, había agitado la púrpura de los tronos con el milagro de sus melodías, con el sortilegio de sus voces extrañas y maravillosas.

* * *

Fué una noche de lluvia en que el viento glacial barría el pueblo sumergido, cuando la «Serenata de los Angeles» pobló de celestes ensueños el Paseo de Julio.

¡Cómo cantaba el violín en la noche de los miserables, en los turbios y siniestros silencios de las arcadas!

El negro veía ahora, en la penumbra del tabuco, un rostro misterioso de mujer, unos ojos azules que parecían contemplarle sonriendo desde el paraíso.

La «Serenata de los Angeles» enmudeció bruscamente. El miserable cayó de rodillas junto al mugriento catre.

— ¡Louise! ¡Louise!

La veía, sí, la veía como en aquella noche lejana de Viena, cuando hizo estremecer el corazón de la princesa con la inmortal «Serenata»...

— ¡Louise! ¡Louise!

* * *

— Ese negro de arriba hace dos días que no paga la pieza. Vaya a cobrarle. Si no tiene dinero póngalo en la calle con su baúl y su violín.

El gerente volvió a sumergirse en sus cuentas.

Cinco minutos más tarde el mugriento camarero se le acercó, despavorido.

— ¿Qué hay?

— Don Nicola... El negro está muerto... Está tirado en el suelo, con los ojos abiertos, abrazado al violín...





EL VESTIDO MÁS HERMOSO

para un niño es su cutis terso, fresco, suave, gracias al uso del

Jabón Heno de Pravia

Es, por su pureza, el jabón ideal para niños y personas de cutis fino y sensible.

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA

REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY:

JORGE E. CHADWICK

ESMERALDA, 132

BUENOS AIRES

Perfumería Gal

MADRID

De San Fernando



Núcleo de distinguidas señoritas que prestaron su valioso y desinteresado concurso en el festival organizado por la Sociedad Italiana, conmemorando la gloriosa victoria de las armas italianas en el Piave.

Vista parcial del público que concurrió a la función.

EL TRABAJO QUE SUPONE MEDIO KILO DE MIEL

Darwin, después de hacer muchas observaciones, dijo que una abeja puede libar veintisiete flores por minuto. Según esto, una abeja viene a libar novecientas flores por hora, o sean 7.200 por día, y 648.000 en un período de seis meses.

Ahora bien; el trabajo de cada abeja es muy limitado, y, por lo tanto, son necesarias 125.000 para fabricar un kilo de azúcar, o en otro caso, para fabricar la misma cantidad de azúcar necesitaría libar una sola abeja 7.500.000 flores distintas. Como la miel contiene el 75 por 100 de azúcar, cada abeja tiene que hacer en números redondos, dos millones y medio de visitas a las flores, para producir medio kilo de miel.



EL PRECIO de una DICHA

por CAROLINA ADELIA ALIO

Roque es un niño triste y enfermizo.

A poco de nacer, tuvo una fiebre intensa y prolongada que le deformó la tierna cabecita, agrandándosela desproporcionadamente.

Se ha criado al acaso, sin madre ni hermanos, con los cuidados inhábiles de un padre viejo. Así ha llegado a tener seis años.

Vive en el obscuro cuartucho de un conventillo del Paseo Colón. Nunca ve el sol, sino cuando, en días de fiesta en que no hay trabajo, puede su padre llevarlo a que juegue en el Parque Lezama, situado a poca distancia de la casa.

En esas ocasiones le ponen el único trajecito decente que tiene: blusa y pantalón de paño gris obscuro, medias largas que le abrigan las rodillitas flacas y huesudas, porque es friolento, y un grueso gorro puntiagudo de lana blanca que le ha tejido alguna vecina compasiva y que le agranda la cabeza más aún. Por entre el gorro asoma la palidez de un rostro de fealdad suave, donde brillan dos ojos bondadosos.

De tal modo vestido, parece un pequeño gnomo lampiño, y su figurita grotesca provoca risa y desprecio entre los chicos pobres que juegan en el Parque. Los niños ricos ni siquiera lo advierten.

Esta circunstancia lo hace silencioso, retraído, tímido. Pero como es tan chiquito, cada vez que llega al paseo se entusiasma tanto, que olvida la injusta suerte, e insiste en hacer amistad con los demás.

Quiere compañeros para poder gritar mucho, corretear al sol, tirarse al suelo, dar expansión a toda esa fogosidad infantil que se le despierta cuando se halla junto a otras criaturas, al aire libre, en medio de los árboles llenos de pájaros. Quiere un amigo.

Sin embargo, sus tentativas no prosperan. Lo ven débil, feo, deforme, y hasta entre los niños la vida es cruel con los que nacieron así. No le hacen caso. Le gritan: *¡Cabezudo!* o lo empujan con grosería para que caiga y se lastime. Y al fin el pobrecito llora, buscando amparo entre las piernas del padre que suspira y se lo lleva a caminar por el parque.

De esa manera terminan siempre los paseos del niño: con una desilusión que va poco a poco echando raíces en su almita tierna, entristeciéndosela.

Su padre querría jugar con él, contentarlo de algún modo. Pero está viejo. Viejo y cansado. No obstante, tiene una idea:

Como acaba de cobrar su quincena, compra en un boliche un botecito despintado, y pasa toda la mañana de hoy, que es domingo, poniéndole los palos y el velamen necesarios para que pueda navegar bien en la gran fuente del parque, en medio del rosedal.

La obra ha quedado tosca, pero sólida. Y llega el momento de probarla.

Es una tarde tibia, de buen sol. El rosedal está lleno de chiquilines, de paseantes. La fuente es un terso espejo tranquilo que idealiza todo cuanto en ella se refleja. Y la barquita de Roque navega llevada por el viento, dando a chicos y grandes la impresión de la realidad.

A nadie se le ha ocurrido utilizar la fuente para un entretenimiento semejante. Y como pocas cosas hay más bellas y poéticas que una barca surcando aguas quietas con las blancas velas desplegadas al sol, los mirones se han multiplicado.

En primera fila están las criaturas; detrás las personas grandes. Todos siguen con ojos embobados el airoso paseo del barquichuelo; todos hacen comentarios.

A veces, la minúscula embarcación, casi al llegar a la orilla, como si lo hiciera exprofeso describe una curva repentina y va a internarse entre las rocas postizas que rodean el surtidor central, tal que si entrara en un puerto de abruptos acantilados.

Entonces la imaginación se aguza, y aumenta, asimismo, la expectativa.

¿Podrá salir de ahí?

Sí, porque el viento es cambiante; y poco a poco, haciendo presión en ésta o la otra vela, va moviendo la barquita hasta dejarla en aguas libres, donde queda quieta, indecisa, hasta que le hincha a gusto los trapos y la obliga a recomenzar su elegante excursión entre los vivas y aplausos de la concurrencia.

Roque se ha transfigurado. Ya no es *el cabezudo*, el pobre niñito paliducho y deforme que en vano pidiera a las criaturas un poco de alegría para su infancia triste. Ahora es *el dueño del bote*, personaje importante a quien los chicos admiran y envidian.

El únicamente tiene derecho a tomar el barquito cuando se dirige a la




orilla, y a deslizarlo de nuevo como le plazca.

Su privilegio le ha dado repentinamente la conciencia de su autoridad, y ésta, a su vez, la desenvoltura y el aplomo necesarios a toda situación de mando.

Como es tan bajito, ha trepado al ancho brocal que contiene el agua de la fuente, y corre por arriba a derecha e izquierda, vigilando los caprichos de la embarcación, para que nadie pueda tocarla sin su consentimiento.

Niños y niñas, entusiasmados, le abren camino, lo ayudan a pasar de aquí para allá, le llaman *nene*, cariñosamente, y le piden turno para deslizar el barco.

Y él, en tanto, con los ojos brillantes y con un sonrosado en sus mejillas pálidas, se mueve, grita, jadea, concede sus favores a este rubiecito que le sonríe, al otro descalzo de cara sucia, a la vivaracha que lo llama, al diablo aquél de mirada traviesa, a la nena preciosa que lo mira con sus azules ojos suplicantes. Tiene dónde elegir a gusto candidatos. Y se siente tan contento, tan feliz, tan pródigo de la bondad que nadie tuvo para él, que sin motivo ríe de pronto a carcajadas o brinca palmoteando con peligro de irse al agua, mientras su padre lo contempla en silencio, tragándose las lágrimas.

Pero atardece. Es forzoso regresar a la soledad del obscuro cuartucho, prender el brasero humoso, calentar el miserable alimento de todos los días.

¿Quién habla de poner término a esa gloria, a esa tarde triunfal?... ¡No, señor, por nada del mundo!

En su embriaguez, el niño dejaría gustosamente de comer y de dormir para seguir viviendo este momento feliz a la luz de las estrellas; y sólo consiente en irse cuando el padre le asegura que mañana también es día de fiesta y que vendrán a jugar.

— Ya saben, chicos ¿eh? — previene Roque a los otros con cariñosa confianza. — Mañana vengo otra vez y vamos a jugar todos.

En un impulso de pródiga ternura, suelta un beso en los cabellos de la nena de ojos azules y sale del parque dando pasitos resueltos, con el bote bajo el brazo.

Hoy también brilla el sol.

Cuando Roque llega a la fuente hay ya un cordón de curiosos rodeándola, y surcan el agua seis o siete veleros esbeltísimos, finamente construídos, propiedad de unos cuantos niños ricos que ante la novedad del entretenimiento se han apresurado a pedir el juguete a sus papás. Alguien ha traído, además, un torpedo movido a cuerda, con el cual se ha organizado una verdadera batalla naval.

El pobre niño siente un choque en su corazón. Mira a su padre con ojos interrogadores.

— ¡Juega, juega también! — lo anima el viejo.

Y entonces, poniendo en su voz toda su esperanza, grita:

— ¡Chicos, aquí vengo yo!

Algunos niños se dan vuelta y, al verlo, exclaman con acento desdeñoso:

— ¡El cabezudo!... ¡Bah! Trae el cascajo de ayer...

— ¿A ver? — dice un muchacho. Y, arrebatándole el bote, lo lanza por el aire con tal fuerza que al chocar en el suelo se rompe la arboladura.

— Andá, buscalo — ríe el valiente, dándole a Roque un grosero empujón.

El niño cae al suelo en una actitud grotesca que provoca la risa de la concurrencia.

Y el viejo padre se abalanza entonces como fiera exasperada. Agarra al muchacho malvado y le pega, le da de puntapiés, le quiere romper el alma. Se lo quitan de entre las manos, pero él está ciego de rabia y descarga golpes brutales sobre quienes caigan, insultando a todo el mundo, desahogando a borbotones, siquiera una vez en la vida, la amargura que colma su corazón de esclavo.

Dos agentes que han acudido se lo llevan a empujones.

— ¡El nene! — protesta el viejo, convulso, sudoroso.

— ¡Qué nene ni qué jorobar! — le replican los otros. — Si el chico se cae, se le alza y asunto concluído. Ahora tendrá que dar cuenta al comisario del desorden que ha promovido en un paseo público.

El hombre quiere explicar que no es posible dejar abandonada ahí en el parque a una criatura de seis años. Pero le obligan brutalmente a apresurar la marcha, y entonces, desesperado, se da vuelta sin dejar de caminar, busca ansiosamente con los ojos a la criatura, y cuando la ha encontrado, la mirada se le vela y barbota.

— ¡Vida perra!...

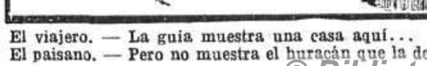
El niño está inmóvil, pálido, en medio del público hostil.

Se llevan a su padre. Se lo llevan...

Y le va hinchando el flaco pechito una angustia que al fin desborda en este grito sin fuerza:

— ¡Papá!...





El viajero. — La guía muestra una casa aquí...
El paisano. — Pero no muestra el huracán que la destruyó...



Jazz-Band por radiotelefonía.

Nota gráfica tomada en el cementerio local, el día en que este vecindario honró la memoria de sus muertos.

ALIVIO INMEDIATO DE LA INDIGESTIÓN

Tomando media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas o cuando un dolor estomacal se deja sentir, podéis evitar una indigestión. Sólo el hecho de que miles de personas tomen de ella cada semana, debe bastar para probar que nada iguala la Magnesia Bisurada, la cual desde hace tantos años ha establecido la fama de sus cualidades efectivas, para combatir y para prevenir la indigestión, la gastritis, la acidez, la dispepsia y otros desarreglos del estómago. Id hoy mismo a la farmacia y procuraos un frasco de Magnesia Bisurada. Insistid para obtener la verdadera Magnesia Bisurada la que está garantizada para aliviar vuestros sufrimientos estomacales en algunos minutos; y, si no, el precio de vuestra compra os será reembolsado.



Las pilas secas Columbia pueden obtenerse en todas partes a muy poco costo. Proporcionan mayor potencia por mucho más tiempo.

Insístase en obtener las COLUMBIA



Representante General en sud América
R. E. CARLO
Rivadavia 1255
Buenos Aires, Argentine


El Cine en Casa
Toda la alegría, la cultura, el placer del cinematógrafo en las santas veladas del hogar
LO PROPORCIONA EL
PATHÉ - BABY
Es la última palabra en proyectores cinematográficos.
MAS PERFECTO, MAS SOLIDO, COMODO, PRACTICO y SIMPLE QUE LOS GRANDES
Precio: $ 125.— m/n.
EL REPERTORIO MAS COMPLETO Y SELECCIONADO DE FILMS
Donde no hay luz eléctrica, funciona con una simple batería.
UNICO CONCESIONARIO:
Max Glücksmann
Callao y B. Mitre — Florida y Lavalle
BUENOS AIRES
18 de Julio, 966 - Montevideo. — Córdoba, 1048 - Rosario.
Pídase Catálogos.
Se envían gratis.

De Bahía Blanca



Grupo de niños de la colectividad inglesa que tomaron parte en la lucida fiesta de beneficencia, que constituyó una interesante y destacada nota social.

Desfile de los productos premiados en la 14ª Exposición Nacional de Reproductores; realizala con el concurso de casi todos los ganaderos provinciales.

Williams

conocido universalmente como el mejor talco, por ser el más puro y medicinal.

Después del baño o haber estado expuesto al aire o sol, "Williams" es el indicado para proporcionar al cuerpo frescura y bienestar.

Fino, suave, de exquisito perfume, es tan confortable para los niños como para los mayores.

Venta en todas partes.



Los tarros de talco "WILLIAMS" encierran mayor contenido que sus similares, y su tapa rociadora, cubierta de una sobre-tapa con bisagra, lo hace cómodo y económico, pues no se desperdicia ni un poco de talco.

Contra este cupón y 0.05 en estampillas, recibirá gratis una muestra.

W. C. a C. 3.

NOMBRE..

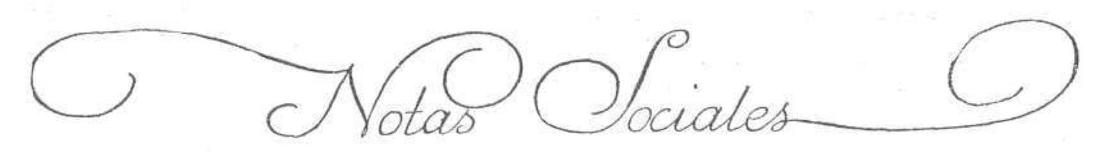
CALLE y N.º...................................

CIUDAD..

MAYON Ltda. — Avenida de Mayo, 1257. — Buenos Aires.

De Lomas de Zamora

Parte de los niños que concurren a la plaza de ejercicios físicos, recientemente inaugurada bajo los auspicios de la Asociación Patria, que preside el señor José Enrique Campiani.



En medio del murmullo incesante de la charla mundana, de esa charla que roza mil diversos temas a la vez, enriqueciéndolos con todos los matices del ingenio, del sentimiento, y — casi siempre también — de la más deliciosa malignidad, ha predominado en los días transcurridos una nota para ustedes de singular interés, lectoras amigas: porque pese a toda la frivolidad de nuestra vida, a las mezquinas ambiciones de la vanidad femenina que suelen sernos bien caras, el sentimentalismo es una de las debilidades más encantadoras de la mujer...

Y de asunto sentimental se trata, ya sea en las tribunas del Hipódromo, como en las reuniones íntimas; en la sala de moda o en el visiteo de la tarde... *¿Nuevos compromisos? ¿Nuevos rompimientos?*

La ansiosa expectativa de las que viven de la vida ajena, el animado, incesante comentario en derredor de las siluetas que apenas se esbozan, que se acercan o se alejan, podría hacernos repetir con el poeta:

«¡Destino, destino ciego,
o en vez de ciego vidente,
¿eres sabio o eres lego
cuando fallas inclemente,
y de tu poder en aras,
unes por siempre dos vidas
o por siempre las separas?...» (1)

y es que el murmullo mundano parece repetir a cada instante el final de la redondilla «unes por siempre dos vidas o por siempre las separas...» ¿Compromisos nuevos? ¿Algún nuevo rompimiento?...

Se esbozan las siluetas, parece que se acercaran hasta el círculo parlero, y se asegura, entonces, que en breves días más se anunciará un compromiso oficial: el de una interesante figura de porteña que lleva el mismo nombre de la *musa ideal* del Petrarca, de aquella suave y serena figura de mujer, que inspirara los más célebres sonetos del poeta inmortal... su tipo moreno, genuinamente criollo, irradia una gracia singular cuando rasguea y hace vibrar las cuerdas de la melancólica guitarra... Así seguramente ha conquistado al simpático candidato, admirador entusiasta del canto hondo, de los ojos gitanos, de todo el sugestivo encanto de las mujeres de su raza... Miembro de una de las embajadas en nuestro país, al elegir la compañera de su vida en tierra argentina, no parece haberse alejado mucho del viejo y amado solar...

Si la noticia oficial no ha transcendido aún, es porque *ella* guarda un severo duelo de familia, y porque *él* debía solicitar la alta autorización que impone el rígido protocolo que se observa en las viejas cortes de Europa antes de que el destino pueda *unir por siempre dos vidas*...

En cambio, ¡cuán fácilmente las separa! Así se menciona la ruptura de un compromiso que se creía cimentado por firmes lazos de cariño... Conocedora del pasado de su admirador, personalidad mundana tan culta como interesante, ella había aceptado su destino; pero el pasado suele revivir en un momento dado y llenar de sombras el sendero luminoso... El destino rige de manera tan ineludible los actos más nimios de nuestro vivir cotidiano, que un olvido basta muchas veces para separar dos vidas: por siempre... *¿Chi lo sa?*...

En cambio, ciertas figuritas juveniles dan ejemplo de energía y decisión irreductibles: ya sea aquí, en la febril ciudad del ruido, donde ha elegido una deliciosa jovencita al joven y apuesto candidato a quien debe confiar su vida entera y resuelta a luchar para vencer todas las resistencias: las de él y tal vez las de los suyos.

Cuenta también la crónica mundana, que el destino se ha propuesto unir a dos seres, que tal vez no hubieran tenido oportunidad de encontrarse nunca en nuestro ambiente: allá, en la prodigiosa *Ville Lumière*, el hijo del artífice que hiciera una gran fortuna, merced a su trabajo en tierra argentina, ha podido conocer de cerca a la aristocrática y bellísima figurita que lleva dos apellidos que encarnan toda una tradición de abolengo, de cultura y opulencia en la vieja sociedad porteña; el hijo del artífice se ha destacado por su inteligencia, conquistando el título que ostenta con singular prestigio. La ley desconocida, ineludible, les llevó muy lejos para poderlos acercar...

Y para terminar, ya que el tema de hoy ha girado en derredor de las que inician o desean iniciar su nueva vida, quisiera anotar ciertas interesantes innovaciones al protocolo mundano, observadas en una aristocrática boda celebrada justamente en la tarde de hoy... Lucía la bellísima y juvenil figura de la desposada un atavío tan elegante como original, y sobre todo, exquisitamente señoril, pero no sostenían sus delicadas manos el mazo de rígidas kalas, o la profusión de rosas y *muguets* que suelen caer hasta la orla del vestido... las aristocráticas manos, ceñidas por la manga muy larga, que modelaba la línea armoniosa de sus brazos, sostenían un ramo de azahares, cuya forma redonda y nada voluminosa por cierto, recordaba el *bouquet* de la desposada de antaño...

En cambio, la profusión de flores era feérica en la amplia residencia del *faubourg* del norte; en cada uno de los salones predominaba el mismo tono de color, la misma clase de flores... hubiéramos podido creer que visitábamos una prodigiosa, perfumada exposición, si la suntuosidad de los regalos no nos hubiera recordado que se unían hoy *por siempre dos vidas*, y que parecía que las hadas pródigas y magníficas hubieran colmado de dones y ventura a la juvenil pareja: desde la casa que será magníficamente alhajada, la vajilla cincelada, los cheques por sumas importantes, las artísticas joyas, hasta la serie de primorosos abanicos antiguos, de varillaje incrustado, y los suaves, acariciadores abanicos de plumas engarzados en carey y nácar.

La dama duende.

(1) Belisario Roldán. — «Poema triste».

C O N F E S I O N

¡Cuánto te necesito, Señor, en estas horas
angustiosas, horribles, de desesperación!
Mírenme tus pupilas, suaves, consoladoras
hasta el instante mismo de la crucifixión,

y tiéndeme tu mano y hazme sombra con ella,
y a través de su herida venga un rayo de luz
— ¡un rayo solamente, — de la divina estrella
que te alumbró en la cruz..!

Yo no soy un Francisco; no soy una Teresa...
Vivo con alma y carne... ¡No te pido perdón!
¡Soy nada más que un ser humano que confiesa

nunca haber escuchado su propio corazón!...
¡Levanta, Jesucristo, la inclinada cabeza,
y mire tu pupila mi desesperación...

RAFAEL R. PIGNATARO



De Martínez



Señoritas y jóvenes que asistieron al baile organizado por el centro recreativo "Así se hace" a beneficio de su caja social.

EL PUDOR

El pudor en la mujer es flor tan delicada, que el soplo de una imprudencia lo ofende, y el calor de una mirada torpe lo agota y lo marchita.

Pero a su vez el aroma de una flor, produce la más casta y la más delicada de las complacencias.

Tratar a las mujeres sin ofender ni levemente su pudor; sin que se asome el carmín a sus mejillas, es la ciencia que la juventud presente descuida más de lo justo.

Las ideas que dominan respecto a la galantería, se hallan, por lo general, tan lejos de la razón, que más bien parecen hijas del espíritu de D. Juan Tenorio.

En este asunto la ciencia del hombre consiste en fingir; la ciencia de la mujer debe consistir en dudar.

La galantería de ciertos labios es el prólogo de la seducción. Es como se ha dicho con verdad, un juego en que todo el mundo se interesa; los hombres arriesgan en él la sinceridad, y las mujeres el pudor.

Las mujeres, para hacerse verdaderamente amables, deben respetar al pudor, tenerlo muy arraigado e ignorar que lo tienen.



Señor Mario Fernández Palma, autor de una intensa campaña periodística en pro de los habitantes del Territorio de la Pampa.



Sr. Demetrio González, tirador que desde el año 1919 detenta el primer premio en el concurso anual de la sociedad "Príncipe de Piamonte". Moldes.



Señor Miguel Ibieta, ganador de la medalla de oro donada por „Caras y Caretas" en las olimpiadas celebradas en Santiago del Estero en 1923.



Sr. Juan B. Maggi, delegado municipal en O'Higgins, y cuya gestión se espera sea altamente beneficiosa para los intereses comunales.



Señor Marcial Hipólito Alcorta, comisario de policía que recientemente se ha hecho cargo de esta comisaría. — Navarro.

UNA VISITA HISTÓRICA

Por primera vez la historia registrará el hecho de que un rey de España haya visitado a Roma, al Papa, a pesar de ostentar el título de muy Católica Majestad, y es de notar que si tan católicas majestades nunca fueron a saludar al jefe visible de su Iglesia, en cambio supieron proporcionarle famosos disgustos.

En 1526, ocupando la silla apostólica Clemente VII, Carlos I de España incitó al cardenal Colonna a que marchara sobre Roma, proporcionándole medios y ayuda moral y material. El Papa apenas tuvo tiempo para escapar y encerrarse en el castillo de Santo Angelo.

El Vaticano, San Pedro y los palacios cardenalicios fueron saqueados, Moncada, el representante de la católica majestad que asesoraba al ejército invasor, intervino dictando los términos de una paz onerosa para el pontífice.

El 5 de mayo de 1527, el rey de España envió al Papa otra visita de... cortesía.

El condestable de Borbón, al frente del ejército imperial, asaltó la corte de los Papas, después de encarnizada lucha en la que pereció el mismo condestable, los soldados del católico monarca penetraron en la plaza a los gritos de: «¡España! ¡España! ¡Imperio! ¡Imperio! ¡Mata! ¡Mata!»

La ciudad fué entregada al saqueo por varios días; siete mil ciudadanos fueron pasados a cuchillo, quemadas muchas casas, profanadas todas las iglesias y ninguna mujer fué respetada, ni aun las consagradas al Señor, distinguiéndose en los lúbricos excesos los soldados españoles, por su intemperancia los alemanes, y por su sed de botín los italianos; que de las tres nacionalidades se componía el imperial ejército de su muy Católica Majestad; el cual ante la indignación que provocara el feroz saqueo, declaró que deploraba lo hecho por sus servidores: ordenó vestir luto a su real corte, suspender las fiestas y que se hicieran rogativas en todas las iglesias del Imperio para obtener del cielo la libertad del Papa...

NOVELAS CORTAS

PRESENTADAS AL CONCURSO LITERARIO DE

CARAS Y CARETAS

TITULOS Y LEMAS

El hombre que no pudo amar. (La vida blanca).
El bloqueo del planeta. (Utopía).
Chúcaro. (M. F. J.).
La desertora. (Gloriosa maternidad).
El filósofo lúgubre. (La noche lleva al día en su seno).
Un Rembrandt auténtico. (Pastor de estrellas).
«Se alquila un cerebro». (A cartas vistas).
La canción de la esperanza. (La musa popular acierta...)
La esquina. (Modesto funcionario).
Su voz era una caricia. (P. L. L.).
Non plus ultra. (Petrarca asegura que la inmoló...).
Una sentencia salomónica. (Los débiles tienen...)
Los camalotes. (Llueve en mi corazón.)
El retrato del difunto X. Mendoza.
La ballenera. (El hombre fiera.)
La agonía de la selva. (Ganimedes.)
Presagios. (La bolsa o la vida.)
La pirámide enterrada. (Hórrida nox.)
Frutos del país. (S. I. D. S.)
Jorge. (Hela Ray).
¡Perdón, madre mía, perdón! (El inca).
El civismo de Gervasio Cáceres. (Espectador).
En el país de la sed. (Sin lema).
Era un hombre inútil... (Resurrección).
El descalzo. (Egipan).
El cuento premiado. (J. Z. M.).
El derrumbe. (O. M.).
El amor irremediable. (Aquí cede la oveja a diestra mano...).
El honor del hombre. (Anch'ío).
El laboratorio azul. (A. G.).
Enigma. (La literatura ofrece más provecho...).
Honrarás padre y madre. (Sad Truths).
Historia de una vida esclava. (N. J.).
Reportaje a una conciencia. (Semíramis III).
Marilena o el derrumbe de una ilusión. (Abrojos).
Alma de mujer. (Aurora).
Sueños de novia. (A. C.).
Una mujer moderna. (Por la azucena y por la rosa...).
Una historia de amor. (Sin lema).
Descubierto. (Reposaligero).
La vida atormentada de un pobre muchacho. (Guillermo del Hortel).
La Carantoña. (B. I. A.).
Los dos profetas. (Rutina es lo perverso...).
La pecadora. (Atahualpa).
Dolor de una vida. (A. F. T.).
Ilusiones. (Rundun).
El brasero de Arumón. (Themes).
El zuindá de la leyenda. (H. I.).
Marta. (Pampeano).
Regalo de bodas. (Corda frates).
Los misterios del pantano. (M. B.).
La repulsiva. (Fe y Trabajo).
La señal. (Bisoño).
Las rampas de mi vida. (E. E. C.).
El destino de Marte. (Nabi Nabab).
El huerfanito Juan. (P. G.).
El dolor de una vida. (Ni un paso atrás...).
El soneto. (Oriental).
La séptima columna. (Humanidad).
Aspereza. (¿El fin justifica los medios?).
La torre de don Alfonso. (Derecho).
Afroamericanos. (Utopía).
Un papel blanco. (Parecía dormida...).
La biblia de los egoistas. (A. A. T.).
Donde florece el naranjo... (Cantáridas).
Bolada de aficionado. (Tinta violeta).
Ibu-Handís. (El destino).
El camino sin fin. (Meleagro).
Humilde ofrenda. (Pega, pero escucha).
Mi primer hijo. (B. P.).
El rey ya no se divierte. (Templanza).
Cesárea. (Tres cosas tiene...).
Vivisección. (Gloria vana).
Año climatérico. (El centro de gravedad).
Belleza profesional. (Déficit y superávit).
El desierto sonoro. (Ornitología).
Los parientes ricos. (Noche).
El aparecido. (Fulano de Tal).
Libros viejos. (F. D. N.).
La honra. (El rey la hacienda...).
Perdón sin castigo. (Inexactitudes).
Sibarita del dolor. (R. A. U.).
Un mozo muy serio. (La conjunción de dos astros...).
Una ópera inédita. (Llena eres de gracia).
Locos y cuerdos. (E. Q.).
Sin reconciliarse. (La razón de la sinrazón).
Albahaca. (Jurencis).
Como las guindas... (Pacífico Modesto).
La flor del agave. (Lengin).
La huérfana. (Liberti).
La mujer marcada. (John).
La nieta del viejo del pajonal. (Un toledano).
La prueba. (Vita Lis).
La derrota de Gerardo Millán. (Antropos).
La ciega. (Aere personivus).
La cautiva. (Capitán).
La nueva Babel. (La bondad debería estar...).
Los señores de Larrañaga. (Tiempo al tiempo).
Dolor ajeno. (¿Pasó las Termópilas?).
Dolor. (A. B. G.).

EN EL NUMERO PROXIMO CONTINUARA LA LISTA DE LOS TRABAJOS RECIBIDOS

UNA NARIZ PIRAMIDAL Y UNOS OJOS BELLISIMOS

Vivía en París, con mucho ensueño en el cerebro y un gran desengaño en el corazón. Odette era fea. Preciso es confesar que era fea, pues la verdad debe ser la virtud esencial de todo novelador. Hacíala tal una nariz que por cierto pasábase de lo vulgar, porque los otros detalles de la cara, sin resultar dechados, alcanzarían a atribuirle el antipático aditamento. Aquella nariz perfectamente cyranesca echaba a perder el rostro de Odette, la pintora.

Desde luego, ella se conocía el defecto, mas, dada la imposibilidad de evitarlo o de disimularlo, aceptaba filosóficamente ese presente griego de la naturaleza, que le había frustrado las más caras ilusiones. Es verdad que en invierno y en otoño podía levantar el cuello del tapado hasta el límite de los ojos, pero, ¿en verano y en primavera? Aquella nariz no tenía remedio, ni siquiera recurriendo al heroismo de la operación, pues hubiera sido preciso, para ponerla en condiciones de pasable estética, cercenar a lo menos la mitad... Imposible. Lo que había de sufrir por tal contratiempo, es dable imaginarlo. En los bailes no dejaban de admirarle la línea garbosa y esbelta del cuerpo, el pie diminuto que cabía en un zapatito de raso. Lo cierto es que más de una vez los ojos de Odette habíanse humedecido con dos gotas de llanto o enardecido de ira ante la mirada de fastidio que provocara la súbita revelación de su piramidal nariz. He ahí el escollo donde iba a estrellarse como en un peñasco hostil la mirada que acariciaba la línea armoniosa y esbelta del cuerpo y la morbidez diminuta del pie... Sí, aquél joven la miró con simpatía en el baile. Ella hallábase de espaldas y notó la mirada golosa en un espejo. Es cierto, pero aquél joven trocó la admiración de su mirada en un brusco desencanto del entrecejo fruncido, en cuanto Odette se volvió. Y aquél joven no bailó con ella. Su intención, sin embargo, era esa: bailar con ella. De lo contrario, no le hubiera acariciado con la mirada la línea armoniosa y esbelta del cuerpo y la morbidez diminuta del pie. Sólo que al llegar a la nariz... ¡Aquella nariz!

De manera, pues, que las simpatías que concitaba Odette en los bailes y otras reuniones de salón, venían a ser tan efímeras que ni fuera posible compararlas con la clásica vida de las flores. Porque éstas tienen su día de vida, y los entusiasmos que despertaba Odette eran tan fugaces, que le bastaba volverse y mostrarse de frente para que desaparecieran al punto. Existían, con todo, dos personas que tomaban a su cargo la tarea piadosa de halagar a la joven fea. Eran dos amigos de infancia: Jorge y Cristóbal. Bien hemos calificado de piadosa su tarea. Al fin, también Odette poseía corazón, y corazón femenino muy sensible. En vano pasaban las primaveras con su floración voluptuosa y sus lunas argénteas y redondas. En vano suspiraban los violines sus serenatas... El amor no llegaba a aquel pecho de mujer tan merecedora de una pasión meridional y ardiente. Y es que la nariz se alzaba como un peñasco de inflexible voluntad donde iban a estrellarse irremediablemente los entusiasmos.

Jorge y Cristóbal tomaban a su cargo en las reuniones donde se encontraban con Odette, la tarea de dar a la joven un poco de ilusión. ¿Por qué no? Eran amigos de infancia. Y redoblaban sus elogios y galanteos como para dar a entender a los presentes que aquella era una mujer, cuando menos, de grandes dones espirituales. No faltaban quiénes miraran al galanteador con cierto aire de conmiseración, evidenciándose en la ligera sonrisa que insinuaba la comisura de los labios. Odette dábase cabal cuenta del sentido piadoso que asumía el afán de sus amigos, y eso ponía más tristeza en la sombra densa de sus ojos. Hemos nombrado sus ojos. ¡Los ojos de Odette! No vayáis a creer que aquí vamos a decir algo por el estilo de lo que dijimos con motivo de la nariz. No. Los ojos de Odette eran simplemente divinos, di-vi-nos... ¿Cómo describirlos? Diremos tan sólo que eran grandes, negros, negrísimos, densos, y estaban amparados por unas pestañas sedosas, largas y arqueadas. Es posible que no hubiera en el mundo un par de ojos como los de Odette. Lo doloroso, ¡ay!, es que también es posible que no hubiera una nariz tan piramidal. Ciertamente que nadie, como no fueran Jorge y Cristóbal, había reparado en los ojazos de Odette, porque aquél detalle de fealdad era una barrera que impedía la contemplación de los dos rutilantes luceros negros.

La naturaleza — alguien o algo es siempre pasible de culpa — había cometido una fechoría sin nombre en el rostro de la joven. Al lado mismo de la divinidad de unos ojos imponderables, había colocado el diablo de una nariz imposible. Y lo malo es que la belleza de los ojos no podía redimir la fealdad del apéndice. Lo que aparecía al pronto, era la especie de barrera o peñasco que lo echaba a perder todo. ¿Quién iba a fijarse en otros detalles después de eso, en la línea armoniosa y esbelta del cuerpo, en la morbidez diminuta del pie, en los luceros

rutilantes del rostro que amparaban unas pestañas sedosas y largas? Jorge y Cristóbal hablábanle hasta la saciedad de sus ojos. Se los ponderaban en mil formas. En todo el mundo no había otros iguales, o parecidos, siquiera. Por unos ojos así habría hombres que llegarían al suicidio. Los poetas fueron capaces de escribir sus más cálidos madrigales, a la manera del español Gutierre de Cetina, sólo que éste había cantado unos claros, serenos. Pero, de haber conocido a Odette, su madrigal empezaría así:

Ojos negros, profundos...

Jorge, para ahondar el sentimiento de reparación que se había propuesto inculcar en ella, le refirió que cierta vez hubo un millonario yanqui que salió a recorrer mundo en su yate con el simple objeto de hallar una mujer que poseyera unos ojos que sólo podían ser comparables a los de Odette. ¿Excentricidad? Es posible. Lo cierto es que no los halló en Oriente, ni en Occidente, ni en Constantinopla ni en Valencia. Los había encontrado que eran bellos, sí, es cierto, mas no excepcionales según los deseaba. Aquél hombre no había conocido a Odette. La joven sonrió al oir el relato del amigo, mientras bailaban un vals lento, cuya música evocaba nostalgias lejanas. Y Odette pensó entonces en el millonario yanqui, deslumbrado ante la maravilla nocturna de sus ojos. Pensó eso con verdadero regocijo femenino, porque su rostro encendióse de pronto con la viva flámula de la emoción.

Tal regocijo fué dolorosamente pasajero, pues, como quiera que al girar en la danza su nariz reflejóse nítida en el espejo, Odette volvió a sentir en su alma la punzada dolorosa de saberse fea, de una fealdad irremediable...

* * *

¿QUIÉN la iba a querer? Las primaveras pasaban con sus flores nupciales y sus lunas llenas y argénteas, pasaban en vano para Odette. La proximidad de los treinta años ponía más pasión en su pecho. Odette hubiera amado con un amor volcánico, desconcertante. Y las primaveras pasaban en vano. No le quedaba otro recurso que hacerse la ilusión de que las galanterías piadosas de sus amigos de infancia eran frases de un novio ideal que resumía a los dos, a Jorge y a Cristóbal. Sí, esas frases eran de «El». Esos elogios a los ojos eran de «El». Y hasta había llegado a imaginárselo físicamente, con una prestancia de buen mozo que concitaba la admiración unánime. «El», su novio, acompañábala constantemente. En las noches luminosas, de codos sobre el balcón, oía sus palabras de amor, Abajo rumoreaban los árboles del bulevar y llegaban ecos lejanos de una serenata. Por desgracia, al acostarse, no podía rehuír la presencia del espejo, que se encargaba, implacable, de reflejar sin piedad su piramidal nariz. Y el encanto se rompía de pronto.

Así, a fuerza de ir revelándole el espejo la dolorosa verdad, su ilusión terminó por desvanecerse. Era, efectivamente, fea, no obstante sus preciosos ojos negros y el garbo flexible y ondulante del cuerpo. Nadie podía amarla. Terminó por rechazar las piadosas mentiras de sus amigos. Esos galanteos le sonaban ya como un insulto. Encerróse en su taller de pintura y empezó a pintar afiebradamente, a pintar su autorretrato... ¡Y qué bella se pintaba! Es decir, era ella, ella misma, Odette. Las dos noches densas de sus ojos brillaban bajo las pestañas sedosas, húmedas, largas. El arco de Cupido de los labios evidenciábase en un rubí triunfal. ¿Y la nariz? ¡Ah, la nariz! Un dechado, pequeñita, armoniosa, simpática... Odette vengábase corrigiendo a la naturaleza con sus pinceles.

* * *

CUANDO llegó Míster White al estudio de la pintora, encontró a ésta ordenando con su criada la colocación de unos cuadros. Míster White, el munífico inglés que se preciaba de tener la más admirable colección de pinturas modernas, no quería volver a Londres sin llevarse una tela de Odette, cuyo talento artístico se había evidenciado en dos exposiciones.

El inglés, luego de saludar con breve cortesía a Odette, calóse los lentes y comenzó la búsqueda del cuadro. Vió paisajes, marinas, retratos. Estasióse en la contemplación de los más delicados tonos. Lindo aquel prado de aristocrático verde con leves toques violeta. Aquellas montañas como amatistas valían la pena de gastar unas libras esterlinas. ¿Y esa marina? No era un mar convencional, sino un mar cierto... Todo lo admiró Míster White. Después de contemplar todos los cuadros, no sabía si decidirse por la marina o por las montañas crepusculares.

Pero la pintora había reservado lo mejor para e final. Su autorretrato. Dejó un momento al inglés y volvió triunfalmente con su autorretrato. ¡No podía elegir otro cuadro míster White! Ese era espléndido. ¡Y qué hermosura en el rostro de esa mujer! ¡Esos ojos negros, profundos que amparaban unas pestañas largas, húmedas, sedosas! ¡Esa nariz pequeñita, armoniosa, simpática!

Míster White, según era lógico, olvidóse de la marina y de las montañas crepusculares. Ese era el cuadro elegido para enriquecer su colección de pintura contemporánea. Sacó su talonario de cheques y con su pluma fuente llenó la severidad de uno de esos imponentes papeles. Cuatro mil libras. Los ojos de Odette brillaron de alegría.

Nota importantísima:

En la famosa colección del munífico inglés Míster William White, el cuadro de Odette fué registrado con el nombre de «Retrato de mi modelo».

Y era que la pintora, en la emoción del momento, o acaso por haberse mirado al pasar en el espejo que reflejaba impíamente su piramidal nariz, no había dicho que aquel era su autorretrato.

Otra nota:

Míster White está contentísimo con su nueva pieza pictórica. No le pesa haber gastado cuatro mil libras. A veces, cuando se halla en rueda de amigos y tiene un whisky de más en la cabeza, suele afirmar con sano humorismo británico, mientras fuma en su pipa un delicioso tabaco rubio y sonríe picarescamente, que volverá a París con el exclusivo objeto de que Odette le presente a su modelo. Míster White va para viejo, pero lleva, según se ve, la primavera en el corazón...

JOSE MUZILLI

De Torrecita (F. C. S.)



Parte de los concurrentes al acto de la colocación de la piedra fundamental en el sitio donde se levantará el Asilo Maternal María Oyhanarte de Ferrari, donado por la señora Elisa Ferrari Oyhanarte.

PAISAJE

Temblaba la tarde en la incertidumbre triste de una penumbra gris.

Como un conquistador vencido, el sol se hundió tras las aguas inquietas del mar en un inmenso remolino de luz...

Cantaban los pájaros su última canción y había un dulce rezo en el vaivén rumoroso de las olas del mar.

La luna, enigmática, surgió sobre los montes como una esplendorosa y radiante flor de lis.

El cielo, salpicado de radiantes estrellas, tenía la extraña belleza de un cielo andaluz.

Y, sobre la quietud del paisaje, las brisas perfumadas silbaban un eterno cantar...

En la tristeza inmensa de esa tarde estival, fué que nos separamos mi novia y yo hace mucho tiempo... diez años y aun más...

Aun conservo en el alma el recuerdo amoroso de aquél último adiós.

De aquél último beso que a la orilla del mar nos unió para siempre, fuertemente, a los dos.

L. KORTRIGHT

Si usted alguna vez ha **EXPERIMENTADO EL DESEO** de poseer una buena **"CONCERTOLA"** y no le ha sido posible su adquisición, tiene la oportunidad de

SATISFACER SU ASPIRACION.



LEA

nuestras ofertas que ponen al alcance de todos estos maravillosos instrumentos que tocan DISCOS "CON Y SIN PUA" reproduciendo toda la música de todos los tiempos, de todas las nacionalidades, de todos los gustos y temperamentos artísticos.

N.º 4 bis. — **Preciosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en roble o caoba, motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas............ $ **150.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.

N.º 5. — **Espléndida CONCERTOLA** igual al dibujo, mueble en rica madera de roble o terminación caoba, gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.................................. $ **250.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.

N.º 5 bis. — **Regia CONCERTOLA** igual al dibujo. Mueble fino en rica madera de roble o caoba con artísticos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas........ $ **330.-**
o bien $ 33 al contado y 10 mensualidades de $ 33 cada una.

Visitenos o escribanos hoy mismo solicitando datos.

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo. Mueble fino Luis XV *en madera de roble o caoba, poderoso motor* Suizo de dos cuerdas. Brazo, membrana y demás accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas y seiscientas púas.................................. $ **380.-**
o bien $ 38 al contado y 10 mensualidades de $ 38 cada una.

DISCOS: ¡Novedades de gran éxito!

Discos dobles VICTOR, de 25 centimetros, a $ 3.— c/uno. Orquesta Tipica FRESEDO

77021 (**MY SUN, MI SOL.** Rey de los shimmys.
(**Almagro.** Tango.

73994 (**El Ultimo Beso.** Tango.
(**Atropellando.** Tango.

Discos dobles NACIONAL, a $ 3.— c/u. orquesta ROBERTO FIRPO

6206 (**Je suis Mimi.** Shimmy.
(**Malvada.** Tango.

6213 (**Mi Llanto.** Tango.
(**Desolación.** Tango con serrucho.

Tres preciosos discos que nos ofrece la insuperable orquesta MAREK WEBER

Discos dobles "Parlophon", de 30 centimetros, a $ 4.— cada uno

P 1475 (**Sin mujer en casa.** Shimmy de Robert Stolz.
(**Madi.** Shimmy de Robert Stolz.

P 1478 (**Cuando las muchachas sueñan.** Shimmy de Robert Stolz.
(**Agarrate, si no quieres perder el equilibrio.** Shimmy de Roberto Stolz.

P 1479 (**Satsuma.** Shimmy de Fox de Holmes.
(**Andulka.** Shimmy de Roberto Stolz.

Discos dobles PATHE, "Sin Púa", de 29 centimetros, a $ 4.50 cada uno.

4087 (**Tu verrás Montmartre.** «Chanson Populaire».
(**Si d'Annunzio avait voulu Monologue.**

4105 (**La Demoiselle du Cinema.** Chanson. Fox Trot.
(**Eleonore.** Chanson. Shimmy.

4088 (**Par Jalousie.** Melodie Nerveuse.
(**Mes Parents sont venus me chercher.** Chanson Populaire.

Semanalmente recibimos novedades. — Solicite catálogo general de discos N. 22 enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De Santa Clara de Saguier (F.C.C.A.)



Niños que tomaron parte en la velada escolar realizada en esta localidad bajo la dirección de los señores Muñoz y Severino.

UN TESORO ALIMENTICIO

La familia de las leguminosas, conocida con el nombre de arvejas, judías, habichuchas, habas, etc., constituye uno de los productos agrícolas que son la base alimenticia de no pocos pueblos y que puede justamente parangonarse con el mismo trigo. Son tan ricas en proteína que en el régimen dietético reemplazan perfectamente al pan.

Planta anual, crece fácilmente, y es en alto grado productiva, la vaina es en ocasiones utilizada como alimento, tanto para el hombre cuanto para el ganado, distinguiéndose por sus cualidades nutritivas.

En China, Japón y la India, comparten con el arroz el favor en el régimen dietético.

Los orientales preparan las arvejas en múltiples y complejas formas, entre las que sobresale una especie de queso, que hacen triturándolas y cociendo luego la masa.

La alubia común de Europa es la «Faba vulgaris». Desde remotos tiempos ha sido alimento de hombres y animales en el viejo continente. Existen muchas variedades cultivadas, entre las que descuella la «Phaseolus vulgaris», el famoso «haricot» de los franceses, cuya planta es de origen americano de nuestro continente Sur.

En Méjico, la arveja es considerada como el alimento más importante después del trigo.

El Corte y Confección por correspondencia.—Repujado y Pirograbado.—Un Instituto modelo y único en su género.



Señorita Martina Balbuena, de Balcarce (F. C. S.).



Señorita María Nieto, de América (F. C. O.).



Señorita Margarita Basso Giachino, de Gowland (F. C. O.).



Señorita Martha Real, de Suncho Corral (F. C. C. N.).



Señorita María S. del Hoyo, de Lobería (F. C. S.).



Señorita Isabel Lidia Marchisone, de Naschel (F. C. P.).



Señora Luisa G. de Ferreyra, de Mariano Miró (F. C. O.).



Señorita Julia C. Vergagni, de Suipacha (F. C. O.).



Señorita María Delia Labaqui, de Olascoaga (F. C. O.).



Señorita Anita Giordanino, de Mariano Miró (F. C. O.).



Señorita María Francitorra, de Pergamino (F. C. C. A.).



Señorita Felipa E. Silva, de Blanca Grande (F. C. S.).

Doce distinguidas alumnas que hicieron honor al Instituto, estudiando y rindiendo exámenes por correspondencia con las más altas clasificaciones, obteniendo en pocos meses el Diploma que las acredita Profesoras en Corte y Confección.

Es realmente maravilloso el éxito que viene obteniendo el Instituto de Enseñanza por Correspondencia de Artes y Conocimientos Femeninos, "Corte Práctico El Profesor", y ello se debe a la eficacia de sus métodos privilegiados y a la severa corrección de sus procedimientos. Bastará con tomar en cuenta el sistema legalísimo de que la alumna no hace sus abonos a base de mensualidades, sino a base de las series de lecciones que estudia, a medida que la misma alumna las pide, ventaja que da a quien estudia la seguridad de que el Instituto no ha de hacerle perder tiempo para hacer mayor el número de cuotas, y la comodidad de hacer los pagos cuando más oportuno resulta para la alumna.

De los expedientes individuales de dos alumnas, cuya fotografía está entre las que adornan esta página, copiamos dos prestigiosas cartas que dicen con verdadera elocuencia la gran obra que realiza el Instituto:

De la señorita Felipa E. Silva, de Blanca Grande, F. C. S.

"Querida directora: Quiero darle las gracias por todos los beneficios que le debo y quiero que usted sepa el gran éxito que he obtenido con su sorprendente método de enseñanza por correspondencia. Un día, por curiosidad, pedí su folleto y viendo que lo ofrecido era muy conveniente y sencillo, me decidí a aprender el Corte y Confección. En poco tiempo, estudiando sólo los momentos libres al día, sin desatender los quehaceres del hogar, he aprendido mil cosas que no sabía y al fin he conseguido terminar el estudio de Corte y Confección y recibir el Diploma de Profesora, que hoy me permite atender una Academia personalmente, incorporada a ese inimitable "Corte Práctico El Profesor". Tanto mi mamá como yo estamos contentísimas y nunca olvidaré lo que aprendí gracias a usted. Reciba la expresión de mis afectuosos saludos."

De la señorita María Nieto, de América, F. C. O.

"Estimada profesora: Esta tiene por objeto saludarla y al mismo tiempo manifestarle que he recibido el Diplona, estando muy agradecida por tan feliz éxito. Y debo manifestar que me parecía imposible llegar a un resultado tan satisfactorio cuando empecé mis estudios. Le doy las repetidas gracias por todas las atenciones que conmigo ha tenido. Le agradeceré me remita un folleto de Repujado y otro de Pirograbado. Sin más reciba los sinceros saludos de su alumna."

La Directora enviará folletos gratis de los cursos que interesen a quien los solicite, calle Córdoba, 3863-Bs. As.

En Montevideo: Avenida Agraciada, 803.


Té Sol
Siempre puro
y siempre fresco
El mejor desayuno para
los niños en Verano
es el te con le-
che a la inglesa,
con tostadas y
dulce de frutas.

BUENOS AIRES, 17 DE NOVIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1311

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



GRANDES MANIOBRAS MILITARES

EJERCICIOS FINALES EN CAMPO DE MAYO

El ministro de la Guerra, general Justo; el Inspector General del Ejército, general de división José F. Uriburu, y oficiales del Estado Mayor presenciando el regreso de las tropas que tomaron parte en el simulacro que se efectuó con toda eficacia militar en aquel acantonamiento, constituyendo dichas maniobras el último ejercicio con grandes unidades secundadas por sus respectivas escuadrillas aéreas.

LAS GRANDES MANIOBRAS MILITARES



Un oficial ayudante en los momentos de haber entregado un parte al general de división Uriburu en el campo de las evoluciones tácticas entre dos destacamentos contrapuestos.



Una batería del bando azul haciendo fuego, con las ruedas y la parte superior disimuladas con pasto del mismo campo.



Carros del Ejército conduciendo el bagaje de campaña necesario para cualquier contingencia entre las tropas beligerantes.



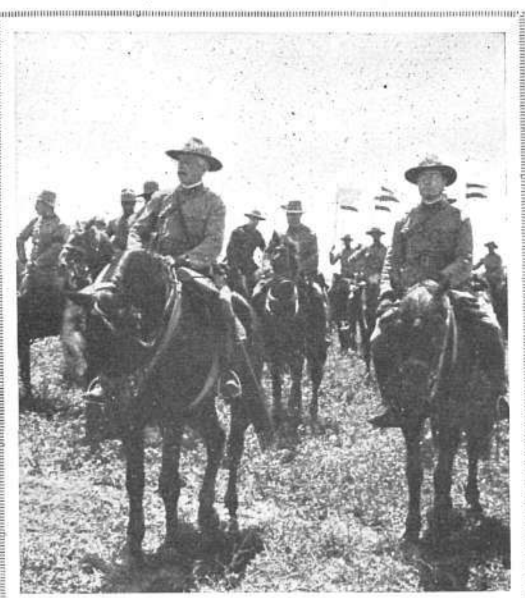
Artillería ligera al iniciar un rápido despliegue ante el enemigo en la línea de operaciones extendida de Monte Carlo, en los alrededores de Villa Ballester, hasta Vicente López, sobre el ferrocarril Central Argentino, movimientos bélicos que se desarrollaron con brillantez y según el plan del Estado Mayor.



Avance de un escuadrón de caballería durante el simulacro.



Un camión del servicio de artillería de sitio conduciendo uno de los grandes cañones.

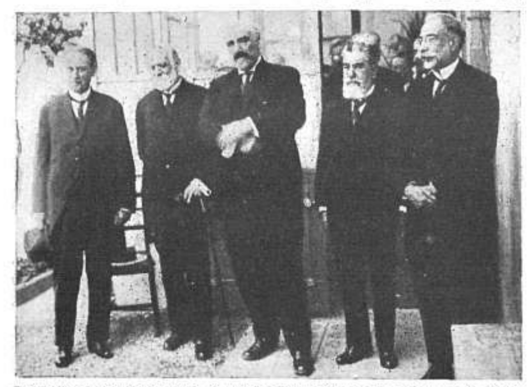


El general Martín Rodríguez, comandante de la 2.ª División, al frente de su Estado Mayor.



Herrera Vegas. — ¿Y amigo, cuándo se va?
Alvarez de Toledo. — Cuando me dejen.

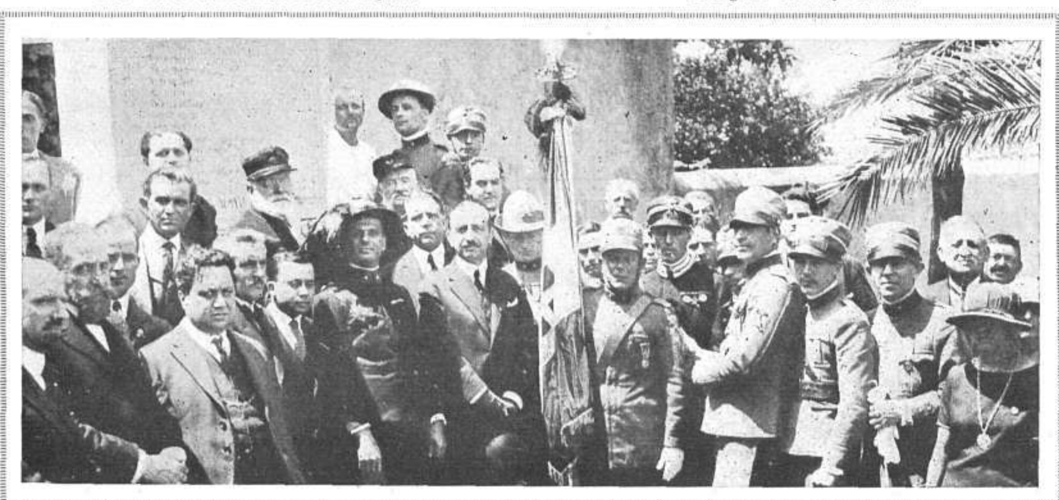
DE MONTEVIDEO



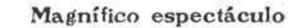
Los miembros de la Alta Corte de Justicia que verificaron la visita anual a los detenidos y penados que se alojan en los diversos establecimientos carcelarios de esta capital.



Un grupo de caracterizadas figuras de la política, rodeando al doctor Alberto Herrera, poco después de haber desembarcado de regreso del viejo mundo.



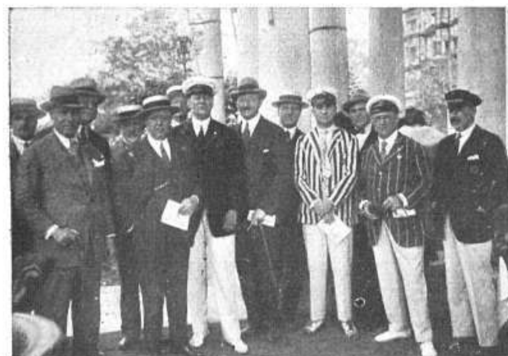
Reservistas italianos al pie del monumento conmemorativo de la batalla de Vittorio Veneto, al celebrarse el 5.º aniversario de aquel glorioso hecho de armas.

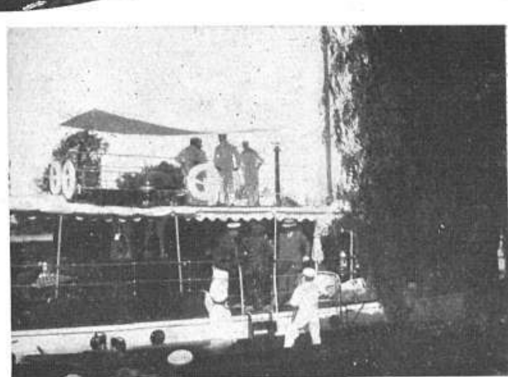


Magnífico espectáculo

Grupos femeninos que desde las márgenes del río Luján presenciaron las clásicas regatas internacionales del Tigre, que resultaron un lucido acontecimiento deportista y social, el primero de los que se realizan al aire libre en la actual estación primaveral.

Un hermoso aspecto de parte del público siguiendo las incidencias de las embarcaciones desde sus puestos flotantes del río, nota plena de colorido a la que prestó grata animación lo apacible del día.





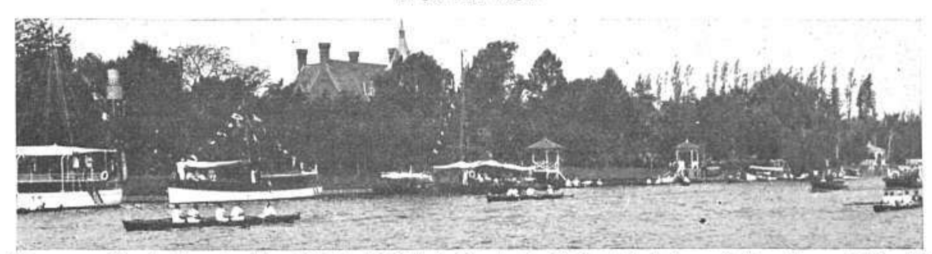


El marqués de Amposta, el intendente del Tigre, señor García, el presidente de la Asociación Argentina de Remeros, doctor Rozas, y delegados de la misma, contemplando las regatas.

El yate del Presidente de la República desde el cual el doctor Alvear y su señora siguieron con suma atención el desarrollo de las reñidas carreras.



Llegada de la 4.ª carrera. El bote del Club de Regatas América tripulado por Emilio Felmé, Juan Chiodi, Eugenio Grassi, Omar Capurro, ("stroke") y Eduardo Guismondi, (timonel), aventajando al bote del Club de Regatas La Plata por tres largos.

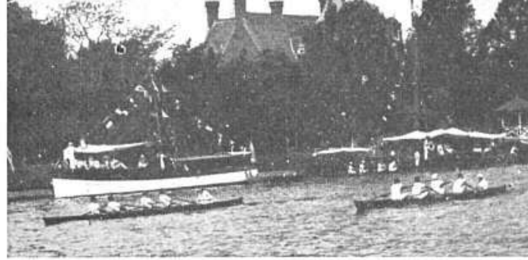


6.ª carrera. Premio Copa América. El bote del Club de Regatas La Marina tripulado por Isidoro Comas, Julián Gil, Juan C. de la Riva, Ricardo Gianazza, ("stroke") y Alberto Errecalde, (timonel), llegando ganador a la meta.



El bote del Club Hispano-Argentino en los momentos de vencer en la 10.ª regata. Lo tripulaban A. Leber, G. Bublath, J. A. Fernández, W. Holm, M. A. Jordán, C. Rhese, T. A. Cerruti, J. A. Bovero, ("stroke") y L. A. Nechi (timonel).





Los botes de los clubs de Regatas La Plata y Nacional Rowing Club al llegar a la raya, en la 5.ª carrera, venciendo el primero, que era tripulado por Armando Georgé, Manuel Pereyra, Francisco Amat, Emilio Morosi ("stroke") y Luis V. Ramón (timonel).



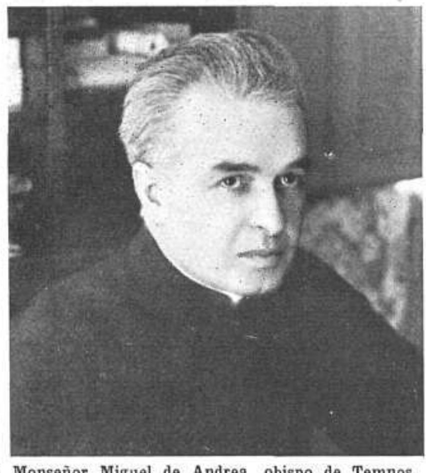
9.ª carrera. Premio Ministro de Marina. El bote de la dotación de la base naval del Río de la Plata al terminar la prueba con un largo a su favor.

Fotos de Bell

La transcendental renuncia de Monseñor de Andrea al Arzobispado



Monseñor Alberti, obispo titular de La Plata que fué segundo en la terna votada por el Senado de la Nación y elevada al Gobierno.

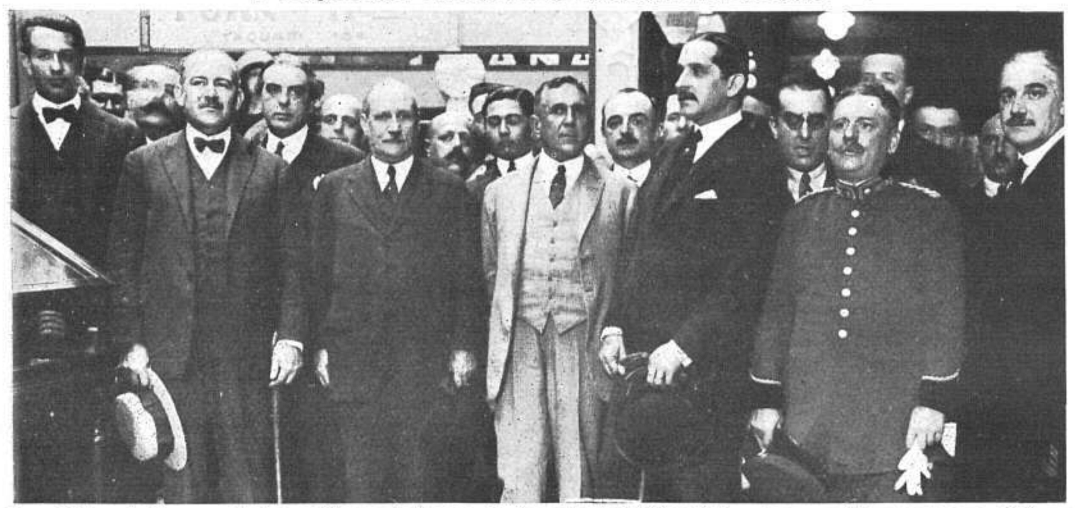


Monseñor Miguel de Andrea, obispo de Temnos, primero de la terna y elegido por el Poder Ejecutivo para el arzobispado de Buenos Aires, cuya renuncia ha causado honda impresión en los círculos oficiales y católicos, creando una molesta expectativa.



Monseñor Bazán y Bustos, obispo de Paraná, tercero de la terna, quien en una reciente ceremonia recomendó serenidad de ánimo a los fieles.

1.ª Exposición Universal de Radiocomunicaciones



Los ministros de Guerra y Marina, el director de Correos, el vicepresidente del Aero Club y otras conocidas personas que asistieron a la apertura de la 1.ª Exposición Universal de Radiocomunicaciones organizada bajo los auspicios de una comisión de caballeros, de la Dirección General de Telégrafos de la Nación y de industriales en el ramo; exhibición que se instaló en el local de la calle Bartolomé Mitre, 553.

Bautismo del primer planeador construido en el país



La señora Regina Pacini de Alvear y el señor Jorge A. Mitre, presidente del Aero Club, dirigiéndose al "hangar" donde se celebró la ceremonia.

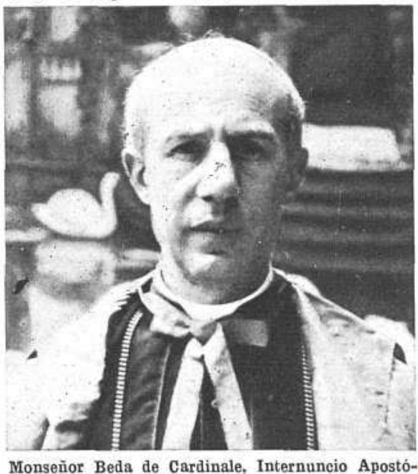


La esposa del Presidente de la República, madrina del bautizo, en los momentos de rociar con champaña el aparato, juntamente con el coronel Casinelli, que actuó de padrino, poniéndosele por nombre "Regina", lo que se verificó ante numerosas familias y los principales miembros de nuestros círculos aeronáuticos.

Distinguidas figuras del clero y la diplomacia puestas de actualidad



Monseñor Gustavo J. Franceschi, Secretario del Cabildo Eclesiástico, cuya larga conferencia con el ministro de Relaciones Exteriores y Culto ha sido muy comentada.



Monseñor Beda de Cardinale, Internuncio Apostólico en la República Argentina, de quien, por su significación como representante del Vaticano, se esperan importantes declaraciones en el delicado asunto de la renuncia de Monseñor de Andrea.



Doctor Daniel García Mansilla, ministro argentino acreditado ante la Santa Sede, objeto de diversos comentarios en todos los centros sociales por su diplomática actuación en Roma.

Inauguración del monumento a la memoria de los caidos en la gran guerra



El doctor Gallardo, el ministro de Francia y representantes diplomáticos de Norteamérica, Uruguay, Italia, Rusia y Polonia y otras caracterizadas personalidades que presenciaron, en el Hospital Francés, la inauguración del monumento que perpetuará la memoria de los que, partiendo de la Argentina, sucumbieron en los campos de batalla durante la catástrofe bélica europea.

VI Salón del Automovil



El intendente municipal, el jefe de policía y la calificada concurrencia que asistió al acto de la inauguración oficial, escuchando el discurso alusivo del señor Agustín Motto, presidente del Automóvil Club Argentino, en cuyos párrafos se puso de relieve el gran éxito alcanzado por los organizadores y expositores.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS

Domingo E. Salaberry



Su inesperada muerte ha causado honda sensación en los círculos mercantiles y políticos. El doctor Salaberry, ejerció el ministerio de Hacienda durante el anterior período presidencial. Hombre de acción y de actividad alejado de la política, se había dedicado a sus negocios al frente de la importante firma que regenteaba donde le sorprende la muerte.



Distinguidas damas y caballeros en el dinner-danzant celebrado en el Círculo Italiano con motivo del V aniversario de la victoria.



Otro aspecto del festival con que se conmemoró el triunfo italiano en Vittorio Veneto, al que asistió el intendente municipal.



Grupos de niñas que tomaron parte en diversas pruebas atléticas realizadas en la cancha Rosario Central en el torneo atlético entre empleados ferroviarios de todas las secciones.



Asistentes a la demostración ofrecida en el Club de Regatas Rosario a la señorita Arminda Moya, con motivo de su próximo enlace con el señor Ovidio Ríos.



El señor Williams, gerente del F. C. C. A. y el señor Ryan, presidente del torneo atlético, en el acto de la distribución de premios a los vencedores.



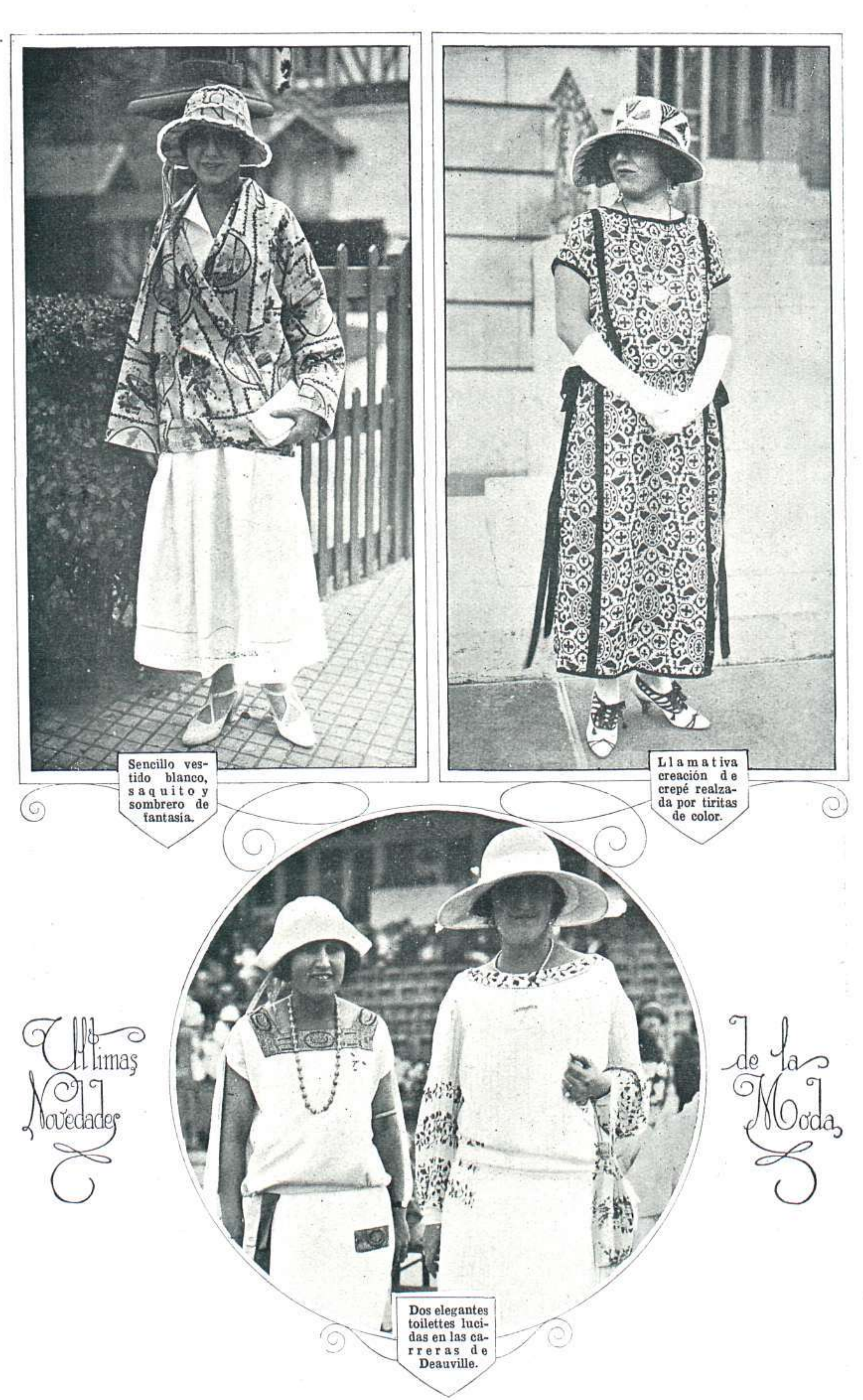
FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR LUIS R. GONDRA

INTERVENTOR DE LA PROVINCIA DE TUCUMAN

POR ALVAREZ.

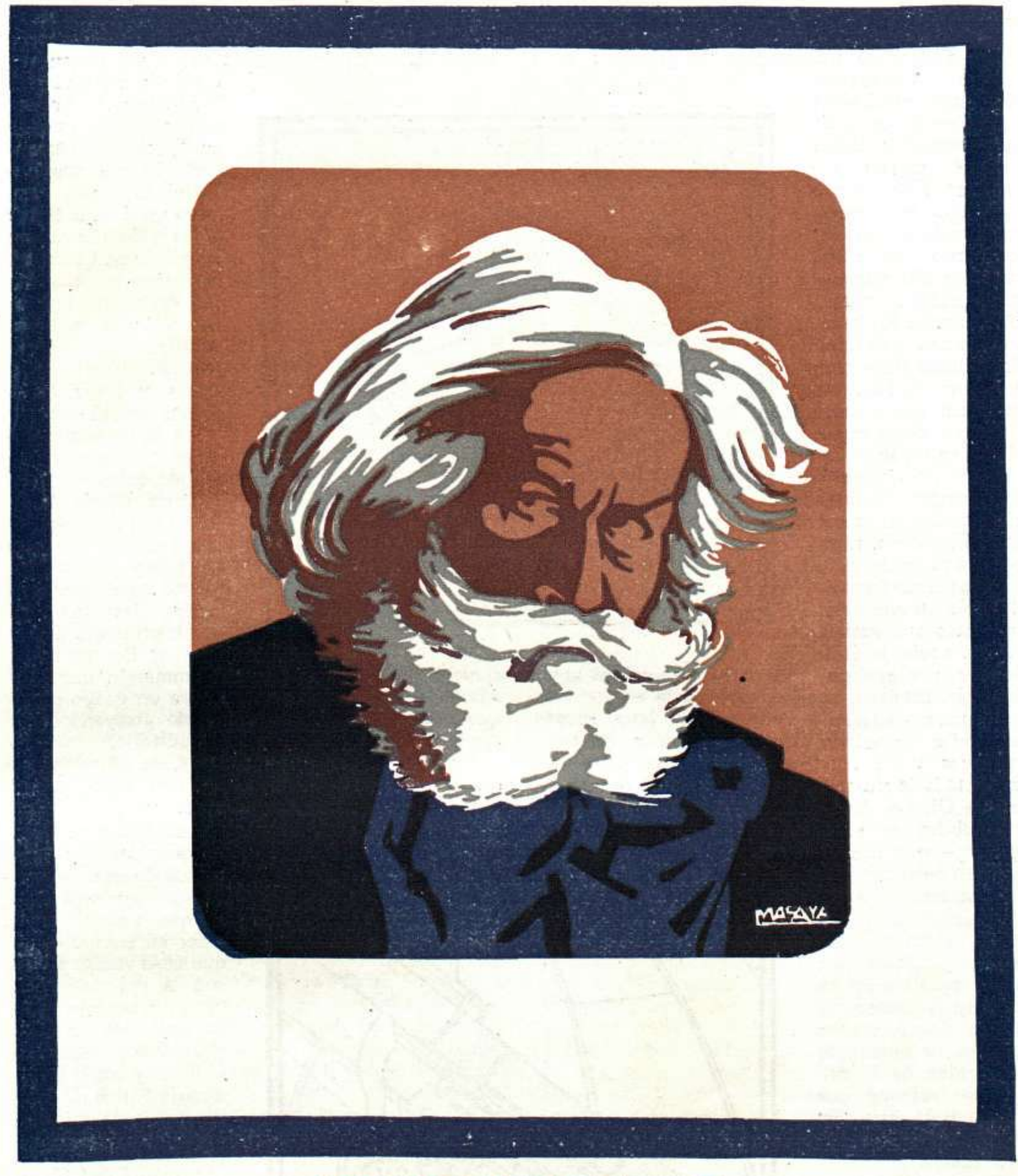
HOMBRE de amplia cultura, ecuánime y enérgico, el nuevo representante federal, que interviene con amplios poderes la provincia tucumana, ha de cumplir, a no dudarlo, a satisfacción unánime, la delicada misión que le ha confiado el Poder Ejecutivo.



Sencillo vestido blanco, saquito y sombrero de fantasía.

Llamativa creación de crepé realzada por tiritas de color.

Dos elegantes toilettes lucidas en las carreras de Deauville.



HOMBRES CÉLEBRES

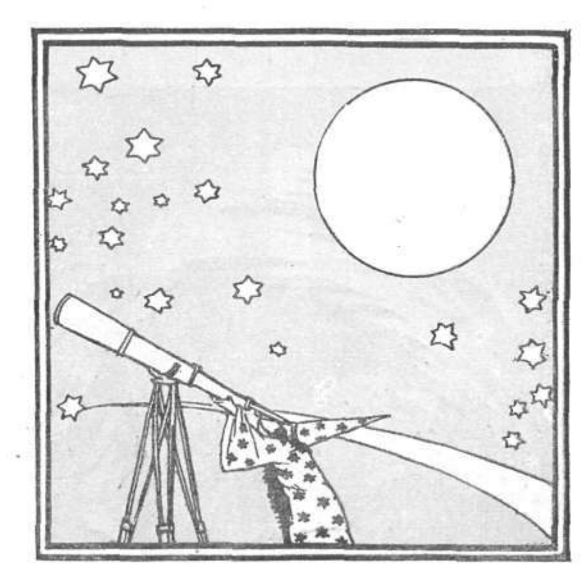
FLAMMARION

Ha cumplido sus 81 juveniles inviernos el día 25 de febrero de este año. Una sencilla resta te dirá que nació en 1842. Lo que no resulta operación sencilla es imaginarse cómo el gran sabio ha podido llegar a esa edad sin perder sus hermosas facultades intelectuales. Hoy día Camilo Flammarión continúa trabajando y escribiendo.

Pasó su niñez en el pueblo natal (Montigny-le-Roi, Alto Marne). No conozco pormenores de la vida infantil de Flammarión; pero me lo supongo un pibe aficionado a perder el tiempo mirando las estrellas y la luna. Tal vez en sus correrías por el campo buscó la amistad de los pastores. Los pastores son astrónomos por necesidad y por afición. Durante las noches, mientras vigilan para proteger al ganado de los ataques del lobo y del ladrón, contemplan el cielo. En el cielo leen la hora, cosa difícil para quien no lo ha estudiado largamente. Los pastores conocen los astros y sus giros. Un

pueblo pastor, el caldeo, fué el que inventó, hace muchos siglos, la astronomía. No hay nada más atrayente que las leyendas ingenuas que saben los pastores. Quizás un viejo pastor del Marne fué el padre espiritual del ilustre astrónomo.

Los padres de Flammarión lo dedicaron a la carrera eclesiástica. Inició sus estudios en el seminario de Langres, terminándolos en París. Próximo a cantar misa, Flammarión abandonó la carrera, ingresando en el Observatorio de París para estudiar astronomía. Estuvo cuatro años agregado a la Oficina de Longitudes. Esa oficina tiene gran importancia, pues allí se hacen los cálculos que anualmente se publican en un libro llamado «Connaissance des temps» (Conocimiento de los tiempos). Tú sabrás, niño, que los planetas y las estrellas describen en el cielo trayectorias aparentes que varían. Si esta noche la Cruz del Sur, por ejemplo, está a tal hora en tal lugar del cielo, mañana, pasado, etc., no la encontrarás en el mismo sitio a la misma hora. Igual sucede con todos los astros. Como los marinos, los agrimensores y los astrónomos necesitan saber por adelantado la situación precisa de los cuerpos celestes, la Oficina de Longitudes hace los cálculos y los publica en el libro que antes nombré. Sin ese libro, que nos dice el camino que los astros recorren en el cielo, los navegantes no podrían hallar su ruta ni los agrimensores podrían tener los datos que sirven para medir los terrenos y hacer los mapas. Así, a la pata la llana, he procurado darte idea de lo útil de los trabajos que Flammarión hizo. Tu maestro te los explicará mejor.

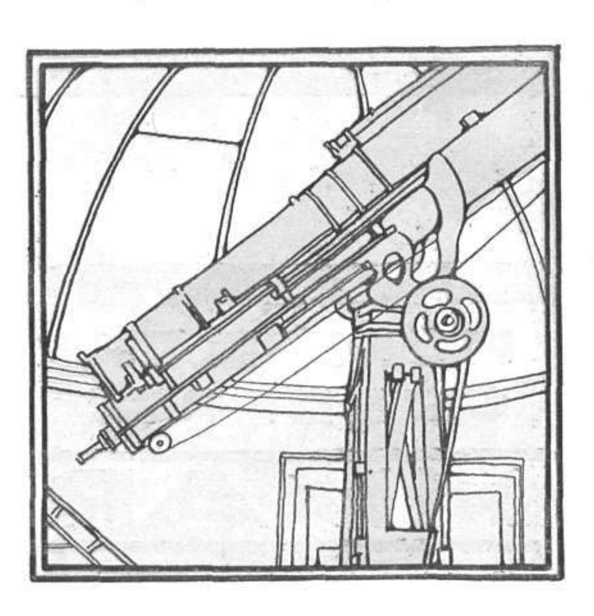


Terminados sus estudios astronómicos, dejó el Observatorio. Tenía 20 años y tenía además una condición poco común entre los sabios. Los hombres de ciencia, por lo regular, sólo saben transmitir sus enseñanzas a los otros hombres de ciencia. El lenguaje científico, las operaciones algebraicas, los experimentos, etc., son laberintos donde nos perdemos todos los ignorantes. Pero también a los ignorantes que deseamos saber algo nos asiste el simpático derecho de satisfacer nuestra curiosidad. Convertirse en divulgadores científicos es la democrática virtud de los Flammarión, Martín Gil, Onelli, Verne y otros sabios que ponen las altas enseñanzas al alcance de la gente curiosa. Y así no solamente se ilustra a Juan Vulgo sino que se logra aficionar a muchísimos pibes engolosinándolos en una ciencia por la que tienen vocación y aptitudes.

Flammarión, a los veinte años, publicó su libro: «La pluralidad de mundos habitados», obra donde el astrónomo habla de la vida posible en los planetas. Quien lea las amenas páginas del ilustre escritor se enterará de muchos detalles sobre la constitución física de los astros y otras cosas dignas de saberse.

En la revista «Cosmos» publicó Flammarión artículos interesantes donde lucía sus enormes conocimientos. Después, en el diario «El Siglo» realizó una campaña contra los manejos administrativos de Le Verrier. Gracias a las conferencias populares que Flammarión daba, la Astronomía se puso de moda. Era un guapo mozo que hablaba con gracia e ingenio atrayéndose la atención y las simpatías del auditorio.

Sus libros, que después citaré, se editaban en grande y eran traducidos a todos los idiomas. ¡Cuántos astrónomos han formado, unos de afición y otros de profesión! Las casas de óptica vendían a la gente anteojos y telescopios; las librerías, mapas celestes y tratados astronómicos. Porque aquello vino a ser un ensayo de lo que estás viendo ahora con la radiotelefonía. Como un anteojo regular vale más que los chirimbolos radiotelefónicos, y como la industria óptica no estaba explotada en grande, el movimiento tuvo menor alcance. Pero la grata manía echó hondas raíces en los cerebros del vulgo.



Ha escrito Flammarión: «Las maravillas celestes», «Dios en la Naturaleza», «Historia del Cielo», «Contemplaciones científicas», «La Atmósfera», «Vida de Copérnico», «Ultimos días de un filósofo», «Las tierras del cielo», «Astronomía popular», «Viaje por el espacio» y otros libros que se leen solos y que no faltan en ninguna biblioteca pública. Además ha escrito otras obras de ciencia pura y realizado descubrimientos de gran importancia.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



EL LADRON

Por J. RUSSELL

Cuando le faltaban tres escalones para llegar al tercer piso, se detuvo y se sonrió a sí mismo detrás de la máscara cegadora de la obscuridad, mientras tanteaba la pared con los dedos.

Al fin encontró el alambre, lo tiró hacia afuera, hizo una lazada y lo cortó, de un tajo seco y silencioso, con la navaja, con una destreza de aquellas que no da sino la larga práctica del oficio. En seguida, con la precaución de un lobo que evita una trampa, cubrió de una zancada los tres escalones y se quedó agachado en el descansillo. La casa parecía muerta.

No hacía el menor ruido; estaba seguro; era ágil. Percibía los latidos de su corazón en el pecho. Los músculos le respondían dócil y suavemente, como si fuesen de acero forrados en terciopelo, con precisión infinita. Tenía los ojos claros y fijos de los gatos. Sus oídos recogían los menores ruidos. Todos los sentidos de su enjuto, fuerte cuerpo estaban siempre alerta.

Hacía veinte horas que no comía; durante tres semanas no había sabido lo que es comer hasta hartarse; durante veintiseis años jamás había tenido la suerte de satisfacer sus apetitos ni de hacer dar todo el rendimiento posible a su estructura animal. Vivía, sufría, mantenía su fuerza cuando los más débiles se daban por vencidos. Su carácter era como un metal duro, elástico, que no se rompe. Siempre había estado al borde de la más implacable pobreza; el trabajo, siempre duro, le había comunicado su dureza; el hambre le había convertido en una herramienta perfecta y lista para el crimen.

Y ahora había encontrado su mejor empleo.

Anchas fajas de luz de la luna, que penetraba por las ventanas, cortaban en diagonal la pieza en que a los pocos minutos se encontró. Eran ventanas grandes, que iban desde el piso hasta el techo, y defendidas, hasta la mitad de su altura, por elegantes rejas. Se abrían sobre un jardín.

Se deslizó sin hacer ruido a lo largo de la pared y esperó. La tibia brisa de la noche de verano agitaba las cortinas. Vagos rumores de la ciudad dormida subían misteriosamente del vacío. Nada más.

Pasando por sobre las fajas de luz, casi sin movimientos sensibles, atravesó la pieza, hasta el otro lado, tanteando la sombra, acostumbrándose a ver a la luz débil de la luna, en dirección al sitio en que estaba el secreto. Tropezó con el escritorio de cortina, cerrado. Usó rápida e inteligentemente la herramienta que llevaba, la única, y abrió el escritorio. Tuvo la sensación de haber alcanzado su primer triunfo. Era un escritorio lleno de cajoncitos, de repisitas, de divisiones. En el fondo, al medio, había varios cajones con perillitas de vidrio. Eran cajones falsos: era una placa de acero: una de las perillas correspondía al secreto. Suavemente, sin más ruido que el que hubiese hecho un fantasma, empezó a probar una perillita después de otra, en busca de la que debía darle lo que buscaba. Resultó que era la cuarta, contando de la derecha. Cuando la oprimió, sintió un leve crujido. Siguió probando, y de pronto, toda la placa de acero avanzó hacia adelante. Fué como cosa de teatro.

En el cajón que el movimiento de la placa dejó en descubierto, había varias cajitas y paquetitos envueltos en papel. Metió la mano, con firmeza, con la seguridad que le daba el éxito, y a los pocos momentos dió con un resorte que girando hacia la derecha, hizo como brotar del fondo del cajón de acero un pequeño escondite.

El momento del éxito, es el de la prueba decisiva para el criminal. La obra realizada demuestra la calidad de los nervios del lobo social. Método, serenidad, prontitud, le mantienen en sus propósitos, al paso que la menor debilidad, la menor vacilación le anonadan. Conservaba el pleno dominio de sí mismo. El corazón no le había fallado al verse triunfante. Sabía perfectamente lo que había hecho y la situación en que se hallaba. Estaba listo para irse al instante sin dejar tras de sí ninguna huella. Acababa de demostrar sus aptitudes.

Tomó maquinalmente la pequeña cosa que, envuelta en un pedazo de terciopelo rojo, había encontrado en el escondite y se puso a contemplarla a los rayos de la luna. Era del tamaño de un huevo de gorrión: un brillante maravilloso. Le llenó de felicidad, no la belleza del brillante, sino el pensamiento de lo que significaba para él.

De pronto, oyó ruido en la pieza, y volvió la cabeza con la rapidez y la inquietud de un pájaro asustado.

— No se mueva — dijo una voz, secamente, tranquilamente.

No se movió.

— Quédese en donde está — ordenó la misma voz.

Obedeció la orden.

— ¡Lindo resultado!

Una figura se destacó de entre las sombras, alumbrada a trozos por los rayos de la luna. Era un hombre alto, bien hecho, de hombros macizos. Llevaba un amplio «robe de chambre» suelto, desabotonado. En la mano derecha tenía un revólver grande que manejaba con el descuido que da el hábito. Parecía como que acabase de despertarse y no demostraba la menor inquietud por el incidente.

Ese hombre debía haber sido, algún tiempo atrás, un magnífico ejemplar de desarrollo físico. Aun ahora, se adivinaba que conservaba casi todas sus facultades de resolución y fuerza. Una leve hinchazón de los párpados inferiores destruía apenas la armonía de sus facciones. Una gordura incipiente no perjudicaba su fuerza. Era aun joven, y un absoluto dominio de sí mismo emanaba de todo su ser.

Siguió avanzando, y cuando estuvo a su lado extendió la mano y le quitó el brillante diciendo:

— Será para mi; gracias.

Miró sonriendo irónicamente al ladrón que a su vez le miraba fijamente, inmóvil, con la mayor tranquilidad, el hombre del revólver se echó el brillante al bolsillo del chaleco. Seguía mirando al ladrón, ahora burlonamente. Su triunfo había sido demasiado fácil y dominaba a su prisionero con su arrogancia y su orgullo.

— ¡Con que era usted el hombre que creyó que podría apoderarse el brillante Rangely! — exclamó de pronto el hombre del revólver, con tono de menosprecio. — ¡Usted!

Pero su mirada se dirigió en seguida al escritorio y al verlo abierto, descubiertos todos sus secretos, comprendió que el sarcasmo y el menosprecio no le cuadraban.

— ¿Cómo lo hizo usted? ¿Cómo lo abrió?

El ladrón no contestó.

El hombre se acercó y con voz baja pero firme le dijo:

— Oiga lo que le voy a decir: es mejor que me conteste pronto, como hombre prudente. Puedo matarlo como a un perro, sépalo usted. Quiero saber cómo un hombre como usted ha podido hacer eso, descubrir ese secreto. Estoy esperando.

El ladrón comprendió que se le decía algo muy serio.

— El escritorio lo abrí con una barrita de acero — contestó.

Hubo un momento de silencio, porque el hombre del revólver estaba arreglándose el cuello.

— ¿Nunca había forzado otro escritorio?

— No.

— ¿Ni siquiera se había imaginado que algún día lo haría?

— No.

— Bueno, tiene mano de maestro. ¿Y cómo se le ocurrió la cosa?

— Leyendo los diarios. Vi que la anciana señora Rangely había sido llevada ayer a un sanatorio y que su marido había tomado una pieza en el mismo sanatorio para estar al lado de ella.

— ¿Y el hijo?

— Leí que estaba viviendo en un club.

— ¿Y los sirvientes?

— Espié la casa y vi que el último de ellos salió hace dos horas.

— ¿De modo que usted creyó que iba a dar un buen golpe?

— Sí.

— Yo habría apostado que alguno de los alambres lo fulminaría. ¿Sabía usted que la escalera estaba defendida con alambres electrizados?

— Sí.

— ¿En dónde están los alambres?

El ladrón lo dijo.

— ¿Entonces usted cortó las conexiones?

— Las corté.

Un relámpago de rabia pasó por los ojos del interrogador.

— ¿En dónde obtuvo usted el instrumento de bronce necesario para cortarlas? ¿Y quién es usted, de dónde viene? Conteste.

El revólver apuntó al pecho del ladrón, que habló en voz baja y lenta algunos instantes.

— Entonces — la voz del hombre del revólver denunciaba su cólera — ¿no es usted ladrón de profesión? ¿Nunca ha hecho nada que valga la pena?

— No.

— ¿Y así se atrevía usted a pensar en hacerse dueño del brillante Rangely? ¿No sabe usted que los más afamados profesionales habrían expuesto todo por semejante presa? ¿No sabe usted que ni los mejores «trabajadores» del mundo serían capaces de hacer lo que usted ha hecho, ni Max Shilburn, ni Perry, ni el mismo Meadow? Y usted se atrevió a...

El hombre del revólver dió al ladrón un empujón que lo echó sobre el escritorio, y ese acto de violencia pareció hacerle pensar por primera vez el grado a que había llegado su ira. Se echó a reir.

— No sé por qué me ha dado rabia — dijo después.

Quedó un momento silencioso, y cuando volvió a hablar su voz había recobrado casi toda su tranquilidad anterior. Sus maneras también volvieron a ser menos violentas.

— Voy a decirle una cosa — dijo de repente. — Le estoy dando demasiada importancia. ¿Entiende? No sé quién es usted ni quiero saberlo. Váyase de esta casa, váyase en el acto.

El ladrón, como vencido por una fuerza superior, obedeció, sin decir una palabra. Salió de la pieza y empezó a descender la escalera; pero cuando estuvo en el tercer escalón se detuvo un instante, apenas lo suficiente para que sus dedos encontrasen los extremos de los alambres que había cortado y juntasen los hilos de cobre. Siguió bajando; y cuando llegó al segundo piso repitió lo que había hecho en el tercero, abrió una puerta y se encontró en una habitación igual a la de arriba; pero vacía. Tenía las mismas ventanas, que daban al mismo jardín.

El ladrón se dirigió a una de las ventanas, la abrió, trepó por la reja y se dejó caer al jardín. A los pies de la casa en que Rangely vivía había una especie de galpón, de techo plano. Se trepó como gato al techo del galpón y corrió a esconderse detrás de una pequeña chimenea que había en una esquina del techo.

De ahí podía ver, a la luz de la luna, lo que ocurriera en las inmediaciones de la casa de Rangely y podía ver también las ventanas del tercer piso.

A los pocos instantes, advirtió algún movimiento en la calle y distinguió algunas figuras, indudablemente policiales, que se dirigían a la casa de Rangely, viniendo de distintas direcciones. Era, sin duda, un ataque circular, preparado y dirigido con una rapidez, una energía y una seguridad que demostraban bien la calidad de la familia Rangely, la importancia de su casa y el valor de sus riquezas, a los ojos de la policía.

A un conocedor de los métodos ordinarios de la policía, lo que el ladrón estaba observando podría haberle parecido asombroso, casi sobrenatural; a los iniciados, habría podido servirles de prueba de la eficacia de la acción policial cuando se trata de defender los intereses de los ricos y de los grandes.

El ladrón, que todo lo observaba desde su escondite, detrás de la chimenea del galpón, empezó a fijar la atención en las ventanas del tercer piso de la casa Rangely. Las ventanas eran muy grandes, y desde su sitio podía ver lo que ocurría dentro de un ángulo bastante amplio de la habitación de donde había sido echado, tan vergonzosamente. Vió que un hombre se asomó a una de las ventanas y levantó la cortina. Apenas lo hubo hecho, el hombre se quedó inmóvil, como si prestase mucha atención a algo que le parecía extraño.

Era la policía, que subía apresuradamente las escaleras para llegar al tercer piso. El hombre, que se había retirado de la ventana, se acercó a la puerta cerrada, en la cual habían sonado dos golpes, y con voz tonante, gritó:

— ¿Quién anda ahí? Alto, o hago fuego.

— Es el inspector de policía Lavery con diez hombres.

Un silencio, breve y angustioso, y después:

— ¿La policía? ¿Qué quiere?

Ya la puerta había cedido a los esfuerzos de los polizontes y el inspector seguido de varios hombres se encontró frente a un joven gigante en «robe de chambre», que los miraba friamente.

— ¿El inspector Lavery?,—preguntó.

— Sí, señor — contestó el inspector, avanzando un paso. — ¿Y usted?

— Me llamo Rangely.

El inspector le miró fijamente.

— ¿Usted vive aquí? — preguntó con tono más bien áspero.

— Ahora sí, en ausencia de mis padres; pero no entiendo lo que pasa. ¿Cómo han entrado ustedes?

— La puerta de calle estaba abierta.

— ¿Abierta?

— Y hace siete minutos se dió aquí la señal de alarma. Es una combinación automática. ¿Usted no ha oído nada? ¿No ha pasado nada en la casa?

— No oí nada hasta que sentí el rumor de los

pasos de ustedes en la escalera y amenacé con hacer fuego.

—Se apresura usted demasiado para disparar—comentó irónicamente el inspector.—¿Y los sirvientes?

— Están afuera por toda la noche.

El inspector volvió la cabeza para mirar hacia afuera.

— ¿Y? — gritó a alguien que sin duda esperaba afuera que le hablase.

— Nada, señor — contestó una voz, respetuosamente, desde el hall. — Parece que todo está en orden. Hemos registrado toda la casa.

— ¿Y Devlin, está satisfecho?

— Voy a preguntarle, señor.

El inspector se volvió de nuevo al hombre de la «robe de chambre», que de pie en medio de la pieza parecía lleno de confianza.

— Quizá me olvidé de cerrar la puerta de calle cuando entré — dijo con la mayor tranquilidad. — Es posible que hasta pusiese en acción, sin quererlo, el mecanismo de alarma, pues no estoy muy familiarizado con él. En todo caso — agregó, poniendo descuidadamente el revólver en el bolsillo de la «robe de chambre» — en todo caso, ésta es la

inspector al gigante, que contestó, francamente sorprendido.

— Es extraordinario, pues parece que alguien ha estado en ese dormitorio, en efecto.

El hombrecillo bajo y delgado que había traído la maleta, se volvió hacia el que acababa de hablar y le miró con sardónica curiosidad. Luego, tocó con el dedo en el razo al inspector.

— ¿Quién dice que es?

— El señor Rangely, hijo.

— Pues bien, no es el señor Rangely, hijo — afirmó Devlin. — Heriberto Rangely es más chico que yo, y éste mide unos seis pies de alto. ¡Guarda!

El reflejo acerado del revólver salió como relámpago del bolsillo de la «robe de chambre»; pero no tan rápidamente como para impedir que Devlin sacase su pistola automática e hiciese fuego sobre el falso joven Rangely, que dejó caer lentamente el brazo con el arma. Y duró el espacio de otro relámpago el brusco empellón que dió a Devlin y el correr hacia la ventana para dejarse caer al jardín; pero las manos vigorosas del inspector y de dos polizontes le alcanzaron cuando ya se trepaba a la baja reja. Sus esfuerzos desesperados para



Devlin sacó rápidamente su pistola e hizo fuego sobre el falso joven Rangely.

causa y aquí estoy yo, enteramente a sus órdenes; pero no en peligro, que sepa.

El inspector vacilaba.

Después de algunos segundos de embarazoso silencio, apareció en la pieza otro personaje: un hombrecillo bajo, delgado, vulgarmente vestido, que en cuanto entró arrojó una maleta pequeña a los pies del inspector. Una sonrisa diabólica descubría sus dientes amarillentos.

— ¿Qué hay, Devlin? — preguntó el inspector.

— En un dormitorio, debajo de una cama, he encontrado eso, — contestó el recién llegado con tono vagamente burlón. — Y en esa maleta he encontrado un manojo de llaves ganzúas admirables, verdaderos poemas de acero. Poemas, sí. No se pueden hacer mejores.

El inspector miró con cierto desdén las ganzúas que Devlin agitaba entre sus largos y delgados dedos y preguntó secamente:

— ¿Eso es todo?

— Hay también que el dueño de estas ganzúas quiso echar un sueñecito en el dormitorio, esta noche, y se tendió en la cama.

— ¿Oye usted lo que dice Devlin? — preguntó el

desprenderse de esas manos de hierro fueron inútiles, y al cabo de un par de minutos estaba tendido en medio de la habitación, boca arriba, las piernas abiertas, jadeante, y los ojos despidiendo llamaradas de rabia y odio. Así vencido, le hicieron ponerse de pie y le ataron a la espalda las manos con esposas.

— ¡Por el diablo! — exclamó de pronto, en un arrebato de ira y de despecho, el vencido; — no me habría agarrado si no hubiera sido por esta bala que me metieron en el brazo.

— Se equivoca usted.

Era Devlin el que contestaba, el detective Devlin, que contemplaba a su víctima con ojos radiantes de satisfacción y mordiéndose nerviosamente el menguado bigotillo.

— Se equivoca usted. Le hemos echado el guante porque le había llegado la hora. ¿Me permite que se lo diga? Hace dos años, con bala en el brazo y todo, habría logrado usted desprenderse de las manos de estos señores y se habría echado por la ventana. Ni el mismo diablo habría podido detenerle. Entonces podía hacerlo; pero ahora no. Ya no puede usted... ¿Qué le parece mi idea?

El preso, rojo de ira, nada contestó. Devlin siguió:

—¿No le gusta? Pues es la verdad. Dos años demás de éxito, dos años demás de dinero fácil, de vida disipada, de juego, de mujeres, de alcohol, le han reducido al estado en que se halla.

Y Devlin siguió hablando, mientras con el dedo indicaba los hinchazones de los párpados inferiores, la gordura, la flacidez de las mejillas, el hundimiento de las sienes del preso. Y todo lo decía y hacía con entera naturalidad, sin manifestar el menor interés en la demostración clínica de sus palabras. Sólo el brillo de sus ojillos grises denunciaba lo que estaba pasando en su espíritu.

—Y era fatal que llegase este momento... No sé cómo un hombre como usted, de sus condiciones, no lo previó...

El preso ya no estaba rojo, sino blanco como la cera.

—¡Cállese, demonio! — exclamó. Usted no sabe nada de mí.

—¡Vaya que no! — replicó Devlin, sarcásticamente.—Apuesto cualquier cosa a que usted es Medow. Medow, el Meadow que estaba en todas partes y que la policía nunca pudo agarrar.

—Devlin, ¿está usted seguro de que es Meadow? — preguntó anhelosamente el inspector.

—Mírele la cara — contestó triunfalmente el detective. — Lo tiene escrito en la cara. Nunca fué tomado por la policía, y por eso es que yo lo he atrapado tan fácilmente.

De hecho, el preso no pensaba en probar que no era Meadow, porque la rabia y el despecho le habían hecho perder todo dominio sobre sí mismo.

—Jim Meadow — siguió diciendo Devlin; — el ladrón caballero que nunca pudo ser sorprendido con las manos en la masa. Una vez le divisé y nada más... Pero ahora le tenemos porque le llegó la hora. Esto es todo.

El preso estaba de pie en el centro de la habitación, rodeado por el inspector y los policiales. Devlin se apartó y se acercó al escritorio.

—¡Ah! — exclamó. Este es el escritorio de Rangely, con sus cajones secretos. Aquí estaba el brillante Rangely.

Devlin se volvió al preso y le preguntó:

—Dígame, Meadow, ¿usted dió con el secreto?

—No — contestó el preso.

—Es verdad, no ha sido usted. Usted habría procedido de otro modo habría empleado sus herramientas de siempre, esas que están en la maleta. De manera que alguien se le adelantó y se llevó el brillante.

Devlin se acercó de nuevo al escritorio para examinar más detenidamente el mecanismo del secreto.

—Sí, sí; es evidente. Usted, Meadow, no tiene el brillante, porque no fué usted quien abrió el escritorio y dió con el secreto. Otro más vivo que usted se le adelantó.

Meadow se rió.

—Es claro — siguió Devlin, cada vez más sarcástico. — Ya está usted demasiado gordo, ya no sirve usted para estas cosas. Ya su tiempo pasó. Esta noche ha sido su Waterloo, sí, un verdadero Waterloo.

Meadow hizo un esfuerzo para dominarse y preguntó:

—¿Lo cree usted así?

—Por supuesto. Y oiga lo que le voy a decir: el bribón que se ha llevado el brillante es más bribón que usted. Es probable que no sepa qué hacer con el brillante; puesto que se lo haya llevado mientras usted se preparaba a llevárselo, en sus propias narices, estando usted aquí mismo, demuestra que es más bribón que usted... Meadow, estoy muy contento por haberlo atrapado; pero créame que, si pudiera, lo dejaría libre a usted con tal de poder conocer a esa buena pieza... Nos va a dar mucho que hacer, quizás nos demoremos años en dar con él; pero en cambio, usted ya está inutilizado, ya no sirve usted para nada. Ya no está usted para estas cosas. El mundo es del otro.

El preso, todo trémulo, ya no podía más. Su orgullo, su amor propio, su egoísmo, el monstruoso egoísmo del criminal, se hallaban excitados hasta el último extremo.

—¿Y a usted qué le importa cómo estoy yo? — exclamó con voz tonante, dirigiendo a Devlin miradas llenas de odio. ¿Qué le importa a usted, pedazo de hombre? Puede ser que haya perdido algo de mi destreza de antes; pero ya le enseñaré quien soy... Es cierto que otro intervino en el asunto; pero no como usted supone. Era un rata de malecón y yo lo vencí. Se había apoderado del brillante; pero se lo quité y lo eché a la calle. Y el brillante lo tengo yo. ¿Qué se había imaginado usted? Está en el bolsillo derecho de mi chaleco. Devlin se acercó al preso, sonriendo con su sonrisa de zorro.

—¿El otro le entregó el brillante a usted? Bueno, vamos a ver. Y metió los dedos en el bolsillo derecho del chaleco de Meadow.

—Vaya — siguió diciendo cuando hubo sacado lo que buscaba — aquí tenemos la más grande maravilla del mundo, el famoso brillante Rangely.

Hubo un instante de sombrío silencio, mientras Devlin examinaba el brillante. De pronto, exclamó:

—¡Qué el diablo me lleve si esto no es un pedazo de vidrio! ¡Ya lo creo! Es la perillita de vidrio de uno de los cajones secretos del escritorio de Rangely. ¡Un pedazo de vidrio!

Tal fué el momento crítico de ese improvisado drama de media noche... Es probable que hubiese podido ser más interesante; pero los espectadores no deseaban ver más. Los espectadores estaban perfectamente satisfechos cuando dejaron la acción en ese punto, y sin hacer ruido fueron saliendo todos, bien vigilados por Devlin el preso, de casa de Rangely.

Desde su escondite, detrás de la chimenea del galpón, el ladrón, el primer ladrón que figuró en el drama, vió pasar el grupo, en dirección a la comisaría más cercana.

Estaba silencioso; se hallaba en seguridad; estaba mejor dispuesto que nunca y empezó a pensar en el problema de volver a sus lares. Era el cazador afortunado de esa noche. Había realizado lo que quería; había hecho más aún: había eliminado a un competidor que había intervenido en su trabajo, un rival cuya astucia había estado a punto de triunfar sobre la suya, un colega-lobo cuya existencia activa había concluído.

Bajó del techo del galpón, atravesó el jardín y se echó a andar, con su hambre no satisfecha, con sus apetitos sobreexcitados, con la intención de satisfacer la una y los otros. Pero aún en su triunfo, aún en la hora del más completo de los éxitos, sus nervios seguían en fuerte tensión, y en todo su ser había la misma prontitud, el mismo dominio de sí mismo, la misma precisión. Porque era hombre perfectamente adaptado para el oficio de ave de rapiña, era hombre de presa, y hasta entonces nunca se había sentido completamente saciado.

Solo cuando estuvo en perfecta seguridad sus nervios aflojaron un poco. Después de haber caminado algún tiempo, se detuvo en una calleja solitaria, al lado de la pared baja de un jardín, a la luz de la luna, y sacó del bolsillo para contemplarla, en el hueco de la mano, durante un momento, una maravillosa gota de gloriosa luz: ¡el brillante Rangely!



LA UTILIDAD DEL OLVIDO

OCTAVIO Balassis bajó en la estación de Lyon y fué a parar en un hotel central. Hizo una toilette somera y dejó el hotel para ir a pie hasta el Boulevard Haussmann. Marchaba con seguridad, pero no ligero. Sentía ganas de vagar. Miraba París que no había visto cuatro años hacía, y se miraba en los espejos de las vidrieras para convencerse de la realidad. Parecía tener apenas cuarenta y cinco años y, sobre todo, sentíase rejuvenecido. La verdad es que se había hastiado terriblemente en el extranjero donde debió aceptar la dirección de la sucursal de una casa de banca de París que pertenecía a su primo hermano, Leopoldo Levirot, hombre autoritario, generoso para con él, pero a condición de tratarlo un poco subalterno. Era hacia la banca de Levirot que Balassis se dirigía. Y llegó, por fin, al boulevard.

Levirot, que era alto de estatura, frente calva, rostro frío y maneras majestuosas, recibió a su primo hermano con gran cariño, atemperado un tanto por la altura. Le felicitó por la manera brillante en que había llenado durante cuatro años su misión y le confirmó que lo llamaba a París para darle la dirección del personal y una parte importante en sus negocios. La alegría de Balassis era mucha. Sus sueños se realizaban.

— Ahora, dijo, permíteme el felicitarte de viva voz por tu matrimonio, como ya te lo he dicho por carta.

— Gracias, dijo M. Levirot, sensible al augurio. Te agradezco las felicitaciones y yo las recibo con mucha mayor alegría, pues soy desde mi casamiento perfectamente feliz... Me he casado con una mujer hermosa, inteligente, distinguida, fina y capaz de sacrificarse por mí si fuera necesario.

Balassis quedó admirado de tanto entusiasmo. Jamás su primo le había parecido sensible al amor. Había sostenido muy ricamente a distintas mujeres decorativas, pero las blandas emociones parecíanle ajenas. Mostróse siempre escéptico, indiferente.

— ¿Te has casado hace diez y ocho meses exactamente, no es cierto? dijo Balassis por decir algo.

— Sí. Conocí a mi esposa en casa de los Baluzier. En un ambiente muy mezclado. ¿Te acuerdas? Pero noté en ella reserva, distinción, sencillez, buen gusto. Su belleza me impresionó. Pregunté quien era. Ella se llamaba Marcelina Helonin, viuda. Me hice presentar. Hablamos. Tuve la revelacón de un alma incomparable, a quien la tristeza y los dolores de la vida no habían podido empañar su oriente.

«¡Cuánta literatura! — decíase Balassis: — éste está chiflado.»

— Solicité el honor de volverla a ver — continuó Levirot. — Ella consintió. Una simpatía profunda se estableció entre nosotros dos... He ahí la historia de mi matrimonio. Después... cada día comprendo más el valor del tesoro que he conquistado... Por otra parte, tú la vas a conocer esta noche. Yo te llevo a cenar a casa...

Los dos primos dejaron el banco. El automóvil de Levirot los llevó a Nuilly donde Levirot poseía un palacio.

— Mi querida Marcelina, voy a presentarte a mi primo y al más fiel de mis colaboradores, Octavio Balassis, del que ya te he hablado — dijo Leopoldo Levirot.

Balassis inclinóse delante de una bella persona, de formas esbeltas, de rostro puro, arreglado con arte bajo las masas pesadas de una cabellera rubia.

— Tengo un gran placer, señor — dijo la señora de Levirot.

«¿Dónde la he visto? ¿Pero dónde la he visto?» se preguntaba Balassis. Durante la cena, que fué exquisita, no cesaba de hacerse la pregunta. Había conocido a la señora de Levirot, estaba de ello seguro. Buscaba recordarlo. Se hallaba al borde y no se acordaba aún. ¿No sería un parecido? Había visto hacía mucho la mirada lenta de esos ojos verdes, las líneas seguras de esa boca sensual, esa sonrisa distraída... enigmática...

Preocupado con la idea que le perseguía, Balassis comía con buen apetito y no cesaba de conversar, no dejando de constatar hasta qué punto Levirot adoraba a su mujer.

«¿Dónde la he visto? ¿Dónde diablos la he visto?» se preguntaba Balassis al concluir la cena y mirando furtivamente a la señora de Levirot. Una o dos veces, sus ojos se encontraron...

De pronto tembló, sorprendido, estupefacto... Se acordaba... No... no era posible... «Si fuera cierto». Era eso. Había leído en los ojos de la señora que ella comprendía que la reconocía. Lo había leído en un momento más fugaz que un relámpago. Ahora, impasible, ella daba vuelta la cabeza.

Balassis sirvióse el postre en un estado de inconsciencia manifiesto. Estaba asombrado. La hermosa persona que estaba allí, en esa mesa suntuosa y que se llamaba ahora la señora de Levirot, él la había conocido veinte años antes. Veía aún en Montmartre el taller del escultor Chandier, un mundo de artistas bohemios y mal puestos, y en medio de todos ellos la amiga de Chandier y la de todos... Tenía diez y ocho años, cantaba vagamente, a veces, en los cabarets, a veces modelo, usaba trajes excesivamente pintorescos y se peinaba como Cleo de Merode... En aquel entonces era morocha. Su falta de pudor no tenía límites. Chandier, que la amaba, en una frenética escena de celos la había herido con un compás. Herida insignificante, un rasguño en la muñeca.

Los ojos de Balassis miraron el puño de la señora Levirot y apercibió escondida bajo el reloj pulsera de terciopelo negro y diamantes una imperceptible cicatriz rosa que rayaba la carne delicada. Dióse cuenta que ella lo había visto escrutarla.

Entretanto la señora de Levirot levantóse de la mesa y pasóse al salón de fumar. Balassis, con su taza de café y un excelente habano, instalóse en un sillón de cuero, preocupado con el encuentro. La situación se le presentaba mal. La idea de erigirse en justiciero y de denunciar a Levirot la indignidad de su esposa no se presentó a su espíritu. Ante todo, Balassis no sentíase inclinado por un gusto natural hacia el rol de justiciero, sobre todo contra una mujer, y luego Levirot, animado visible-

mente por el primero y el último gran amor de su vida, consagrada a las finanzas, no lo creería muy probablemente. Y no le perdonaría jamás el haberle hecho conocer la verdad. En las dos hipótesis se disgustaría con su primo. El silencio, entonces del lado de Levirot. Pero, vis a vis de la esposa, ¿qué hacer? Ella sabía que él lo sabía... Ahí estaba el peligro ¿No iría, para deshacerse de él, a llevarle la contra con su marido y hacerle perder su situación?

Llamaron al teléfono en el gabinete de Levirot.

— Discúlpame — dijo Levirot — es una información que espero de Londres.

En el salón de fumar quedaron sólos la señora de Levirot y Octavio Balassis. Un sudor frío recorría la espalda de éste.

— Mi estimado señor — dijo de pronto la señora de Levirot en un tono plácido, encendiendo un cigarrillo: — ¿le gustan a usted las artes?

— ¿Si yo amo el arte, señora?

— Le pregunto porque la primera vez que oí pronunciar vuestro nombre a mi esposo me pareció que no me era desconocido. ¿No ha sido usted, en otras épocas, coleccionador de cuadros, de esculturas?...

Ella no levantó los ojos. Seguía con una mirada indolente el humo de su cigarrillo que subía hacia el cielo-raso.

Balassis acomodóse la voz.

— Nunca, señora — dijo al fin. — No he tenido jamás tiempo para ello... Pero, cosa curiosa, hace unos años me dijeron que alguien usaba mi mismo nombre y que hasta se me parecía un poco... Esta persona creo que frecuentaba los talleres de Montmartre... No soy yo... El tiempo me ha faltado, se lo repito. ¡Cuando uno está preso en el engranaje de los negocios!...

— Sí, ya lo sé bien — dijo la señora de Levirot, y esta vez lo miraba bien de frente. Yo sé que es usted un hombre serio, capaz... y yo apruebo de todo corazón que mi esposo lo asocie a sus negocios...

No tenían nada más que decirse. Por otra parte, Leopoldo Levirot, que acababa de telefonear, volvió a entrar, en el salón de fumar, con su paso de siempre majestuoso.



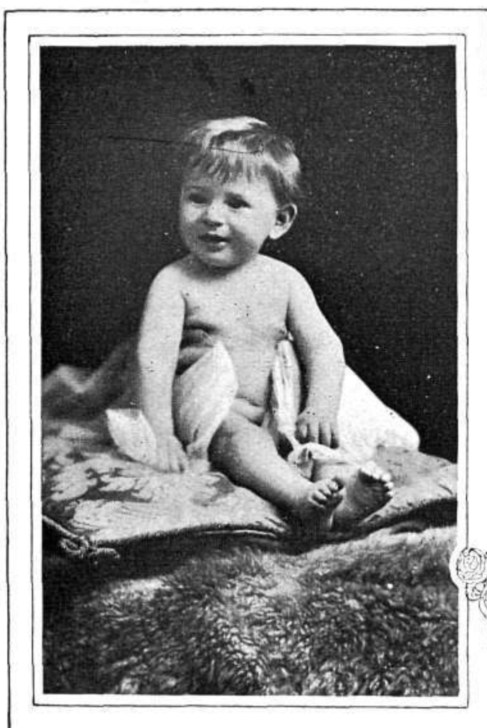
A M O R D E F I E R A

Está del ancho circo la gradería
como nunca atestada de espectadores
y hay músicas, aplausos y algarabía
bajo los blancos focos deslumbradores.
Es la pista un palenque de competencia
entre atletas, payasos y saltarines:
caballos que hacen gala de inteligencia,
sacudiendo orgullosos sus largas crines.
Sobre la móvil línea de una maroma
la reina del alambre veloz resbala;
y al ver aquella línea cómo se doma
bajo su pie, se duda si es pie o es ala.
Extienden los barristas sus brazos recios;
los excéntricos suenan sus campanillas;
vuelan unos gimnastas por los trapecios
y un payaso se cuelga de las anillas.
Aunque es en novedades rico el programa
y son vistosas todas las atracciones,
lo que más interesa, lo que más llama,
es la jaula imponente de los leones.
Leones africanos, una pareja
con una leoncilla de un mes escaso
que asoma con sus padres tras de la reja
y les sigue en sus vueltas, paso por paso.
El domador es hombre de alta estatura,
melena ensortijada y amplias maneras;
de sus árabes ojos la expresión dura
fascinación extraña causa a las fieras.
Con la gentil sonrisa que es de costumbre,
el domador valiente sale y saluda;
y después de aplaudirle la muchedumbre
con la vista le sigue, medrosa y muda.
El hombre entra en la jaula con ceño altivo;
tiemblan los prisioneros a sus miradas;
el látigo restalla, provocativo,
y rugen las tres fieras, acobardadas.
Está absorta y callada la concurrencia;
hay en todas las almas hondo estupor;
y adquiere cierto nimbo de omnipotencia
la figura arrogante del domador.
Respetada del látigo, la leoncilla
jamás sufrió el castigo del hombre fuerte;
éste acosa a los padres con una silla
esquivando zarpazos de odio y de muerte.
Con el látigo en alto, que las espanta,
van cediendo las fieras en sus rugidos,
hasta lograr el hombre que ante su planta
queden los dos leones como vencidos.
Un aplauso resuena, que acaba al punto;
el peligro aprisiona los corazones;
el titán está pálido como un difunto...
Ante él siguen tendidos los dos leones.
Pero un soplo de orgullo y altanería
del domador sacude los férreos brazos,
y en la tierna leona, con energía,
descarga de repente sus latigazos.
Fué un relámpago rojo... Los dos leones
lanzaron un rugido desgarrador;
y la jaula alfombraron, hechas jirones,
las sangrientas entrañas del domador.

V. SERRANO CLAVERO

Página Infantil

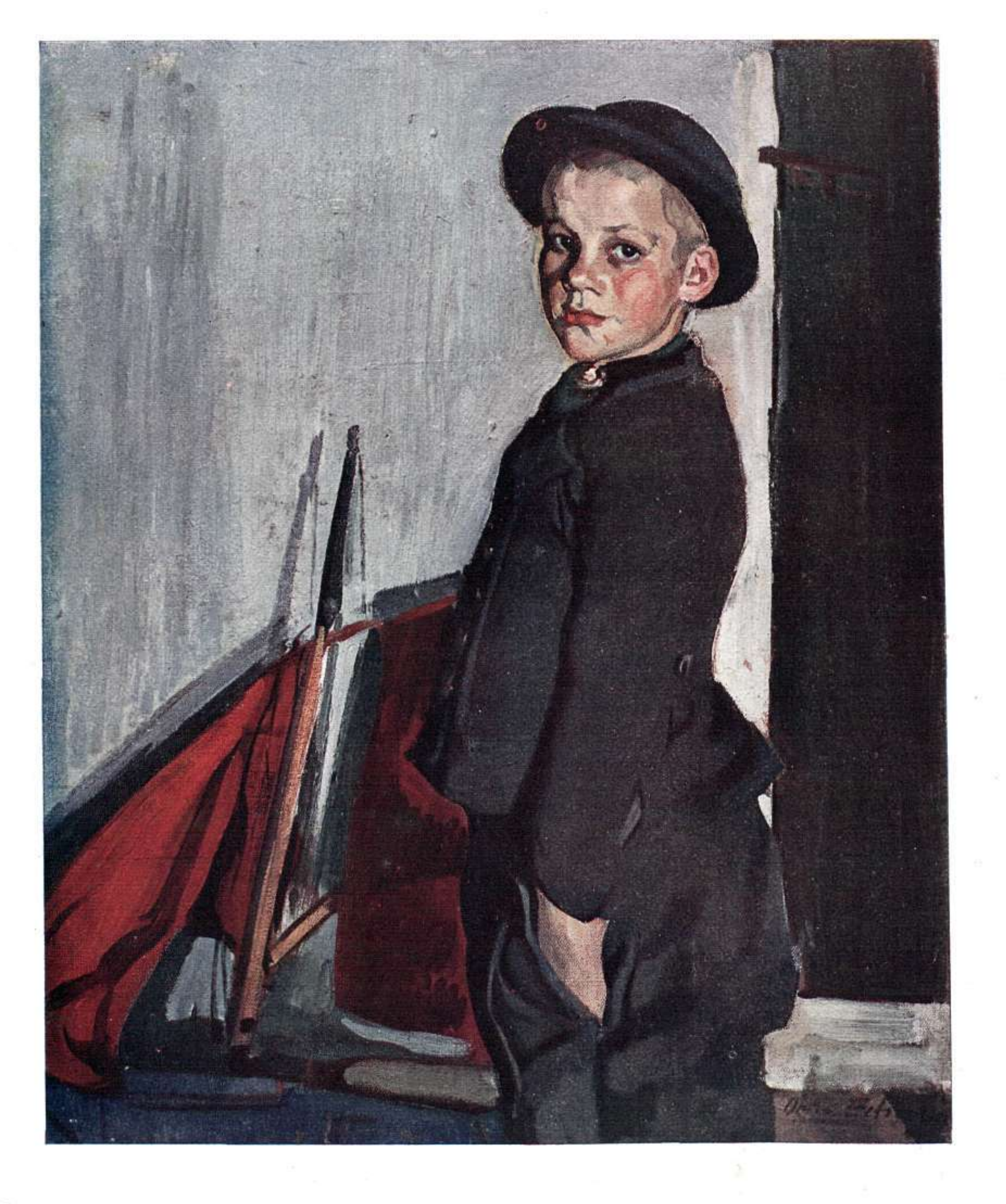
Hebe M. A. De Girólamo



Oscar Lapalma Rodríguez



Blanca A. Misochnik



PESCADOR
HOLANDÉS
ÓLEO DE
ORTIZ ECHAGÜE

EL GRAN CONCURSO LITERARIO DE "CARAS Y CARETAS"



El ilustre autor de "La Gloria de Don Ramiro", don Enrique Larreta; el doctor Carlos Ibarguren, notable escritor y jurisconsulto, y don Luis Pardo, conocido redactor de "Caras y Caretas", que forman el Jurado, revisando en nuestra Redacción algunas de las muchas novelas presentadas al Concurso Literario, cuyo éxito, así en cantidad como en calidad, ha sobrepasado las más lisonjeras esperanzas.

Premio Nacional en Ciencias

Las producciones de 1922



Doctor Fernando Pérez, 2.° premio por su obra "Estudios de Anatomía comparada en relación con la Otología".



Doctor Bernardo Houssay, primer premio de 30.000 pesos por su obra "Acción Fisiológica de los extractos hipofisiarios". La asignación del segundo y tercer premio de 20.000 y 10.000 pesos fué dividida en dos partes, correspondiéndoles a los autores mencionados.



Doctor Joaquín Llambías, autor de "Lecciones de Anatomía y Fisiología", segundo premio.



Doctor Alfredo L. Palacios, tercer premio, por su obra "La Fatiga".



Ing. Carlos D. Girola, autor de "El cultivo del algodonero", tercer premio.

Premiados en el Concurso Municipal de Música



Felipe Boero, por sus obras melódicas sobre poesías.



Alfredo Schiuma, por su "suite" titulada "La vida del hombre".



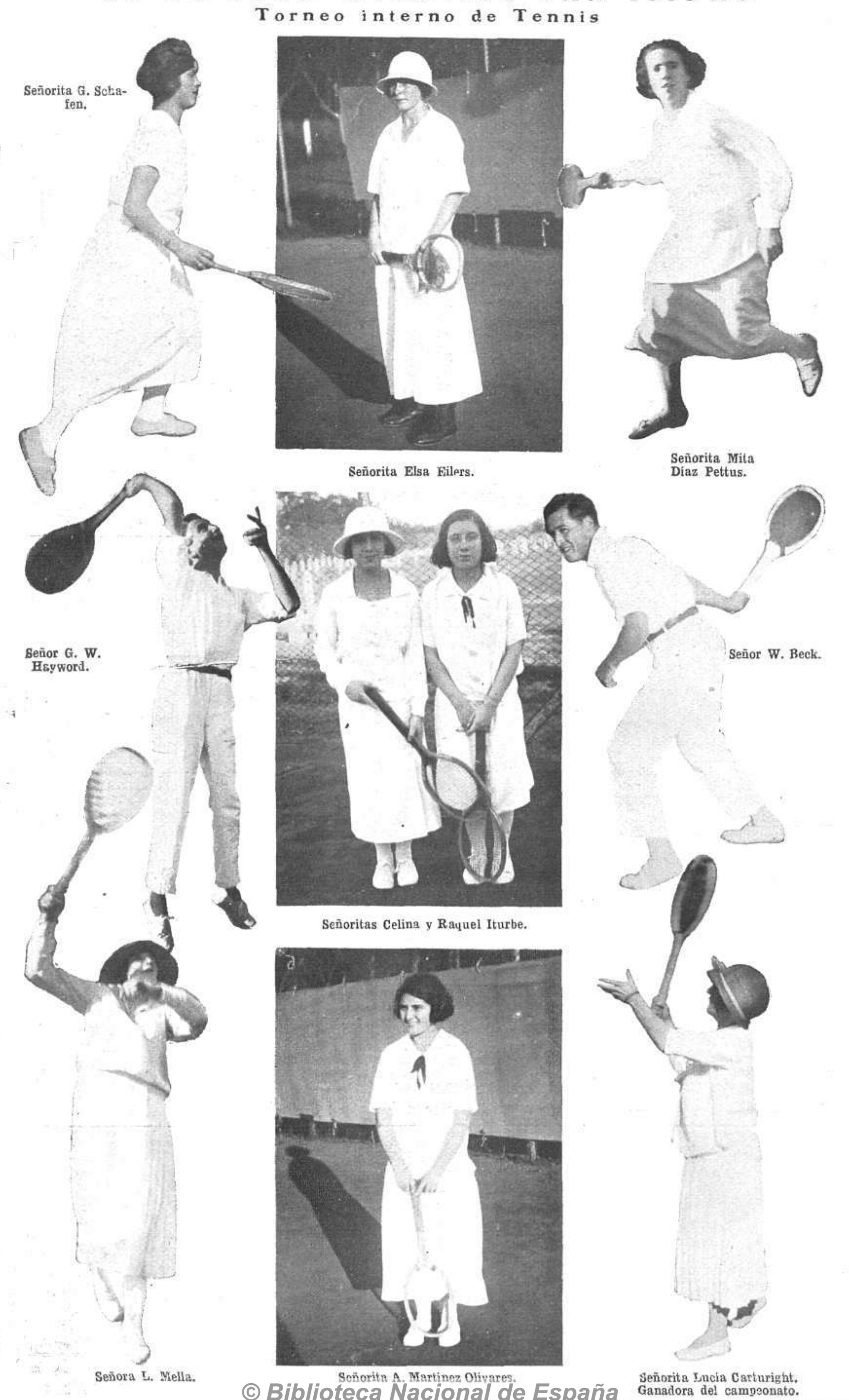
Floro M. Ugarte, por su poema "Entre las montañas".



José Torre Bertucci, por su Sonata para piano.

EN EL CLUB ATLETICO SAN ISIDRO

Torneo interno de Tennis



Señorita G. Schafen.

Señorita Elsa Eilers.

Señorita Mita Díaz Pettus.

Señor G. W. Hayword.

Señoritas Celina y Raquel Iturbe.

Señor W. Beck.

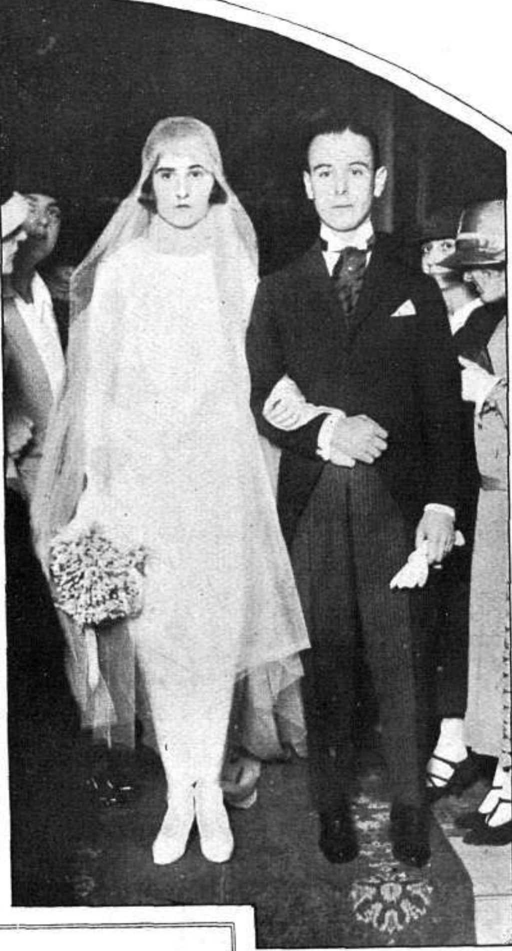
Señora L. Mella.

Señorita A. Martinez Olivares.

Señorita Lucia Carturight. Ganadora del campeonato.

ENLACES





SEÑORITA SARA ISABEL ELIZAGARAY CON EL SEÑOR EMILIO CARDAHI, EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA CELIA LURO SAHORES CON EL DOCTOR SAMUEL BOSCH MARÍN, EN LA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.



SEÑORITA MAGDALENA L. OCAMPO CON EL SEÑOR ALBERTO CASARES LUMB, EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.

De izquierda a derecha: Lord Milner, exministro del Gobierno inglés; Mme. Michel Clemenceau, hija política del ilustre estadista francés; Lady Milner, "El Tigre" y Mme. Yung-Clemenceau.

Una nueva colaboradora de "Caras y Caretas"

THERESE YUNG CLEMENCEAU

Sí, en una casa rústica, en una casa muy pequeña acabo de pasar unos días deliciosos. Está situada en la playa, cerca del mar; es estrecha y larga y está aislada. Las pocas piezas que la componen están en fila, una tras otra. Y como advierto en vuestra cara el deseo de visitarla, me ofrezco para guiaros. Precisamente el dueño está ausente, y es una suerte, porque sin duda, se habría negado, muy cortésmente, a recibiros. Ese señor es terrible y se preocupa, muy celosamente de su tranquilidad.

He aquí, primero, un pequeño galpón en que, en extraña mescolanza, hay leña, carbón, gallinas, un gallo, un asno y un cochecito. Al lado, dos habitaciones para los criados y después la cocina y el comedor. En la alta chimenea se cuecen las legumbres y se asan las carnes con que se alimentan los moradores de la casa. En el centro, la mesa. Una hermosa colección de cobres antiguos se hace admirar en una gran consola de mármol. El sol juega en ellos y toda la pieza se ilumina.

En seguida, dos cuartos para alojados, sencillos pero cordiales, blanqueados con cal, con estampas chinas en las paredes. Son claros y alegres.

En el dormitorio del dueño de casa, una cama con cubierta de cretona, entre dos bibliotecas antiguas, en las que hay *bibelots* raros. En el centro de una chimenea de mármol negro, la diosa Kwan-On (ébano y marfil) camina sobre las ondas; a su derecha un tigre de oro y a su izquierda un gato japonés. Otra biblioteca más y después la mesa del escritor, mesa extraña, hecha con una tabla larga y ancha fija en la pared, delante de la ventana. Reina un gran desorden en esa mesa. Muchas cuartillas llenas de una caligrafía fina, cortada, de grandes rasgos; un Montaigne, un Pascal; cartas abiertas, otras que quizás no lo serán nunca; unos anteojos de carey; un gorro de policía tirado allí después de cambiado por un sombrero «civilizado»; tres floreros con flores blancas, rojas, azules. En el suelo, un canasto para papeles en el cual yacen sin haber sido abiertos diarios mandados de París.

La cabeza de un enorme cocodrilo muerto en Egipto; el cráneo de un tigre real muerto en la India, en el estado de Gwelior; cabezas de antilopes con cuernos de un largo estupendamente prodigioso.

Un diván de madera que, a pesar de los almohadones, es (puedo asegurarlo porque he hecho la prueba) de una incomodidad perfecta.

Después, hay una galería que no es lo menos curioso de la casita. El piso es de arena y el techo de vigas. Profundos sillones invitan al reposo y quizás al sueño. En el centro, un tronco de árbol atraviesa una mesa en que se sirve el café.

Entremos en el salón, amplio y muy claro, puesto que sus ventanas tienen ciento noventa y seis vidrios. Sin moverse del asiento se puede ver el mar, las dunas, las rocas, los bosques de pinos, el viejo campanario de la aldea distante. Si os gusta el estilo Luis XVI, admirad la pureza de esos silloncitos y de esas mesas. En una, hay un gran álbum de Goya, en la otra un volumen sobre Rembrandt.

Mas, he aquí al dueño de casa; salid si no queréis pasar un mal rato...

Viene acompañado de un campesino; hablan *patois*. El auto del político ha aplastado al perro del campesino, y discuten el precio del animal.

El campesino dice:

— Era un perro muy inteligente; me había salvado la vida diez y ocho veces.

El político contesta:

— Eso no es inteligencia; es una manía.

Traen un telegrama. Lord Milner, el conocido estadista inglés, y lady Milner anuncian su llegada para la tarde.

— *¡Mon Dieu!* — exclama el dueño de casa. No habrá comida bastante. Vamos pronto a Olonne a comprar algo.

El auto parte a una velocidad espantosa. Al ver entrar a su compatriota, las mujeres del mercado lo aclaman y cada una quiere atraerlo a su puesto; pero él se dirige resueltamente al puesto de Matilde, robusta y hermosa mujer de ojos como brasas. Se conversa, se ríe, se regatea. El comprador se vuelve a su acompañante y dice:

—¿Qué tal? ¿Se imagina usted lo que con esos ojos habrá hecho ésta en su juventud?

— No tanto como usted, señor ministro.

El auto se llena de patos, langostas, legumbres frescas, [illegible]



Mme. Therese Yung Clemenceau.

Vista de la "Bel Esbat", en la Vendée, la rústica casita donde veranea M. George Clemenceau, disfrutando de la benignidad del clima y sin dejar de trabajar todos los días como cuando tenía 30 años.

MR. CLEMENCEAU en su cabaña "Bel Esbat" al cumplir 82 años

En la tarde, la llegada de los visitantes ingleses anima algo la calma de la casa. Se resuelve una visita a los monumentos prehistóricos que todavía se conservan en la Vendée. Hay unos cincuenta kilómetros de distancia, que en parte deben hacerse a pie, a través de los campos y cuyo recorrido resulta a veces penoso aun para los jóvenes.

Y es verdaderamente admirable la agilidad, la firmeza con que ese anciano de 82 años franquea los obstáculos, y anda a pie largos trechos que fatigan a sus acompañantes. Viéndonos cansados nos dice alegremente:

— Cuando sea viejo, lo que más echaré de menos será no poder hacer caminatas como ésta.

A las nueve de la noche todo el mundo duerme en la casita rústica, al rumor de las olas y del viento.

Al día siguiente, hacíamos honor al chocolate matinal en el comedor-cocina, cuando una cabeza paternal asomó maliciosa por la ventana.

— ¿Ya en pie? — preguntó.

Todo el mundo se levantó.

— ¿Han dormido bien? Yo he pasado una noche admirable hasta las doce, hora en que me levanté y me puse a trabajar hasta las cinco. Como sentía mis ideas un poco menos claras, me volví a acostar y leí hasta las seis. Me levanté entonces, y después de la *toilette* me fuí a las rocas de la playa a pescar estos cangrejos.

Se organiza el programa del día: almuerzo en La Rochela, ciudad tan curiosa, ilustrada por Richelieu, y después una jira por los campos vendeanos.

Al caer la tarde, nos tendemos en la playa y conversamos. Un niño ha perdido una piedrita y cava desesperadamente en la arena para encontrarla. Se oye una voz que dice:

— Esto me recuerda que en la India, un gran sacerdote me preguntó si quería ver el diente de Budha. Encantado, contesté que sí; pero tuve que renunciar a ese placer, porque se necesitaban más de cuatro horas para desenterrarlo, pues estaba cubierto por un inmenso montón de piedras preciosas.

Lord Milner pregunta:

— Dígame, querido amigo, ¿en dónde ha visto la más bella de las ciudades, la que más violentamente lo ha conmovido?

Sin vacilar, el anciano viajero contesta:

— Candy, en la isla de Ceylán.

Y dulcemente agregó:

— Cuando vuelva a casarme iré a Candy en viaje de bodas.

Al día siguiente de madrugada abandonábamos la casita rústica y a su ilustre morador, que, después de acompañarnos hasta el auto y desearnos buen viaje, se entró, solo, en su casa. Al mirar atrás por última vez, conmovidos, vemos en una ventana una luz que se extingue.

El sol ha salido ya, y hay allí un hombre que trabaja.

THERESE YUNG CLEMENCEAU.

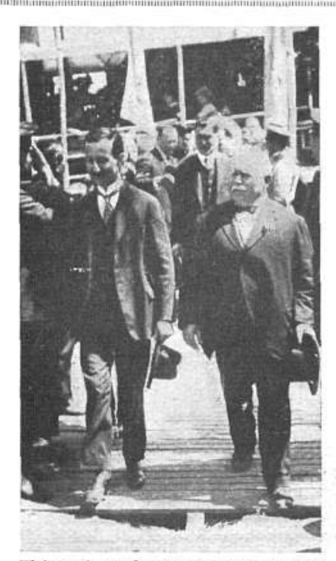
N. DE LA R. — *Con la expresiva y graciosa descripción anterior, se inicia como colaboradora de* CARAS Y CARETAS *la hija menor de "El Tigre", viuda del señor Julio Yung, muerto por su patria en Verdún. Madame Yung Clemenceau es una escritora de ingenio exquisito que se viene especializando con buen éxito en las cuestiones artísticas y también en el movimiento de la moda.*



La mesa de trabajo del activo anciano que acaba de cumplir 82 años de edad. Sobre los papeles se ve el original gorro con que gusta de cubrir su venerable cabeza.

LAS FIESTAS PATRONALES DEL DELTA

Pintoresca procesión por las islas del Paraná Miní



El intendente de San Fernando y otras autoridades desembarcando en una de las islas.



Numerosos excursionistas descendiendo de uno de los vapores.



Familias de Horeve, Palacios y Ginaca en momentos de pisar tierra.



Remolcadores y botes escoltando la lancha que conduce la imagen de la Excelsa Patrona del Delta, Nuestra Señora del Rosario, durante la tradicional procesión religiosa por entre las extensísimas islas del gran río, cruzadas por amplios arroyos navegables y todas abundantísimas en frutales, diversas plantaciones y maderas laborables, con chalets, escuelas, oficinas públicas y 17.000 habitantes.



Simpático grupo de señoritas isleñas que viven en la apacible y sana tranquilidad de aquellos parajes.



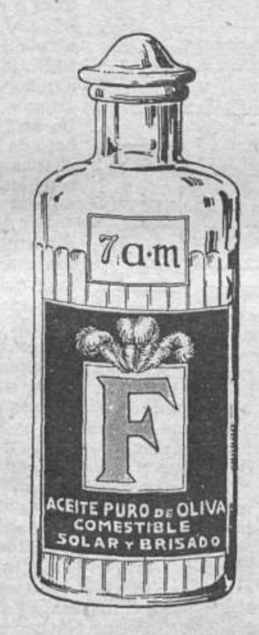
Familias de Flogiarino, Ginaca, Moreira, Estrella, Pestaña, Palacios, Zino y Gaglioto.

FOTOS DE PALERMO

7 a. m.







EL ACEITE SOLAR Y BRISADO. VIDA EN POTENCIA. UN ACEITE DE OLIVA, NUEVO

Para el *aceite puro* obtenido, límpido, de color de oro, de aroma sutil y de untuosidad inconfundible, el fantasma de la rancidez no existe: lleva en sí energía potencial, oculta, dormida, que lo defienden y le prestan propiedades, virtudes podría decirse, que el hombre puede aprovechar sin medida.

El aceite puro de oliva, solar y brisado, lleva como esencia algo del bosque, vida en potencia que nació del rayo del sol y del viento, en la fábrica que no ha hecho sino seguir fielmente a la naturaleza.

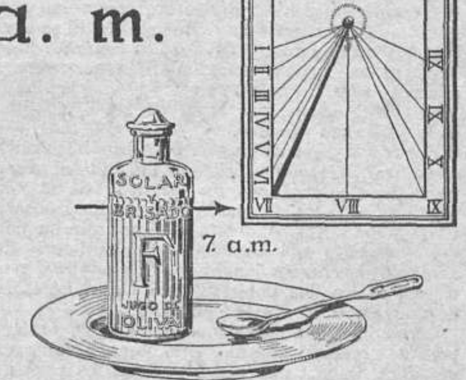
Con la creación del aceite natural F solar y brisado, la posibilidad de emplear por primera vez un jugo de oliva naturalmente vitaminado, permite la realización de aquel ideal terapéutico, que consiste en hallar una base positiva para la preparación de los aceites medicamentosos. De ahí los cuatro tipos de aceite (yodado, ferruginoso, fosfatado y fosforado) que esta compañía lanza actualmente a los mercados del mundo entero.

Terminada la interesante visita, nos despedimos del personal directivo que tan admirablemente cumple una misión beneficiosa para la industria y el público.

PARA LAS 7 a. m.

SIN RIVAL PARA LAS 7 A. M.

Ningún aceite llamado medicinal compuesto, puede compararse con el aceite F natural, solar y brisado. No es un producto químico; sus virtudes las posee por la acción profiláctica, que del sol y la brisa ha recibido.



UNA CUCHARADA AL LEVANTARSE.

COMPAÑIA ACEITERA DEL MEDITERRANEO DE FRESNEDA.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

TRANSMISOR RADIOTELEFONICO

(*Continuación*).

El condensador de antena debe ser un condensador variable de 0,0005 a 0,001 de microfarad o sea de 23 a 43 placas respectivamente.

El condensador de reja y de placa se construye de la siguiente forma:

Córtense dos planchas de ebonita de 3 a 5 milímetros de espesor de acuerdo con las dimensiones que se dan en la figura número 7 b. Córtense como se indica en la misma figura (7 c) dos hojas de papel de estaño o de zinc, cobre o bronce delgado y una hoja de mica de acuerdo con las dimensiones indicadas en el mismo dibujo, cortando diagonalmente los ángulos de esta última para poder pasar los tornillos que deben sostener las dos planchuelas de ebonita.

Sobre los cuatro ángulos de la planchuela menor háganse agujeros de acuerdo con el espesor de los tornillos que se piensan usar, y si la ebonita es de 5 milímetros de espesor, los agujeros correspondientes en la planchuela mayor háganse con una mecha de menor diámetro, de manera que con un macho de tarraja se les hará rosca de igual paso que la de los tornillos, en forma que no sea necesario utilizar tuercas, bastando atornillar cada tornillo en la rosca que se ha practicado.

Si no se dispone de herramientas para realizar este trabajo, utilícense tuercas.

Cuando se tengan todos los materiales necesarios procédase a montar el condensador disponiendo las hojas como lo indica la figura número 7 c separadas por la hoja de mica, y colocando todo entre las dos planchuelas de ebonita y apretando bien los tornillos.

Los dos condensadores de reja y de placa deben ser construídos de igual manera.

La bobina de antena debe hacerse sobre un tubo de ebonita o de cartón duro, de un diámetro de 10 a 15 centímetros, empleándose alambre de cobre, aislado con dos capas de algodón, de un diámetro de 2,5 milímetros. La bobina constará de 50 a 70 espiras y debe contar con dos cursores para los contactos de antena y placa. En caso de que no se desee emplear los cursores, que a veces no hacen buen contacto, especialmente con alambres gruesos, es preferible usar pinzas metálicas como las que se usan para conectar los conductores a los acumuladores o las que se usan en las vidrieras para sostener los géneros.

La bobina de modulación puede ser un transformador especial de los que se encuentran en el comercio, pero si se tiene a mano un transformador para campanillas o una bobina de ignición de automóvil Ford, se obtendrá el mismo resultado. Utilizándose el transformador de campanillas se conectará la parte marcada 220 volts como secundario, o sea a la reja, y el secundario marcado 6 u 8 volts se utilizará como primario conectándolo en serie con el micrófono. Si se empleara una bobina de ignición de Ford es menester desarmar la cajita en la cual está contenida para separar un contacto común que existe entre los dos bobinados, en forma de conectar por separado los dos bobinados, cada uno a su circuíto.

Sin embargo, si se emplea para la alimentación del circuíto del micrófono el sistema indicado en la segunda parte de estas explicaciones por medio de un contacto móvil sobre la resistencia de los filamentos, observando el esquema correspondiente se verá que un polo del del secundario está unido con el del primario de manera que si se hace coincidir con este punto el contacto común a los dos bobinados no habrá necesidad de desarmar totalmente la bobina.

Como micrófono se puede emplear cualquier tipo, pero es necesario recordar que como la lámpara moduladora actúa como amplificadora, los ruidos o frituras que se oyen con los micrófonos ordinarios, resultan amplificados enormemente y la modulación es defectuosa, por cuya razón es preferible el empleo de un micrófono de buena calidad. En plaza se encuentran de distintas clases y precios que pueden estar al alcance de los aficionados.

Con las explicaciones que se acaban de dar el aficionado está en condiciones de construír el transmisor, que podrá montar para los primeros experimentos sobre una tabla, a fin de poder corregir los defectos que podrían presentarse y de familiarizarse con el circuíto, para después montarlo sobre un tablero de ebonita o colocarlo dentro de una caja.

Para obtener buen rendimiento de este transmisor es necesario que el sistema de antena sea perfecto. La antena medirá término medio 25 metros y estará formada por tres alambres de cobre separados de 0,80 a metro. Las antenas prismáticas, según lo demuestra la práctica, son mejores radiadoras de energía; por consiguiente se utilizan mucho, siendo los aros de 0,80 a metro de diámetro, colocando seis alambres a distancias iguales sobre la circunferencia y uniéndolos en las dos extremidades. La bajada de antena se hace por medio de un conductor conectado en una de las extremidades.

Se utilizará alambre de cobre de 2 milímetros como mínimo, pero es preferible el alambre retorcido de 7 hilos o el trenzado y estañado de 19 hilos. La toma de tierra debe ser excelente, para lo cual se conectarán todas las cañerías que se encuentren a mano por medio de conductores gruesos y cortos. Puede hacerse una buena toma de tierra enterrando debajo de la antena alambre de cobre o chapas de cobre o zinc, cubriéndolas con una capa de 10 centímetros de espesor de carbonilla húmeda.

Por último, para aumentar el rendimiento de la estación se utiliza la contraantena, que es una segunda antena colocada debajo de la antena principal a poca altura del suelo o a aquella que lo permitan las construcciones vecinas. Los alambres deben estar perfectamente aislados. La contraantena es siempre del tipo de napa aun cuando la antena sea del tipo prismático. La contraantena se conecta a la bobina por medio de un tercer cursor o por medio de una pinza entre el contacto de antena y el condensador variable de antena.

La sintonización de la estación se hace muy fácilmente. Pruébese primero el circuíto de los filamentos y luego el de placa. Constatado que no se producirá ningún inconveniente en estos circuítos, colóquese el contacto de placa en la espira N.° 50 y el de antena en la espira N.° 30 y la contraantena en la espira N.° 10. Enciéndase el filamento y conéctese la corriente de alta tensión sobre las placas.

Varíese la capacidad del condensador de antena hasta que se note que circula una corriente en el circuíto de antena, por medio de un amperímetro térmico o una lamparita para pila de bolsillo intercalado en serie. Si esta lamparita se quemara, utilícese una de 12 volts.

Si no se obtuviera corriente en la antena, auméntese el número de espiras del contacto de antena y vuelvan a hacerse variaciones con el condensador, teniendo cuidado que las variaciones sean lentas, pues siendo la onda muy justa puede pasarse el punto en que el circuíto oscila, y con la rapidez con que se hacen las variaciones la lamparita no tiene tiempo de encenderse.

Por medio de variaciones de los contactos de placa, antena y contraantena y del condensador se puede hacer funcionar el transmisor en cualquier onda guiándose por las indicaciones que le pueden dar de otra estación.

Mientras se practica la sintonización de la estación no se utiliza la lámpara moduladora en cuyo circuíto de reja y en serie con el secundario de la bobina de modulación se colocará una batería de 45 volts de pilas. Conectando la batería del micrófono háblese pausadamente escuchando en el receptor, y varíese el potencial de la batería de reja hasta hallar el punto en que la modulación es más enérgica.





NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Me dijeron que para despedirte de la vida de soltero te dieron un gran banquete.
—¡Un banquetazo, querrán decir!

ESPAÑA



El doctor don Sebastián Recasens rodeado de los profesores y alumnos de la Facultad de Medicina de Madrid que acudieron al significativo acto de confraternidad hispanoargentina, en el cual el eminente tocólogo explicó, a su regreso de Buenos Aires, el homenaje tributado a Ramón y Cajal en la Universidad porteña, mostrando la placa de oro que la Facultad de Medicina le entregara para ponerla en manos del sabio histólogo.

El célebre proceso por el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros señor Dato



Mauro Bajatierra, procesado.



Pedro Mateu, procesado para quien el fiscal pidió la pena de muerte.



Luis Nicolau, procesado para quien se hizo la misma petición.



Tomás de la Llave, procesado.



Don Pedro Rico, defensor de Mauro Bajatierra.



Don Cecilio Paulino Cid, defensor de Pedro Mateu.



Don José Serrano Batanero, defensor de Luis Nicolau.



Don Eduardo Barriobero, defensor de Tomás de la Llave.



El presidente del Tribunal, señor Pérez Martín, conversando con el abogado defensor, señor Serrano, y con un grupo de periodistas a la puerta de la cárcel.

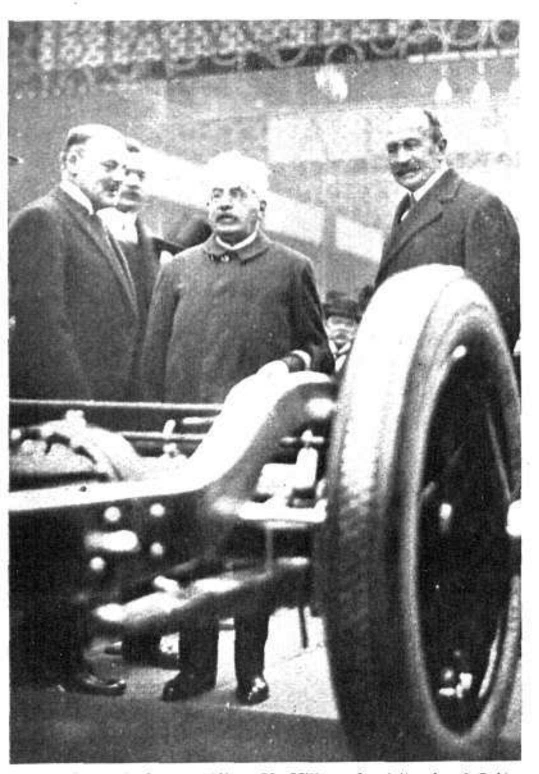


"La rubia", esposa del procesado Nicolau, solicitando de un empleado de la cárcel un asiento de preferencia para penetrar en el [illegible] la vista de la causa.



Los abogados defensores, señores Valero Martín y Boixader, momentos antes de comparecer ante el tribunal de Justicia que juzga a los procesados.

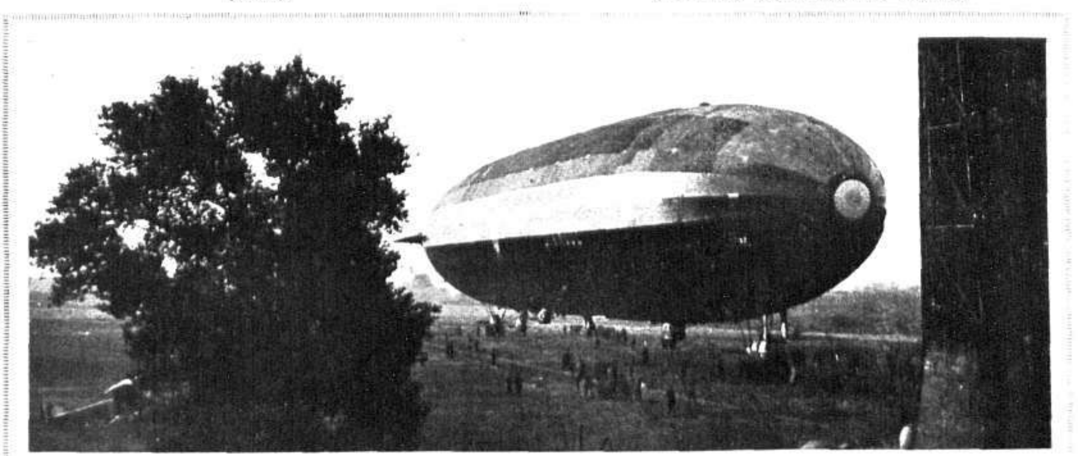
FRANCIA



El Presidente de la República, M. Millerand, visitando el Salón del Automóvil y examinando una de las mejores máquinas expuestas.



Su Eminencia el cardenal Dubois, arzobispo de París, condecorando con la Legión de Honor, como delegado de la cancillería, a Monseñor Gibier, obispo de Versalles.



Curiosa fotografía tomada en los momentos del aterrizaje del gran dirigible "Dixmude" después de su notable "raid" de 118 horas de recorrido aéreo sin el menor contratiempo, a pesar de la desigualdad de corrientes atmosféricas que hubo de atravesar.



VELODROMO DE BUFFALO. — Fiesta de "Cai Conc". Un pasaje de las carreras de los 100 kilogramos en que tomaron parte personas de reconocido peso y escasa ligereza.



Los artistas Biscoh y Dranen durante una de las peripecias del partido de football, cuyo arco hubo de retirarse para que pasara la colosal pelota con que jugaban.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES.

LA RADIOTELEFONÍA Y SU VULGARIZACIÓN

Según el «Times» (suplemento americano), el radio ha venido a ser ahora la diversión preferida de un millón y medio de familias americanas. La transmisión de noticias deportivas, políticas o comerciales, de trozos musicales, de discursos, por medio de la telefonía sin hilos, ha asumido en poco tiempo proporciones impresionantes: surgen hoy nuevas estaciones privadas, transmisoras; las fábricas construyen de una manera continua aparatos receptores que cuestan de 15 a 400 dólares y que tienen la apariencia de modestos cajoncitos o gramófonos; en los periódicos se dan al público las más detalladas instrucciones para su uso.

Hay que recabar el permiso gubernativo, solamente para instalar una estación transmisora; no se pone, en cambio, ninguna limitación a los aparatos receptores, que no tienen necesidad de antena alguna. Así, la familia, reunida junto al radio, puede asistir al servicio religioso que se desarrolla a varios kilómetros de distancia, a la ejecución de una ópera, aunque sea intercalada entre los elogios de una pomada dentrífica o para lustrar botas...

Pero se está estudiando para obviar este inconveniente y poner límite al desencadenamiento de conversaciones, que amenaza con renovar la torre de Babel; se piensa establecer que una estación, en una zona dada, transmita las noticias políticas, otra la música, y así por el estilo, cada una con una longitud de onda especial, a la que podrían adaptarse los aparatos receptores.

Existen algunos inconvenientes. Por ejemplo: si se produce un temporal, toda comunicación queda suspendida. El cinematógrafo nos ha dado el drama mudo; el radio nos da el drama ciego; pero el ingenio humano sabrá fundir estos dos elementos, y en el porvenir, lo que suceda en un punto del globo, tendrá no un público local, sino un público mundial.

De Azul

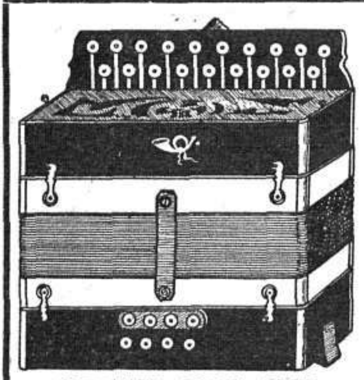


El señor Enrique Abellá Blasco, poeta premiado con la flor natural, en los Juegos Florales realizados en esta ciudad.



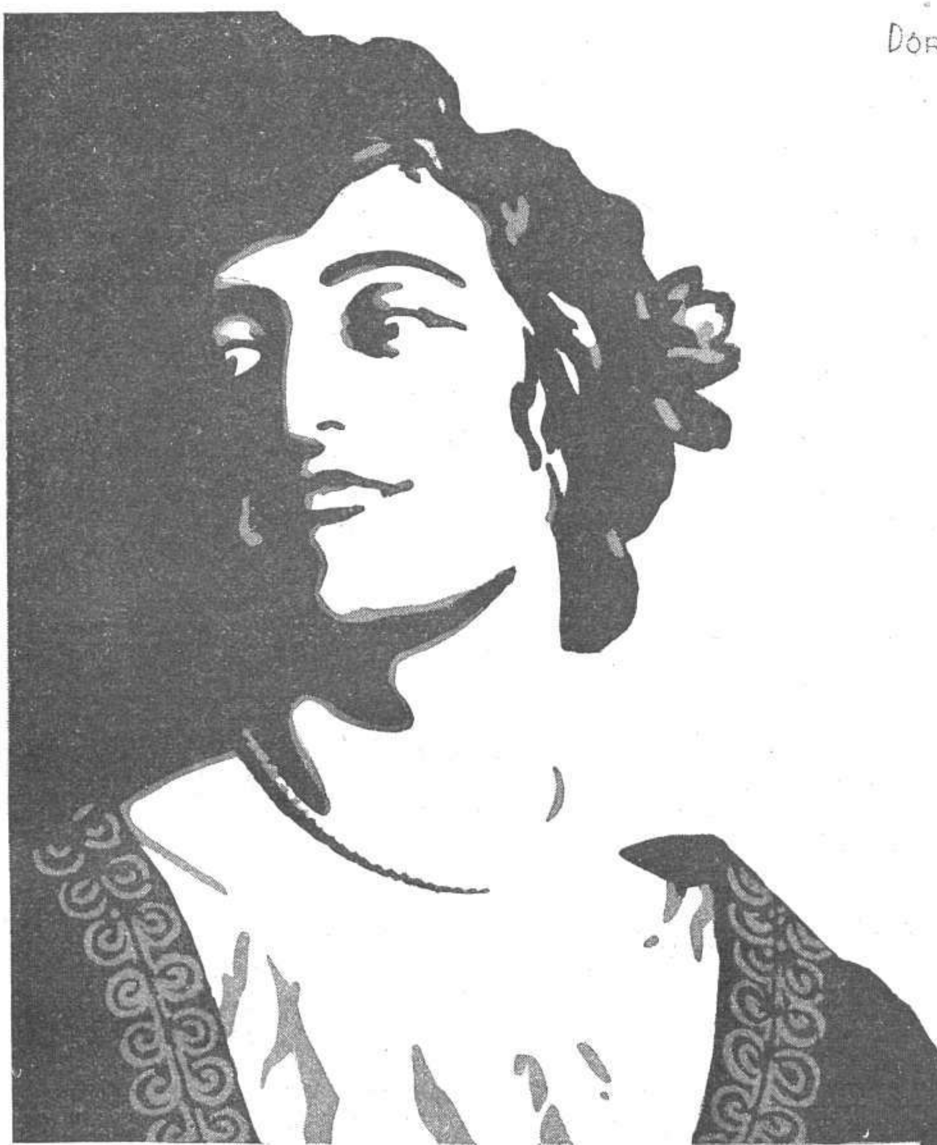
Señorita María Magdalena Olivera, reina de la fiesta, cuya hermosura y distinción hizo que fuese unánime el aplauso por su elección.











NADA HAY MAS LLAMATIVO

en el rostro de la mujer, que un cutis níveo, fresco, suave y delicado, porque una piel así constituye el elemento básico de la belleza facial.

CON EL USO DIARIO DEL

Polvo Graseoso LEICHNER

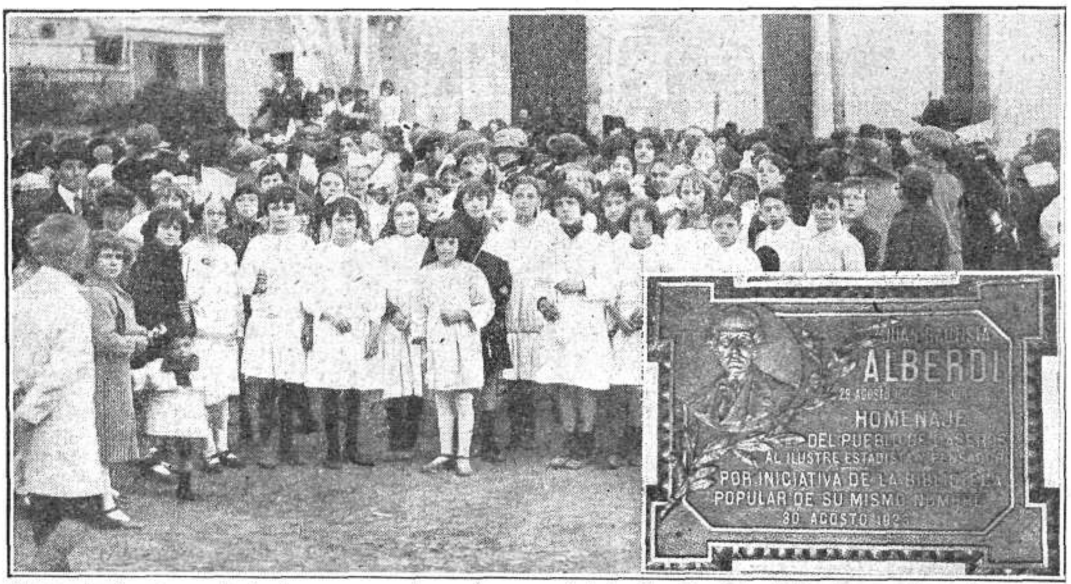
puede hermosearse paulatinamente el cutis, hasta llevarle a aquel grado de deliciosa perfección.

(Precio en la capital federal: $ **1.50** la caja.)

MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439 — En Montevideo: calle Cerrito, 673

De Caseros



Alumnos de diversas escuelas locales que concurrieron a la ceremonia de la colocación de la artística placa que honrará la memoria del ilustre estadista argentino Juan Bautista Alberdi.

LA PESCA EN DIRIGIBLE

Equipar un dirigible para entregarse al placer de la pesca es una distracción que sólo se pueden permitir los millonarios, y con toda seguridad la mayoría de ellos pensarán que es pagar un poco caro tal placer. Dos norteamericanos se han permitido tal lujo, y aseguran que los resultados de la pesca por tal sistema resultan verdaderamente excepcionales, superiores a los obtenidos en la famosa «pesca milagrosa» de los Apóstoles. La transparencia de las aguas cuando se miran desde la navecilla es tan grande que se ven los peces evolucionar en las profundidades marinas, lo que permite elegir y capturar la presa con facilidad. Los Cresos norteamericanos añaden que, según sus experiencias, sería remunerativo, comercialmente hablando, industrializar este método de pesca.

¡Esas tres gotas de leche fuí yo el que por poco las bebe! ¡Yo, d'Artigues, el propio d'Artigues que os cuenta la anécdota esta noche aquí, en este cómodo sillón de casino, al amor de la lumbre, paladeando el *wisky and soda!* Aquel día, señores míos, no se trataba de casino, ni de whisky, ni de lumbre alguna. Era el 15 de marzo del año pasado, y acababa de entrar, por la brecha, en ese nido de bandidos que llaman In-Saffra... Ya no se llama nada; la misma noche, mis spahis, mis tiradores y yo lo borramos de la lista de las ciudades existentes. No queda de ella piedra sobre piedra...

Por lo demás, fué una gran cosa, y me atreveré a decir, una cosa admirablemente hecha. Los periódicos no han hablado de ella ni una palabra. Hoy día, en Francia, está de moda avergonzarse de las victorias, como antes nos avergonzaban las derrotas...Así es que lo más probable es que ignoréis



LAS TRES GOTAS DE LECHE

En París no se describe una batalla del Sahara. Sería de mal gusto. Saldrían perdiendo los sucesos vulgares que todas las mañanas, al hojear el periódico, os hacen estremecer... Por lo demás, lo que voy a contaros es otra cosa...

Entré, pues, por la brecha, como he tenido el honor de deciros; el primero, naturalmente, a caballo al frente de mis soldados. Una vez franqueada la brecha, un tiro a quemarropa me mató el trotón. Los tiradores, embistiendo detrás de mí, me arrancaron de la silla; había caído tan mal que quedé con una bota cogida. Y me hallé intacto, con el sable en una mano y el revólver en la otra. Me valí de uno y otro. Detrás de la muralla abríase un callejón, angosto como una tripa y tortuoso como una serpiente. Las paredes de las casas árabes, azules de puro engalbegadas, mostraban las puertas blindadas de hierro y las aspilleras enrejadas. Los terra-

que las murallas de In-Saffra, seriamente almenadas, además de unos miles de viejos, niños y mujeres, albergaban mil ochocientos guerreros provistos en abundancia de máusers de tiro rápido, tantos que los tres oasis de Izzel, de Akhbar y de Tafiret, devastados cuatro veces al año, se morían de hambre entre sus doscientas mil palmeras. Y tampoco sabéis que yo, d'Artigues, ya citado, y en aquel entonces jefe de escuadrón del 8.º de spahis, tuve el grandísimo honor de ser nombrado por el general Gran Comisario Delegado del Sud-Oranés para poner discretamente coto a tales correrías, tanto tiempo impunes.

Con tal objeto el 15 de marzo del año pasado me hallaba ante las almenas puntiagudas de In-Saffra. Y detrás de mí se agitaban impacientes, además de los ciento noventa caballos de los escuadrones, dos compañías de tiradores y sesenta gumiers del gum de Flittas. Total, doscientos cincuenta sables y trescientos fusiles, con dos desdichados cañoncetes, llevados por camellos, y destinados a echar abajo la maldita muralla tras la cual los mil ochocientos guerreros de In-Saffra nos tomaban lindamente el pelo. El modo cómo los cañoncetes cumplieron su cometido; cómo entraron los tiradores a la bayoneta por la brecha; de qué modo el enemigo, cuatro veces más numeroso, fué, no obstante, echado de su guarida, perseguido de casa en casa, fusilado de callejón en callejón y, finalmente, corrido a sablazos por el gum y por los spahis, tiene poco interés y quizá os daría asco... sí; si os diese detalles de semejante carnicería me trataríais de caníbal.

dos avanzados se juntaban casi; se veía apenas. A los pocos pasos, de una puerta, cerrada en seguida, surgió una horda de albornoces que nos embistió con cimitarras. Dos de los nuestros cayeron. Yo clavé el sable en un pecho y dí tres estocadas a la ventura. Se desplomaron dos cuerpos. A mi lado, un tirador se bajó, remató al herido y lo mutiló, según la moda del país. Yo iba a seguir, cuando en una de las aspilleras enrejadas hicieron un disparo, matando al tirador, que se incorporaba con la bayoneta roja de sangre.

Esos tiros, disparados por detrás y de una casa, son los que más descomponen. Instintivamente me eché contra la puerta y tres de mis hombres, aun vivos, hicieron lo mismo. La puerta era recia, pero yo estaba tan fuera de mí que creo hubiera derribado una muralla. Los herrajes cedieron, y siempre el primero penetré en un patio morisco, vacío. Sonó otro tiro. La bala me despeinó la barba. Los granujas nos acribillaban desde arriba. Pero la escalera estaba cerca, obstruída tan sólo por unas tablas. Mis hombres las derribaron a culatazos y pronto subimos de cuatro en cuatro los escalones carcomidos. Esa vez no iba yo delante; se me adelantó un mocetón ensangrentado desde el turbante hasta las polainas. Arriba nos acogió una gritería horrible. Un grupo confuso huía y lo acorralamos en un desván sin salida. El tirador ensangrentado tiró el primero y yo quemé los tres últimos cartuchos antes de que me diera cuenta siquiera de que asesinaba niños y mujeres... Porque en la casa no había hombre alguno; el que había tirado contra nosotros era una mujer y

mujeres eran las que yacían allí, muertas... ¡Eh! ¿qué os decía?... Me vais a tratar de caníbal, ¿no es eso? ¡Qué infelices sois! ¡En un asalto las cosas van como van y no se hila delgado! ¡Por mi salud! ¡Seis segundos después, en la casa no había nadie que chillara!... Tanta sangre tenía en las botas que al bajar la escalera las suelas resbalaban como si las acabaran de enjabonar...

La aventura me ocurrió en el patio morisco.

Iba a salir y reanudar la correría a través de la ciudad cuando, por una casualidad, descubrí otra escalera más estrecha y más obscura que la otra. Maquinalmente tenté la negrura con la espada. A la estocada respondió un alarido de espanto, y una mujer, rodando, cayó de rodillas ante mí y se me abrazó a las rodillas. El estoque la había arañado. Creo que era una esclava cabileña, más blanca y menos fina que las muchachas árabes. Sin embargo, no tuve tiempo de estudiar su etnología. Mis tiradores acudían con las bayonetas preparadas. Entonces, loca de terror, la mujer se arrancó con ambas manos el corpiño, descubrió un pecho muy lleno y, apretándolo con los dedos, hizo brotar leche. Tres gotas de aquella leche me llegaron a la cara. En mis labios secos, en mis labios de soldado en plena matanza, creí sentir el sabor de aquella leche maternal, de aquella lecha que me salpicaba como una súplica suprema, como el postrer grito de aquella infeliz madre conjurándome a perdonarla, no por ella misma sino por el pequeñuelo que amamantaba...

¿Qué hice?... Dije a los tiradores: «¡Media vuelta, babiecas! ¡A saquear a los judíos, al trote!» Y yo mismo di media vuelta... Por muy salvaje que uno sea, hay un límite. Ahora no respondo de que después, algún bravo achispado por la pelea y con ganas de zaragata...

Sea como fuere, como la misma noche, In-Saffra, convenientemente rociada de petróleo, ardía como una antorcha, es muy probable que la morita de la ubre repleta saliera de un mal paso para caer en otro peor.

¿Qué queréis? Es la guerra africana. Esa gente la hace así entre ellos y con las fieras no se juega. Podéis estar seguros de que los guerreros de In-Saffra, cuando saqueaban Izzel, Akhbar y Tafiret, hacían algo bastante peor... Pero guardaos de decirlo a los tiernos filántropos que querrían entrar pacíficamente en el antiguo y feroz Marruecos, cuya tierra, embebida de sangre, diríase que en lugar de mieses está erizada de cuchillos...

C L A U D E F A R R É R E

B A B E L

POR

A L B E R T O P I D E M U N T

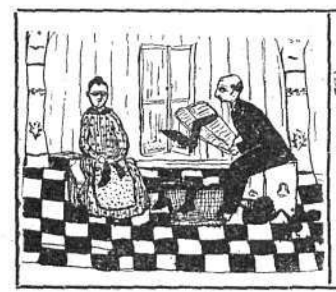
Matías Galli, un romano
pesimista y algo vano,
considera empresa homérica
la del cándido italiano
que se larga a Sud América
sin saber el castellano.
Por lo tanto, empeño toma
y se aprende nuestro idioma.
Tras quemarse las pestañas
sobre míseros escaños,
habla al cabo de seis años
como se habla en las Españas.
Arma entonces su equipaje
y, del miedo ya a cubierto,
toma en Génova pasaje
y comienza el largo viaje
con destino a nuestro puerto.
Los que pasa, son sus días
más felices, pues Matías
no ha pensado ni un momento
que la suerte es casquivana;
va confiado en el portento
de su buen conocimiento
de la lengua castellana.
Mas tan pronto rezongó
la sirena de la nave
y nuestro hombre descendió,
aprendió que aquel que sabe
no sabe, ¡ay!, por qué aprendió.
Mientras tanto le llevaba
las valijas hasta el coche,
un gallego lo asombraba,
pues hablando a troche y moche
de este modo se expresaba:
— Lindo día le ha tocado,
con el cielo «despegado».
Ha llegado
que ni al pelo.
— ¿Es que en día encapotado
se presenta aquí «pegado»
vuestro cielo?
¡Anda y cuéntalo a tu abuelo!
Fué a almorzar y lo atendió
cierto mozo que servía
con la sal de Andalucía,
quien, atento, preguntó
si la sopa la quería
«con un cardo zuperió».
La comida
fué servida
con limpieza y sin retardo;
lo que no llegó en la vida
fué lo rico de aquel «cardo».
Tomó un coche algo después
sin pensar que el resultado
iba a ser un altercado
con su auriga, un buen francés
mal hablado,
el que, entrando a desconfiar
del honrado pasajero,
le dió al pronto por gritar:
— Si no paga usted, yo «pago.»
Y él, tomando como halago
lo que fué un gesto altanero,
dijo:
— Pague, compañero.
Y el cochero
casi casi hace un estrago.
Terminada la contienda,
y aun confuso
por no hallar quien lo comprenda,
va y se mete en una tienda
que es de un ruso.
— ¿Tiene medias?
— Un montón.
— Que sean buenas, ¿me ha en-[tendido?
— ¡Trae las «boinas», Salomón!
— Medias.
— «Boinas».
— ¡He pedido
medias buenas!
— «Boinas» son...
Tarde ya, casi va preso
porque un turco poco fino,
al venderle un piolín grueso,
le pidió por él un «beso»,
y él le contestó: ¡Cochino!
Y creció la admiración,
y en aumento fué el embrollo,
y subió la confusión
al notar cómo hasta un criollo
le llamó «trompa» al patrón.
Ya en el cuarto de la fonda,
la perplejidad lo inunda,
la desilusión lo ronda,
y a la cama gemebunda
le dirige con voz honda
esta exclamación profunda:
— ¡Desgraciados emigrantes
que venís al continente
tan contentos y campantes
porque habláis divinamente
como hablaba el gran Cervantes,
si confiáis en tal quimera
no sabéis la que os espera!
....
Pero al fin se hizo entender
y hoy ya empieza a comprender,
y dentro de pocos días
Matías Galli va a ser
un puro «galli-matías».



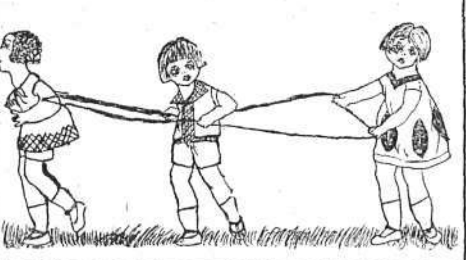
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



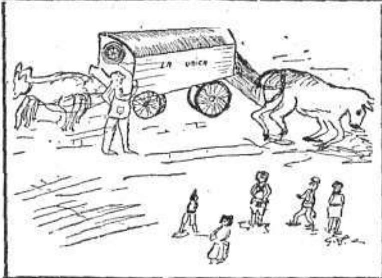
1553 — Papito y mamita.
RAMON RUBÉN MIQUEO.



1554 — Chocholo, Chiche y Nené jugando a los caballos.
AMANDA HUERTA.



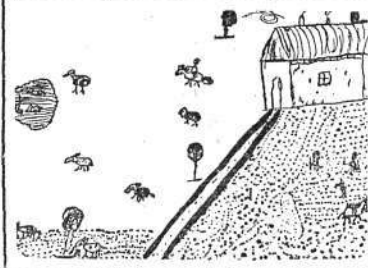
1555 — Mi chacra.
OSCAR LEYTON.



1556 — Un servicio público.
FELICIANO SÁNCHEZ.



1557 — Rosa está contenta con sus muñecas.
BERTA MACAYA.



1558 — El rancho de Petro.
MAURICIO FRIDMAN.

De los dibujos publicados durante el mes de octubre, han sido premiados los siguientes números: 1517, 1518, 1519, 1520, 1523, 1526, 1529, 1532, 1534, 1536, 1539 y 1540.


Sirvase es
RIGOLETTO
2 GRANDES PREMIOS DE HONOR
YERBA VIRGEN SUPERIOR
RIGOLETTO
ELABORADA POR
MACKINNON & COELHO

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de **CARAS Y CARETAS**. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 100

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 99 han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Aguirre, María Esther.
Alvarez, Rosalía.
Anchorena, Tita.
Ayerza, Matilde.
Borello, Fausto.
Bahmüller, Ester.
Botta, Eduardo.
Canavery, María S.
Castro, Aquilino.
Cárdenas, Pedro.
Constanzó, Carlos M.
Correa, Terencio S.
Croce, Clementina.
Candelero, Matilde M.
Costa, Eduardo.
De la Torre, Pedro.
De Silva, Benito M. D.
Damiani, José.
Ferreyra, Justo.
Fonseca Martínez, Macario
Ferruz, Horacio C. A.
González, Encarnación.
Garzón, Atanasio.
García, Amalia.
Gil, María.
Giacobini, Ana María.
Haedo, Stella E.
Hernández, Jorgelina.
Hinrichsen, Teodorico A.
Jover Artigas, M.
Jouliá, Blanca Nieve.
Ledesma, Emilia.
Leguizamón, Celina.
Metihaz, Eugenio.
Maciel, Juan Atilio.
Maldonado, Emilia B.
Musso, Juana.
Moore, Carlos Roberto.
Mieri, Zaida.
Martínez, Francisco.
Mongiano, Arnaldo.
Moriconi, Adelina.
Molpen, Esther.
Malier, Alfredo.
Mogerteino, Anatolio.
Negus, Wilfredo.
Nazar Peña, Benito.
Nazar Anchorena, Carmen.
Olmedo, Alejandro.
Oliveto, Vicente A.
Palacio, Osvaldo.
Palacio, Juanita.
Paoloni, Aldo.
Piccardo Sarhy, Juan C.
Pagano, Aída.
Pigni, Antonio A.
Paola, Salvador D.
Pesita, Jesús.
Praline, José.
Priotto, Virginia D.
Pinto, Luis E.
Pérez, Rosario Lorenzo.
Piloni, Mario Enrique.
Rocca, Elidio D.
Russo, Luis A.
Reboredo, Manuel N.
Roverano, Rómulo.
Riganti, Ricardo.
Rapetti, Dante M.
Rosales Márquez, Albertito.
Romero, Dolores.
Rodríguez Peralta, M. J.
Repetto, M. E.
Ricco, Teodoro.
Rattazzi, Antonio.
Rapaló, Ascensión.
Redondo, Carmen.
Rossi, Américo.
Scuffi, Delia A.
Sosa, Aníbal.
Smiles, Roberto F.
Sabaté, Celina.
Sangalli, Benito.
Serritelli, María Angela.
Sequeira, Clodomiro C.
Schork, Edgardo.
Sánchez, Luis.
Sayavedra, José.
Trepat, Lucrecia M.
Tabares, Víctor.
Traba Tain, Pitín.
Trinchero, Luisito.
Toñetti, Celestino.
Tuss, Francisco.
Vázquez, Juan José.
Varone, Aída.
Voronguer, David.
Zanella, Carmencita.
Zane, Pedro.
Zonza, Juan Carlos.

Los niños premiados residentes en la capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 20 y 21 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18.— A los que residen fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

Especialidades de la Casa América

CONCERTOLA

N.º 341 bis. — **PRECIOSO GRAFOFONO** de corneta interna, caja en nogal de Italia o con terminación a caoba, finamente lustrada, midiendo 41 ½ × 35 × 29 ½ centímetros. Puertitas modificadoras del sonido y tapa con cierre a resorte y cerradura. Motor suizo de una cuerda reforzada y regulador «Sin Fin». Brazo acústico último modelo 1923, con dispositivo para tocar toda clase de discos con o sin púa, y membrana «América» extra sonora. Precio: con tres discos dobles, 200 púas y embalaje gratis,

$ 99.50

Otros modelos desde $ **35.** hasta $ **1.350.**—

Solicite Catálogo N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

GUITARRAS

VALENCIANAS Y MADRILEÑAS

LEGITIMAS

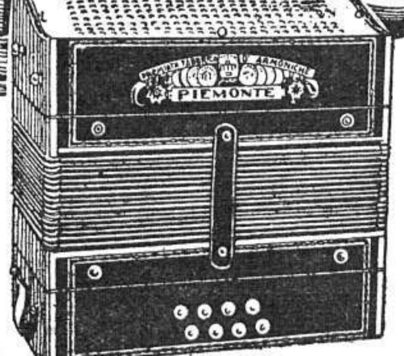
A PRECIOS NUNCA VISTOS

OFERTAS RECLAME para dar a conocer su calidad insuperable.

N.º 3005. — **PRECIOSA GUITARRA VALENCIANA** en madera extrafina de Nogal de los Pirineos, cuádruple filete alrededor de la tapa armónica. Precio con método «América» y embalaje gratis...... $ **39.**—

N.º 3041. — **BONITA GUITARRA MADRILEÑA,** construída en madera extrafina de nogal. Filetes alrededor de la tapa armónica. Clavijero mecánico.

Precio con método «América» y embalaje gratis, $ **45.**—



N.º 3042. — **ESPLENDIDA GUITARRA MADRILEÑA** caja y aros en maderas especiales. Doble cenefa en los aros. Clavijero mecánico. Precio con método «América» y embalaje gratis... $ **60.**—

Otros modelos de guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde $ 9.50 hasta $ 500.—

Solicite catálogo ilustrado N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

ACORDEONES FINOS

N.º 6012. — **ACORDEON** de 8 bajos, voces fuertes y vibrantes, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis...... $ **21.**—

N.º 6014. — **ACORDEON** de 8 bajos y 19 voces, sonido fuerte y melodioso, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **26.**—

N.º 6015. — **ACORDEON PIEMONTE,** 8 bajos y 19 voces de acero. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.... $ **30.**—

N.º 6017.— **ACORDEON PIEMONTE,** 8 bajos y 21 voces, de acero finísimo, modelo igual al dibujo. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.............................. $ **67.50**

Grandioso surtido en Acordeones SEMITONADOS, a PIANO y CROMATICOS, exclusivamente artículos finos y modelos de STRADELLA. Solicite gran catálogo ilusrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Nuestras cuerdas armónicas darán doble valor a su guitarra

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

ENCORDADO Tripa Romana, impermeable «Colorada» con bordonas de seda amarilla, a.............. $ **2.70**
ENCORDADO Tripa Romana, impermeable «Amarilla», con bordonas de seda violeta, a................ $ **3.60**
ENCORDADO Tripa Romana, «Concertola», con bordonas seda violeta, a................................ $ **4.20**
Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ **10.**—

Pidan catálogo N.º 30. Buena comisión a revendedores.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

La tela

POR **Luz y Sombra**

No quiero hablaros de la tela de Penélope. Valor de otros tiempos, resultaría en nuestra época una obstinación deplorable, y digna de reproche sería seguramente hoy la mujer que, para esperar al marido, no encontrara durante largos años ocupación mejor que la de tejer de día y deshacer de noche.

Hablemos de las telas con que se crean bonitos y muy prácticos vestidos de verano, para señoras, señoritas y para las minúsculas elegantes.

El vestido de tela es sobre todo un vestido de sport.

Para una atavío de golf, en donde los tonos neutros se desposan, una blusa «chemisier» en tela de seda (toile de soie) blanca rayada de marrón-café acompaña una pollera lisa de tejido inglés del mismo marrón, así como marrón será el sombrero de fieltro. Una capa a cuadros del mismo tono es indispensable.

Sobre una pollera de muselina de lana azul plegada, el saco de tela blanca se destaca, forrado del mismo género, con bordado calado.

Un vestido sport, en toil-laine citron, cuya blusa derecha se abrocha, todo alrededor del talle, sobre la pollera con botones bluet, no exige más adorno que un biais bluet rodeando el escote, alargándose en medio delante hasta la altura del ruedo también señalado por el mismo galón. Otro adorno, para un vestido de toile es el biais cortado a festones en el escote, en las manguitas y en el fondo de la pollera.

Más elegante, un vestido de toile en soie rosa vivo puede completarse con una bertha plissé de organdina blanca. Finísimos nervios marcarán el talle y formarán ancha guarda en fondo de la pollera.

Imposible citar todos los modelos bonitos en toile que ya asoman por entre las grandes vidrieras. Una túnica suelta, bleu lavande (espliego) con bordados Tutankamon ecru, sobre un fondo de toile liso. La túnica, más corta que el fondo, termina con grandes bellotas ecru que llegan hasta el borde del mismo.

Un vestido sport, en toile ancienne bleu (también en amarillo podríase confeccionar con éxito) con «panneaux» laterales plissé, sujetados por bolsillos de tela bordados en algodón grueso como el bordado del cuellito sport.

Un bonito modelo de toile de soie estampado de colores fuertes en forma de túnica muy abierta sobre un fondo de toile de soie albaricoque. Cinturón de este color. He ahí un vestido ideal para una silueta de morocha.

Las vainillas son el gran adorno de los vestidos de tela, pero los galones y los bordados de punto cruz no merecen menor favor. Un vestido de tela orange gruesa, con adornos de punto cruz en rojo de dos tonos, uno obscuro y otro claro, es muy sentador. Sobre la tela blanca, un galón de hilo mauve claro





y otro azul obscuro, muy acercados. Sobre tela cereza, galón de tela del mismo color, a zig-zag. Sobre tela mauve, galón azul y blanco.

En orden de calidad, al lado de las telas de seda tenemos el jersey, aunque en la presente estación este tejido parece un poco olvidado, quizás por su pretensión de haber querido engalanarse con colores vivos y dibujos modernísimos, que lo embellecen pero también lo confinan con los géneros de precio inaccesible.

He visto un precioso modelo de trajecito para varón de 5 años de edad, en jersey marfil con adornos de jersey a rayas. Otro, para nena, en jersey grueso con bordados de colores varios.

Las blusas de jersey se adornan con trencilla de seda de varios tonos, ya sea colocada marcando las costuras y haciendo ribete, ya sea formando macarrones u otros motivos.

Inferior a los citados, pero quizás más práctico y preferido para las horas íntimas del veraneo, es el brín. Vestidos con capa, o combinados con tablas y corbata, además de los deliciosos trajes marineros para niños, en brin galatea o satinado. Hablando de telas prácticas viene a flor de labio la cretona, de la que tanto se ha hablado en Francia el verano pasado, y alguien quisiera hablar aquí también. Evidentemente la cretona francesa para vestidos es aquí aún desconocida, pues la que las grandes tiendas bonaerenses nos presentan como tales, son géneros de algodón ordinario, adaptados solamente para hacer batones de jovencita muy modestos, o delantales para regar flores.







A las personas refinadas y de buen gusto se les recomienda, por su alta calidad y su delicado perfume, estos dos exquisitos productos:

Loción Cielito mío Polvo

Perfumería Mendel

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo: calle Cerrito, 673

El Mejor Alimento para los Niños



En todo el mundo el QUAKER OATS es el alimento principal para los niños. Contiene los 16 elementos indispensables para éstos en estado de crecimiento.

Los niños necesitan siete minerales para sus huesos, para una buena dentadura y para su propio crecimiento. El QUAKER OATS contiene 3⅓ veces la proporción de alimento mineral que hay en el arroz.

Los niños necesitan elementos de formación del organismo. El QUAKER OATS los suministra en una proporción igual a 2⅓ veces la que contiene el arroz — dos veces el valor en energía de la carne.

Todos estos elementos son esenciales para crear niños fuertes y sanos — también para los adultos que necesitan vigor y vitalidad.

Tómese QUAKER OATS por lo menos una vez al día.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca





EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

Anestesiar

Expresa, por lo regular, la acción de provocar la falta general o parcial de la sensibilidad, y proviene de «anestesia». Su uso, circunscripto al principio en el terreno de la medicina, trascendió luego de la esfera de esta ciencia e ingresó en el vocabulario común.

Es un verbo de buen origen y por no desdecir de la derivación castellana merecería ingresar en el léxico oficial.

Apertura

Preferimos este vocablo para expresar la acción del verbo abrir, cuyo efecto, en cambio, se significa, por lo regular, con «abertura». Este último vocablo, registrado con mucha antelación en el diccionario oficial, ha ido cediendo a aquél su lugar en muchísimas expresiones.

La sustitución se produjo primeramente en la literatura forense, donde terminó por decirse «la *apertura* del testamento» en lugar de «la *abertura* del testamento»; en el lenguaje literario y culto privó luego «apertura» para expresar el acto de dar principio a una asamblea o a un espectáculo cualquiera. Ahora la sustitución es más atrevida, pues para significar la iniciación de un acto material se prefiere a las veces «apertura» a «abertura»: «se dipuso la *apertura* del túnel; «pronto se iniciará la *apertura* de la calle».

Auspiciar y auspicioso

El verbo vale «patrocinar»; el adjetivo alude a lo que es de buen augurio; todo lo cual se puede comprobar en cualquier periódico: «*Auspiciada* por una comisión de damas se realizará hoy una hermosa fiesta». «El hecho es *auspicioso* y acusa en el funcionario propósitos de reparación».

El diccionario de la Academia registra únicamente «auspicio», el cual en acepción de «señales prósperas» se emplea en plural.

Avalancha

Muchos lexicólogos censuran esta palabra por su origen francés, y, en su reemplazo, ofrecen dos términos: «lurte» y «alud», de los cuales el primero tiene ciertas trazas de voz peregrina.

En realidad de verdad, «lurte» entre nosotros es completamente desconocido, y debe ocurrir lo mismo en gran parte de España, según informa el diccionario oficial, donde se anota como vocablo aragonés.

Respecto de «alud», si bien es bastante conocido, lo empleamos únicamente para denotar «una gran masa de nieve que se derrumba de los montes con violencia y estrépito».

En cambio, «avalancha» usado en este lugar: «una *avalancha* de gente enfurecida se precipitó sobre el criminal», nos recuerda a «avanzar» y es afín, según observa Baldomero Rivodó, de «vendaval». Este mismo lexicólogo dice, además, que proviene del bajo latín; lo cual podría apoyarse quizá en el verbo «avalanzarse», que, con «abalanzar», figuró en las primeras ediciones del diccionario y en la sexta con esta acepción: «arrojarse con ímpetu sobre alguna persona o cosa».

«Avalanzarse» luego fué excluído del léxico oficial.

(Continuará.)

Enlaces



Señorita Nelly Preising con el señor José Llanos Quitilipi. — Chaco.



Suárez - Desbocups. — General Arenales.



Señorita María Kuhn con el señor Pedro Sastre. — Guatraché.



Señorita Mabel A. Larnes con el señor Douglas Duff. — Rosario.

Las canas envejecen

Hacerlas teñir cuesta caro y teñirlas bien uno mismo es difícil, salvo que el que quiera ocultar sus canas emplee el

AGUA SALLES

inventada en 1860 por el químico E. Salles, en París, donde desde esa fecha se vende.

Devuelve al cabello y barba su color primitivo y los matices que da el Agua Salles son tan naturales que aun vista de cerca la cabellera o la barba teñida no se puede notar. Su uso es muy fácil; no ofrece peligro alguno, bien por el contrario, fortalece el cabello y la da brillo y suavidad.

No ofrece inconveniente alguno siguiendo al pie de la letra las instrucciones que para el uso trae el frasco.

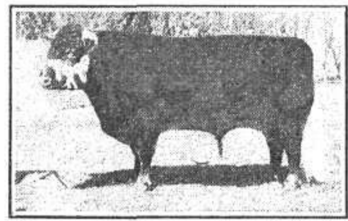
De Venta en las Perfumerías, Tiendas y Farmacias.

Por mayor: A. LOURTAU y Cía. Paraná, 182. Buenos Aires. En Montevideo: Sarandí, 429



GANADERIA

51.ª EXPOSICION GANADERA, AGRICOLA E INDUSTRIAL EN BALCARCE (F. C. del SUD)



"Los Pinos 385", toro Shorthorn de pedigree, primer premio y campeón del partido y res, campeón de la exposición y ganador de premios particulares. Criador y expositor: Juan B. Yraizoz.

Nada más satisfactorio y elocuente que el hecho de que, a pesar de la verdadera crisis porque atraviesa toda la hacienda argentina debido a las muy complicadas circunstancias de tan difícil solución, la Exposición de Balcarce de 1923 constituyó un notorio éxito.

Aquel partido es rico en agricultura y en ganadería; los campeones carneros de la raza Lincoln en pasadas Exposiciones de Palermo y en otras provinciales, fueron nacidos y criados en la citada jurisdicción; y aunque no tengo noticia de algún ejemplar Shorthorn o Hereford que, procedente de este distrito, haya merecido los honores del campeonato en Palermo, recuerdo, sin embargo, un doble campeón Shorthorn de esta última exposición y de la de Rosario que fué adquirido por un criador de «Los Pinos», del mencionado partido.

En la general producción de patatas, acaso sea Balcarce el más importante centro de la república, y el más excelente trigo y la mejor avena para la exportación, se desarrolla en las fértiles tierras que rodean las sierras de aquella parte del sur del país. Balcarce ha ganado legítima notoriedad también con otras propias riquezas, entre las cuales no es la menos considerable su magnífica piedra, que se emplea como balastre en la línea del Ferrocarril del Sud con espléndido resultado, así como la adaptabilidad de parte de su tierra para la fabricación de cacharros de loza de primera calidad.

Teniendo en cuenta todas estas ventajas naturales, no resulta extraño que, hace muchos años ya, se haya formado una Sociedad Rural con el objeto de fomentar todas estas industrias que son base de la riqueza nacional; y aunque esa temerosa dolencia que conocemos con el nombre de «politiquería» más de una vez ha amenazado la marcha próspera de la institución, todavía prevalece entre sus miembros una sana y bien concebida doctrina progresista, que estancieros y residentes han logrado mantener intacta con incalculable beneficio y desde su fundación.

Entrando, pues, a considerar así el número de registros como la calidad de los ejemplares de las diversas secciones, diremos que la Exposición de Balcarce constituyó mucho mayor éxito que otras provinciales y análogas que se celebraron este año; y respecto al árbitro que juzgó las diferentes razas de hacienda — el señor



Señor Urbano Pradere (centro), presidente de la S. R. de B. y Peter Kihlberg (izquierda), jurado de bovinos, y C. A. Costa Diana (derecha), jurado de las secciones avicultura y granja.

Peter Kihlberg — su labor fué tan cuidadosa como competente.

Pedigree Shorthorn. — En la primera categoría para toros de pedigree Shorthorn se presentaron nueve competidores de buena a excelente calidad.

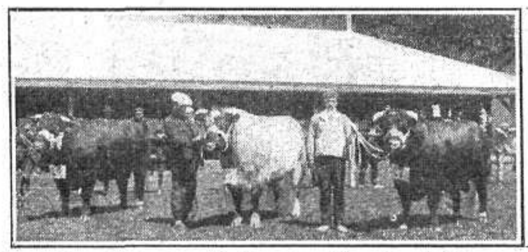
El ganador fué un colorado con poco blanco, de tres años de edad, hijo del importado Spilway; un ejemplar de gran peso, con el



Campeón toro Shorthorn sin pedigree y res campeón del partido. Criado y expuesto por Juan B. Yraizoz.

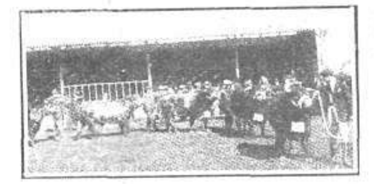
lomo ancho y derecho, amplio costillar y abundante carácter racial y masculino, pero un poco duro al toque. Este animal fué criado en la cabaña «Los Pinos», del señor Juan B. Yraizoz, y se le adjudicó después el reservado campeón de la exposición, campeón del partido de Balcarce, un premio de conjunto y tres particulares. El segundo premio en esta categoria se lo llevó un toro rosillo de la cabaña «La Cuadrada»; animal de mucho peso, muy ancho en la cruz y de muy buenas carnes, y el tercer honor correspondió a un rosillo de «Los Pinos» de gran calidad y carnes bien distribuídas y de buen toque, pero alto de los remos traseros.

Nueve toros de excelente calidad compitieron en la segunda categoría y el juez se tomó bastante tiempo antes de seleccionarlos. El primer premio se lo llevó el señor Juan B. Yraizoz con un colorado de mucha profundidad, costillas bien arqueadas, de gran peso y costado lleno, pero algo duro arriba de la cruz y también de lomo. El señor Adolfo G. Luro ganó el segundo honor con un rosillo de buenas formas, lomo ancho y derecho y gran manta de carne; y la cabaña «San Ramón», del señor Newton, se llevó el tercero con un rosillo de espléndida calidad, de carnes muy niveladas aunque alto de remos. Un toro blanco que ganó el cuarto premio, del señor Leonardo Pereyra, tuvo muchos admiradores por su gran calidad, buenas líneas y perfecto caminar, pero después de una más detenida observación, pudo





Campeón conjunto, toros Shorthorn de pedigree (izquierda), y ganadores de medalla de oro y la copa Salaberry y Bercetche; el grupo de toros Shorthorn de pedigree y sin pedigree (derecha), ganadores de las copas Alchourron Hnos. y Antonio S. Raffo y Premio Municipalidad de Balcarce: Criados en la cabaña "Los Pinos".



El desfile de los campeones el día de la inauguración.

advertirse fácilmente que la falta de toque y de buen pellejo eran sus principales defectos.

La tercera categoría estuvo representada por 16 ejemplares, la mayoría de ellos espléndidos exponentes de la raza Shorthorn. El ganador fué un colorado de gran calidad, de la cabaña «La Cuadrada», cargando mucha carne de buen toque y un espléndido pellejo, de remos cortos, pero algo caído de lomo estando parado. Este animal se llevó después el campeonato de la exposición y tres premios especiales.

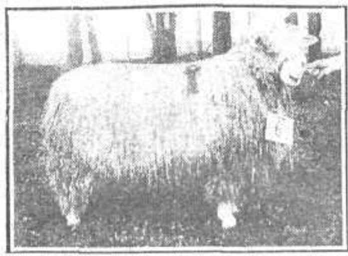
El segundo premio correspondió a un animal blanco de buena calidad y correctas formas, de la cabaña Newton, y el señor Leonardo Pereyra ganó el tercero con un colorado y blanco de gran cabeza y buen toque.

La cuarta categoría la ganó un toro de «San Ramón», del señor J. I. Newton, ejemplar muy atrayente y de buena calidad; y la cabaña «La Cuadrada» se llevó el segundo y tercer premios con toros de buena clase.

El premio «Salaberry y Bercetche» para el criador y expositor del mejor grupo de tres toros de pedigree, fué ganado por el señor Juan B. Yraizoz, de «Los Pinos».

Shorthorns a galpón no inscriptos.— Hubo tres categorías en esta sección escasas en número, pero muy buenas en cuanto a la calidad de los registros. La sucesión de A. Raffo ganó un primero y dos segundos premios; y la cabaña «Los Pinos», del señor Juan B. Yraizoz, se llevó dos primeros honores, el campeonato, el reservado de campeón y el premio conjunto. El mismo criador ganó las copas «Alchourron Hermanos» y «Antonio S. Raffo», y además la medalla de oro donada por la Municipalidad de Balcarce con un grupo de tres animales, dos de los cuales fueron premiados en la sección pedigree y el otro en la de no pedigree.

Shorthorns no inscriptos, a corral y en grupos de tres. — Juzgando en general, los ejemplares de esta sección no fueron mejores que los exhibidos en años anteriores. Sin embargo, había varios de muy buena calidad en las diversas categorías. La cabaña «La Pastoril», del señor Juan Baurin, ganó todos los principales premios con toros de gran calidad, distribuyéndose otros honores a las cabañas «Los Cardos», «San Pedro», «Los Pinos», «La Cuadrada» y «La Colmena».



Campeón carnero Lincoln de la cabaña "Los Pinos", de Juan B. Yraizoz.

Vacas y vaquillonas. — Cuatro cabañas compitieron en esta sección del catálogo, resultando innegable la gran calidad, tipo, carácter y estado de las hembras de «Los Pinos» presentadas por el señor Yraizoz, quien se aseguró dos primeros premios y otros de carácter particular. La cabaña «El Bonete», del señor Urbano Pradere, ganó la mayoría de los honores restantes.

Razas Aberdeen Angus y Holstein Friesian. — Escasa de competidores y de calidad; muy pobre resultó esta sección.

Concurso gordo. — El establecimiento «El Bonete» fué el único exhibidor, siendo casi todos los ejemplares novillitos de buena clase, pero faltos de gordura.

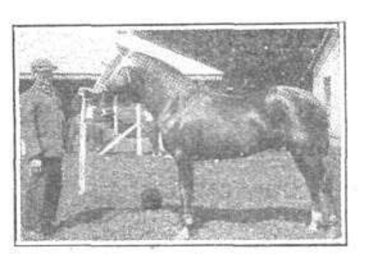
Equinos. — Otra sección pobre. Solamente dos padrillos de la raza Anglonormanda, de tipo y calidad regular, y un padrillo de la raza Argentina (criolla), falto de carácter masculino.

Ovinos. — Resultó una sección excepcionalmente buena e interesante, que siempre ha venido siendo muy nutrida y disputada en todas las periódicas exposiciones que viene celebrando aquel partido. La cabaña «La Independencia», del señor Pedro Bordenave, ganó la primera categoría con diez carneros de mucha calidad y lana buena, y once grupos de a tres compitieron en la categoría de dos dientes. Después de una prolongada y concienzuda selección, el juez concedió el primer premio a un bien parejo grupo de la cabaña «El Recreo», del señor Alzaga. Estos animales eran de buenas proporciones, con masculinas cabezas, buen costillar y espléndidos vellones de lana de buen color aunque con tendencias a ser gruesos. El segundo premio correspondió a un grupo del famoso rebaño «Los Pinos» que ya ha producido muchos campeones de Palermo y de otras grandes exposiciones. Estos carneros no estaban muy bien emparejados, pero su lana era de excelente calidad; con pronunciado tipo inglés y poseyendo mucho carácter de la raza y como reproductores. A un animal de este grupo se le adjudicó el campeonato de la exposición y ganó también el premio de la Sociedad Rural Argentina. Este carnero cargaba un magnífico lomo, muy masculino de cuello y cabeza, con grandes vellones de hebras fuertes, finas y de buen color.

El campeón reservado se seleccionó de un grupo de «El Recreo», que ganó el primer premio, siendo un excelente espécimen de la raza. Otro grupo de «El Recreo» se llevó el tercer premio de la categoría.

En la categoría para hembras Lincoln, de dos dientes, el primer premio correspondió a un grupo de buenas ovejas de la cabaña «La Noteadmires», del señor Roque M. Quinteros, y en la séptima categoría para hembras Lincoln a corral, hasta seis dientes, la cabaña «La Fortuna», de la sucesión de Julio Peña, resultó un meritorio ganador.

Para grupos de tres machos Lincoln hasta seis dientes, a corral, hubo dos registros, siendo un fácil ganador del primer premio un excelente trío de la cabaña «Los Pinos» y llevándose el segundo la sucesión de A. Raffo con carneros de buen tipo.



Primer premio y campeón padrillo raza Argentina (criolla). Criado y expuesto por el señor Gregorio Viera.

Diez grupos de buena clase de borregos compitieron en la sexta categoría de hasta dos dientes, a corral, y aquí los ganadores fueron tres excepcionalmente buenos ejemplares de «Los Pinos», los que merecieron la admiración general. Otro grupo del mismo rebaño ganó el segundo premio. La señora Paulina G. de San Martín se llevó el tercer honor con borregos mal emparejados pero de buena calidad, y el tercer premio correspondió a un grupo de la cabaña «San Pedro».

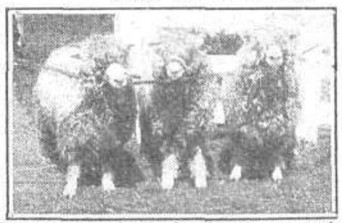
Porcinos. — El que escribe esta crónica ha presenciado muchas mejores exhibiciones de esta clase en anteriores exposiciones. Los de la raza Berkshire resultaron los primeros y el señor P. Bordenave ganó los principales premios.

Avicultura. — Fué considerable el número de exhibidores en esta parte de la exposición, pero cuando el señor Carlos Costa Diana terminó de revisar esta sección, encontró pocos ejemplares dignos de honores.

Tiempo hubo en que los primeros premios eran fácilmente concedidos en todas las razas por los jueces de entonces, pero en la actualidad las cosas han cambiado y los jurados de ahora ejercitan todo su poder, de acuerdo con la Asociación Argentina de Aves, de modo que puedan demostrar a los criadores de aves la conveniencia de que deberán criar lo mejor si quieren que sus nombres figuren en las listas de ganadores. Parecerá duro para muchos exhibidores la severidad de los jueces de hoy, pero quiero asegurar a mis lectores, que ello resulta provechoso para todos los criadores. Dentro de dos o tres años, siguiéndose este procedimiento, todos veremos mejores clases de aves en las exposiciones del país.

Como lote, el más verdadero tipo y el de mejor calidad en la sección de avicultura de la Exposición de Balcarce, resultó ser el de pavos Mammouth Bronze.

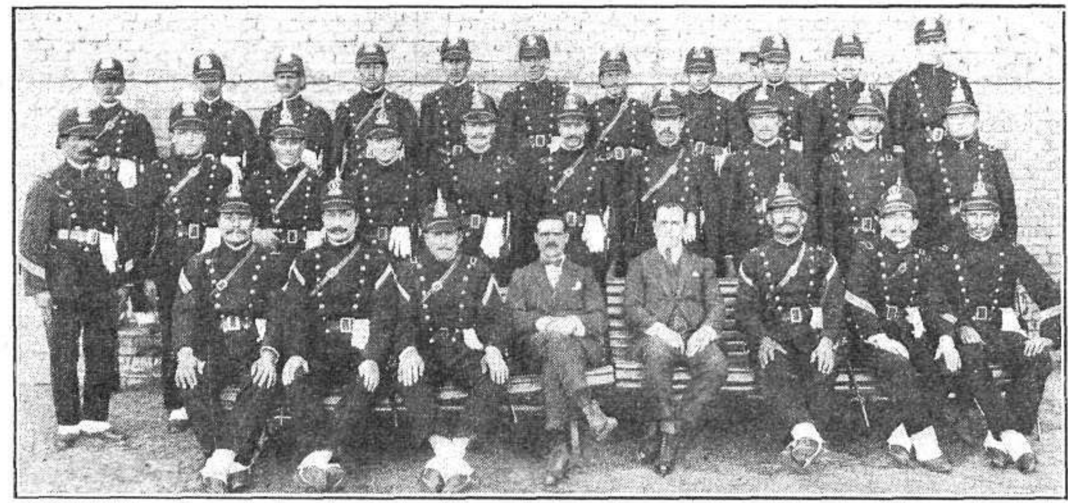
Gmo. St. J. Peters.



Borregos Lincoln de dos dientes, a corral, ganadores de primer premio.

DIA DE LOS FIELES DIFUNTOS. — Diversos aspectos de la necrópolis local durante la conmemoración de la tradicional fecha.

De Santa Fe



RECONQUISTA. — Los comisarios, señores Porta y Lataza, rodeados por los agentes de la jefatura de policía que los secundan eficazmente en su benemérita tarea.

LA EDUCACIÓN MUNICIPAL

El patriotismo de la ciudad, energía tan vital y creadora como puede serlo el patriotismo de una nación, es un sentimiento que aún no encuentra en nuestra América condiciones que le den el arraigo hondo y pertinaz que requiere para ser fecundo. Tenemos sólo esbozos, larvas de ciudades, si se atiende al espíritu, al carácter de la personalidad urbana; aunque sean unas veces larvas o esbozos gigantescos, con capacidad material para que se infunda dentro de ellos un espíritu gigante. Los centros que un día desplegaron vigoroso sentimiento local, que actuó como una fuerza histórica, y donde se diseñó una enérgica fisonomía de ciudad, han perdido del todo estas líneas tradicionales o tienden a perderlas, por obra de la irrupción cosmopolita que materialmente los ha magnificado. La extinción de aquél celoso amor propio comunal, es un hecho que puede haber facilitado graves problemas y reportar claros bienes, pero no sin el precio de grandes desventajas. Formar CIUDADES, ciudades con entera conciencia de sí propias, y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento. No hay CIVILIZACION ni CIUDADANIA sin CIUDAD. La educación municipal es el seguro fundamento de toda educación política.

José Enrique Rodó.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

La comodidad y belleza de este nuevo automóvil de turismo son llamativas.

Los elásticos muy largos, los amplios asientos, y el mayor largo de la carrocería, han dado por resultado el goce completo del viajar cómodamente.

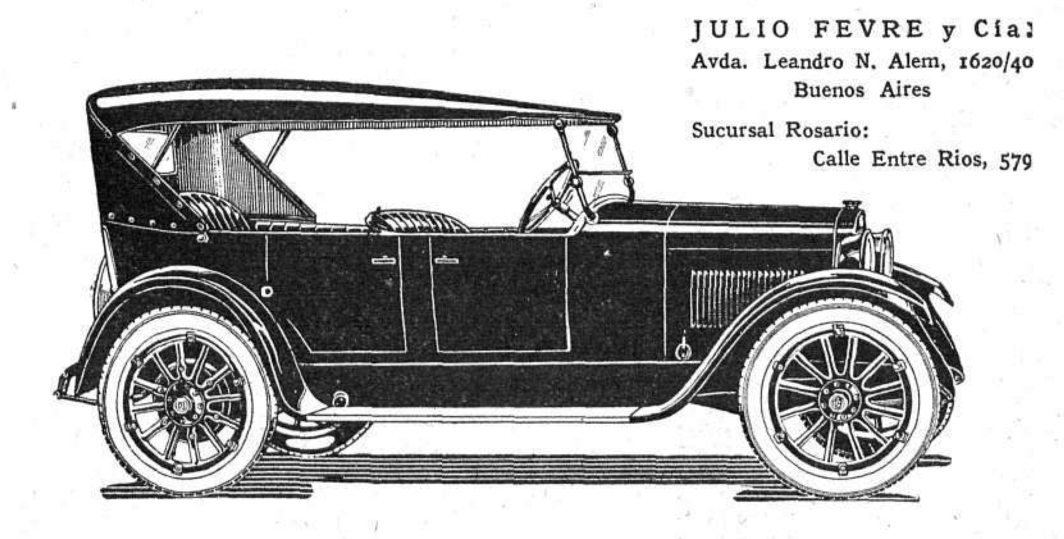
Su conjunto de elegancia muy apreciada, como su motor que continúa siendo esencialmente el mismo, han provocado espontáneos elogios.

El Automóvil Dodge Brothers
se halla expuesto en el
VI SALON DEL AUTOMOVIL
Pabellón de las Rosas
Stand N.º 9

PRECIO:
Completamente equipado con su quinta goma............... $ **4.650**
(puesto sobre vagón Buenos Aires)

JULIO FEVRE y Cía.
Avda. Leandro N. Alem, 1620/40
Buenos Aires

Sucursal Rosario:
Calle Entre Rios, 579





Miguel de Unamuno

Estoy leyendo la nueva edición del «Diario íntimo» de Enrique Federico Amiel que acaba de editar en Ginebra Mr. Bernard Bouvier — no más que 1650 ejemplares, — y en que tanto nuevo se ha añadido a la otra edición, la que fué prologada por Edmundo Scherer y se debió a la piedad de Fanny Mercier, heredera del manuscrito y que ha muerto en 1918 a los ochenta y dos años. El criterio de *pruderie*, de gazmoñería, calvinista que presidió a la selección de la señorita Mercier nos había impedido conocer fragmentos que nos dan un Amiel más de carne y hueso, menos etéreo, y por lo tanto más íntimo.

¡Qué formidable paisajista! El 2 de abril de 1866 describía el fundirse de la nieve y la bruma húmeda que revestía todo el campo. La primera edición suprimió esto: «*Júpiter pluvius* acaricia de cerca a Cibeles; no hay ya espacio siquiera entre sus amores que abriga el discreto manto de las nubes cuyos pliegues se arrastran sobre el suelo». Luego dice: «El horizonte se toca con la mano y las tres leguas cúbicas de lluvia que se veían ayer hanse convertido en una cortina opaca, o mejor en una caverna flotante, de que ocupa mi observatorio el centro pero de la que no puede la mirada penetrar ni en la bóveda ni en los muros grisáceos». Este pasaje fué torpemente abreviado en la primera edición. Entre otras cosas se quitó lo de *cúbicas* aplicado a las leguas de lluvia dejando así: «las tres leguas que se veía ayer, etc.».

¡Qué formidable paisajista! «¿Y por qué no pondría esto en verso?» — se pregunta uno. Pero luego en detalles como ese mismo de las leguas *cúbicas* de lluvia se ve una intromisión de elementos científicos, técnicos, que acaso explique la endeblez relativa de las poesías de Amiel.

¿Es que la ciencia daña a la poesía? ¿Es que un botánico no puede cantar a las flores? ¿Es que Enrique Fabre, el Homero de los insectos, no pudo haber escrito unas nuevas *Geórgicas*, un poema sobre la cigarra? ¡Eterno problema!

Hay al principio del espléndido poema que Carducci dedicó «A la ciudad de Ferrara en el XXV abril de MDCCCXCV» unos versos magníficos que traducidos literalmente a prosa castellana — ya que no tengo tiempo de ponerlos en verso — dicen así: «Como en las ascendentes espirales de la concha un eco de antiguos llantos, un son de largo suspiro profundo del grande océano de donde ella arrancada fué, permanece; así por tus plazas queridas del sol, oh Ferrara, el nuevo peregrino tiende las orejas y oye desde los marmóreos palacios sobre el Po descender lenta procesión y canto de una fantástica epopeya...»



Y viene un científico y dice: «No, en las conchas marinas no queda el eco del océano en que se criaron, como cree el vulgo; y ese rumor, como de mar lejano, que se siente acercándolas al oído no es más que la repercusión, como en un resonador, del ruido que hace la sangre al circular por el pabellón de la oreja». Lo que sabía, sin duda, Carducci, pero como era un poeta...

Se puede, sin embargo, aprovechar poéticamente también, esta nueva interpretación, la científica, y llamar a la concha un espejo acústico de la vida íntima de nuestro ser y decir que en ella oímos cantar a nuestras entrañas, oímos el ritmo de nuestro corazón. «No, no se oye el pulso; no es el pulso....» — nos dirán. — Pero cualquiera hace caso a un hombre que se pone en científico...! Los cuales suelen refugiarse en la música por ser arte inmediato, que no necesita interpretación. Porque en la música, digan lo que quieran ciertos embrollones de estética, no hay metáforas. Ni caben centauros como en pintura y escultura.

En la anterior traducción, al pie de la letra — «¿pero es que la letra tiene pie?» se dirá — del pasaje de Carducci hemos dicho que el nuevo peregrino tiende las orejas... Así dice el texto «... *il nuovo peregrino tende le orecchie...*» En español diríamos que tiende los oídos, porque con las orejas no es con lo que se oye, dicen los científicos. En italiano apenas se emplearía en un caso así *udito*. Ni nosotros podríamos decir: «tiende los oídos...» No, no se oye con las orejas sino con los oídos, aunque las orejas ayuden a oir y aunque se oiga a las orejas. ¿Pero está tan bien lo de tender las orejas...?

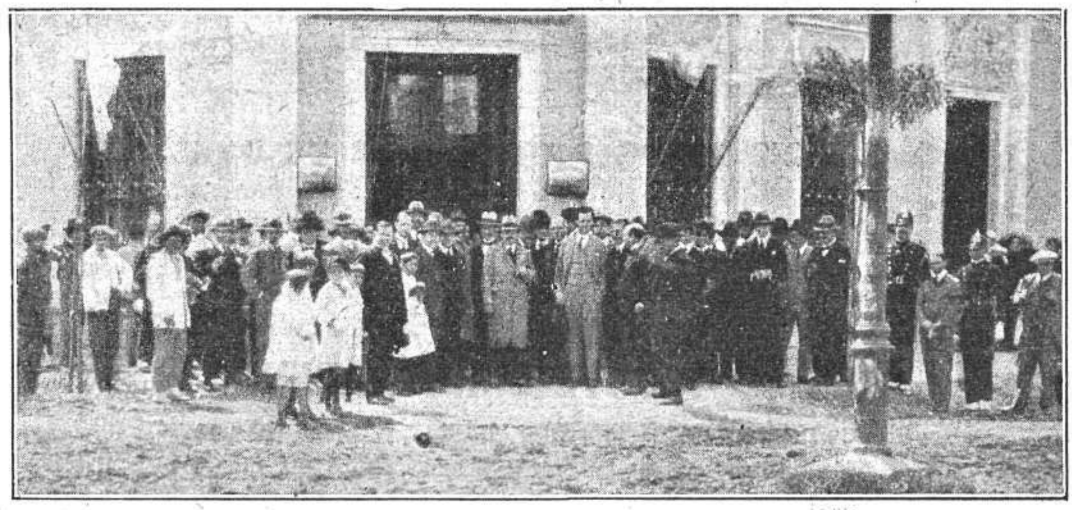
Es una superioridad estética de ciertos animales lo de que puedan mover las orejas. Observad a un gato que dormita ronroneando preso de una aquietada inquietud interior. Al menor rumorcillo le veréis mover, con ligero esguince, una oreja. Se le ve escuchar como se le ve mirar a un hombre. Aunque al hombre se le ve escuchar también, escuchar con los ojos.

Por eso he dicho de la muerte de Hamlet:

Con los abiertos ojos ya sin vida,
como queriendo oir miraba al cielo
(de la mano de Dios la palma abierta)
y caía el silencio.

Volvamos a Amiel. Y hagamos notar que más estrago aun que la gazmoñería puritana o calvinista hizo en la primera selección de los fragmentos de su «Diario íntimo» lo que podríamos llamar la gazmoñería científica, la sequedad de la supuesta precisión técnica. ¡Oh, aquellos antiguos divinos a quienes, como dijo Leopardi, la Naturaleza les habló sin quitarse el velo!

De Santa Fe



RECONQUISTA. — El gobernador de la provincia, doctor Mosca, autoridades provinciales y destacado núcleo de vecinos que concurrieron a la inauguración de la sucursal del Banco Provincial.

EL MUSEO DEL CHEQUE

En Inglaterra, el Sindicato de Banqueros ha creado un museo especial de cheques. El más antiguo de los que figuran en él lleva la fecha del año 1675, su valor es de 178 francos y está firmado por Tomás Fouler, joyero.

Se exhiben también, en sitio preferente, dos cheques que la China entregó al Japón como indemnización de guerra en 1895, el primero de los cuales es por 276.221.875 francos, y el segundo por 205.621.000 de la misma moneda. Se hallan expuestos, además, algunos cheques de la Royal Steam Packet Company, por un total de 128.339.000 francos, y otros de entidades y por valores no menos importantes.

Sin embargo, no son los cheques por cantidades fabulosas los que atraen mayormente la atención, pues cerca de ellos se exhibe el más modesto que se conoce, y ante el cual los visitantes se detienen con cierto respeto: es uno, por valor de cinco centavos, pagado por la Tesorería de los Estados Unidos al presidente Cleveland.

Las buenas ideas, son como astros rutilantes, que a su impulso benéfico van dejando a su paso una estela luminosa en el caos del error.



PAZ (F. C. C. A.). — Señoritas y jóvenes que integraron la comisión directiva a cuyo cargo estuvo la organización de los festejos realizados a beneficio de la sociedad "Italia de Socorros Mutuos".

PALABRAS ETERNAS

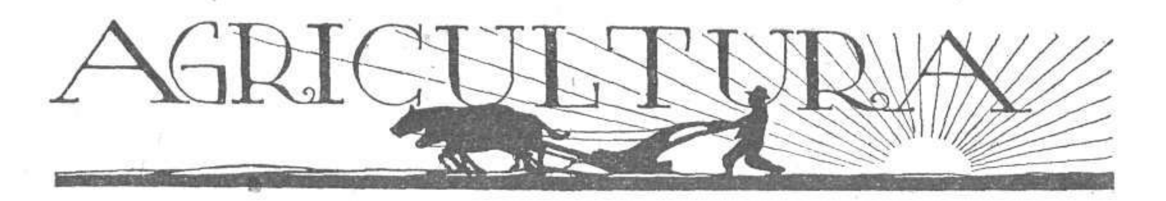
...¡Oh, qué fastidio tener que repetir, con cualquier perífrasis más o menos elegante, estas dos antiquísimas palabras, ajadas por todas las bocas, enmeladas por todos los suspiros, desgastadas como los asientos de los tranvías, desconfiadas como las violetas, falsas como la caja de un «remontoir» de doublé; estas dos viejas palabras que dicen los peluqueros, que dicen los horteras, que dicen los telegrafistas, los adúlteros, los dentistas o por fin hasta las coquetas: «Te amo».

«Te amo»... ¡Ah, qué fastidio! Se abre un libro, y después de una veintena de páginas, si no antes, llegan estas dos viejas palabras: — «Te amo». Un pobre diablo cualquiera, cargado de inquietudes, quiere distraerse y va al teatro a oír una comedia; escucha un par de escenas: es un hombre y una mujer, la luz se extingue, y llegan a sus oídos estas dos antiguas palabras: — «Te amo»... ¡Ah, basta, por amor del cielo! ¡Líbranos, pobres hombres, de este frío intenso! ¡Sálvanos a nosotros, pecadores, de este mal inextirpable! ¡Basta por amor del cielo...! No escribamos más, nunca más, estas dos viejas palabras: — «Te amo».

GUIDO DE VERONA.



VINOS
ARIZU
El Orgullo de la Producción Nacional
RESERVA
PINOT TINTO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
PASEO COLÓN Y CHILE
MENDOZA
BUENOS AIRES
SOC. ANON. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU
AVENIDA DE MAYO 1035
RIVADAVIA 1032



CULTIVOS INDUSTRIALES: EL MANÍ

El año 1920 se han importado del exterior al país casi 15 millones de kilogramos de aceite comestible, más o menos bajo el nombre de «oliva», por valor de 2.800.000 pesos oro; y el año 1912 se importaron bajo el mismo rubro más de 27 millones de kilogramos por valor de 5 millones de pesos oro; esto sin contar gruesas cantidades de otros aceites, de algodón, colza, sésamo, coco, etc., y de esas cantidades de aceites comestibles, es más que seguro que más de la mitad, quizás las dos terceras partes, son aceites de maní, del que son grandes productores las costa occidental de Africa, la India, China, Estados Unidos de Norteamérica, y en Europa, Francia, Italia y España.

En Argentina se cultiva también, pero su extensión que no pasa de 25 a 30.000 hectáreas, principalmente en Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y Corrientes, demuestra y evidencia que no tiene el lugar que le corresponde en el cuadro de la agricultura nacional, pues todas las provincias y territorios desde el centro de la provincia de Buenos Aires al norte, encuentra buenas condiciones de clima, cuanto más cálido mejor, y siempre que se trate de buenas tierras sueltas, o de mediana consistencia, ricas, fértiles, profundas, que se conservan frescas, pero no excesivamente húmedas.



Plantas de maní con sus flores y frutos. a) cápsula; b) almendra.

Se conocen tres variedades principales cultivadas entre nosotros: el maní colorado, de vainas largas, de 3 o 4 almendras, que se emplean para tostarlo; el maní blanco, de 1 a 2 almendras que se prefiere para la elaboración del aceite; y hay, en fin, otra subvariedad de maní negro, que es más rústico, más productivo y también más rico en aceite; en Santa Fe y Entre Ríos, generalmente es el maní para aceite el que más se cultiva.

Para efectuar una buena preparación del suelo, es necesario darle una reja de 20 centímetros por lo menos de profundidad, con bastante anticipación a la siembra, seguida de una rastreada y al llegar la época de la siembra se abren surcos poco profundos con arado liviano o arado doble y depositando la semilla a mano surco por medio, tapándola con el mismo arado, quedando así las filas de 60 a 70 centímetros de distancia una de otra, y las semillas de 20 a 25 centímetros entre sí y 5-6 centímetros de profundidad; se emplean así de 50 a 70 kilogramos de semilla por hectárea; menos cantidad en cultivo de secano y más en zona fresca o húmeda; en Santa Fe, como se siembra más tupido, se emplea mayor cantidad de semilla; pero la siembra distanciada, empleando, como debe hacerse, semilla buena, grande y seleccionada, es más racional y remunerativa; la época más conveniente para esta operación es desde septiembre hasta noviembre, cuidando, en todo caso, de evitar los peligros de las heladas tardías de primavera.

Las carpidas frecuentes son indispensables para mantener el terreno limpio de malezas; y cuando en diciembre empieza la floración, hay que aporcar el maní, arrimando tierra suelta al pie y cubriendo las flores una vez que la fecundación ha terminado, pues su fruto se forma y desarrolla debajo de tierra.

En cuanto las plantas empiezan a secarse, lo que generalmente sucede desde febrero hasta marzo o abril, se efectúa la cruza, con arado, tratando de que las plantas salgan del suelo con sus raíces; éstas se sacuden a mano, se dejan orear un poco en el suelo, se amontonan después, como los porotos y la alfalfa, y una vez bien desecados se emparvan y a las 3 ó 4 semanas, se procede a la mondadura para separar las cápsulas de los tallos.

El maní, en buenas condiciones de cultivo puede dar de 1.500 a 2.000 kilogramos por hectárea; pero en óptimas condiciones puede alcanzar a 3.000 kilogramos; su riqueza en aceite varía de 30 a 50 por ciento y su precio se cotiza de 15 a 20 pesos los 100 kilogramos en nuestro mercado de consumo.

Como se ve, pues, trátase de uno de los pocos cultivos que, por su rendimiento y el precio de su producto, resulta remunerativo en sumo grado.

EN EL JARDIN: LAS DALIAS

Entre las varias especies de plantas útiles con que América obsequió al viejo mundo, podemos recordar las dalias, llevadas de Méjico a Europa por Dahl, botánico Sueco, a fines de siglo XVIII; como plantas de adornos son muy apreciadas por sus hermosas y variadas flores y por sus largos tallos, derechos erguidos; son perennes y de fácil cultivo.

De las primitivas especies de dalias, por el cultivo y la hibridación se han obtenido y propagado numerosas variedades y subvariedades que se distinguen y caracterizan por el desarrollo de las plantas y por la forma, color y dimensiones de sus flores, y que forman cinco grupos principales: dalias dobles; dalias simples o decorativas; dalias coronadas; dalias gloria; y dalias flor de cacto y de crisantemo; estas últimas son muy apreciadas por la forma de sus flores y por los tonos hermosos y vivos que ostentan desde el blanco más puro, hasta el púrpura, carmín, violeta, amarillo, anaranjado, de colores lisos o variados o disciplinados.

Se multiplican fácilmente por tubérculos que se plantan en cama caliente desde agosto para obtener floración temprana y al aire libre, y de asiento hasta fines de noviembre para floraciones tardías, que pueden prolongarse en otoño, hasta principio de invierno.


Dalia a flor de cacto.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



BELLA VISTA (F. C. C. C.). — Monseñor Piedrabuena acompañado por la comisión de recepción que lo agasajó durante su visita a esta localidad.

UN INVENTARIO CURIOSO

En los archivos de la provincia de La Rioja, consérvase un curioso inventario levantado con motivo de la apertura de una sucesión de bienes y que los historiadores hacen remontar a la segunda mitad del siglo XVII.

El inventario referido hace mención solamente de los esclavos dejados por el causante, cuyo nombre dejaremos sepulto entre el polvo del viejo archivo provincial, y reza así:

«La negra Josefa, de treinta y cinco años de edad, hábil para tejer, hilar y teñir, en 300 pesos; el negro Felipe, de veintiséis años, jinete y buen domador, en 180; la negra Estanislada, de cuarenta años, baqueana para hacer jabón y velas, en 200; el negro Justino, de veintiocho años, telero y costurero, en 150; la negra Paulina, lavandera, en 38; la negra Atanasia, de sesenta y siete años, en 15; el chinito Doroteo, de cinco años, en 3 pesos. Total: siete esclavos en 886 pesos.»







LAS PALIDAS

Las niñas románticas son grandes partidarias de la palidez. Parece que llevan un drama en el semblante; pero donde verdaderamente se lleva a cabo el drama, que puede degenerar en tragedia, es en su organismo empobrecido y clorótico.

Muy linda para la novela la heroína descolorida y moribunda; pero para la dicha del hogar, para los goces de la vida, para la familia, en fin, se necesita la mujer sana, en cuyo rostro florecen las rosas y en cuyos ojos arde el fuego de la juventud.

El hombre práctico es enemigo de llevarse una clínica a su casa. Quiere la mujer viva, sana, primaveral; ella le traerá la alegría a su hogar y le dará hijos fuertes, bellos e inteligentes.

Hay, pues, entonces, que considerar la salud y por consiguiente el buen funcionamiento del aparato digestivo, clave soberana de todas las calamidades que tarde o temprano afligen a la humanidad. Por eso las



PILDORITAS REUTER

cuya acción especial es tonificar el estómago y el intestino, estimular el hígado y expulsar del organismo las materias nocivas que se producen en el proceso de la digestión, prestan tan señalados servicios.

La mujer sobre todo, que física y moralmente está constituída de una manera tan frágil e impresionable, que por razón de sus funciones fisiológicas y aun por las costumbres que ella misma se ha creado, está más expuesta que el hombre a los desarreglos gástricos, tanto sana, para prevenir, como enferma, para conjurar, necesita ocurrir siempre a algún sistema racional, que defienda y conserve en su pristina condición su aparato digestivo.

Oigan nuestro consejo las pálidas: la vida no debe ser una dolorosa ficción en pro de un ideal desgraciado y enfermizo. *La joie de vivre,* como dicen los franceses, está en la salud, está en las rosas de las mejillas, en la luz divina de los ojos, en la grácil expresión de la sonrisa, y todo esto puede darle el uso metódico de las afamadas Pildoritas Reuter.

LUBIN
PARIS

Sola Mia
LUBIN PARIS

Enigma
ENIGMA LUBIN PARIS

Epidor
EPIDOR LUBIN

Douce France
DOUCE FRANCE LUBIN PARIS

NUEVOS
POLVOS
ADHERENTES
EN LOS
PERFUMES
de FAMA MUNDIAL

$: 2,00 la Caja en todas partes.



UN VISITANTE ILUSTRE

El aula magna de la Facultad ofrecía el brillante aspecto de los grandes días. El mundo social y el mundo intelectual habíanse dado cita para escuchar al doctor Sigomar Stamboulisky, un genio de la Filosofía, que hacía el honor de brindar al público de la gran capital argentina, una serie reducida de conferencias sobre temas de alto vuelo.

El aula magna resultaba pequeña para contener a las personas, cuyo número aumentaba por momentos. Las damas, con ese chic característico de la porteña de todas las clases sociales sin excepción, ponían una nota bellísima de color y de vida en el ambiente.

Sonó una campanilla. Hízose un profundo silencio, interrumpido minutos después por la estruendosa ovación hecha al conferencista, que, digna, reposadamente, apareció en el tablado acompañado por las autoridades de la casa, diplomáticos y representantes extranjeros expresamente invitados.

Con exaltadas palabras, llenas de elogiosa elocuencia, de esa cálida elocuencia tan de nosotros los latinos americanos—generosos hasta lo ilimitado con las mujeres y con los «genios» que nos visitan, —el presidente de la Universidad presentó al ilustre visitante, que, en su silla, impasible, contemplaba al auditorio y se arreglaba el monóculo arrogantemente, cuando su visual se dirigía a las mujeres ávidas de recoger sus enseñanzas.

Ante la general espectativa, el doctor Sigomar Stamboulisky, «laureado en todas las universidades del globo», «condecorado por todos los reyes de la tierra», ocupó la tribuna.

Seguro de su éxito, sonriente, arregló los puños de su alba camisa, acomodó el monóculo, tosió... y, sin descender a la vulgaridad del saludo «a las damas», arma necesaria en los novicios, pero indigna de él, ¡todo un maestro!, comenzó su disertación internándose en las abstractas e incognoscibles regiones del alma humana.

En varios pasajes fué interrumpido por los aplausos.

—¡Magnífico! — exclamaba más de uno aplaudiendo frenéticamente...

Y no faltó niña o señora, que entre suspiros, no comparara el genio del orador con la pobreza espiritual de su novio, o de su marido...

— Esto es arte, es ciencia, es belleza, decían todos, ignorando quizá, ¡pero qué importa!, lo que es arte, lo que es ciencia, lo que es belleza...

Dos horas largas duró la conferencia, y nadie bostezó; ¿quién iba a dar prueba de tamaña ignorancia?

Todos habíanse retirado ya, y aún seguía yo en mi rincón, haciendo esfuerzos por no confesarme tan bruto e interpretar el sentido de la conferencia escuchada. Empeñábame en descifrar las magníficas parábolas, las bellas metáforas, la profundidad de las sentencias del doctor Sigomar Stamboulisky, y con pena —¡es tan humano no querer confesarnos ni a nosotros mismos la pequeñez de nuestra capacidad mental!, — me daba cuenta de la inutilidad de mis esfuerzos. El orador había mencionado en uno de sus párrafos más floridos (según el auditorio) a la «selva obscura». ¡Selva obscura era mi pobre cabeza, hecha un laberinto cada vez más intrincado e impenetrable a mis afanes!

Ahogando mi vergüenza, pero con una terquedad digna de la mejor suerte, decidí visitar al maestro. Le confesaría mi ignorancia, le diría mi temor ante el juicio de aquellos que habrían de preguntarme sin duda, sobre la conferencia escuchada. Y, sobre todo, ¡mi fracaso ante los compañeros de redacción al no llevar la crónica pedida por el director! No quería ser menos que ellos, y aumentaba mi deseo de ver al maestro, el temor de encontrarme cor la bella Isabelita Montes, la fuerte «tennis-woman», a quien había divisado en la primera fila de butacas, devorando con los ojos al maestro. Ella, la jugadora invencible, campeona de todos los campeonatos del club, debía haber comprendido y gustado como nadie la conferencia. Su atención y sus aplausos lo demostraban categóricamente.

....

Horas después, vencida mi vergüenza, pero rojo el semblante, y temblonas las manos, hacíame anunciar al profesor, instalado en el departamento más lujoso, del mejor hotel de la ciudad.

Mi tarjeta, que indicaba mi condición de periodista, facilitó la entrevista, y amenguó mi vergüenza. ¡Qué demonios! no sería yo el primer periodista que no interpretara una conferencia, aunque sí, estaba seguro, era el primero que pidiera explicaciones para hacer su comentario.

— El doctor Sigomar Stamboulisky, espera al señor, díjome un criado.

Entré... Sentado en cómodo «tres en uno» estaba el maestro. La mirada de sus ojos azules, que viera antes brillantes, contemplaba ahora, como apagada, las caprichosas espirales de humo de su «Rey Eduardo». Levantóse, y, cortésmente se adelantó hacia mí, como esperando la explicación de mi visita.

— Señor — le dije, casi humildemente, — vengo — y ante el maestro atrévome a confesar mi ignorancia, — a pedirle una explicación de su conferencia de esta tarde.

Y continué:

— Mi cabeza, señor, poco acostumbrada sin duda, a las excelsas manifestaciones de un talento superior, de un genio, se ha hecho un caos... He visto a todos sonreir, a todos aplaudir, a todos extasiarse de admiración, señor... Y yo, con pena, con envidia, con vergüenza, me he visto privado del placer superior gustado por su auditorio de esta tarde. Una pequeña aclaración, señor, solamente breves palabras que hagan la luz en mi pobre cerebro...

El maestro, miróme irónica, escrutadoramente, como si sus ojos quisieran leer hasta el más recóndito de mis pensamientos, y después, invitándome a que hiciera lo propio, volvió a sentarse. Aspiró hondamente su cigarro, y voluptuosamente contempló las espirales de azulado humo.

— ¿No ha comprendido usted mi conferencia? — preguntóme después sonriendo.

— No señor — le respondí, — y me avergüenzo de ello...

— Pero es el caso — prosiguió Stamboulisky: — que yo no puedo explicar a usted mi conferencia...

— Sin duda el cansancio, el esfuerzo del día... he sido en verdad un impertinente, — agregué desalentado.

— No amigo, no puedo explicarle a usted nada, porque... porque yo tampoco sé lo que he dicho o he querido decir en mi conferencia...

....

Aquella madrugada terminaba mi crónica sobre la conferencia del doctor Sigomar Stamboulisky. Crónica que al aparecer en el diario, mereció el aplauso de los entendidos. Ocupaba dos columnas, una de las cuales estaba destinada a ensalzar la personalidad del orador, la otra, derroche de toda mi elocuencia, de una elocuencia como jamás había tenido, era la síntesis, la crítica y la explicación de la conferencia con que el doctor Sigomar Stamboulisky había deleitado a sus oyentes.

Confieso, que, yo tampoco supe lo que había escrito, pero a no dudarlo debió ser magnífico, pues como ya lo he dicho antes, merecí los más halagüeños comentarios.

FEDERICO SILVA D'HERBIL



El cliente calvo: — No me corte mucho. Apenas emparejar...
— ¡Ah, ya sé! El señor quiere que le haga un poco de ruido con las tijeras...



El habituado al club: — He visto que tu esposa se embarcó para Europa.
El otro habituado: — Hombre, ¡no lo sabía! ¡Como no leo los diarios!

De Tucumán

HOMENAJES TRIBUTADOS AL NUEVO OBISPO. — El gobernador de la provincia, señor Octaviano O. Vera, presidiendo la recepción que en honor del nuevo obispo monseñor Piedrabuena ofreció en la Casa de Gobierno. asistiendo el nuncio apostólico monseñor Beda Cardinale, el obispo de Córdoba, monseñor Dávila Matos y destacados miembros del gobierno provincial.

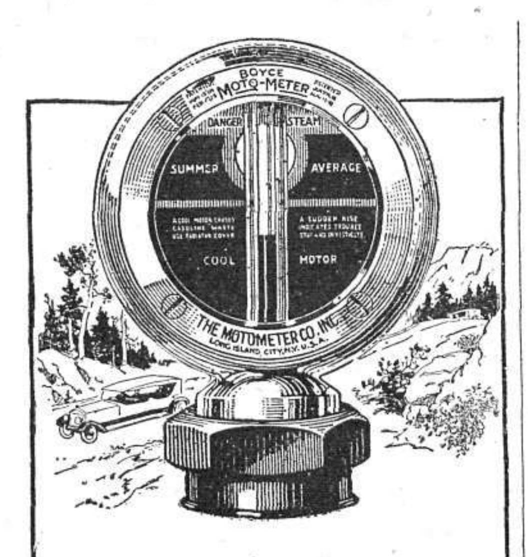




Los monseñores Beda Cardinale, Piedrabuena y Dávila Matos rodeados por la comisión de damas que tributó una demostración al nuevo obispo.



Núcleo de prelados que concurrieron a la recepción ofrecida en el palacio episcopal, al obispo monseñor Piedrabuena.



En la Ciudad o en la Carretera—

UN Boyce Moto-Meter le indicará la temperatura de su motor en cualquier momento.

Un Boyce Moto-Meter le avisará, diez o quince minutos antes de que resulte cualquier daño-que necesita agua en el radiador, que tiene poco aceite o que la correa del ventilador está rota.

El calentamiento excesivo arruinará su motor. Los cojinetes y los cilindros quemados, las válvulas combadas, etc., son daños costosos Un Boyce Moto-Meter los evita.

Un motor demasiado frío desperdicia de 30 a 40% de combustible.

Las molestias peligrosas y costosas que causa un motor demasiado frío o demasiado caliente, se evitan usando un Boyce Moto-Meter.

Compre uno hoy mismo

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I.. E. U. A.





Manifiesta desventaja . . .

UNA dentadura estropeada es una manifiesta desventaja en la vida. La persona con dientes dañados acusa casi siempre falta de limpieza y una muy censurable desatención a algo que es de capital importancia para la buena salud y el éxito en el trato social.

¡Con cuánta desenvoltura y alegría se ríe uno que ostenta una dentadura sana, y, por el contrario, con cuánto dolor y vergüenza lo hace uno que lleva sus dientes roídos por la enfermedad!



Si usted es uno de estos últimos, procure ponerse en manos de un dentista y empiece cuanto antes el uso de la pasta dentífrica Kolynos que es la preparación ideal para devolver a los dientes su brillo perdido y preservarlos para siempre de la ruina que producen las infecciones parasitarias.

Precio en la Capital, $ 1.30 m/n. En el Interior, $ 1.40 m/n.

Se vende en todas las farmacias y perfumerías.

KOLYNOS
CREMA DENTAL

FABRICANTES:
The KOLYNOS COMPANY
NEW-HAVEN, E·U·A·



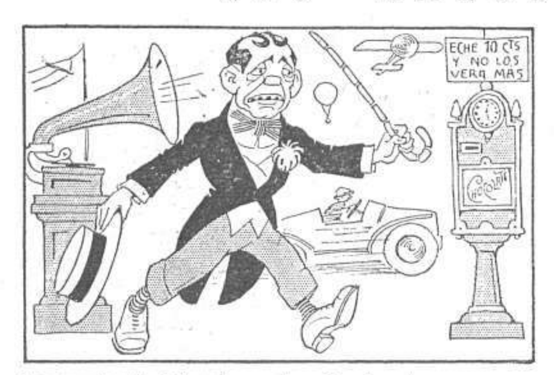
AGENTES: MAYON LTDA.
1245 AVDA. DE MAYO 1257
BUENOS AIRES



La comisión organizadora del festival celebrado en el asilo Belgrano.

MONTEROS.— Profesoras y alumnas que concurrieron a la inauguración de la Escuela de Manualidades.

LOS MALOS INVENTOS



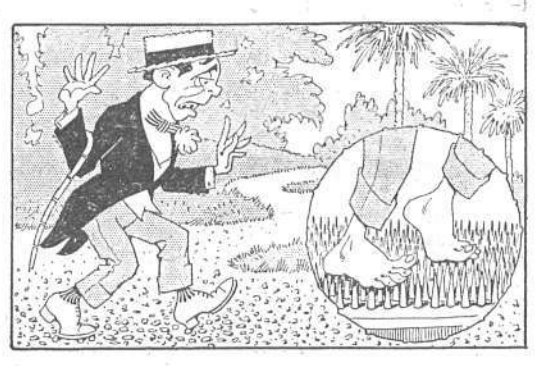
Sarrasqueta está indignado con los sabios inventores que, para tormento de la humanidad, inventaron cosas inútiles para la vida, a los que castigaría aplicándoles duras penas.



Al camisero que inventó el cuello duro y con larga tirilla para introducir debajo de la otra punta, que tantos estrilos le hace pasar a Sarrasqueta, le condenaría a collar de púas perpetuo.



Al que inventó ese trapo sin objeto, llamado corbata, que nos ponemos como dogal al cuello, le sentenciaría a ser ahorcado con el trapo de su invención, colgado de un árbol.



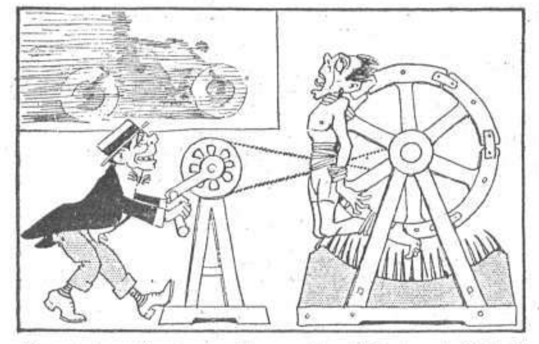
Al jardinero que inventó el echar piedritas y chinitas en los paseos públicos, para martirio de los paseantes que gozan o no de callos, le obligaría a caminar descalzo sobre puntas de acero.



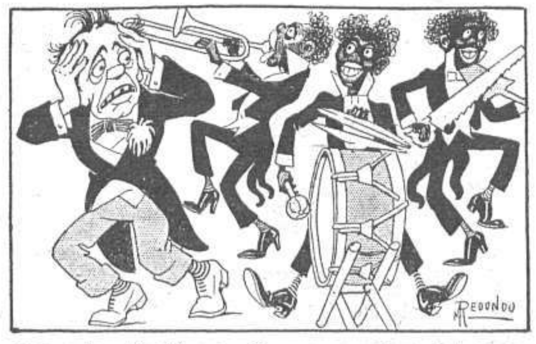
Al que inventó ese inútil y antipático chisme llamado paraguas, que no sirve para nada, le condenaría a tirarse del más alto rascacielos para ver si servía de paracaídas.



Al maestro zapatero que inventó los tacos Luis XV le sentenciaría a andar en zancos por malos empedrados durante quince años, once meses, tres semanas y un día de yapa.

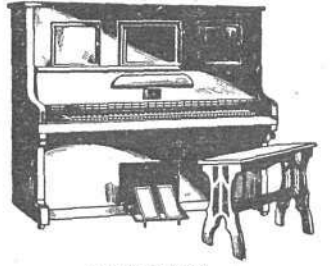


Al que inventó esa estrepitosa y atropelladora motocicleta le condenaría a batir el record de velocidad en esta rueda y luego ser fusilado con ametralladora.



Y al que inventó el "jazz-band" con sus armoniosos instrumentos le contrataría por toda la vida para dar conciertos futuristas en las calderas de Pedro Botero.

MONOS DE REDONDO.



Primer premio.

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola de la casa Breyer Hnos. con 20 rollos a elección. Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca «Exquisite» de la casa "M. Pacheco & Cía." Valor $ 135.—

NADIE EN EL MUNDO CONOCE LA SOLUCION Y NADIE PUEDE ALTERARLA.

En efecto: se trata de acertar qué día, entre el 20 y el 31 de Enero de 1924, será el de temperatura más elevada en la Capital Federal.

La previsión exacta de lo que ha de ocurrir, escapa al dominio de todos y nadie puede alterar la verdad, pues a medida que el tiempo transcurra, LA NACION publicará día por día las informaciones del Observatorio Nacional.

Esas son las bases del Concurso más original y correcto que es dable organizar y que ofrece a sus favorecedores la Fotografía BIXIO & CASTIGLIONI.

Segundo premio.

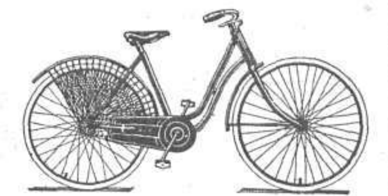
FOTOGRAFIA

SOLICITE BASES.

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

Esta casa cierra los Domingos.



Tercer premio.



¡¡¡ENDERÉCESE!!!

Llene sus pulmones de aire, evite el peligro de enfermarse del pecho; no ande con los hombros agachados y el pecho oprimido. Enderécese; esto lo haría nuestra "ESPALDERA HERCULEX", pues le obligaría a echar los hombros para atrás y sacar bien el pecho. Aumenta la gracia y la hermosura del contorno en la mujer. Da al hombre un aspecto vigoroso y un aire marcial. Ayuda a la Naturaleza en su obra de formar y desarrollar correctamente al joven que crece.

El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ 2.80 m/n.

Para el envío por encomienda postal, agregar $ 0.20 m/n.

Mande medida de pecho y contorno del hombro.

Cía. SANDEN (Sección Salud) C. Pellegr n 105 Bs A es



LOS HECHOS SE JUSTIFICAN



1906. Señor doctor A. T. Sanden. — Buenos Aires. Diciembre 16 de 1906.

Distinguido doctor:

Tengo la gran satisfacción de comunicar a usted, que en 28 días que uso su Faja Eléctrica, puedo decir que me hallo completamente transformado; ya no siento dolores en los riñones ni espalda, que sufrí antes como cinco meses; también veo que hago mejor la digestión.

No vacilo en creer, doctor, que con la continuación en el uso de su Faja, quedaré radicalmente curado de todas las dolencias que antes he sufrido.

La presente puede usted hacerla pública si la cree conveniente; pues es mi deseo, que sea una garantía para que las personas que sufren de la misma enfermedad se resuelvan a usar la benéfica Faja Eléctrica del doctor Sanden.

Muy agradecido por sus consejos, me es grato subscribirme su affmo. y S. S.

Firmado: **ELIAS DELAGE.**



1923. 17 AÑOS DESPUES

Villa General Mitre, octubre 2 de 1923.

Compañía doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señores míos: En contestación a la de ustedes fecha 28 del próximo pasado, por la cual me piden noticias de mi salud.

Les diré que me es muy grato comunicarle que me encuentro muy bien. A decirles la verdad, no me acuerdo en que año usé su Faja Eléctrica, si la memoria no me es infiel, debe hacer como 17 ó 18 años.

Lo que sí puedo asegurarles, es qué desde entonces no sentí más dolor ninguno. Sin más, saluda a ustedes atte. S. S. S.— Fdo: **F. DELAGE.**—P. de Córdoba.

HECHOS COMO ESTOS HAN DADO RENOMBRE AL "HERCULEX".

Pida hoy mismo "SALUD" y "VIGOR" que explican cómo usted también puede obtener un resultado igual. Estos libros son gratis y porte pago para todos los enfermos.

Horas de Oficina: de 9 a 18

Cía. "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105 - Buenos Aires


Señora María B. di Vito de Sperperato.—Capital.


Señorita María Adela Crubelloti. — Quilmes.


Señora Ignacia Altube de Nochetto. — Capital.


Sr. Heriberto M. Acosta Flores. — Asunción.


Señor Martín Anchorena. — Bánfield.

EL DIAGNÓSTICO DE LAS ENFERMEDADES POR MEDIO DE LA FOTOGRAFÍA

El adelanto que se nos promete para el mañana de la ciencia, es el diagnóstico de las enfermedades por medio de la fotografía, si los experimentos de comprobación del doctor Alfredo B. Hitchins, director del laboratorio Ansco de investigaciones, de la ciudad de Binghamton, Nueva York, aparecen coronados por el éxito.

En un discurso pronunciado ante la Academia de Medicina del condado de Broome, el doctor Hitchins manifestó que cada enfermedad tiene su fotoreacción específica, la cual si se le estudia de manera conveniente, suministrará la identidad de la enfermedad de la cual padece el enfermo, cuya fotografía se ha tomado. Son múltiples las probabilidades de exactitud de este descubrimiento, expresó el doctor Hitchins, porque hoy además de observar la estructura de la célula por medio del microscopio, muy bien pueden determinarse la absorción de la transmisión espectrales.

Los experimentos del doctor Hitchins se han llevado a cabo por medio de la espectroscopia, en tanto que el descubrimiento del aparato por él empleado para tomar la fotografía de las reacciones de las enfermedades, se le ha dado el nombre de refractómetro. El nuevo método será de valor inapreciable para la identificación de las enfermedades, por medio de las reacciones químicas de la sangre, así lo asevera el doctor Hitchins, abriéndose de par en par las puertas de un nuevo campo de diagnóstico físico.


HESPERIDINA
BAGLEY
Deleita el paladar.
Abre el apetito.
Tonifica el estómago.
Las tres propiedades reconocidas desde hace más de 50 años en esta deliciosa bebida, genuinamente argentina.
HESPERIDINA
M. S. BAGLEY & C.A Ltd.

UNA HISTORIA QUE PARECE CUENTO




Comentábamos en rueda de amigos un curioso caso perteneciente a la fenomenología psíquica, de que informaba una revista yanqui.

—Esto es inverosímil; mejor dicho, absurdo. —exclamó Gómez con aire de suficiencia.

—Quién sabe... —repuso don Jorge.

—¡Pero hombre! A sus años y con el mundo que lleva corrido ¿cree usted en esas paparruchas? ¿Me sostendrá usted que esta narración es verídica?

—Si no verídica la narración, por lo menos posible el hecho.

Todas nuestras miradas se dirigieron hacia don Jorge, como inquiriendo una aclaración. Este, por su edad (rayaba en los sesenta), lo reposado de su carácter y la sensatez que solía demostrar en todos sus actos, gozaba entre sus contertulios de indiscutido prestigio. Así, pues, su afirmación provocó expectativa en el reducido auditorio, y, cuando después de encender la pipa con su acostumbrada cachaza nos dirigió la palabra, no tuvo necesidad de reclamar nuestra atención. Estábamos pendientes de sus labios.

—Todos ustedes saben —comenzó diciendo, —que más de la mitad de mi vida la pasé en el mar, y el resto, sin interrupción, aquí; pero lo que seguramente ignoran es la causa que truncó mi carrera y operó un cambio tan radical en el curso de mi existencia.

Hace más de veinte años —siguió diciendo— sí, en 1901, mandaba yo la «Uruguaya», una goleta de ochocientas toneladas que traficaba con los puertos del sud.

Recuerdo perfectamente que era el 26 de noviembre. Hacía seis días que habíamos zarpado de Port Stanley, en las Malvinas, con un cargamento completo de lanas, cueros y aceite de ballena, consignado a una firma inglesa de La Plata.

Hacía un tiempo espléndido. Yo me encontraba en mi camarote revisando el cuaderno de bitácora del segundo. De pronto sentí una pesadez de cabeza injustificada y algo así como una somnolencia que iba apoderándose de todo mi ser. Quise forzar la atención en los guarismos del cuaderno, pero éstos me produjeron la sensación de que adquirían relieve, se deformaban, acabando por esfumarse. Un sopor invencible invadió todas mis facultades y, por primera vez en mi vida, perdí la noción de cuanto me rodeaba.

Al igual que si se hubiera desarrollado ante mi vista una película cinematográfica, vi sucederse, con estupendo lujo de detalles, toda mi vida pasada. Las correrías por la playa con los compañeros de escuela; el primer viaje como grumete cuando apenas tenía catorce años; las largas horas de guardia en el timón; el examen de piloto; las circunstancias en que se me confió el mando de un buque, mi sueño dorado; las fugaces relaciones hechas en los puertos, y, todo esto, mezclado con mil detalles insignificantes que en mi estado normal no me hubiera sido posible recordar. De pronto la escena cambió por completo. Me encontré en tierra, en un aposento muy monono, muy coquetamente puesto; provisto de esas mil chucherías que a primera vista denuncian la intervención de una mujer hacendosa y de buen gusto. Sentí resbalar sobre mi frente una mano suave; acarició mi oído una voz de armonía sin igual, murmurando un: —¿Me quieres? —mientras que una cara de mujer de tez fina y aterciopelada, de aquel color trigueño delicado y transparente sobre el cual, mejor que en el blanco pálido, brillan los ojos grandes y negros; con labios encendidos; cabellos ondulados y lustrosos del color de los ojos, me miraba dulcemente.

Extasiado contemplé la visión por un instante, pero, como obedeciendo a un mágico conjuro, se esfumó y de nuevo me vi frente a mi mesa de trabajo, ante el cuaderno cuyos cálculos había empezado a revisar.

Súbitamente, sin saber por qué, me sentí presa de una desazón inusitada; una angustia indecible se apoderó de mí, y, sin poderlo evitar, impulsivamente, abandoné el camarote y me dirigí al puente.

Seguramente llevaba reflejada en el semblante la angustia que me devoraba, porque al verme el segundo quedó sorprendido y me preguntó: —¿Qué ocurre, capitán?

Con mucha dificultad logré dominarme un poco, balbuceando algunas palabras que me justificaran.

Navegábamos de bolina con todo aparejo, viento y mar bonancibles, proa al O.N.O. El trabajo de la estima acusaba en aquel momento 57° 56' 10" de longitud oeste y 42° 32' 20" de latitud sur.

El oficial de guardia dió la orden de «apareja a virar para avante». Era la maniobra que correspondía y, sin embargo, al oir aquella orden, por no sé qué aberración, se me crisparon los nervios y le pedí que mantuviera la línea que llevábamos.

Muy extraño debió parecerle al oficial mi extemporánea resolución porque me miró sorprendido, abrió tamaña boca como para lanzar una exclamación, pero se contuvo, dominado tal vez por mi aspecto descompuesto, limitándose a un encogimiento de hombros muy significativo...

Yo comprendía que era absurda mi actitud: debíamos conservar la línea del meridiano 58; pero no sé qué fuerza superior a mi voluntad me llevaba a navegar en un rumbo que nos apartaba de la derrota prefijada.

Traté de hacerme todas las reflexiones posibles para llevar a mi espíritu un poco de sosiego, pero todo fué en vano. No podía coordinar mis ideas; sentía un horror invencible por todo lo que no fuera continuar aquel camino, contrario al que debía seguir, y, a todo esto, aquella cara de mujer que en unos instantes de alucinación había visto, se presentaba a mi mente con pertinaz insistencia, mientras que mi vista se fijaba en el horizonte como si hubiera un punto de atracción que me fascinara.

El segundo se me acercó preguntándome si había resuelto cambiar la derrota. No sé lo que le contesté, pero no debió convencerle, porque, después de una pequeña pausa, me dijo: —Capitán, usted sabe que le profeso verdadera estimación; hábleme con franqueza: ¿Qué le pasa?

Como me fué posible traté de explicarle mi estado de ánimo, pero creo que lo que pensó fué que su capitán había perdido el juicio.

Nunca había sufrido tanto.

La razón me decía que hacía mal; que alargaba la ruta en perjuicio para la casa armadora; que perdía prestigio ante mis subordinados; que ninguna razón atendible justificaba aquel estado de cosas, y, sin embargo, una fuerza extraña, más po-

derosa que todos los razonamientos, que toda lógica, que todas las causas alegables, me impulsaba con tenacidad irresistible a proseguir aquel camino que nos apartaba del derrotero, con la vista clavada en el horizonte y el corazón en un puño, como si de allí tuviera que surgir el remedio a los hondos sufrimientos que me torturaban.

Cinco horas de mortales angustias, largas como años de cautiverio, transcurrieron sin que me fuera dado separarme de la barandilla del puente, cuando de pronto me pareció distinguir algo que flotaba como a una milla de distancia. Sentí una alegría inmensa y al volverme para pedir los gemelos al oficial, me encontré con su mirada compasiva; me creía loco.

Una revolución se operó en todo mi ser y me sentí nuevamente dueño de mí mismo. Señalé al oficial el punto en que me parecía haber visto flotar algo. Enfocó sus gemelos y, tras breve examen, alargándomelos, me dijo, no sin cierta emoción:

— Parece un bote a la deriva.

Miré en seguida yo. Todas mis facultades estaban concentradas sobre aquel objeto que el tranquilo oleaje mecía muellemente.

Una orden al timonel nos aproximó rápidamente al punto motivo de mis ansias. No cabía la menor duda: era un bote, pero parecía abandonado.

A una orden mía se activaron las operaciones del salvamento y veinte minutos más tarde el bote era izado a bordo. En su interior había un cuerpo, al parecer sin vida.

Con las precauciones del caso levantamos aquel cuerpo, pero imagínense ustedes cuál no sería mi sorpresa al reconocer en el náufrago a la mujer de la visión que con tan pertinaz insistencia retenía mi memoria.

Depositada en mi camarote, mi alegría subió de punto cuando pudimos comprobar que la infeliz todavía vivía.

De más está decir que se le prodigaron todos los cuidados posibles, y que el desasosiego que por más de cinco horas había yo experimentado se trocó en un optimismo y un aplomo como jamás había sentido.

Tres días pasó aquella pobre mujer entre la vida y la muerte, hasta que al fin su vigorosa naturaleza logró imponerse y triunfar.

Cuando pudo hablar nos informó de lo que había ocurrido.

De regreso a la Argentina, su patria, venían en el vapor «Luthern», y una noche, por causas que ella ignoraba, mientras todos estaban entregados al sueño, sintieron una sacudida espantosa, reinó confusión a bordo y en pocos momentos el buque se fué a pique. Perdió el conocimiento la joven y cuando volvió en sí se halló en el bote con cinco marineros. Anduvieron a la ventura hasta que en la noche del tercer día vieron las luces de un barco que pasaba cerca. No tenían en el bote cómo hacer señales, pero los marineros, buenos nadadores, se arrojaron al mar con ánimo de ganar a nado el buque o por lo menos aproximarse lo suficiente para ser oídos. No sabiendo nadar y falta de fuerzas, ella no se atrevió a abandonar el bote y siguió flotando a la deriva hasta que, agotada por la debilidad y aterida por el frío, perdió el conocimiento que ya no recobró sino después del salvamento.

Hacía, pues, cinco días que erraba a la ventura cuando la «Uruguaya», desviada de su rumbo debido a la aberración inexplicable que por unas horas me tuvo fuera de quicio, la descubrió.

Dos meses más tarde se celebraba nuestra boda, y a sus ruegos dejaba para siempre mi profesión de marino.

— ¿Doña Carmen?

— Sí, mi esposa. Esa santa mujer con quien vengo compartiendo mis alegrías y mis penas por espacio de más de veinte años.

— Sí que es raro — se limitó a decir Gómez.

— Pero de la más rigurosa exactitud — sostuvo don Jorge.

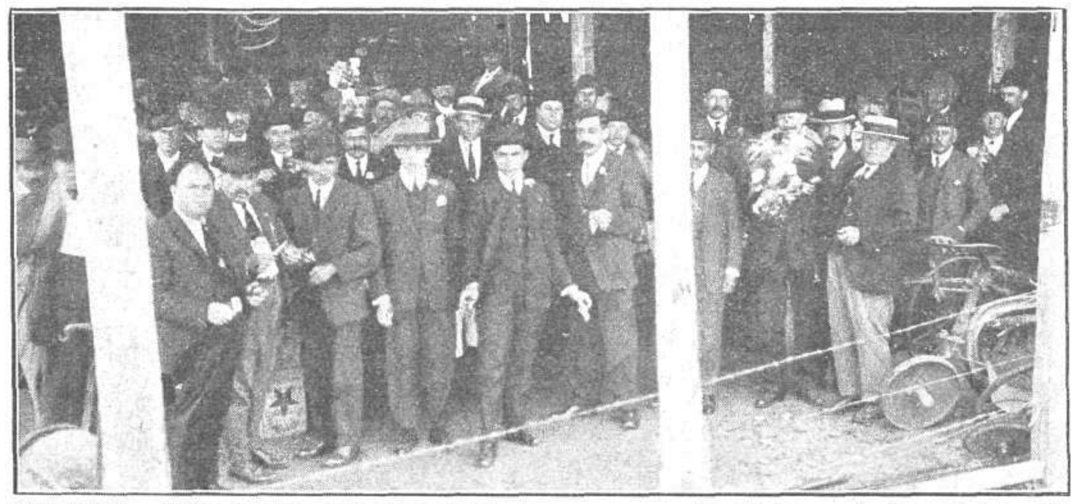
FRANCISCO SOLANES



— ¿Está usted seguro de hacer feliz a mi hija?
— Perfectamente, señor Rodríguez... Con solo mirarme se pone siempre a reir...



— En el concurso de canto faltó sólo una voz que me defendiera.
— Sí... Desgraciadamente esa voz era la tuya...



FEDERACION. — Núcleo de vecinos que asistieron al asado con cuero, con que se festejó la inauguración del servicio de luz eléctrica en esta localidad.

LOS BOXEADORES GANAN MUCHO DINERO, PERO CASI TODOS MUEREN POBRES POR NO SABER INVERTIR NI CONSERVAR SUS GRANDES GANANCIAS

(POR FRANK G. MENKE)

Jeffries, está pato.
Sharkey, está «en claro»,
Nelson, está «aleteando».
Dillon, está en la calle.
Wilgast, está sin medio.
Maher, está sin recursos.
Moran, está pato.
Johnson, perdió la fortuna.
Sullivan, se arruinó.
Fitz, murió en la miseria.
Mc Govern, murió sin dejar nada.
Mc Coy, se arruinó.
Gans, murió sin un centavo.
Dixon, murió como nació.
Jackson, se arruinó también.

Y así todas las historias de los champions y «casi-champions», que hicieron una fortuna en sus días de gloria del ring, desde lo tiempos más remotos.

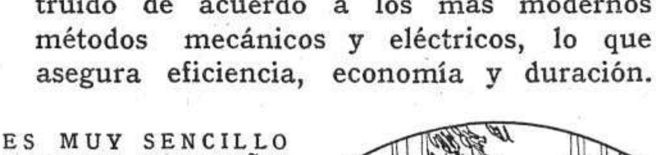
ADQUIERA UN VENTILADOR METROPOLITAN - VICKERS

Es una necesidad para los días calurosos.

Proporciona una deliciosa brisa fresca que lo librará de las molestias del calor.

El VENTILADOR METROPOLITAN-VICKERS es tan práctico como elegante. Digno de colocarse sobre el mejor mueble.

Es el ventilador técnicamente perfecto. Construído de acuerdo a los más modernos métodos mecánicos y eléctricos, lo que asegura eficiencia, economía y duración.



ES MUY SENCILLO
VARIEDAD DE TAMAÑOS





$ 14.-

$ 8.90

PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte.. $ 5.00

La misma, de oro 18 kilates sellado, maciza.................... $ 15.—

N.º 524. — PLATA 800, 3 tapas, máquina Suiza, chato, con cadena. $ 14.00

N.º 525. — DE NIQUEL, chato, cuadrante fantasía, con cadena, máq. Suiza.... $ 8.90

N.º 136. — ANILLO plata 900, iniciales en esmalte, a.... $ 5.00

N.º 186. — PLATA fina y perlas imitación Oriente, a.......... $ 3.00

N.º 520. — AROS de oro garantido y piedras químicas,....... $ 12.00

N.º 139. — GEMELOS de plata con cualquier iniciales, el par, $ 5.00

N.º 510. — PLATA 900, nombre en esmalte, a...... $ 3.90

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER

La Suiza Americana

RELOJERIA-P. SEITLER-JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

N.º 292. GEMELOS de gran moda, cincelados, de oro 18 fix, el par, por solo $ 7.90

De Santiago del Estero

LA BANDA. — Comisión directiva de la sociedad "Agricultores Unidos", que han gestionado ante el ministro de Agricultura, diversas medidas para asegurar la estabilidad del riego en esta zona.



INAUGURACION DEL HIPODROMO "CORONEL DORREGO". — Vista parcial del público que concurrió a la inauguración del nuevo hipódromo.

Si usted viese

con qué cuidado la casa M. ALVAREZ diseña el molde de cada traje o sobretodo que se le encarga; con qué precisión lo cortan sus habilísimos cortadores; con qué paciencia y exactitud lo adaptan a la conformación personal de cada cliente; con qué minuciosidad los eximios operarios arman y terminan las piezas, y con qué severidad se inspeccionan las prendas, se convencería de que la casa M. ALVAREZ da a sus clientes el servicio máximo en materia de sastrería y merece toda su confianza.

TRAJES DE MEDIDA

Modelos originales para Primavera y Verano. Notable surtido de los más regios casimires. $ 130.-

Enviamos ALBUM DE FIGURINES y muestras al Interior. Al solicitar muestras se ruega indicar el color del casimir que prefiera y el costo aproximado de la ropa que piensa encargar.

SASTRERIA DE LUJO

(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)



NO TENEMOS SUCURSAL

LA CRONICA ROJA

Intenso drama conyugal



Selene Zavattoni, la víctima.



El cadáver del asesino y suicida tal como fué encontrado por la policía en el zaguán de la calle Esmeralda, 229, donde se desarrolló la tragedia.



Ricardo Goyeneche, el agresor.

Causas íntimas, difíciles de esclarecer, hicieron que los esposos Goyeneche se separaran al mes de contraer enlace, yéndose ella a vivir con un hermano.

Días pasados y al terminar un paseo las tres personas aludidas, decidió la señora quedarse a pernoctar en casa de una amiga, pero desistiendo poco después de esa idea, dirigióse a su domicilio, encontrando fatalmente a su marido al abrir con su llave la puerta quien le disparó tres tiros, suicidándose después en el zaguán de la casa.

Impresionante y trágico suceso



Celso González, víctima.



Luisa Casado en una sala del hospital Alvarez, donde es atendida de un balazo en el pecho inferido involuntariamente por su hermanastro Francisco Rodríguez, en la casa número 2877 de la calle Directorio.



Francisco Rodríguez, protagonista del hecho.

Doloroso y terrible episodio tuvo la intervención de Rodríguez al querer disuadir a su amigo González de que no continuara asediando a su sobrina Fidela Sánchez, pues ésta no quería corresponder a sus pretensiones amorosas, y desesperado el primero, que es rengo, pudo tomar de un cajón de la mesa de luz un revólver, y al dispararle un tiro, quiso la fatalidad que la bala hiriera a su hermanastra. La intervención de varias personas y de la policía pareció poner fin a la incidencia, pero Rodríguez, fuera de sí, corrió hacia la cocina y apoderándose de un filoso cuchillo, asestó a su enemigo una profunda puñalada que le partió el corazón.

Homicidio de un amante



Ana Flores Balbuena, la victimaria.



Antonio Bonini, muerto.

Una mujer se presenta ante la comisaría 15.ª y espontáneamente confiesa al agente de guardia haber matado de dos tiros a su amante, harta ya de sufrir sus enfermedades y brutales exigencias; y poco después se comprobaba el asesinato, apareciendo tendido sobre la cama el cadáver del chauffeur Bonini, casado y con hijos, el que la tenía en una pieza, sin dejarla trabajar como ella pretendía.



El cuerpo del chauffeur Bonini sobre el lecho de la habitación de la casa Charcas, 1090, en la posición en que estaba al acudir la policía.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

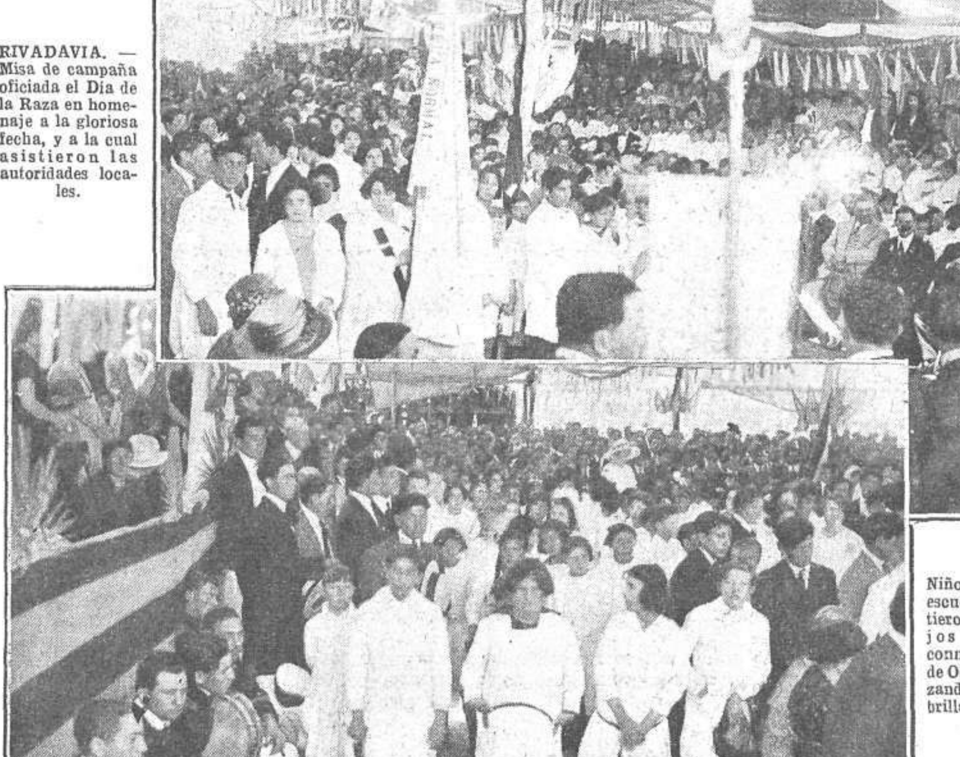
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



RIVADAVIA. — Misa de campaña oficiada el Día de la Raza en homenaje a la gloriosa fecha, y a la cual asistieron las autoridades locales.



Niños de diversas escuelas que asistieron a los festejos con que se conmemoró el 12 de Octubre, alcanzando éstos, un brillante éxito.



Diario
1923
WATERMAN'S IDEAL
4
WATERMAN'S IDEAL FOUNTAIN PEN N.Y.
CLIP-CAP
Las damas también...
... se deleitan escribiendo con esta maravillosa lapicera. Ellas también usan la eficaz y cómoda
PLVMA FVENTE
IDEAL
de WATERMAN
Hay un tipo de PLUMA-FUENTE de WATERMAN que por su tamaño adecuado y su formato elegante, es especial para señoras y señoritas.
Es tan cómoda que puede llevarse en la cartera y en cualquier posición. Siempre está lista. No emborrona el papel ni mancha los dedos.
EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y CASAS DEL RAMO
Tres tipos de pluma: fino, mediano y grueso.
L. E. WATERMAN COMPANY
Broadway, 191 — Nueva York, E. U. A.
AGENTE:
Av. de Mayo, 1364 - CHARLES A. POPE - Buenos Aires



EL CHICO TRAVIESO

REPRODUCCIÓN POR CONVENIO ESPECIAL CON LA "CALFE"

En el cuento que sigue encontraréis todos los elementos con los cuales se suele componer el habitual cuento de navidades, pleno de sentimentalismo: habrá un chiquillo y su madre y un árbol de Noel, sólo que el cuento resulta muy distinto a los habituales... Su sentimentalidad ni siquiera sale a flor de piel.

Se trata de un cuento serio, un poco lúgubre y hasta cruel, como es el hada de Navidad en el norte y como es la misma vida.

* * *

La primera conversación sobre el árbol de Noel surgió entre Volodka y su madre tres días antes de Navidad, y no surgió, como os figuráis, intencionadamente, sino debido más bien a una coincidencia casi estúpida.

Untando unas rebanadas de pan con manteca, mientras tomaban el te de la tarde, probó la madre una de ellas, y dijo, frunciendo el ceño:

— Esta manteca parece verdaderamente como si la hubieran sacado de un árbol.

— A propósito, mamá, ¿me comprarás un árbol de Noel? — preguntó Volodka, sorbiendo ruidosamente el te.

— ¿Qué más se te ocurre, hijo? ¡No tendrás árbol de Noel! No estamos para diversiones; gracias que vivamos. Quiera Dios que no nos falte el pan. ¿No ves que ando sin guantes?

— ¡Muy bonito! — dijo Volodka. — ¡De modo que todos los niños tendrán su árbol, y solamente yo... como si no fuese persona!

— ¡Prueba de hacerte con uno!

— Ya verás cómo lo hago. ¡Qué cosa más importante! ¡Pues va a resultar mucho mejor que el tuyo! ¿Dónde está mi gorra?

— ¿Otra vez a la calle? ¿Pero qué criatura es ésta? ¡Se me va a hacer un chico callejero!... ¡Ay, si viviese tu padre, ya verías tú!...

Volodka no sabe todavía qué cosa le hubiera hecho su padre: su mamá no había llegado a la mitad de su frase, cuando ya él descendía por la escalera ligeramente, a caballo en la barandilla.

Una vez en la calle, Volodka adoptó aspecto extremadamente serio, que hubiera cuadrado muy bien al poseedor de un gran tesoro, y ello debido a que llevaba en el bolsillo un enorme brillante que el día anterior se había encontrado en la calle, una gran piedra que refulgía, tamañico de una nuez.

En él había puesto todas sus esperanzas: quizá pudiera no solamente comprar un árbol de Noel, sino al propio tiempo asegurar la vida de su madre.

— Sería interesante el saber cuántos quilates pesa — pensaba Volodka, calándose la gorra hasta las mismas orejas, mientras zigzagueaba antre la muchedumbre transeunte.

Es necesario anotar que Volodka tenía en la cabeza un almacén de trozos de noticias, retazos de conocimientos, observaciones, frases y apotegmas...

En ciertos aspectos de su vida resulta de una gran ignorancia; no se sabe cómo se enteró de que los brillantes se pesaban por quilates, y al mismo tiempo desconocía por completo el nombre de la provincia en que radicaba la ciudad en que vivía y qué cantidad resultaba multiplicando 32 por 18 y por qué razón no se puede encender un cigarrillo en la lámpara eléctrica.

Toda su filosofía práctica se hallaba reducida a estos tres refranes, que intercalaba donde podía, conforme a las circunstancias:

«Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta.»

«Sea lo que sea, hace falta verlo.»

«No estamos para diversiones; gracias que vivamos.»

Este último lo adquirió por contagio materno, y los otros dos... sólo el diablo lo sabe.

Al entrar en una joyería metióse Volodka la mano en el bolsillo y preguntó:

— ¿Compran ustedes brillantes?

— Sí, los compramos. ¿Qué se le ofrece al caballerito?

— Hágame el favor de pesar esta cosilla, a ver cuántos quilates tiene.

— Esto, amigo mío, es un cristal — dijo sonriendo el joyero.

— Todos habláis lo mismo — replicó Volodka.

— Bueno, basta de conversación; ¡largo de aquí!...

Aquel brillante de tantos quilates fué arrojado contra el suelo sin miramiento alguno.

— ¡Ay!

Y se inclinó Volodka a recoger su piedra preciosa.

— «Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta». ¡Canallas, ya podían haber perdido un brillante verdadero! ¡Vaya, qué le voy a hacer! «No estamos para diversiones; gracias que vivamos». Voy a ver si me admiten en algún teatro...

Hay que confesar que desde hacía mucho tiempo esta idea le barrenaba en sus pensamientos. Había oído decir a alguien que en ciertas ocasiones eran solicitados algunos chicos para que saliesen en determinadas escenas de algunas obras; pero cómo presentarse y cómo ofrecer sus servicios, eso sí que no lo sabía.

Pero Volodka no se detenía mucho en pensar las cosas; al llegar al teatro se coló como una flecha, atrevidamente, y con propósito de darse ánimo a sí mismo, dijo en voz baja: «Sea lo que sea, hace falta verlo».

Se acercó al acomodador e irguiendo la cabeza majestuosamente preguntó, dándose aires de importancia:

— ¿Necesitan ustedes chicos para el teatro?

— ¡Anda, anda, no estés en el pasillo!

Después de haber esperado a que el acomodador se distrajese, Volodka se escurrió junto al público que entraba, y metióse por una puerta detrás de la cual se oían sones de música.

— Hágame el favor de su localidad, joven — le preguntó una acomodadora.

— Oiga — le dijo Volodka; — aquí debe haber un señor con barba negra; dígale que acaba de ocurrir en su casa un terrible accidente, una verdadera desgracia: se ha muerto su mujer. Me han enviado a buscarle. ¡Llámele usted!

— No tengo tiempo para buscar esas barbas negras; llámale tú si te hace falta.

Después de meterse las manos en los bolsillos, dió una vuelta por la sala, señaló con la mirada un palco vacío, y metiéndose en él procedió a acomodarse

y luego a fijar en la escena su escrutadora mirada.

Sintió una palmadita en el hombro; Volodha alzó la cabeza: un oficial con una dama.

— Este palco está ocupado — observó fielmente.

— ¿Por quién?

— ¡Por mí! ¿Acaso no lo ven ustedes?

La dama se echó a reir. El oficial, amoscado, intentó llamar a un acomodador; pero... aquélla le detuvo.

— Que se quede con nosotros, ¿verdad? Es tan chiquitín y tan grave... ¿Quieres quedarte con nosotros?

— Bueno, quédense ustedes ya... — dijo Volodka, como autorizándoles. — ¿Qué es esto, un programa? A ver, déjemelo ver...

Así permanecieron los tres hasta el final del acto.

— ¿Ya es el final? — dijo Volodka tristemente, consternado, cuando vió descender el telón. — «Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta». ¿Ya no les hace falta este programa?

— No; puedes llevártelo como recuerdo de tan agradable encuentro.

Volodka se informó prudentemente:

— ¿Cuánto han dado ustedes por él?

— Cinco rublos (1).

— Lo venderé para el segundo acto — pensó Volodka; y después de apoderarse de otro programa abandonado en el palco vecino, se dirigió valientemente a la puerta principal, para proponer su género.

Cuando volvió a casa, con hambre pero contento, en su bolsillo había, en vez de un brillante falso, dos billetes auténticos de cinco rublos.

Al día siguiente Volodka, llevando apretujado su capital en el puño, vagó largo tiempo por las calles, parando su atención en la vida de negocios de la ciudad y considerando espaciosamente en qué cosa podía invertir su dinero.

Al encontrarse en la terraza de un café, se le ocurrió una ideíca: «Sea lo que sea, hace falta verlo» — exclamó, mientras entraba impertinentemente.

— ¿Qué deseas, chico? — le preguntó una camarera.

— Tenga la bondad de decirme; ¿no viene por aquí una señora que lleva piel gris y bolsillo de oro?

— No...

— Entonces debe venir; la esperaré.

Y se sentó.

— Lo principal — pensaba — es colarse; que prueben a echarme, y ya verán la que armo.

Arrellanóse en el diván y esperó, lanzando miradas en todas direcciones.

Dos mesas más allá de la suya, un viejo plegó el periódico que había estado leyendo y se dispuso a tomar su café:

— Señor — díjole Volodka en voz baja, así que se hubo acercado — ¿cuánto ha pagado por el periódico?

— Cinco rublos.

— Véndamelo en dos; como usted lo ha leído... ya no le hará falta.

— ¿Para qué lo quieres?

— Para venderlo, a ver si gano algo.

— ¡Oh, amiguito; eres muy listo! Está bien, hombre... Tómalo, y aquí tienes tres rublos de vuelta... ¿Quieres un pedazo de bollo?

— Yo no soy mendigo — replicó con dignidad; — aquí se trata de ganar para el árbol de Noel, y nada más.

Al cabo de media hora ya había conseguido cinco periódicos, un poquillo arrugados, pero que aun podían pasar muy bien

La dama de la piel gris y el bolsillo de oro seguía sin aparecer. Hay ciertas razones para pensar que sólo existía en la bulliciosa imaginación de Volodka...

Después de haber leído con gran trabajo el encabezamiento, completamente indescifrable para él: «La nueva posición de Lloyd George», Volodka corrió como un loco por las calles agitando los periódicos, mientras gritaba con todas su fuerzas:

— ¡Interesantes noticias! ¡«La nueva posición de Lloyd George»! ¡Precio, cinco rublos! ¡¡«La nueva posición», por cinco rublos!!

Antes de comer, y al cabo de una serie de operaciones periodísticas, se le podía ver yendo con una cajita de bombones; la expresión fija en su rostro casi no se distinguía bajo la encasquetada gorra.

En un banco estaba tomando el sol un señor desocupado, que fumaba perezosamente.

— Señor — le preguntó Volodka — ¿podría usted decirme una cosa?

— Venga la pregunta, joven.

— Si media libra de caramelos, veintisiete piezas, valen cincuenta y cinco rublos, ¿cuánto vale uno?

— Es un poco difícil decírtelo exactamente, pero viene salir alrededor de unos dos rublos cada pieza. ¿Por qué lo dices?

— ¿De modo que resulta ventajoso el venderlos a cinco rublos? No está mal. ¿Quiere usted comprármelos?

— Te compraré dos, con la condición de que seas tú quien se los coma.

— No, no hace falta; yo no soy mendigo, sino un negociante... ¡Cómpremelos, y los regala luego a un chico conocido!

— Bueno, ¿qué le vamos a hacer? ¡Da lo mismo; vengan!...

....

La madre de Volodka regresó muy tarde del obrador. Sobre la mesa, detrás de la cual Volodka, con la cabeza apoyada sobre los brazos, dormía dulcemente, había un diminuto árbol de Noel, adornado con un par de manzanas, una velita y tres o cuatro cartoncitos; todo aquello presentaba un aspecto lamentabilísimo...

En torno al árbol estaban expuestos unos cuantos regalos; para que no cupiese duda acerca de a quien pertenecían, junto a los lápices de colores había un papelito con una inscripción muy mal escrita:

«Para Volodka.»

Y junto a un par de guantes de invierno había otra, tan mal escrita como la primera:

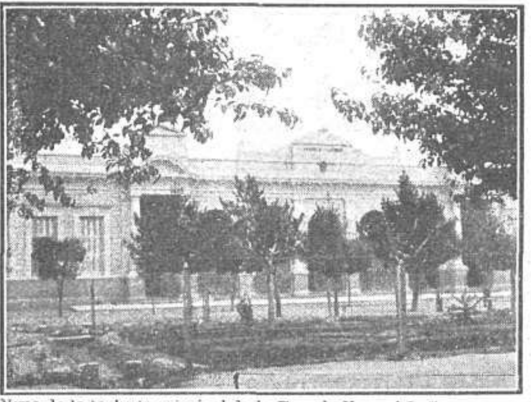
«Para mamá.»

Profundamente dormía el chico travieso, y no se sabe sobre dónde ni en qué esfera se cernía su astuta almita de comerciante...

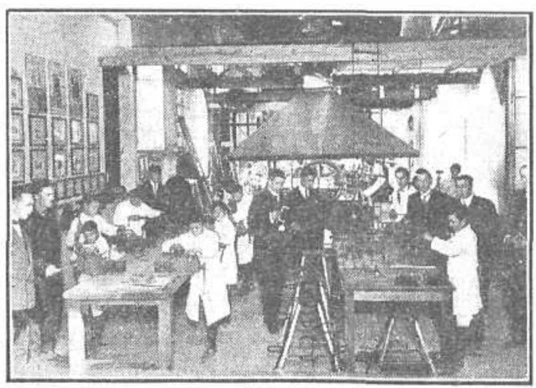
(1) No debe sorprender al lector el enorme precio del programa: mi Volodka vivía en Crimea en aquellos tiempos heroicos del ejército blanco de Vandey.



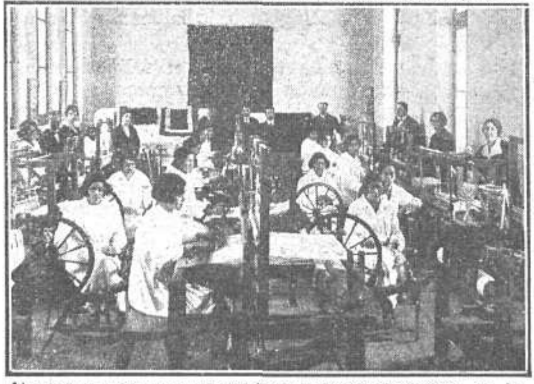
DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



Vista de la fachada principal de la Escuela Normal Lafinur, cuya reciente creación, prestará grandes beneficios a la cultura pública.



El taller de herrería, donde se practican gran cantidad de alumnos.

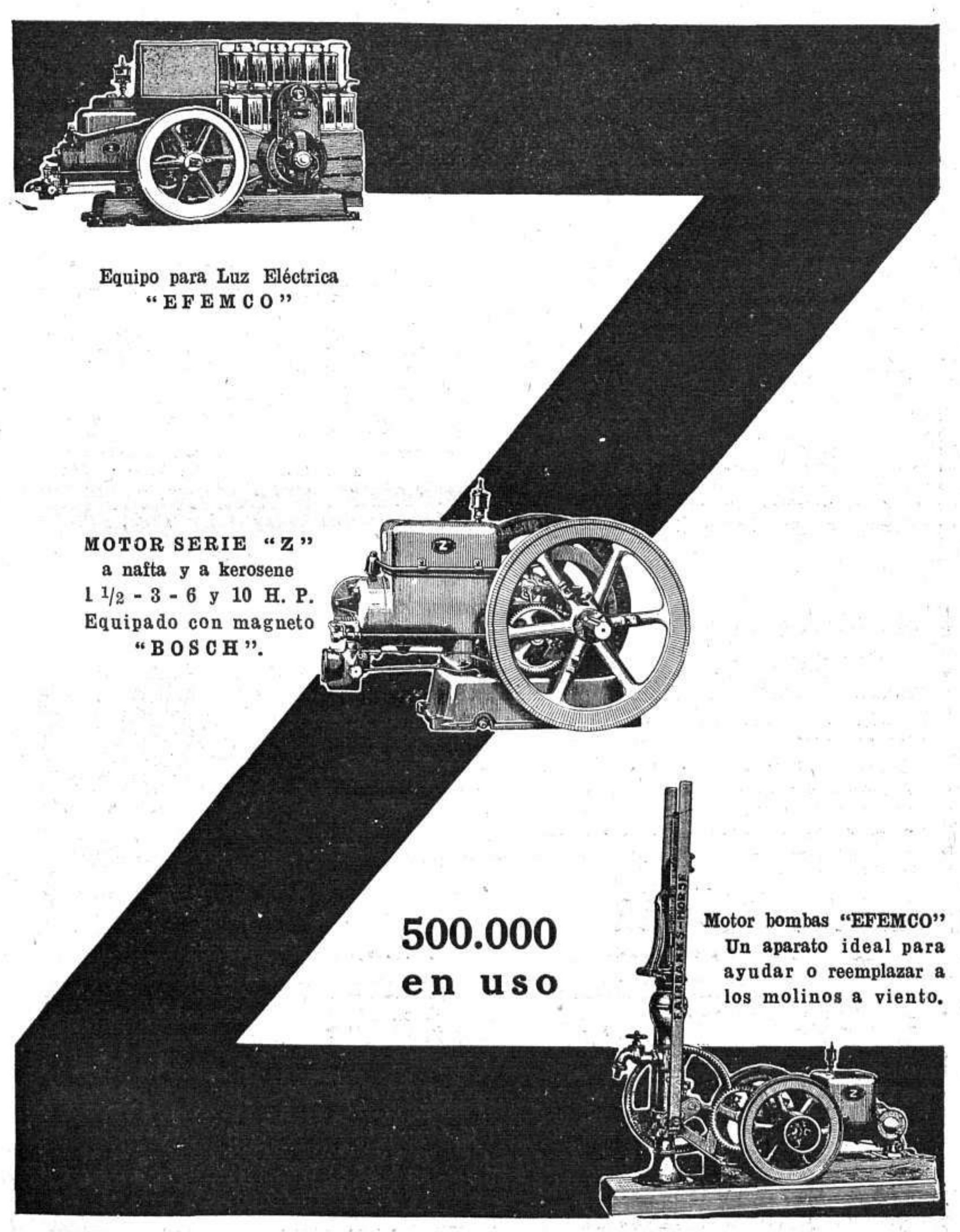


Alumnas que concurren a este importante establecimiento, en la clase de tejidos.



Vista parcial de la sección "Talabartería", donde los alumnos ejecutan, bajo la dirección de sus profesores, hábiles trabajos.

MAQUINARIA
FAIRBANKS-MORSE



PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.

1746, Bmé. MITRE, 1758 BUENOS AIRES



El gobernador de la provincia, doctor Florencio Dávila San Román y señora, rodeados de selecto número de familias que asistió a la fiesta que le fué ofrecida en la mansión del señor Guillermo Dávila San Román.

LOS ANTIGUOS MOSAICOS ITALIANOS

Aquellos maravillosos mosaicos de los primeros siglos cristianos, que todavía se admiran en las viejas iglesias italianas, exigían una larga y compleja colaboración. Hablando de su técnica y del modo de ejecutarlos, la «Rassegna d'Arte» recuerda que se necesitaban para ejecutar esos mosaicos cinco clases de colaboradores, entre artistas, artesanos y fabricantes.

De ellos el mejor pagado era, naturalmente, el «pictor imaginarius», es decir, aquel que trazaba sobre cartones la composición. Después de él seguía el «pictor parietarius», que reproducía esos cartones en las paredes, y luego el «muscarius», que colocaba las piedritas multicolores en la pared; por último, los fabricantes, es decir, el «lapidarius structor», constructor de las referidas piedritas polícromas, y el «calcio coctor», especialista en la manipulación de la tenacísima cal con que eran adheridas a la pared las piedritas.

Si bien la obra del tercer artífice, es decir, del «muscarius» era considerada casi manual, no era realmente así, porque el examen detenido de los mosaicos demuestra que era menester en tal oficio mucha fantasía y un sentido exacto de las armonías cromáticas.

Para dar una idea de la delicadeza y de la riqueza de los tonos, baste decir que en un mosaico de la iglesia de Santa María Mayor se cuentan hasta cuarenta y cuatro graduaciones: cuatro en el rojo, ocho en el azul, siete en el lila, cinco en el amarillo, seis en el verde y catorce en el blanco.

VUELVA USTED MAÑANA

Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy.

M. de Larra.

— Esta misma tarde me embarcaré para mi provincia — dijo a la dueña de la pensión aquel simpático muchacho.

— ¿Pero, cómo?... ¿así?... ¿de improviso?...

— Calle usted — contestó. — Esta es la ciudad del mañana. Estoy cansado.

— No comprendo; explíquese usted...

— Verá: Fuí cobrador, único empleo que pude conseguir, después de entregar como garantía los pocos pesos que traje de mi provincia. Mi sueldo era el tanto por ciento de la cobranza, y después de seis largos meses de idas y vueltas, sólo cobré amarguras y sinsabores.

— Soy el cobrador — decíales al presentarme sumiso ante la insolente mirada de los clientes. — ¡Ah... sí!... — contestaban — «pase usted mañana». — Y al otro día: — «Pase usted mañana». — Pero señora, soy el cobrador...

— Por eso mismo, ¿no ha entendido? «Vuelva usted mañana». — y me daban un portazo en las narices, dejándome en la conocida actitud del don Bartolo, de Rossini. Y así, después de tantas idas y venidas, después de correr de puerta en puerta como el judío errante, sólo conseguí adelgazar y aprender de memoria el eterno estribillo: «vuelva usted mañana». Gasté tres pares de botines reforzados, con los que hubiera podido dar dos veces la vuelta al mundo, y cuando el último par abría su boca, a modo de burlona sonrisa, la suerte me hizo entrever la esperanza de conseguir un empleo en el Ministerio de Obras Públicas.

— Pase usted mañana — me decía el diputado Benítez — y le daré una carta de presentación para S. E. «Vuelva usted mañana» que ahora estoy ocupado — y siempre recibía la misma respuesta, cuando no era del honorable, era de su mucamo, hasta que al fin pude conseguir la ansiada carta, en vísperas de elecciones.

Los mil doscientos postulantes con los que me iba vinculando día a día, ocupábamos un salón enorme, a la espera de que S. E. se dignara recibirnos. Los primeros días tuve que poner a prueba la resistencia de mis piernas con un plantón de siete horas continuas, pero los siguientes me instalé detrás de la puerta de la Subsecretaría, y apenas el ordenanza se dignaba abrirla, me precipitaba de un brinco para tomar por asalto un muelle sillón que parecía invitar a un tranquilo bienestar. Después de saborear dulces sueños en aquel histórico sillón, testigo de mis infortunios, un buen día, nos recibió el secretario 3.º del subsecretario privado del señor ministro.

— Vuelva usted mañana; hoy no recibe — me dijo.

— Vuelva usted mañana, S. E. está en la Comisión de Presupuesto.

....

Pasaron los días y,

— Vuelva usted mañana. S. E. está en acuerdos de ministros.

Pasaron meses, y:

— Vuelva usted mañana. S. E. está en la Presidencia.

— Vuelva usted mañana. S. E. ha ido a inaugurar las cloacas...

Y así durante catorce meses; pero como todo tiene fin y según dicen no hay plazo que no se cumpla, he aquí que un hermoso día el ordenanza en voz alta pronuncia mi nombre, que nunca me pareció tan agradable, tan sonoro, tan fácil de retener, y la compacta aglomeración tuvo que abrirse para dejarme pasar, tieso, con el pecho saliente, la barba recogida y la expresión compasiva ante aquellos infelices que me fulminaban con sus miradas envidiosas.

— Vuelva usted mañana — dijo S. E. — buscaré donde ubicarlo.

Y, «vuelva usted mañana, que no ha venido», «vuelva usted mañana, que está ocupado», pasó otro año.

Cierto día, como siempre, veo que el ministro está por abrir la boca.

— No se incomode S. E. — exclamé — ya lo sé de memoria: «vuelva usted mañana».

— Es usted un portento — contestó con benévola sonrisa. — «Vuelva usted mañana» y le firmaré su nombramiento.

La alegría me ahogaba, todos mis nervios entraron en juego, incluso el de la risa, el de la gesticulación, etc., etc.,... creí que «*al mañana*» tocaría el cielo con las manos, y me pasé toda la noche haciendo cálculos en la forma que debía emplear mi primera mensualidad. Ya comprenderán ustedes que me fué imposible conciliar el sueño. Aquella noche, que me pareció la más larga de mi vida, creí que había durado seis meses como la de los esquimales. Desde temprano me instalé en la antecámara del Ministerio, miré con sorna al sillón que ya no alojaría más mi elegante persona, y pregunto por Su Excelencia.

— El ministro ha renunciado.

¿Quieren ustedes desgracia mayor?...

Salí de allí echando chispas, con los dientes y puños apretados, pensando que era un sarcasmo sangriento llamar *casa Rosada* a la que me hundía en la desesperación. Salí sin pensar ni mirar donde ponía los pies, bajando los escalones de cuatro en cuatro, hasta que choco con un negro ordenanza que, ofendido, propíname un puntapié, lanzándome derechito,c on movimiento uniformemente acelerado, sobre el abultado abdomen del vigilante que, creyéndose agredido, me rechazó de un fuerte empujón dándome un cachiporrazo en plena nuca, y con movimiento centrífugo, conservando la teoría de los choques, voy a dar contra el buzón de la esquina, que con su boca abierta parecía burlarse de mí.

Resumen: dos chichones en la nuca, ojo en compota, labio partido, desmayo y varios sietes en la ropa. Viene la Asistencia, me llevan al hospital (será un ladrón, decían unos; un anarquista, gritaban otros), y me practicaban las primeras curas.

— «Vuelva usted mañana,» que le desinfectaré las heridas.

— «Vuelva usted mañana», que le daremos dos puntadas.

— «Vuelva usted mañana», se le pondrán puntas de fuego.

Y así convirtieron mi cara en un perfecto mascarón.

Triste y abatido pasaba las tardes en el Jardín Botánico, sentado a las sombras de las acacias, entretenido en la lectura de alguna romántica no-

vela. Una preciosa niña sentábase a mi lado, encontrándonos siempre en el mismo lugar. Ante sus repetidos suspiros, que parecía ahogar en su bien formado pecho, y las lánguidas miradas que a hurtadillas me dirigía, comprendí que estaba enamorada de mí.

— Señorita: el fuego de sus negros ojazos ha derretido el hielo de mi corazón.

La frase, a pesar de lo cursi, hizo efecto y fué contestada con una dulce sonrisa.

— Señorita: dígame que no le soy indiferente y seré su esclavo para toda mi vida.

— En efecto—contestó ella,—no sólo que usted no me es indiferente, sino que todo lo contrario, simpatiquísimo...

— Por lo menos soy afortunado en el amor — pensé; — y acompañé a mi Dulcinea hasta su casa en una amena y agradable conversación.

— «Vuelva usted mañana» — me dijo al despedirse, — a la misma hora.

Ante esta odiosa frase, estalló toda mi cólera y mi naciente amor se convirtió en profundo desprecio.

— Esto sí que no lo tolero. Miserable. ¿Con que «vuelva usted mañana»?... ¿Pensará, sin duda, burlarse también usted de mí? ¿Pensará que no estoy suficientemente escarmentado con mis deudores cuando fuí cobrador, las visitas al ministro, al practicante, las curas del hospital?... Usted quiere hacerme lo mismo: viajes y más viajes, ¿para no conseguir nunca nada?.. Y salí corriendo ante el asombro de la muchacha.

Ahora mismo dejaré esta maldita ciudad, donde hasta las mujeres le dicen a uno: *«VUELVA USTED MAÑANA»*.

P E D R O   H E R E D I A



ENTRE NUEVAS RICAS...
— ¿Dónde compraste el fonógrafo, tan barato?
— En casa de un anticuario, quien me aseguró que el aparato es de la época colonial.



El profesor desmemoriado: — ¿Quién eres tú?
— Su secretario y ayudante. ¿No es así?...

De Salta

Vista tomada en el interior de la Catedral durante la ceremonia de la consagración del nuevo obispo, monseñor Campero.

Los obispos, monseñores Campero, D'Andrea y Dávila, y el nuncio Beda di Cardinali, dirigiéndose al Palacio Episcopal, después de la ceremonia.

El gobernador de la provincia, doctor Adolfo Güemes, saliendo de la Catedral, después de haber presenciado el acto de la consagración del nuevo obispo.



El encanto de un cutis suave y aterciopelado

...lo poseen únicamente las damas que para su tocado seleccionan productos de reconocida pureza y eficacia, como la **Crema Lechuga** y el **Jabón Crema Lechuga.**



Exija en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".

Crema Lechuga

J. Beauchamphs

Suaviza el cutis maravillosamente, eliminando las arrugas y la piel marchita. Evita la formación de pecas, granos, etc., y su uso constante confiere al rostro aspecto juvenil.

Pídala en tiendas y farmacias.

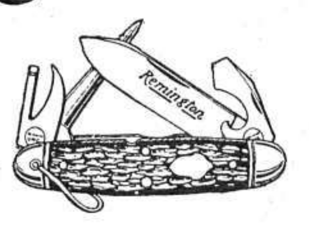
Depositarios:
Farmacia
Danesa y Droguería
DIAZ KELLY
CABILDO, 2171
U. T. 0321, Belgrano
Bs. AIRES

Jabón Crema Lechuga

De perfume exquisito y abundante espuma. Es el jabón ideal de las damas. Refresca el cutis y lo perfuma deliciosamente, dando una agradable sensación de bienestar.

En todas partes, $ 0.45 cada uno.

Cortaplumas *Remington*



Remington fabrica 700 clases diferentes de Cortaplumas con el mejor acero que se conoce y materiales de primer orden. Las hojas Remington están afiladas con ciencia y "cortan siempre".

Más de 300 operaciones se necesitan para terminar hasta el más sencillo Cortaplumas Remington de dos hojas, de acuerdo con las exigencias Remington. Filo cortante y durable, bien terminados por dentro y por fuera, elegantes y perfectamente acabados, con mangos de toda clase. En suma, un cortaplumas que dará a usted el servicio que usted espera de él.

Hay modelos especiales y prácticos para oficinistas, artesanos, hombres de campo, cazadores, etc., con todos los útiles necesarios.

En venta en las siguientes casas del ramo: Knight Dorning Co., Sarmiento 541; A. Montagnac, Esmeralda, 346, y Carlos Rasetti, Rivadavia, 526, y Maipú esq. Sarmiento.

REMINGTON ARMS COMPANY, INC.

25, Broadway, New York, E. U. A.

REPRESENTANTES:

DONNELL & PALMER — Moreno, **562** — Buenos Aires.

REMINGTON UMC

REMINGTON UMC

GENERAL PICO (Pampa, F. C. O.). — Episodios varios tomados en la necrópolis local; el tradicional día en que se tributa sentido homenaje a los que fueron.



LOS PEDIDOS QUE HAGA POR CARTA O TELEFONO

Dígase lo que se quiera, esta comodidad

de comprar los artículos de farmacia con sólo pedirlos a GIBSON por carta a Defensa, 192, o por teléfono al 5921 Avenida, es una comodidad que tiene un valor incalculable, porque en esta forma uno puede adquirir, desde lo más insignificante, todo en la mejor calidad, el mayor grado de frescura y los mejores precios. Si le dijéramos que suman miles los clientes de la Capital e Interior que utilizan este servicio característico de GIBSON, quizás le animaríamos más a ensayarlo con lo primero que necesite.

La cosa tiene su explicación, artículos tan delicados como los farmacéuticos deben adquirirse en establecimientos profesionales que, como los dos de GIBSON, el de la calle Defensa, 192 y el de la calle Florida, 159, son toda una garantía.



192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida.

GIBSON LOS DESPACHARA AL MOMENTO

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL
DE EXTRAORDINARIAS
COMPLICACIONES

POR

ARTHUR
SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE
PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO V

LAS ORIGINALES TEORIAS DEL DETECTIVE PAT. DOYLE

Ruth miró a Dick, esperando sorprender en sus labios una sonrisa burlona y en sus ojos la jovialidad de su abierto carácter, pero, para su confusión, su primo permanecía serio, casi grave, como nunca antes tuviera ella ocasión de observarle.

De nuevo tornó sus ojos sobre Doyle, el cual, imperturbable, grotesco y un tanto fúnebre, permanecía como si tal cosa ante el examen rápido y curioso de que era objeto.

Por su puesto, la chillona alegría de su ropa era, por decirlo así, una burla, una mueca ante su tétrico semblante. Tanto en lo físico como en lo social, el hombre resultaba una original muestra de «defunción» con aires carnavalescos. Sin embargo, se advertía firmeza en las contracciones de sus delgados labios, y, por otra parte, el hueso saliente de su mentón, cortado por una arruga horizontal, denotaba resolución y condiciones imaginativas. Los hundidos ojos fulguraban como dos azabaches en sus profundas cavernas, con sus puntitos amarillos de animal felino. Extendíase espaciosa su frente y entre sus cejas, casi juntas, tenía una protuberancia ósea reveladora de un enorme poder de reconcentración. Las cambiantes arrugas que surcaban su frente hacían pensar en seguida en un elaborado carácter. Su pelo negro y espeso y, en fin, toda su apariencia, indicaban al hombre «interior» complicado, original y potente.

Ruth dióse cuenta de que la melancólica y hasta seca expresión de su rostro debíase, sin duda alguna, a una sensible falla o «estupidez», lo que es frecuente comprobar en tipos excepcionales, cuyo cerebro suele desarrollarse pujante en una sola dirección. Su cuidadoso estudio durante aquellos minutos la hizo comprender que Doyle carecía en absoluto del sentido del humor, siendo serio por excelencia y con una capacidad intelectual de primer orden.

Ahora, al contemplarle, recordaba haberle oído a Dick ciertos curiosos relatos detectivescos. Habían cursado juntos en la misma universidad y ella recordaba haber leído en algunos diarios interesantes hazañas policiales realizadas por él. Ahora bien; debemos confesar que casi todas ellas consistieran en resolver trivialidades, aunque su primo aseguraba que su amigo lo mismo descubría un robo de diez centavos que los que importaban cientos de miles de dólares. No obstante estos juegos, una vez, sin necesitar de la ayuda de la policía, logró desenmascarar a un estafador listísimo, que desvalijara a diversos bancos. Al presente, según la informara Dick, su amigo y ex compañero acababa de pasar a la categoría de profesional.

— He informado a Pat. de todo cuanto me dijiste acerca de Lacy — dijo el muchachón con manifiesto interés.

Doyle se limitó a menear la cabeza afirmativamente. Un largo mechón de pelo se movió a compás, cayéndole sobre la frente, lo que le hizo sacar de uno de los bolsillos del chaleco un pequeño espejo, al que se miró con toda inocencia mientras se arreglaba el rebelde rizo. — Muy interesante — dijo guardándose el espejito.

Luego, al contemplar la enorme piedra de su anillo, la frotó cuidadosamente con el pañuelo de seda.

— ¿Qué objeto supone usted que persigue Lacy? — preguntóle la señora Reverly conteniendo ciertos cosquilleos de zumba.

Doyle extendió una de sus manos y accionó como encantado de entrar en materia.

— ¿Qué diferencia o importancia pueden significar sus motivos? — comenzó preguntando el detective. — Ese es el procedimiento de la vieja escuela: inquirir motivos. Yo le digo a usted, señora Reverly, que muchísimos más criminales escapan a la acción de la justicia a causa de que la estúpida policía busca los motivos, que todos los que han sido capturados porque los motivos fueron descubiertos. ¿Por qué un hombre cualquiera cruza una calle? Por ciento y una razones ninguna de las cuales tiene importancia. ¿Qué le ocurre, qué le hace cambiar de acera? Me fatigaría inútilmente el cerebro si tratara de adivinar los motivos que indujeron a Lacy. Examinar bien los actos, deducir de ellos, y si sus deducciones son correctas, entonces los motivos parecerán tan brillantes como el sol o como la luna en firmamento despejado. Los motivos son los últimos detalles que yo busco. Una persona nunca conoce ella misma, exactamente, el porqué hace una cosa o deja de hacerla. ¿Cómo, entonces, lo ha de conocer un extraño?

Sus palabras fluían como un torrente; su voz de bajo profundo parecía llenar la habitación con sonoridades de órgano.

—Si al menos supiéramos — medio protestó Ruth — porqué Lacy quiere a todo trance la carta de la que tanto parece esperar.

Doyle se arregló con cuidado el puño izquierdo de la camisa, que le sobresalía.

— Pudiéramos saber el objeto, la razón del crimen, pero eso no nos daría el nombre del asesino — contestó.

Ruth lo miró sorprendida. ¿El asesino? — exclamó, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

— Armstrong fué asesinado — sonó firme la voz de bajo profundo.

Durante veinticuatro horas, la idea, convertida ahora en palabras por Doyle, habíale conturbado la mente. Al oirla le pareció increíble, su cerebro la rechazaba; al menos su «yo» consciente no estaba dispuesto a admitirla mientras el subconsciente le daba vueltas desde varias horas, admitiéndola. Sin embargo, pareciéndole horrenda tal suposición, hubo de argüirle a Doyle aunque, no sabía cómo, sentía que el hombre pudiese decir la verdad.

— ¡Eso no puede ser! — gritó.

— ¿Por qué entonces quiere la carta Lacy?

— Pero usted acaba de decir que los motivos nunca importan — se apresuró a contestar ella.

— Generalmente sí, lo que confirma más mi método. Usted sabrá lo que dijo cierto famoso francés: que todas las generalidades eran falsas, incluso esta misma.

Su voz se hizo más grave, más profunda y segura:

— No me importa un rábano de los demás, ni me afectan las comunes trivialidades. ¿Recuerda usted lo que le dije hace cinco minutos? Yo soy un genio y es absurdo hacerme interrupciones para entender mis conceptos, en apariencia contradictorios. Los idiotas pueden ser consecuentes consigo mismos y con los demás: precisamente porque son idiotas yo puedo resolver las más insignificantes y obscuras dificultades de sus problemas, por ejemplo, el presente. Algún día, sin embargo, me enfrentaré con alguna investigación «inconsciente» y entonces me veré obligado a vérmelas ante otro genio. El caso valdrá la pena.

Su colosal vanidad, aun expuesta en aquellos serios momentos, podía provocar cierta sonrisilla irónica sino fuera porque sus ademanes sobrios corroboraban y hasta justificaban el propio mérito.

— Bueno; ahora, señora Reverly, tenga la bondad de concentrar su mente para decirme todos los particulares del caso.

— Yo imagino que ya Dick se lo contó todo — replicó Ruth. — El hombre vino a verme ayer precisamente antes del almuerzo y...

Doyle la interrumpió con una exclamación de impaciencia.

— Nada de ayer ni de hoy, señora Reverly. Por ese sistema, supongo que también me contará su excursión de esta mañana a Dyce's Head.

— ¿Usted me vió? — exclamó ella extrañada.

— Ciertamente no — replicó él; — pero usted es humana, usted es mujer. Seguro que usted estuvo allá.

— Es una suposición muy barata la que usted hace — dijo ella advirtiendo la brusca irritación del hombre.

— Yo nunca supongo, yo razono. Nosotros hemos venido aquí esta mañana y nos dijeron que usted había ido a jugar al golf. Nos fuimos al club y tampoco estaba usted, lo que nos hizo suponer que, hallándose cercana al precipicio e influenciada por la entrevista con Lacy, no pudo resistir la tentación de visitar aquellos lugares. Además, su nerviosidad le impedía jugar al golf y... — por favor, no me interrumpa porque interrumpe usted el curso de mis pensamientos: — cuénteme todos los detalles acerca de la noche del crimen.

Ruth no pudo aguantar el resentimiento que le causó la última frase.

— No diga tal cosa. Usted no puede saber que fué asesinado — replicó con vehemencia. — ¿Qué derecho le asiste para hacer tan temeraria suposición?

La mirada de Doyle se dulcificó, demostrando simpatía.

— Lo siento, señora Reverly: frecuentemente olvido que las personas poseen sentimientos. Gracias a los cielos, yo no los tengo. ¿Cómo yo lo sé? Si he de serle franco, yo mismo lo ignoro. Pero sé que Bryan (el nombre del más hábil de los detectives privados de Nueva York) ha enviado a uno de sus hombres aquí para que investigue el caso.

— ¿Un hombre aquí investigando el caso? — dijo ella mirándole atónita. — ¿Cómo sabe usted eso?

Doyle la miró, luego miró a Balfour.



Leyó el anónimo, en cuyos renglones a máquina se amenazaba al marido de la infeliz mujer.

— Escuche, Dick — dijo enérgico: — ¿Tiene usted la bondad de explicar a la señora de Reverly que mis métodos son únicos? Yo guardo más detalles en mi cerebro que la inmensa mayoría de los hombres. Es de vital importancia saber que yo nunca me aturullo.

Cualquier persona, al afirmar tan rotundamente sus cualidades, conseguiría ofender; pero Doyle con tal aplomo se explicaba, que su enorme vanidad resultaba, al menos, de una sincera brusquedad impresionante.

— Perdóneme — suplicó Ruth.

— No tiene importancia, señora Reverly; que no vuelva a suceder y nada más — contestó el hombre con un ademán condescendiente de su mano.

— Quiero decirle — explicó — que, en mi viaje a Newtown para atender un pequeño asunto, vi a Sanderson, de la agencia Bryan, en el departamento de fumadores del tren. En varias oportunidades había yo tenido el placer de ayudar a Bryan en problemas cuya comprensión se escapaba a sus métodos policiales. Yo permití que Sanderson me relatara los detalles que él conocía de este caso, los que despertaron mi curiosidad, comprendiendo en

seguida que el negocio era bastante interesante para que yo le dedicara un día o poco más. Le ofrecí ayudarle, promesa que él acogió con una sonrisa de agradecimiento; y luego, al llegar a esta villa, recordé de repente que mi amigo Dick Balfour poseía aquí su casita veraniega, lo que me iba a permitir no solamente conocer los detalles rutinarios, pero también los más íntimos, incluso su aventura de ayer. Ahora bien; procediendo por las informaciones de M. Sanderson, tres personas aparecen con buenas razones para haber asesinado a Armstrong y se sabe que todas ellas vieron a Jim la noche de su muerte. Uno de esos tres hombres lo mató.

— ¿Cuáles fueron las razones del asesinato?

— Ya le he explicado mi oposición a considerar los motivos hasta que pongo en claro las oportunidades — replicó Doyle.

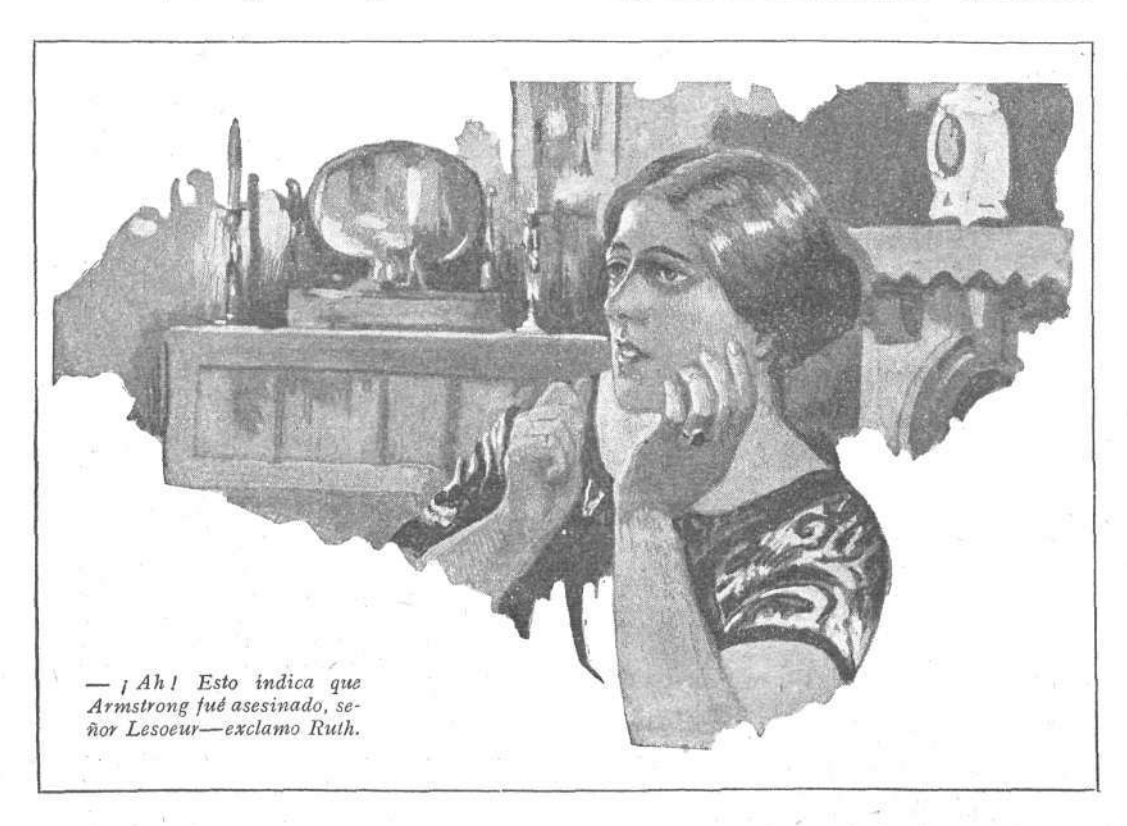
El detective, sacudiéndose y echando al mozo una mirada de profundo desprecio:

— ¡Estáte quieto, majadero! — exclamó. — Ahora «ya sé» que su marido es inocente.

Ruth, de sorpresa en sorpresa, sonriendo con sensible alivio, exclamó:

— ¿Y cómo la inesperada acogida que yo he hecho a su noticia puede probarle a usted eso?

— Yo descubro que las mujeres, a causa precisamente de su cualidad «impersonal», son más aptas que los hombres para reflejar, a modo de verdaderos barómetros, las condiciones psíquicas ajenas. Esto con frecuencia es fenómeno intuitivo; y si yo he sido brutal con usted, lo he sido exactamente como el cirujano que salva al paciente. Si su marido tuviera en sí las «potencialidades» del asesino deliberado, usted las hubiera reflejado — yo las habría



— ¡ Ah ! Esto indica que Armstrong fué asesinado, señor Lesoeur—exclamo Ruth.

leído — en el temblor particular de su confusa contestación, y advertí todo lo contrario. Usted conoce a su marido. Las mujeres conocen mejor a sus maridos que ellos mismos se conocen. Si el suyo hubiese sido el hombre que «luchó» con Armstrong en la cima de Dyce's Head, usted hallaríase «subconscientemente» afectada de su capacidad para el homicidio, y a mí no se me hubiese escapado tal revelación. Ahora, señora Reverly, ¿será tan bondadosa que me conteste varias cuestiones que le voy a plantear?

— ¿Quiénes son esos hombres? — inquirió ella ansiosamente.

— Dos de ellos son meros hombres para usted. El otro...

La miró con fijeza y cordialidad.

— Usted me parece una mujer valiente, señora Reverly, aunque acaso no lo sea. Conozco muy poco a las mujeres y lo poco que conozco acerca de ellas no las favorece mucho. Yo encuentro que la inteligencia femenina es inferior e invadida siempre por los sentimientos. Es muy difícil para las mujeres olvidar sus personales afecciones y gustos. *Sin embargo,* el tercer hombre es su marido de usted.

Por unos instantes la lengua de Ruth pareció quedar atrofiada. Luego, cuando pudo, al fin, explicarse atropelladamente, perdido el control de su verba, casi se burló del detective.

Doyle, inclinándose en el asiento, no le quitó los ojos de encima.

Dick, echándole las manos a los hombros, le gritó sacudiéndole:

— ¡Eres un bestia y yo debiera arrojarte por la ventana!

Pero el esfuerzo nervioso a que ella había llegado en tal situación, reclamaba un inmediato descanso. Su primo, dirigiéndose a Doyle, le aconsejó:

— Vamos a descansar un ratito ¿quieres?

— ¿Quiere usted, por favor? — rogó ella.

Doyle se encogió de hombros, asintiendo.

— Bueno, comprendo — dijo: — esta tarde entonces, señora Reverly.

— A la hora del te — puntualizó ella. — Pero, antes de que usted se vaya, ¿quiere decirme cómo se explica que haya pasado un año sin que se tomara acción en este asunto? ¿Y quién ha sido el

que ha contratado los servicios de la agencia Bryan?

— Sanderson no sabía una palabra de lo que usted pregunta — contestó Doyle. — Por lo demás, para mí es fácil de averiguar, pero ello no tiene importancia, señora Reverly.

— Yo puedo, en cierto sentido, dar con la razón. Usted me dijo que mi marido tenía alguna razón para asesinar a Armstrong.

— Eso es por lo que yo, en este caso, me intereso en ciertos motivos. Sanderson piensa que porque su marido de usted «es» su marido y porque, probablemente, su amor por usted existía cuando Armstrong andaba por este mundo, eso constituye un motivo. Pero yo tengo eliminado a su marido de usted de este asunto; y cuando yo digo «eliminado» es como si todo un tribunal lo hubiera absuelto. Los motivos nada significan; la oportunidad lo es todo.

— Sin embargo, usted dijo que mi marido *tuvo oportunidad* — balbuceó ella.

— Y también le dije que si él tuviese *potencialidades criminales*, las hubiera yo advertido en la influencia que el subconsciente ejerce en las retinas, hace unos momentos.

— Usted quiere decir, Mr. Doyle, que, al hablar conmigo, usted puede aprender más acerca de mi marido que yo misma conozco.

— Por supuesto. Yo soy Patrick H. Doyle.

Su aire, al decir esto, resultaba en absoluto convincente. Ruth, todavía bajo el dominio de su imperioso intelecto, excitada por la singular escena, se levantó para dirigirse a su habitación en tanto que Doyle y Dick se despedían. Intentó permanecer en pie, pero las fuerzas le faltaron y hubo de dejarse caer en el sofá. Con el fin de distraer sus pensamientos ocupando las manos en algo, se acercó a su tocador, sintiéndose bastante fatigada. Entonces quiso entretenerse poniendo en orden los diversos objetos de la «toilette» de su marido. Poco a poco sus nervios fueron aquietándose. De una cajita de botones, gemelos, alfileres y otras pequeñas prendas, que vació sobre la mesa mecánicamente para colocar en orden su contenido, saltó a un lado medio botón de oro, de los de cadenita, para puños de camisa, y por un instante lo estuvo contemplando pálida y demudada. Luego, cruzando la pieza, tomó de encima del veladorcito el pedacito encontrado por ella en el pedregoso suelo del precipicio, y comprobó que ambas partes se correspondían, formando un solo gemelo.

— ¡Dios Santo! ¿Qué dijera Doyle? Que había habido «lucha» entre Armstrong y su asesino, y lo más fácil era que, en la violencia de tal pelea, *cualquier* botón o gemelo saltara en pedazos por el suelo.

Acometióla un repentino horror hacia Doyle, y un miedo tremendo la invadió. El jugara con ella, tratando de desarmarla y sorprenderla con sus ridículas explanaciones acerca de los motivos y de su «único método». Lo que, en realidad, pretendiera lo veía ella muy claro: atraparla en alguna complicación o complicidad.

De una intensa angustia pasó Ruth a un agudo pánico. Ya su pensamiento admitía pruebas fuertes contra la culpabilidad de su esposo, pero no lo creía, no quería creerlo. Ni por una fracción de segundo pensó que era culpable. No, no. Su razón resistíase a creerlo...

De nuevo juntó las dos piececitas de oro y comprobó que se ajustaban perfectamente, siendo idénticas, una limpia y pulida, la otra manchada por la herrumbre. Verdadera casualidad fuera tal hallazgo, una casualidad abrumadora. ¿Pueden las «potencialidades» del alma de una persona que nos es querida y que convive con nosotros no ser descubiertas hasta que el más fortuito accidente viene a revelárnoslas?

Ruth, tirándose sobre el lecho, se cubrió el rostro con las manos y sacudió con fuerza su cabecita como tratando de ahuyentar horribles visiones.

CAPITULO IV

¿FRANK LACY Y FRANÇOIS LESOEUR UNA MISMA PERSONA?

Por algunos minutos la señora Ruth vióse invadida de atormentadores y vagos pensamientos, tanto más angustiosos cuanto más imprecisos. Poco a poco, a fuerza de voluntad, logró readquirir el control de sus nervios. Representábase a lo vivo, tal como si estuviera viéndole a su lado, en aquella misma habitación, el rostro de Bent, su marido; un semblante sereno, revelando firmeza, su sobresaliente cualidad, en que también se advertía una expresión de confianza y de solidez de carácter muy atrayente.

La casi física visión desapareció para dejar su imagen «interior» en la mente de ella. Veinticuatro horas llevaba sumida en tristes confusiones, pero ahora, dejando a un lado temores y sorpresas desagradables, que la habían orillado a una crisis de histerismo, deseaba a todo trance mostrarse en calma, lógica y serena.

Su primer acto en esta disposición de ánimo tranquilo fué enviar un telegrama a Bent para que regresara inmediatamente, pero en seguida recordó que se hallaba en Wáshington y que no tenía su dirección. Sin embargo, desde su oficina de Nueva York muy bien le podían reexpedir el mensaje, con algunos minutos de demora. Cambió de intención al minuto.

Su marido era acreditado agente comercial que operaba únicamente en fincas urbanas y seguros municipales, habiendo heredado el negocio de su padre. La firma «Reverly and Company» disfrutaba fama de solvente y honrada y sus cheques erán firmes entre su numerosa clientela.

Con frecuencia veíase obligado a emprender viajes por el país, no acompañándole ella para mejor dejarle en libertad de acción. Y si ahora lo llamaba, interrumpiéndole en sus negocios, ¿qué podría decirle, cómo justificar su decisión? Se puso colorada al pensarlo; hubiera tenido que explicarle, para ser honrada de verdad, que su urgente llamado obedecía a una duda... a cierta duda que la torturaba acerca de él mismo, con lo cual pondría de manifiesto su desconfianza y su nerviosidad. ¿Y en qué iba a basar una y otra?

No podía admitir que Jim fuera asesinado, pero sí aceptaba que la noche de la tragedia acontecieron misteriosas actividades reveladoras de que otras personas hallábanse en la creencia de un no accidente. De repente pensó en que un «motivo»— los motivos que tanto odiaba Doyle — tenía que ser el factor principal que esclareciera la muerte de su ex prometido.

Y cuando llegaba a esta conclusión, su marido resultaba aparte del misterio y de sus complicaciones. En primer lugar, Bent no pudo haberlo matado por celos. En segundo lugar, ella no le había confesado, cuando no aceptara su ofrecimiento de matrimonio, que estaba ya comprometida con Armstrong. Recordaba este detalle. Y recordabaque Bent, después, le dijera que, al enterarse de la publicación del testamento de Jim, supuso que ella estaría comprometida con él. De nuevo el carmín coloreó sus mejillas. El testamento de Jim databa de dos años.

(CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO)

Comentarios

— Prorrogaron las sesiones —
opinan en el Senado —
porque el primer magistrado
tiene malas intenciones.
Se cumplirá su deseo
que implica nuestra derrota.
Ya lo saben, o se vota
o se acaba el veraneo.
¡Ojo con ese señor
puesto que, al paso que va,
la historia le llamará
Marcelo el Prorrogador!

* * *

— La fe salva
— Ya lo sé.
— Ese tipo que usted ve
haciendo tantos visajes
dice que les da masajes
a las estatuas.
— ¡Qué fe!

* * *



Si Juana recita, la gente se escapa.
¡Qué acento sonoro!
Y algunos preguntan:
— ¿Es Juana o el loro
que pide la papa?

* * *



— Con el auto que ha comprado
hace como mes y pico
a ninguno ha atropellado.
El pobre está avergonzado.
— Se comprende.
— Me lo explico.

* * *



Tiene la frente saliente
y la nariz prominente
y la panza redundante
y una rótula crujiente.
— Por eso es tan elegante.

* * *

— Langostas que se esconden horrorizadas.
Un kilo de manteca que, de repente,
exponiendo opiniones autorizadas,
nos pronuncia un discurso muy elocuente.
Inspectores que educan al vulgo necio
repartiendo libritos llenos de ciencia.
Ovejas que deploran su bajo precio,
del cual no tiene culpa la presidencia.
Modo de hacer con trigo dulce de coco.
Proyectos. Invenciones. Literatura.
— Pero ese será el sueño de un vate loco.
— Es un film del ministro de Agricultura.

* * *



Se hace tarjetas Mateo
y pone en la cartulina:
«Primer pinche de cocina,
actualmente sin empleo».
Y sostiene muy formal,
que hoy, en cualquier circunstancia
para un hombre de importancia,
el título es lo esencial.

* * *

— Es una literata
de quien habló la crítica mil veces
estudiando su libro, en el que trata
«De la concupiscencia entre los peces».
Pues bien: en el concurso nacional
no ha sacado ni un premio.
— Eso está mal.

* * *

— En la aduana con mal pie,
entró el comité.
— Lo sé.
¿Será posible, mañana,
aduana sin comité
o comité sin aduana?

* * *

Mezcla lo raro con lo ilógico
este escritor excepcional,
que si es para unos paradójico,
para otros es paradojal.
Usa de todas con fortuna:
blancas, azules, negras, rojas.
Las adquirió, quizás, en una
liquidación de paradojas.

* * *

— Es un notable estadista.
— Y es, en nuestra mesocracia,
Gallardo naturalista
y Angel de la diplomacia.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Un actor, un autor y la cultura de un pueblo, por **L. Defilippis Novoa.** Amarrete en Europa, por **Francisco Grandmontagne.** Encuentro Supremo, por **Dolly Brian.** Silvestre, por **Santiago Maciel.** Nuevos versos a la hija de la tabernera. La vajilla, por **Luis Cané.** Balada simplista de invierno, por **Alberto Hidalgo.** Motivos de mi ciudad, por **César Garrigós.** Aventura en día de lluvia, por **Edgardo Garrido Merino.** La casa del llano, por **E. Phillips Oppenheim.** Personas desconocidas, novela policial de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** Enrique y el alma de Enrique, por **Manuel Linares Rivas.** El viento de iglesia, por **Villiers de Lisle Adam.** Satanás, por **M. Osorio y Bernard.** Lo muerto y lo vivo, por **Rafael Altamira.** Hombres célebres: Marconi, por **Eduardo del Saz.**